

# PRIMER TIEMPO PRIMERA PERSONA



*Julio Farí*

**PRIMER TIEMPO PRIMERA PERSONA**

Julio Fari

**Texto:** Julio Beltrán Garcés  
Todos los derechos reservados

**Fotos portada:**

“Reconstrucción del rostro de Jesús” © BBC  
“Representación de Vajrapani, protector de Buda, como Heracles” S. I-II d.C., Gandhara, Museo Británico.

a Lydia,  
la primera persona  
de mi primer tiempo

## ÍNDICE

### PRÓLOGO

#### TRABAJO ANÓNIMO FIN DE CURSO

##### PRÓLOGO

##### EN TAXILA

El logos del dharma  
La praxis del artha  
La praxis del dharma  
El artha de la praxis  
El dharma de la praxis  
El artha del logos

##### EN ALEJANDRÍA

El viaje  
Aquiles  
Zenón  
Aristarko  
Filón  
Yeshua y la compasión  
Yeshua y la salvación  
Yeshua y la tentación  
Yeshua y la sabiduría

##### EN JERUSALEM

El reencuentro  
La condena  
La resucitación

##### EPÍLOGO

##### NOTA

##### EPÍLOGO

##### NOTAS

*La religión del futuro será una religión cósmica. Deberá evitar el dogma y la teología. Tendrá que abarcar tanto lo natural como lo espiritual, y deberá estar basada en un sentido religioso que surja a partir de la experiencia de todas las cosas, naturales y espirituales, como una unidad significativa. El budismo responde a esta descripción... Si existe alguna religión que pueda satisfacer las necesidades científicas modernas, esa es el budismo.*

Albert Einstein  
científico judío

## PRÓLOGO

Cuando tome posesión de la Cátedra de Lingüística de la Universidad Católica de Santiago, en Chile, nunca pensé en encontrar el manuscrito que cambiaría por completo mi vida académica. Como hombre dedicado al estudio de las letras, estoy acostumbrado a leer textos sorprendentes. Muchas veces paso meses -e incluso años- descifrando el contenido y estilo de libros publicados hace siglos. En otras ocasiones no dudo en dedicar horas y horas de mi tiempo libre para entender qué se esconde tras algún reciente éxito literario. Sin embargo, el texto que encontré entre los archivos de mi predecesor ha sido lo más sorprendente que he leído en toda mi vida.

La sorpresa no es solo por su contenido, cuyas teorías ya han aparecido en más de un autor y en diferentes épocas. Tampoco su estilo es especialmente brillante. Lo que ha hecho que su lectura haya eclipsado todo lo que ha caído en mis manos en los últimos años ha sido justamente la combinación de estilo y contenido. Pero, como siempre sucede, también se han producido una serie de casualidades que han contribuido a que le haya dado un mayor valor a este escrito.

Durante el pasado año dediqué todo mi tiempo de investigación al estudio de unos textos griegos aparecidos recientemente en unas ruinas en la región oriental de Gandhara, al oeste de Cachemira. No son los primeros textos en griego que aparecen por aquellas latitudes. La llegada de Alejandro Magno al Asia Meridional, a principios del siglo IV A.c., produjo asentamientos griegos que se perpetuaron durante siglos. Su modelo de organización social y de ciudad o polis, además de su manera de organizar las ideas o logos, nunca antes por aquellas gentes conocidas, hicieron que el griego fuera la lengua que todo intelectual o letrado, o escribano o persona mínimamente educada quisiera aprender y emplear. En definitiva se convirtió en la lengua de moda, superando incluso al sánscrito. Lo que hizo que estos textos en particular llamaran poderosamente mi atención fue el hecho de que hablaban sobre el budhismo y el judaísmo en una forma de sincretismo religioso pocas veces plasmada en la literatura que se conserva de aquella época.

Ya sabíamos que el emperador indio Asoka mandó traducir los primeros textos budistas al griego durante el siglo III A.c. como parte de su particular cruzada para la expansión de su religión. Lo realmente novedoso de los escritos aparecidos en los recientes descubrimientos arqueológicos de la región, es la combinación de las ideas religiosas budistas y judías en un mismo texto. Algo solo comparable al denominado Sutra de la Piedra, aparecido en China en 1.625 y datado en el año 781, en donde se hace una lectura del cristianismo desde los supuestos taoístas.

El Instituto de Estudios Hebreos de Jerusalén me becó durante todo un año para que tratara de demostrar que el corpus de los textos era judío con influencias orientales, de manera que pudiera formularse la hipótesis de que el judaísmo había influido de alguna manera en el nacimiento del budhismo, ahondando en la cada vez más aceptada tesis de que una de las doce tribus de Israel se asentó en el siglo VII A.c. por aquellas tierras. Por

desgracia para la Institución que me patrocinó, nada encontré en el estudio de dichos textos que pudiera avalar dicha hipótesis. Sin embargo, sí quedó claro que los judíos que escribieron dichos textos estaban abiertos a las ideas budistas en lo referente a la apertura de sus concepciones sociales y morales.

Al parecer, los textos hallados en la región de Cachemira corresponden a los antepasados de la Tribu de Shinlung, que fueron perseguidos primero por los Persas, después por los chinos, y tras establecerse en el actual Vietnam escondidos en cuevas (el vocablo "Shinlung" significa moradores de cuevas), fueron también expulsados de allí, estableciéndose definitivamente entre la India y Birmania. La Tribu de Shinlung perfectamente podría corresponder a la Tribu Israelita perdida de Manasés pues todavía hoy en día participan de creencias y practicas rituales de origen judío como su sistema de *zebajim* o sacrificio de animales similar a los de las Escrituras Bíblicas, la santificación de sus niños recién nacidos en el octavo día, o su manera de enterrar a sus muertos sin cremación. También conservan días de fiesta correspondiente a las fiestas hebreas; y la manera de referirse a su Dios o ser supremo es mediante el vocablo Y'wei, muy similar al hebreo Yahvé.

La hipótesis que yo manejo es que, en efecto, la Tribu de Shinglung corresponde a la tribu de Manasés; y que durante sus largas persecuciones algunos de sus miembros se establecieron en Cachemira, antes incluso de la expansión de las ideas budistas por aquellas tierras; y que a estos asentamientos corresponden los textos hallados. Sin embargo, el contenido de los textos no deja pensar en una influencia hebrea sobre el budhismo sino más bien todo lo contrario, posiblemente debido a que el budhismo era la "religión oficial" en la época en que han sido datados los textos.

Así pues, cuando encontré entre los trabajos académicos entregados a mi predecesor un manuscrito en donde se establecían relaciones claras y fundamentadas entre el budhismo, el judaísmo y el cristianismo, no pude menos que sorprenderme de la casualidad de que tratara sobre un tema muy similar al que yo había dedicado el último año de mi vida. El texto llegó a mis manos justamente cuando mejor preparado estaba para poder valorarlo y más apasionado estaba por su temática. Mis estudios del pasado año me dieron la posibilidad de analizar el manuscrito con profundidad de criterio histórico, y con amplios conocimientos sobre budhismo y judaísmo. La sorpresa inicial pronto dejó paso a la admiración; y esta poco a poco hizo brotar en mí una curiosidad que todavía me embarga, tanto en lo personal como en lo profesional.

Lo primero que hice tras leer el manuscrito fue tratar de localizar al autor del mismo para, simplemente, tener la posibilidad de comentar con él las ideas allí plasmadas. En este sentido hay que señalar que la U.C.S. (Universidad Católica de Santiago) tiene un sistema de evaluación mediante el cual el profesor, cuando corrige un trabajo, solo conoce el número asignado al mismo. Con este número se localizan en secretaría los datos correspondientes al alumno, asignatura, docente, etc. El sistema es simple, confiable y facilita la tranquilidad, tanto del profesor como del alumno, de que solo se va a evaluar el trabajo con total independencia de quién lo elaboró. Funciona de la siguiente manera: a todo documento a evaluar se le adjunta una hoja con un número de registro, la cual tiene una cabecera impresa en donde también aparece ese mismo número. En la cabecera el alumno rellena sus datos y luego la recorta. Al profesor se le entrega el trabajo a evaluar junto con la hoja de registro, y la cabecera se entrega en secretaría. Cuando el profesor corrige los trabajos simplemente entrega en secretaría un listado con los números de registro y su correspondiente calificación. En secretaría buscan las cabeceras correspondientes a dichos trabajos y, una vez localizado el número de registro que corresponde a cada

estudiante, pasan las calificaciones a las actas. Las cabeceras se conservan en secretaría durante tres meses por si algún alumno desea presentar una reclamación y de no haberla se destruyen.

Mi predecesor, el Dr. Hanns Bowerstock, falleció de manera repentina semanas antes del comienzo del actual curso académico. Se encontraba de vacaciones en la Isla de Pascua cuando sufrió una insuficiencia renal que acabó con su vida en pocas horas. Al conocer la noticia, el Rector de esta Universidad se puso en contacto con los rectores de aquellas universidades en las cuales tenía contactos. Desde la Universidad de Tel Aviv tuvieron la gentileza de recomendarme para el puesto cuando mis trabajos con el Instituto de Estudios Hebreos ya estaban concluidos. Tras una breve y formal entrevista con el Rector de la U.C.C., fui aceptado en el puesto de manera interina hasta que la Cátedra vuelva a salir a concurso. Cuando entré en el despacho del fallecido Dr. Bowerstock por primera vez, me llamó poderosamente la atención el escrupuloso orden en que encontré todo, teniendo en cuenta lo imprevisible de su deceso. El mobiliario era el básico: una amplia mesa de despacho con un cómodo sillón y unos pequeños armarios coronados por estanterías llenas de libros que llegaban hasta el techo. Sus objetos personales eran prácticamente inexistentes: un par de bolígrafos de propaganda; un cenicero cerámico conteniendo clicks de oficina; un pisapapeles de piedra representando el monte calvario, con tres cruces doradas incrustadas en su parte superior; y el conocido retrato de Albert Einstein sacando la lengua colgado en la pared. Como mi predecesor no tenía familia conocida me tome la libertad de donar en su nombre todos sus libros a la biblioteca de la Universidad y de conservar sus objetos personales.

Los armarios de su despacho contenían trabajos ya evaluados que por alguna razón el Dr. Bowerstock conservaba. Como me interesaba conocer el nivel académico de la población estudiantil a la que tendría que enseñar, me tome buena parte de mi tiempo libre para explorar el material allí contenido. La línea pedagógica de la U.C.C. considera que en la asignatura de Lingüística la evaluación debe de realizarse fundamentalmente mediante trabajos elaborados por el estudiante. El Dr. Bowerstock participaba plenamente de este punto de vista y rara vez realizaba exámenes, por lo que sus armarios estaban repletos de trabajos ordenados por año y tarea. En el grupo de trabajos correspondiente al año dos mil encontré una tarea de redacción como trabajo de evaluación final. Este era el enunciado: "Redacte un texto en primera persona del singular que no sea inferior a cincuenta páginas ni superior a quinientas." Entre los trabajos presentados correspondientes a esta tarea encontré el manuscrito del que estoy hablando.

Cuando leí el texto inmediatamente comprendí el valor del mismo. En un primer análisis llamaron mi atención tres aspectos. En primer lugar me sorprendió su aportación gramatical. La relación entre las personas gramaticales y los tiempos verbales ha sido poco tratada en la historia de la literatura. Normalmente, cuando leemos un texto, a no ser que estemos implicados en su estudio, no tomamos consciencia de que, si el narrador y el protagonista son la misma persona, los hechos contados deben de corresponder al pasado. Me explico. Evidentemente, si el narrador está narrando la historia, valga la redundancia, no puede estar haciendo otra cosa en el presente más que escribir el texto que nosotros leemos, por lo tanto la historia ha debido de suceder en el pasado. Es por esto por lo que la relación entre la primera persona y el tiempo pasado está bien establecida, aunque sea de forma inconsciente, en todo lector. Por las anotaciones del Dr. Bowerstock, entiendo que en sus clases llamó la atención de sus alumnos sobre el hecho de que los tiempos verbales y las personas gramaticales comparten el mismo número, tres. ¿Qué relaciones podemos establecer entre unos y otras? La respuesta a esta pregunta nos llevaría al estudio de las teorías aportadas por diversas escuelas filosófico-teológicas, como la

cávala judaica o el sufismo árabe, en las cuales se relacionan la gramática y el uso del lenguaje con la divinidad pues consideran el lenguaje, el logos, como la esencia misma de Dios. En todos los troncos lingüísticos sabemos de la existencia de este tipo escuelas que se dedican a estudiar la relación entre su lengua y su idea de Dios; que estudian la presencia de Dios en la gramática y sus leyes como la esencia del orden que da sentido a nuestros pensamientos y que por lo tanto da sentido a todo, pues estas escuelas consideran que todo existe en la medida en que puede ser pensado, y no puede haber pensamiento sin lenguaje. En realidad el texto no profundiza sobre estos aspectos, pero sí suscitó en mí la inquietud en esta línea de estudio y de enseñanza. De hecho ya estoy recopilando bibliografía sobre teología y lingüística.

En segundo lugar, y quizá la característica del texto que más me ha afectado en lo personal, ha sido el profundo análisis de las ideas religiosas de la época en que transcurre la acción. Mis convicciones religiosas nunca han sido muy profundas pero siempre cercanas al monoteísmo judeo-cristiano. El hecho de encontrar soluciones teológicas a cuestiones espirituales planteadas desde una historia de ficción me ha permitido ver con claridad que la religión es una para todos los hombres de todas las épocas y lugares. Las distintas religiones, con sus credos y ritos, son meras respuestas temporales a un mismo deseo espiritual inherente al ser humano. Los estudios de antropología e historia de las religiones que tratan estos temas son muy amplios, pero no lo son tanto los libros de novela histórica. De novela histórico espiritual, como definiría yo este trabajo.

Por último el texto nos obliga a plantearnos si la llamada globalización es un invento de finales del siglo XX o ya existía hace más de dos mil años. Nos recuerda que ya entonces existía una lengua común, el griego; un poder político unificador, el Imperio Romano; unas rutas comerciales como la de la seda o la del Océano Indico, que unían las culturas del Mediterráneo con las de Oriente por las que transitaban mercancías e ideas. Puede que nuestro Mundo no haya cambiado tanto desde entonces, aunque pensemos lo contrario.

Con la intención de poder iniciar una nueva línea de investigación en la Cátedra que me permita ganarla en concurso, traté de localizar al autor del trabajo para nombrarlo uno de mis colaboradores, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. Las actas de los diferentes grupos que cursaron estudios de Lingüística con el Dr. Bowerstock en el año dos mil incluyen a más de trescientos alumnos pues, aunque se trata de una asignatura impartida durante el último curso en donde la población estudiantil disminuye considerablemente con respecto a los primeros, la misma constituye un crédito trimestral necesario para dos licenciaturas. Esto suma en total seis grupos. Pasé dos tardes completas en secretaría estudiando las actas de todos los alumnos que lograron graduarse para llegar a la conclusión de que así sería materialmente imposible localizar al autor del texto dado que la mayoría de las direcciones que constan en los registros corresponden a residencias de estudiantes, a excepción de las pertenecientes a los pocos alumnos procedentes del área metropolitana de Santiago de Chile. La gran mayoría de los estudiantes de aquellos cursos ya no residen en la dirección que consta en secretaría, pero aun así hice el esfuerzo de localizar a algún alumno correspondiente a aquella promoción. De los únicos tres estudiantes con los que logré ponerme en contacto ninguno pareció comprender a qué se debía mi interés en localizarles ni habían oído comentarios alguno entre sus compañeros referente a ningún trabajo especialmente brillante presentado al Dr. Bowerstock como tarea de final de curso. Esto me hizo pensar que dicho trabajo se entregó cuando ya las clases habían finalizado por lo que no hubo tiempo material de comentarlo en el aula.

Confío en que el hecho de publicar este texto pueda ayudarme a localizar a su autor. Si alguno de los lectores reconoce su estilo y/o contenido, agradecería que me ayudara a ponerme en contacto con él pues tengo el convencimiento de que le interesará colaborar en la creación de una nueva línea de investigación en la cátedra que actualmente dirijo. Sin más preámbulos, les dejo con la lectura de este trabajo en la esperanza de que la disfruten y me puedan ayudar.

**TRABAJO ANÓNIMO FIN DE CURSO**

**Título:** Primer Tiempo Primera Persona

**Asignatura:** Lingüística

**Licenciatura:** Filología

**Universidad Católica De Santiago**

**Nº registro:** 0254 / 2000

**Asignatura:** Lingüística

**Profesor:** Dr. Hans Bowerstock

**Evaluación:** Trabajo Final de Curso

**Ejercicio:** Presente una redacción en pasado y primera persona del singular que no sea inferior a cincuenta páginas ni superior a quinientas.

## PRÓLOGO

Yo era muy pequeño la primera vez que recuerdo haber escuchado hablar sobre el Canon Pali. Por aquel entonces vivía con mis padres en la casa de Alejandría Bucéfala que mi familia ha conservado desde que mis antepasados, llegados con Alejandro Magno desde Grecia, conquistaron Gandhara, en las montañas del Cáucaso Indico.

La historia de mi familia está unida a la fundación de Alejandría Bucéfala hace poco más de trescientos años. Alejandro encomendó a mi antepasado, el Capitán Eliano, el gobierno y la administración de la ciudad fundada en la rivera del río Hidaspes, afluente del Indo, que recibe sus aguas de las cercanas montañas *Jimalaia*<sup>1</sup>. Alejandría Bucéfala es un importante asentamiento en la ruta que une las llanuras del río Ganges con Bactria y Partia. Eliano, siguiendo los consejos de Alejandro, se casó con una mujer Gandhari fundando así nuestra dinastía familiar. Desde pequeño siempre escuché que mi antepasado era uno de los capitanes más valorados por Alejandro, y que por eso este le encomendó el gobierno y control de la ciudad a la que consideraba una verdadera puerta de entrada a la India. Mi antepasado, el capitán Eliano, fue herido en la batalla librada junto al río Hidaspes, en donde las tropas de Alejandro vencieron a las del rey indio Poro. Tras la batalla, Alejandro y sus tropas decidieron regresar a Macedonia siguiendo la ruta al Mar de Eritrea<sup>2</sup> a donde llegaron siguiendo el curso del río Indo; pero mi antepasado herido prefirió quedarse y Alejandro lo nombró gobernador de la ciudad que fundó siguiendo el modelo de *polis* griego aprovechando el campamento que había levantado a orillas del río para preparar la batalla contra el rey indio. En la rivera opuesta fundó otra ciudad a la que llamó Nicae para así controlar el paso del Hidaspes a través del puente con el que las unió. Bucéfala era su lugar preferido pues aquí enterró a su amado caballo tras su muerte, sin duda causada por las heridas sufridas en la batalla. Con su nombre bautizó la ciudad que fundó donde enterró a Bucéfalo con el deseo explícito de que su memoria perdurara por siglos, pues dicen que amaba tanto a su bestia como a sí mismo, que lo lloró por más de tres días y que interpretó su muerte como un augurio para no continuar su avance hacia la India. Nicae no pasó de ser más que una aldea, pero Alejandría Bucéfala se convirtió en la ciudad griega más oriental.

Con la llegada del emperador Asoka a la región, unos ochenta años más tarde, mi familia abrazó la fe budista y contribuyó sobremedida a su difusión y crecimiento. Pagó para que esculpieran estatuas del Budha similares a las de los dioses griegos que ya existían en la ciudad y colaboró en la fundación de la primera universidad-monasterio budista en la cercana ciudad de Taxila, a unos mil estadios de distancia. Mi familia abandonó las labores de gobierno y se dedicó por entero a las tareas relacionadas con la educación, la cultura y el crecimiento espiritual, tanto propio como de los demás, cambiando su influencia política por la religiosa. Los varones de la familia eran educados en la fe budista hasta la edad de veinte años. Luego regresaban al seno de la familia por al menos un año después del cual decidían si querían seguir una vida monacal dedicada al estudio y la enseñanza o formar una familia. Muchos, como mi abuelo, decidían casarse y tener hijos; y una vez criados estos regresaban al monasterio para continuar con su búsqueda espiritual camino del Nirvana.

Yo tenía doce años el día que mi abuelo entró en la casa con su manto cubierto de nieve. Se acercó a mi padre y a mi, que estábamos calentándonos junto al fuego, y le dijo a mi padre.

- Las hordas de las tribus *kusha* han entrado en Taxila.

- Y ¿cuáles son sus intenciones? -preguntó mi padre con calma.

- Han derrocado al rey Karahostes y se han instaurado en el poder. No creo que haya mucha diferencia con lo que pasó cuando llegaron los escitas. Con estos pueblos nómadas siempre es lo mismo. Llegan, asesinan a los gobernantes y nos convierten en sus súbditos. ¿Recuerdas la última invasión?

- Yo era muy pequeño padre, pero si recuerdo el paso de los escitas cuando cruzaron el río para derrotar a Hipostratos, el último rey de linaje griego, ¿verdad?

- Si hijo sí. Desde entonces no hemos tenido tranquilidad -mi abuelo adoptó la misma expresión relajada que adquiría su cara cuando meditaba y continuó-. Yo estuve junto al puente cuando regresaron las tropas victoriosas cargando los cráneos, todavía ensangrentados, de sus desdichados enemigos. Eran un pueblo salvaje que ni siquiera conocían la escritura. Sin embargo nos respetaron. No por amor claro sino por que tenemos algo que ellos jamás han tenido, cultura. Una cultura muy superior a la suya que los sátrapas escitas del linaje de Azes han aprovechado para gobernarnos.

Mi padre se quedó pensativo y al poco levantó la cabeza y dijo con gesto de preocupación.

- De todas maneras no podemos correr riesgos. Date cuenta que nuestra colaboración con los escitas podría ser mal interpretada por los *kushas*.

- A nosotros no nos interesa el poder ni la guerra. Lo que deseamos es tener buenos gobernantes, por eso colaboramos con los escitas y lo haremos también con los nuevos sátrapas *kushas*. No queremos bárbaros que rijan nuestro destino así que ayudaremos a los *kushas* a encontrar el camino del buen gobierno.

- Yo eso ya lo se padre. Sabes que estoy de acuerdo contigo. El gobierno y los tributos para ellos; nosotros les mostraremos el camino del conocimiento como hicimos con los escitas. Pero ¿lo saben ellos? ¿Saben que no tenemos interés en sus luchas por el poder? -mi padre puso gesto grave y añadió-. Debemos ser prudentes y proteger la copia del Canon Pali con todas nuestras fuerzas.

- Recuerda hijo -contestó mi abuelo- que nuestra fe no nos permite el uso de la fuerza. Más nos vale morir a manos de los *kushas* fieles a nuestros ideales de paz que defender nuestro gobierno o posesiones con violencia condenándonos a una eternidad de sufrido arrepentimiento.

Yo no podía discutir las palabras de mi abuelo pues sabía que formaban parte de los principios que fundamentaban la forma de vida de mi familia. Sin embargo, las historias de las batallas libradas por mi antepasado Eliano junto al gran Alejandro no dejaban de ocupar mis jóvenes pensamientos ni un instante. Yo soñaba con vencer en combate a nuestros enemigos cuando aun no los teníamos.

Ahora que los mismos habían cobrado vida en forma de los *kushas*, me entraron ganas de sacudir a mi abuelo para suplicarle que me dejara organizar la defensa de nuestra ciudad. Sin embargo de mi boca salieron otras palabras.

- ¿Qué es el Canon Pali abuelo? -pregunté.

Mi abuelo miró a mi padre y de inmediato me devolvió una cariñosa sonrisa diciendo.

- Creo que ya tienes edad suficiente como para conocer su historia.

Dicho esto se acercó un sillón junto al fuego, se acomodó y con un gesto sereno nos indicó a mi padre y a mi que hiciéramos lo mismo y comenzó su relato.

- Cuando yo tenía más o menos tu edad, mi abuelo me contó como viajó al Sur de la India para escribir sobre hojas de palma todas las enseñanzas del Budha. Ya sabes que El Budha nunca escribió nada. Se dedicó a difundir sus enseñanzas mediante discursos y pláticas entre sus discípulos durante cuarenta y cinco años. Tras su muerte sus discípulos difundieron su fe y sus enseñanzas de la misma forma. Recordaban sus palabras y las repetían una y otra vez hasta memorizarlas y transmitírselas a los más jóvenes. Desde entonces los monjes dedicamos muchas horas al día al sagrado arte de la memorización, logrando los más aventajados llegar a memorizar miles y miles de versos y sentencias del maestro. Este es uno de los tantos caminos abiertos a la meditación que aprenderás cuando ingreses en el monasterio mi querido Gurka -me dijo mi abuelo mientras me sonreía y acariciaba mi cabeza con un gesto cariñoso. Después recuperó su relato.

"Mi abuelo Kapalamendi, es decir, tu tatarabuelo, era uno de los monjes más destacados de Gandhara por su preciosa caligrafía. Se distinguió por ser uno de los más grandes impulsores de la escritura en nuestra región. Por aquél entonces, hace unos cien años, no era tan sencillo como ahora encontrar hojas de palma en donde escribir, y tu abuelo puso un gran empeño en conseguirlas de los comerciantes que llegaban desde el Ganges. Así pudo dar continuidad a la enseñanza y la práctica de la caligrafía en nuestro monasterio. Si a esto añadimos que a la edad de cincuenta años había logrado memorizar todos los discursos y las sentencias del Budha sin prácticamente errores, cuando llegó la noticia al monasterio anunciando la convocatoria del Cuarto Concilio budhista nadie dudó de que tu tatarabuelo debería de ir acompañando al Monje Superior del monasterio, el venerable Maharakkhita. Además, nuestro antepasado era una persona fuerte y saludable que difícilmente enfermaba, lo que le convertía en el candidato más idóneo para tan largo y comprometido viaje."

Mi imaginación volaba pensando cómo sería mi tatarabuelo. Miraba a mi abuelo y le estiraba la cabeza para darle una forma más acorde con la estatua de Apolo que tenía detrás. Lo veía más alto y de rasgos más delicados, sentado en su escritorio de abedul disfrutando mientras pintaba las fascinantes formas geométricas de los caracteres sánscritos.

- Debían de acudir a la Isla de *Tamirabarani*<sup>3</sup> para redactar lo que hoy conocemos como el Canon Pali Budhista. -cuando mi abuelo mencionó el Canon Pali salí de mi ensoñación y acerté a preguntar.

- ¿Dónde está *Tamirabarani* abuelo?

- *Tamirabarani* es una Isla al sur de la India -prosiguió mi abuelo-. En ella se encuentra *Aloka Lena*, una cueva enorme que acogió a la congregación durante más de tres años. Durante ese tiempo nuestro antepasado, junto a otros quinientos monjes llegados de los más remotos lugares de la India, se dedicaron a recitar las enseñanzas del Budha que cada uno de ellos había aprendido de sus maestros y a transcribirlas en hojas de palma.

Yo no podía imaginar como quinientos monjes podían permanecer durante tres años reclusos en una cueva recitando las enseñanzas del Budha y transcribiéndolas a hojas de palma. ¿No descansaban ni para comer? ¿Cómo se alimentarían? ¿De qué vivían?

- ¿Y de qué vivían? ¿Quién les mantenía? -pregunté.

- ¡Buena pregunta Gurka! -respondió mi abuelo mirando a mi padre como quién espera una respuesta. Mi padre me contestó.

- El Concilio fue patrocinado por el Rey de *Tamirabarani* que pagó la manutención de todos los monjes. Vattagamani, que así se llamaba este monarca, era un ferviente budhista que había visto morir a muchos ancianos monjes durante los años anteriores en los que una terrible hambruna azotó su Isla. Los monjes acudieron a él pidiendo su ayuda para la recuperación y conservación de las enseñanzas del Budha, pues ya algunos de los monjes más ancianos de sus monasterios habían abandonado este mundo llevándose con ellos sus conocimientos. Pensó que lo mejor era convocar a los monjes de los otros monasterios de la India para reunir todas las enseñanzas del Maestro en una gran obra escrita. Como la lengua que se hablaba en *Tamirabarani* era el Pali, a este compendio de textos se le llamó el Canon Pali.

- Ya sabes que nuestro venerable Maharakkhita era uno de los Monjes más sabios y reputados de su época - agregó mi abuelo-. Por eso se le encargó a él la dirección del Concilio. Y por eso tu tatarabuelo tuvo la oportunidad de participar muy activamente en el mismo, realizando una copia completa de los textos recitados que trajo consigo a Gandhara cuando terminó el Concilio.

Mi padre me cogió de la mano y me llevó a la biblioteca familiar en donde se acumulaban las hojas de palma guardadas en cajas, así como los pliegos de corteza de abedul depositados en cestos de mimbre. Cada caja y cada cesto contenía una inscripción. De entre todos destacaba un gran mueble de madera hacia el que me llevó mi padre.

- Ves, aquí está contenida nuestra copia del Canon Pali.

- ¿Todas estas hojas? ¡Deben de ser miles!

No salía de mi asombro. Durante el relato de mi abuelo había imaginado el Canon Pali como una caja conteniendo unas cuantas hojas, a lo sumo mil. Al ver semejante volumen me quedé sorprendido.

- Esta es la copia que nuestro antepasado trajo desde Tamirabarani -dijo mi padre-. Desde entonces la hemos conservado en la familia.

- Claro que al principio permaneció en el monasterio para ser copiada -continuó mi abuelo-. Desde que en el Monasterio la transcribimos a cortezas de abedul en nuestra lengua, el *Gandhari*, usando caracteres *Kharosthi*, se nos ha permitido conservarla como muestra de la gratitud de nuestra congregación a los servicios prestados por nuestra familia al monasterio.

Yo seguía admirado por aquella cantidad de hojas. Ocupaban más espacio que mi padre, mi abuelo y yo juntos. Mi joven e inocente cabeza no podía comprender cómo nadie podía ser capaz de memorizar tan ingente cantidad de textos.

- Abuelo, ¿tu has memorizado todo esto?

Mi abuelo me sonrió con ternura y me dijo.

- Querido Gurka, ya verás que con el tiempo tu también lo harás. No hay nada que el hombre no pueda hacer con tiempo y voluntad. Pero eso ya lo aprenderás cuando ingreses al monasterio.

- Hoy has conocido una de las muchas historias que algún día tendrás que contar a tus hijos y a tus nietos para que no se pierdan. ¿Serás capaz de recordarla? -dijo mi padre.

- ¡Claro! -respondí todavía admirando el mueble que contenía el Canon Pali.

- Lo que podríamos hacer -dijo mi padre dirigiéndose a mi abuelo- es traspasar todas las hojas a vasijas de cerámica y enterrarlas hasta estar seguros de que no corren peligro cuando lleguen los *kushas*.

- Esa me parece una buena idea. Mañana podemos dedicarnos a ello.

Me abracé a mi abuelo y mi padre me cogió la mano. Salimos de la biblioteca y regresamos junto al fuego. En ese momento entro mi madre para pedirnos que acudiéramos a la cocina a cenar, lo que hicimos con gusto.

Ese día quedó bien grabado en mi memoria. Es la primera vez que recuerdo haber tomado una decisión sobre qué hacer con mi vida: Yo memorizaría el Canon Pali tal y como mi abuelo y mi tatarabuelo habían hecho. Así que acepté de buen grado la decisión que esa misma noche tomo mi familia de enviarme con mi abuelo al Monasterio de Taxila en donde él vivía. Yo todavía no sabía leer ni escribir y estaba esperando ansioso el momento de comenzar mi educación en las letras. En mi familia siempre se había hablado varias lenguas. El griego era el idioma oficial de Gandhara. Las monedas se acuñaban con sus caracteres, y también las ordenanzas y edictos públicos se escribían en esa lengua. Incluso los escitas la habían adoptado y aprendido. En mi familia todos la hablábamos desde que nuestro antepasado el capitán Eliano participó en la fundación de Bucéfala, siendo para nosotros un orgullo el ser herederos de tan importante cultura. Sin embargo no todo el mundo la entendía pues la lengua más popular entre la comunidad era el *gandharí* o *kharosthi*, una variante

dialéctica del sánscrito con la que mis padres habitualmente se dirigían a los criados. Además, la tradición familiar iniciada por mi tatarabuelo había despertado en toda nuestra familia el estudio de las lenguas sagradas como el sánscrito o el pali, que aun no siendo una lengua sacra así estaba considerada por nosotros por ser la primera en que se vertieron las enseñanzas del Budha. Desde que tengo uso de razón recuerdo haber hablado varias lenguas. Para mi forma parte de mi propia esencia. Como andar. No recuerdo haber aprendido a hacerlo pero lo hago sin esfuerzo. En mi familia siempre se habló el griego y el Kharosthi de forma habitual, y ocasionalmente escuchaba conversaciones en sánscrito o pali entre mis familiares, aunque nunca se dirigían a mi en estas lenguas. Mis pensamientos tomaban la esencia de los conceptos para luego concretarse en palabras. Podríamos decir que no tenía una lengua con la que pensar sino más bien ninguna. Mis pensamientos no llegaban a mi en forma de discurso verbal sino como conocimiento directo que verbalizaba mentalmente en la lengua que mejor describía la idea en la que quería pensar, pues unas lenguas describen mejor que otras las distintas situaciones o conceptos. Esa era para mi una habilidad natural casi innata.

A la mañana siguiente mi abuelo y mi padre clasificaron las hojas del Canon Pali y las introdujeron en unas tinajas de barro, que sellaron y enterraron en el sótano de la casa. Luego prepararon mi equipaje, incluidos algunos pinceles de escritura que mi abuelo tenía guardados para mi desde que nací. Me despedí de mis padres con más ilusión que dolor. También ellos parecían estar esperando este momento desde hace años. La llegada de los *kushas* solo había precipitado mi salida. Durante las distintas invasiones que la región había sufrido, nunca había sido atacado o saqueado ningún monasterio budhista, así que sin duda era el lugar más seguro para mí. Al día siguiente partimos mi abuelo y yo hacia la cercana Taxila, aunque para mi era como un viaje al fin del Mundo.

El viaje a Taxila duró cinco días. Nos unimos a una caravana de comerciantes que venían desde Benarés y se dirigían, como nosotros, a la capital de Gandhara cargando sus productos. Bucéfala era parada obligada para todo el que se desplazaba por la llamada *Ruta Uttarapatha*, entre los valles del río Ganges y los del Indo, pues su afluente, el río Hidaspes, solo podía ser cruzado por el puente que unía nuestra ciudad con Nicea, de menor importancia estratégica por situarse al oriente desde donde, con razón, nunca se temieron las invasiones extranjeras. La distancia que nos separaba de Taxila era de poco más de mil estadios, pero el comienzo del invierno hacía los días cortos y obligaba a dedicar mucho tiempo en preparar los campamentos para la noche. Eso hizo que nuestro viaje durara más de lo normal. Por unas cuantas monedas los comerciantes nos permitieron acompañarles de buen grado; máxime cuando supieron de la invasión de Taxila por los *kushas*, a sabiendas de que un respetado monje budhista como mi abuelo les podría ser de gran utilidad a la hora de negociar su ingreso en la ciudad. Su caravana estaba formada por tres elefantes y unos diez caballos. Los elefantes los empleaban para transportar sus mercancías mientras que los caballos los usaban tanto para montar durante los tramos en los que descansaban sus pies, como para cargar sus equipajes y pertrechos de acampar. Yo ya había visto elefantes pasar por Bucéfala pero nunca había viajado en uno. Los comerciantes fueron muy amables y me permitieron montar en uno junto a su guía. Mi abuelo y yo hablábamos con ellos en pali. Aunque yo no lo dominaba a la perfección sí lo entendía, a

excepción de alguna expresión propia de los valles del Ganges que no lograba descifrar. Mi compañero en la montura del elefante al que me subieron se llamaba Karashi y era guía de elefantes desde pequeño. Había nacido en Benarés y tendría unos dieciocho años. Era hindú y me habló durante todo el viaje de su ciudad y de sus creencias brahmánicas.

Me contó que Benarés era una ciudad santa dedicada al Sol, con miles de años de antigüedad y con cientos de templos consagrados a los distintos dioses que pueblan la cosmogonía brahmánica. Según Karashi, una de las cinco cabezas de su dios supremo y creador, *Brahma*, logró por fin descansar al llegar a Benarés, cosa que no pudo hacer hasta ese momento. También me contó que la mano izquierda de una de las reencarnaciones de *Shiva*, *Sati*, cayó en su ciudad cuando se la cortaron en una batalla. *Shiva* es el dios de la destrucción y de la guerra. Algo así como lo que simboliza el dios *Ares* para los griegos. Según me contó Karashi, *Shiva* tiene un tercer ojo en medio de la frente al que llaman *Bindi*, con el que puede ver el pasado, el presente y el futuro. Ese ojo le da unos poderes sobrenaturales con los que puede destruir a los otros dioses, incluso al creador *Brahma* y al conservador del Universo, *Vishnu*. Pero normalmente lo utiliza para destruir las malas acciones y a quienes las realizan, y con sus cenizas mortuorias cubre su cuerpo. Este es el motivo por el que Karashi me dijo que se ungía todos los días con un poco de ceniza funeraria o *hasma* que había recogido en los crematorios que hay en Benarés, junto al río Ganges. Para él, este sencillo ritual diario le ayudaba a recordar que la muerte es la realidad última de la vida, y que en ella reside el poder de *Shiva*.

A mi me costaba entender cómo un dios destructor como *Shiva* podía simbolizar también el ascetismo y la meditación. Karashi me contó que una vez *Shiva* estaba sumido en una profunda meditación cuando *Kamadeva*, la diosa del deseo, le disparó sus flechas de flores para que se enamorara de su futura esposa Parvati. *Shiva* la destruyó con el poder de su tercer ojo, aunque finalmente acabó casándose con Parvati y resucitando a Kamadeva. Me llamó poderosamente la atención que la diosa del amor hindú también disparase flechas como nuestro *Eros* griego. Pero todavía me sorprendía más que *Shiva* fuera considerado por los hindúes como el dios más benevolente, a quien se podía complacer fácilmente y quien otorgaba las más altas bendiciones a cambio de muy pocas ofrendas. Si las complicadas historias de los dioses griegos me eran difíciles de comprender, más lo eran las de los dioses hindúes a los que mi cabeza infantil situaba habitando alguna lejana región del Olimpo griego. En mi imaginación veía a *Shiva* peleando contra *Zeus* por el dominio de los cielos. *Shiva* atacaba con su poderoso tercer ojo mientras *Zeus* contestaba su ataque con sus imponentes rayos.

Pero de todas las historias de dioses que Karashi me contó, hubo una que me impresionó más que ninguna por ser su protagonista un niño-dios, *Ganesha*, el hijo de *Shiva* y *Parvati*, con quien me sentí plenamente identificado. *Ganesha* nació cuando su padre estaba guerreando con los demonios o *asuras*. Cuando *Shiva* regresó, *Ganesha* ya había cumplido los diez años y *Parvati* le pidió que vigilara la puerta de sus aposentos mientras se bañaba. En ese momento regresó *Shiva* pidiendo ver a *Parvati*, pero ni *Shiva* reconoció a su hijo ni *Ganesha* reconoció a su padre así que este le prohibió el paso. *Shiva* se enfureció terriblemente y le cortó la cabeza al joven *Ganesha*. En eso apareció

Parvati que se deshizo en llanto al ver a su hijo decapitado. Cuando *Shiva* se dio cuenta de lo que había hecho, bajo a la Tierra con la promesa de conseguir para su hijo la cabeza del primer ser que encontrara, resultando ser este un elefante. Yo estaba fascinado con esta historia y le pedía a Karashi que me contara todo lo que sabía sobre *Ganesh*. Él lo adoraba por ser el dios de los caminos y los viajes, por eso se encomendaba a él antes de cada travesía y estaba convencido de que este era el motivo por el que nunca había sufrido ningún percance en los numerosos y peligrosos viajes que había emprendido como guía de elefantes. A mi, sin embargo, me atraían más los poderes que le otorgaba su cabeza de elefante, pues por ella era considerado también como el dios de la sabiduría y de las letras. Poderes que yo deseaba más que nada en el mundo para poder alcanzar mi objetivo de memorizar el Canon Pali al completo y dominar la escritura de las más diversas lenguas tal y como mis antepasados habían hecho. En mis fantasías infantiles me convertí en la reencarnación de *Ganesh*, liderando los ejércitos de demonios de mi padre *Shiva* y montando mi poderosa rata, capaz de salvar todos los obstáculos que se me presentaran. No recordaba haberme sentido tan identificado con ninguno de los dioses griegos cuyas historias había escuchado desde niño. Solo el caballo alado *Pegaso* me atraía de igual manera, seguro por vivir en una ciudad dedicada a un famoso equino y por ser la cría de caballos la tarea fundamental a la que se dedicaba mi familia. Soñaba con poder montar a *Pegaso* como logró hacer *Belerofonte*, aunque yo no cometería el pecado de arrogancia que él cometió al obligar a *Pegaso* a que le llevara al Olimpo para así convertirse en un Dios. Como a *Zeus* no le gustó su osadía, le castigó enviando un mosquito para que picara a *Pegaso* y lo encabritara, precipitando por ello al ambicioso *Belerofonte* al vacío, quedando este lisiado de por vida y obligado a pasar el resto de sus días en soledad alejado del Mundo. Mi sueño era montar a *Pegaso* tal y como había escuchado que hacía el gran Alejandro con Bucéfalo, como un centauro, como una unidad caballo-jinete. *Pegaso* nació de la sangre derramada por *Medusa* cuando *Perseo* le cortó a esta la cabeza. Mi adorado *Ganesh* también nació al imponerle *Shiva* una cabeza nueva. Por eso hermanaba a *Pegaso* con *Ganesh*, por ser ambos producto de una decapitación, lo que hacía que en mi mente se adoraran profundamente el uno al otro. Yo me veía montando a *Pegaso* siendo *Ganesh*, con mi prodigiosa cabeza de elefante. Una cabeza tan poderosa como la que yo lograría conseguir con mi esfuerzo en el monasterio al que me dirigía.

Más o menos a mitad de camino nos toparon los *kushas*. Cuando los vi llegar a lo lejos desde lo alto de la montura del elefante que compartía con Karachi, me dio la impresión de que se acercaba un grupo de centauros dispuestos para la batalla. Karachi me saco de mi ensoñación cuando dio la voz de alarma.

- ¡Jinetes! ¡Se acercan jinetes! -gritó.

De inmediato mi abuelo y el jefe de la caravana se acercaron a nosotros.

- ¿Cuántos son? ¿Vienen armados? -pregunto nervioso el mercader.

- Calculo que serán un centenar. Portan lanzas y armaduras -contestó Karachi.

- ¡Ruda, manda parar a todos! -ordenó el jefe de la caravana a uno de sus criados-. Que se hagan al lado del camino y mantengan tranquilas a sus bestias.

La excitación era general. El único que parecía tranquilo era mi abuelo, que me ordenó bajar del elefante y me dijo.

- Escucha Gurka, no conocemos las intenciones de los *kushas*. Lo mejor será que permanezcas al otro lado del camino junto al elefante. Estate quieto y callado ¿has entendido?

- Sí abuelo -contesté.

Luego se dirigió a Karachi.

- ¡Karachi, cuida de Gurka mientras platicamos con los guerreros!

Mi abuelo era de ese tipo de personas cuya sola presencia despierta autoridad. Karachi aceptó sus órdenes con una leve inclinación de cabeza y le siguió con la mirada viendo como se dirigía al frente de la caravana para buscar al jefe de la expedición. En ese momento los jinetes se encontraban a menos de un estadio de nosotros. Mi abuelo y los demás comerciantes de la caravana formaron una especie de comité de bienvenida. Cuando los jinetes les toparon, quien iba al mando lanzó unos gritos en griego que no pude entender. Mi abuelo transmitió las ordenes al resto de la caravana. Nos pidieron dejar amarrados a los animales y acercarnos todos hasta la posición que ocupaba el jefe de los *kushas*. Su traje era vistoso, con una especie de pantalones y un vestido abierto que le llegaba hasta las rodillas hasta casi cubrir sus botas. Llevaba una espada en el cinto y otra en la montura. Su caballo era el más grande que yo jamás había visto. Pero además, la coraza que lo protegía le daba un aspecto casi humano. El conjunto caballo-jinete era de una majestuosidad que yo solo había podido imaginar en mis sueños mitológicos. Cuando todos estábamos a no más de veinte codos de él, se quitó el casco y comenzó a hablar en griego con un extraño acento.

- ¡Nobles mercaderes! Mi nombre es Hereo, general de los ejércitos *kushas* al servicio del gobernador Agésiles, recién nombrado Sátrapa de Gandhara. Hemos venido a estas tierras desde Bactria para abrir el paso a las caravanas procedentes de la cuenca del Ganges. Nuestro pueblo controla desde hace años la ruta que une *Sinae*<sup>4</sup> con el Imperio Romano, y ahora queremos también controlar esta ruta para conectar los reinos indios con *Sinae* a través de *Samarkanda*; y con Roma a través del Imperio Parto. Nuestras intenciones son pacíficas pero firmes. No queremos guerras ni luchas que solo dañan el comercio y causan dolor a nuestros hijos. Daremos protección a las caravanas a cambio de un pequeño tributo. Con el pago del tributo se obtendrá un salvoconducto de validez en todos nuestros territorios. Pero si alguna caravana atraviesa nuestros caminos sin portar tal salvoconducto, todos sus bienes serán confiscados. Y si sus bienes son escasos, nos entregarán sus vidas como pago.

- ¡Oh noble señor! -dijo el jefe de la caravana-. ¡Qué los dioses te guíen a ti y a tu pueblo en esta noble causa! Como humildes mercaderes que somos no deseamos más que la paz. Gustosos pagaremos los tributos que consideréis justos por vuestros servicios.

- Está bien -dijo el general *kusha*-. Dos de mis hombres os acompañaran hasta Taxila para presentaros ante Agésiles, nuestro Sátrapa, para que él fije el precio. ¿A dónde os dirigís?

- Noble señor, cuando partimos de Benarés pensábamos encontrarnos con los escitas gobernando en Gandhara. Nuestra intención inicial era vender nuestras mercancías en Taxila y con el dinero obtenido comprar pieles para luego venderlas a nuestro regreso. Sin embargo, ahora que vuestro pueblo controla Gandhara y las rutas a oriente y occidente, es más que probable que continuemos nuestro viaje hasta Bactria.

- ¡Bien dicho! -la cara del general *kusha* se iluminó-. Ese es el espíritu que nuestra conquista quiere transmitir. Podéis reanudar vuestra marcha, pero antes necesito hablar con algún nativo que conozca estas tierras.

Mi abuelo se acercó al jinete levantando la mano.

- Yo vivo en Taxila pero nací en Bucéfala, en el extremo oriental de Gandhara, a unos quinientos estadios de aquí siguiendo este mismo camino. Conozco esta región como la palma de mi mano. Si en algo os puedo ayudar estoy a vuestro servicio.

- Muy bien. Ven conmigo -dijo el general mientras desmontaba su caballo.

Entregó las riendas a uno de sus subordinados y ordenó a sus jinetes que desmontaran y dieran descanso a sus animales. Luego se retiró a conversar con mi abuelo a la sombra de unos árboles llevando consigo unos pergaminos. Los demás nos preparamos para reanudar nuestro viaje con la tranquilidad que produce la sensación de que el peligro ha pasado.

Después de este encuentro nuestro viaje fue más relajado. Los comerciantes no hacían más que discutir sobre las distintas opciones que se les abrían con la llegada de los *kushas* a nuestras tierras, y comentaban lo bueno que había sido para ellos el cambio de gobierno en Gandhara. Mi abuelo me contó que el general Hereo era budhista como nosotros, y que había nacido en la vecina Bactria a donde sus padres habían emigrado desde las regiones más occidentales de *Sinae*. Al parecer también mi abuelo se alegró de la llegada de los *kushas* al gobierno de nuestras tierras pues su entrevista con el general Hereo disipó sus temores. Los *kushas* querían establecer un campamento en nuestra ciudad para así controlar el paso del río Hidaspes y la ruta del comercio con los pueblos del Ganges. Por mi parte, entablé cierta amistad con los dos escoltas que el general nos había asignado. Incluso me dejaron montar en sus caballos, que eran de la misma raza que el de su general. Me contaron que en Bactria, de donde eran originales, los criaban y entrenaban como corceles de guerra; y que eran muy buenos en las batallas para romper las líneas enemigas, pero que su corpulencia los hacía lentos al galopar. Yo estaba encantado montando en tan magníficos animales y mi imaginación de nuevo volaba hacia Alejandro y su caballo Bucéfalo. Así transcurrió el resto de nuestro viaje hasta que una tarde, como surgida de la nada, divisamos Taxila.

Yo nunca antes había visto una ciudad tan grande. Taxila ocupaba todo un valle regado por el río Indo. Como estaba anocheciendo decidimos acampar en la ladera de la montaña que coronaba el

valle y entrar a la ciudad al día siguiente. Desde nuestra posición se podía distinguir la gran muralla que rodeaba Taxila, pero la ciudad era tan extensa que dejaba muchas casas fuera. Incluso me pareció distinguir lo que parecían palacios y templos en el exterior. Yo estaba paralizado. No podía comprender cómo era posible que tanta gente viviera junta en un mismo lugar. La visión me recordaba los hormigueros junto al río Hidaspes que yo disfrutaba en deshacer en primavera. La visión se hizo espectacular cuando comenzaron a encenderse las antorchas al mismo ritmo en que la luz del Sol fue desapareciendo.

Tras atender a su elefante, Karachi se me aproximó.

- Si algún día no pudiera volver a Benarés, me gustaría vivir en Taxila -me dijo.

- Yo creo que no podría vivir en una ciudad con tanta gente - contesté.

- Ya verás como acaba gustándote. Taxila es una ciudad muy tranquila. Mira como mucha gente vive fuera de sus murallas sin temores. Y son muchos los visitantes que llegan de todo el mundo para traer sus productos.

- ¿Qué es aquel fuego tan intenso que brilla al norte? -pregunté asombrado.

- ¡No lo se! Pregúntale a tu abuelo que seguro lo sabe. ¿Vas tu a buscarlo? -me contestó Karachi.

Nuestro campamento estaba ya casi montado. Mi abuelo se encontraba platicando con nuestros escoltas junto a su tienda recién montada. Me acerqué a él y le dije:

- Abuelo ven, ¡pronto! ¿Qué es aquello? -le pregunté.

Mi abuelo hizo oídos sordos a mi pregunta mientras terminaba su conversación con los guerreros *kushas*, que me saludaron con una cálida sonrisa. Luego se puso en pie, me dio la mano y dejó que tirara de él hasta el mirador donde se encontraba Karachi.

- ¿Qué te parece Taxila, Gurka? -me preguntó mientras lo guiaba.

- ¡Muy grande abuelo! Pero, ¿qué es aquel fuego? -volví a preguntar.

- Le llaman "El Fuego Eterno" por que no se apaga nunca. Lo mantienen encendido los mazdeistas en su templo, en honor a su dios *Ahura Mazda* -me contestó.

- ¿Adoradores del fuego? ¡Qué gente tan primitiva parecen ser los mazdeistas! -dijo Karachi con un cierto tono de desprecio.

- En realidad es todo lo contrario querido Karachi -respondió mi abuelo-. Los mazdeistas eliminaron hace más de mil años el culto al fuego, y también los primitivos sacrificios de animales que todavía perduran en otros pueblos que se consideran más cultos -mi abuelo miró de manera penetrante a Karachi reprochando su actitud de desprecio hacia los mazdeistas. Karachi agacho la cabeza con gesto humilde y mi abuelo prosiguió-. Mantienen un fuego encendido eternamente como

símbolo de la victoria del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas. Para ellos el fuego no es más que un signo de divinidad. Al igual que tu no piensas que la imagen de *Shiva* que te acompaña es el mismo *Shiva*, ellos tampoco piensan que el fuego es su Dios *Ahura Mazda* sino una representación del mismo.

Mientras contemplábamos las luces de Taxila me invadió el temor a sumergirme en una población tan inmensa. Me abracé a mi abuelo y este me dijo como si estuviera leyendo mis pensamientos.

- Mira hacia allí. A tu derecha. Aquellas tenues luces corresponden al Monasterio de Jaulian donde yo vivo, y donde tu vas a vivir a partir de ahora Gurka.

El monasterio se encontraba como a diez estadios de la ciudad, sobre lo que parecía una colina. Desde donde estábamos daba la impresión de ser un lugar tranquilo. Poco a poco me fui calmando mientras escuchaba las palabras de mi abuelo.

- Al parecer los *kushas* no tienen intenciones de causar problemas en nuestras tierras sino más bien todo lo contrario. Tus padres y yo decidimos acelerar tu ingreso en el Monasterio para protegerte de un peligro que ha resultado no serlo. Nunca sabemos por qué suceden las cosas, pero siempre tenemos que pensar que suceden para nuestro bien -mi abuelo me acarició la cabeza mientras contemplábamos las lejanas luces y luego prosiguió-. Por esta curiosa broma del *dharma*, vas a ingresar como estudiante cuatro años antes de lo que es habitual. Estoy seguro de que sabrás aprovechar ese tiempo -agacho su cabeza y me dedicó una de sus hermosas sonrisas que tan bien me hacían sentir mientras yo me abracé a él lo más fuerte que pude tratando de imitar su sonrisa.

Esa noche dormí muy bien, soñando en convertirme en el monje más sabio del Monasterio, capaz de recitar el Canon Pali sin errores antes de lo que nunca nadie lo había logrado.

A la mañana siguiente llegamos a Taxila. Había muchas casas fuera de las murallas, como si la fortificación hubiera quedado pequeña para acoger a todos los visitantes que habían decidido quedarse a vivir en la ciudad. El ajetreo era indescriptible, con personas y animales de todo tipo yendo de aquí para allá. Unos iban andando, otros montados a caballos o en pequeños camellos; unos tiraban de sus propios carros cargados con frutas y verduras, recipientes de barro o bronce, así como maderas y piedras para la construcción; y los más afortunados se dedicaban a guiar a sus bestias cargadas con sus pertrechos. Al llegar a las puertas de la muralla detuvimos nuestra marcha. La gente se agolpaba a nuestro alrededor para contemplar a los elefantes. Bajé del elefante, me despedí de Karachi con un cálido abrazo y me dirigí a la cabeza de la caravana junto a mi abuelo y los comerciantes.

- ¿Qué vais a hacer ahora? -nos preguntó el jefe de la caravana.

- Iremos al Monasterio de Jaulian, a unos ocho estadios al norte. Allí es donde vivo y donde mi nieto va a iniciar sus estudios -contestó mi abuelo lanzando una rápida mirada hacia mí.

- ¡Enhorabuena muchacho! No todo el mundo tiene la suerte de empezar a estudiar tan joven - contestó el comerciante.

- ¡Gracias señor! -contesté yo con una sonrisa.

- ¿Y vosotros? ¿Qué pensáis hacer? -les preguntó mi abuelo.

- Primero iremos a presentar nuestros respetos al nuevo Sátrapa *kushas*. ¡Qué remedio! -dijo dirigiendo una mirada irónica a los escoltas *kushas*-. Y luego haremos una visita a los mercaderes judíos para tratar de cerrar la venta de nuestros productos. Aunque... si las rutas son seguras... es posible que vendamos solo una parte y continuemos el camino hacia Bactria para vender el resto.

- Muy bien. Os deseo la mejor de las suertes -contestó mi abuelo recogiendo sus manos y apretándolas contra su pecho a modo de despedida-. ¡Muchas gracias por todo!

- Muchas gracias -repetí yo en voz baja, como un eco de la voz de mi abuelo.

- Gracias a ti venerable Swami. ¡Y que los dioses te acompañen! -se despidió el mercader mientras nosotros ya dirigiáramos nuestros pasos hacia el monasterio.

En esa conversación fue la primera vez en que escuché hablar de los judíos. Al poco de despedirnos no pude contener mi curiosidad y le pregunte a mi abuelo.

- Abuelo, ¿quienes son los judíos?

- Los judíos son un pueblo muy religioso de comerciantes y escribas que se ha extendido por todo el mundo -me contestó.

- ¿Y no tiene patria? -pregunté de nuevo.

- Vienen de Palestina, una lejana tierra del este, entre las grandes civilizaciones persas y egipcias, pero al no ser un pueblo guerrero, siempre fueron conquistados. A diferencia de otros pueblos que sufrieron su misma suerte y hoy en día han desaparecido, los judíos han tenido la fortaleza de conservar su identidad gracias a su lengua y su religión. Por eso Gurka es que en nuestra familia siempre hemos antepuesto la importancia de la educación y la cultura por encima de las armas y las guerras. -sentenció mi abuelo.

- Pero si hubieran sido buenos guerreros, a lo mejor hoy conservarían sus tierras... -repliqué con la fogosidad e impertinencia de un niño.

Mi abuelo detuvo sus pasos, me miró fijamente a los ojos y me dijo.

- Recuerda bien esto Gurka: las guerras nunca resuelven los problemas sino que los crean - sentenció de nuevo con un cierto aire de reproche.

Luego reanudó la marcha y continuó hablando.

- Los judíos fueron conquistados por los *asirios* y por los *babilonios*; así como también lo fueron los *cananeos* o los *fenicios*. De todos estos pueblos, tanto de los conquistadores como de los conquistados, solo perduran los judíos. ¿Por qué? Por que su lengua y su religión les ha permitido mantener su identidad aun alejados de su tierra. Dime entonces si su cultura no ha sido mejor arma que sus espadas.

Por supuesto que no pude decir nada. Las palabras de mi abuelo sobre los judíos causaron en mí una profunda impresión. Yo, que estaba fascinado por las victorias logradas por mis antepasados griegos y por las luchas libradas entre dioses de todo tipo con todo tipo de poderes, acababa de descubrir en las palabras de mi abuelo sobre los judíos que la mejor arma para lograr la victoria final eran la religión y las letras. Y justamente en ese momento me encontraba a punto de ingresar al Monasterio y centro de estudios en donde se me instruiría en ambas disciplinas. Esto renovó mi interés en iniciar mis estudios, pues ahora se trataba de adquirir unas destrezas más poderosas que el manejo de una espada o una lanza.

Mientras divagaba en mis pensamientos, contemplé a mi abuelo que caminaba junto a mi. Su cabeza afeitada y sin arrugas ocultaba sus casi sesenta años de edad. Caminaba con un morral amarrado a la espalda en donde cargaba todo nuestro equipaje. Las cuerdas del morral se clavaban sobre el único hombro que dejaba desnudo su túnica roja. Sus manos libres se balanceaban al ritmo de sus pasos, con una firmeza que transmitía poder. Sin duda tenía razón. Él era la viva imagen de que no era necesario el manejo de las armas para alcanzar la victoria.

- Mira Gurka, ahí arriba está Jaulian -me dijo mi abuelo señalando lo alto de la colina que comenzábamos a ascender.

Las escalinatas que subían hasta el Monasterio estaban muy concurridas. Por ellas ascendían y descendían monjes jóvenes y ancianos vestidos de la misma manera que mi abuelo; pero también personas con túnicas y vestimentas al estilo griego o similares a las de los guerreros *kushas*.

Después de una subida que me pareció interminable, llegamos a lo alto de la colina en donde se encontraba la entrada a Jaulian. Desde allí se veía la ciudad en toda su extensión. Nos detuvimos a descansar disfrutando de la vista.

- Dicen los viajeros que han estado en Occidente que Taxila está construida al estilo de las antiguas *polis* griegas. ¿Ves la muralla? Dentro se agolpan las casas de manera desordenada, como en Grecia. Si te fijas bien podrás distinguir algún que otro templo dedicado a las más diversas deidades de muy distintas religiones -me dijo mi abuelo a modo de presentación de una ciudad que sin duda él amaba.

- Yo pensaba que todos aquí eran budhistas abuelo.

- No hijo no. La mayoría de la población de Taxila es budhista pues casi todos los que llegan a la ciudad descubre las maravillas de nuestra fe, pero no todos la abrazan. Aunque ser budhista es muy conveniente pues no obliga a nada más que a la búsqueda de la propia salvación, no todo el mundo

está dispuesto a cambiar la fe de sus antepasados por una nueva. Pero eso no es malo. Al contrario. Esta ciudad consideró siempre como una guía las sabias palabras del Emperador Asoka cuando dijo que el contacto entre las religiones es bueno -luego señaló hacia la derecha y dijo-. ¡Mira allí! Aquél es el templo mazdeista que vimos anoche. El Fuego Eterno no se distingue tan bien de día, pero aun así es visible.

El templo se encontraba también apartado de la ciudad, fuera de sus murallas. Yo no pude reprimir mis ideas sobre guerras y batallas y pregunté a mi abuelo.

- ¿Qué sucede con la gente que vive fuera de las murallas si atacan la ciudad abuelo?

- Es raro que en Taxila se libren batallas Gurka. Las murallas sirven justamente para evitarlas. Si llegan enemigos, al ver las murallas detienen su ataque y envían emisarios a dialogar con el rey sátrapa que ostenta el gobierno en ese momento. Normalmente entregan el poder pero continúan con el control de la ciudad pues son quienes verdaderamente conocen su funcionamiento. Si te das cuenta Gurka, los *kushas* acaban de derrocar a los escitas. Han cambiado el gobierno pero no hay rastros de batallas ¿verdad? Por eso la gente no tiene miedo de construir sus casas fuera de las murallas -me dijo mi abuelo y luego añadió-. Pero además, la tolerancia de nuestra región es conocida y apreciada en todo el Mundo, por lo que los invasores interesados en nuestra tierra siempre nos han respetado y la mayoría acaban abrazando nuestra fe y nuestras costumbres -tras una breve pausa acarició mi cabeza y añadió-. Pero no querrás quedarte aquí todo el día ¿verdad? Pareciera que no tuvieras interés en conocer el que será tu nuevo hogar durante los próximos años...

- ¡No abuelo! -protesté-. ¡Claro que tengo interés! Pero es que nunca había visto una ciudad tan grande. Ni siquiera podía imaginar que pudiera vivir tanta gente junta en un mismo lugar.

- Ven, vamos. Solo nos quedan estos pocos escalones y entraremos en Jaulian -dijo mi abuelo cogiéndome de la mano y llevándome hasta el gran pórtico que marcaba la entrada del Monasterio.

- En realidad Jaulian es mucho más que un monasterio Gurka. Es también una escuela y una universidad a donde llegan gentes de todo el mundo a estudiar distintas lenguas y nuestra religión-me dijo mi abuelo a modo de presentación del lugar al que estábamos ingresando mientras cruzábamos su arco heleno.

Un inmenso espacio abierto se abría ante mis ojos. Se trataba de un gigantesco patio que no tendría menos de dos estadios de largo por uno de ancho. El patio estaba rodeado por un corredor de unos diez codos de ancho desde el que se accedía a las distintas estancias. El lugar estaba bastante concurrido, pero me llamó la atención no ver a ningún niño.

- ¿Dónde están los demás niños abuelo?

- Ahora están en clase. No se les permite deambular solos por el lugar. ¡No creas que viniendo aquí, lejos de tus padres, vas a hacer lo que quieras! -me sonrió mi abuelo con complicidad-. Para

que el Monasterio funcione es necesaria mucha disciplina y espero que tu la tengas. Nunca antes nadie de nuestra familia ha sido expulsado y espero que tu no seas el primero.

- No te preocupes abuelo. Seré el más aplicado de todos -le dije con un gesto de seriedad fingido antes de reír de buena gana con él..

- Mira Gurka, por allí se encuentran mis habitaciones. Yo voy a dejar el equipaje y a avisar a la *sangha*<sup>5</sup> de que hemos llegado. Tu no puedes venir. En esta ala del Monasterio solo se permite la presencia de monjes. Espérame por aquí descansando y enseguida regreso. ¡No te muevas de aquí! Y si viene alguien y te pregunta qué haces, le dices que estás esperando al Swami Eliano, que regresa en un momento -me dijo mi abuelo.

- Si abuelo. No te preocupes que aquí te espero -contesté.

Tras mirarme con autoridad, mi abuelo se encaminó hacia el ala este del Patio y desapareció por una de las puertas que daban al corredor. Yo me quedé contemplando el lugar sentado en el pedestal de una de las columnas que sustentaban el corredor. La amplitud del espacio era relajante. De vez en cuando atravesaba el patio alguna persona andando sola o en pareja. Me llamó la atención el que no todos iban vestidos como mi abuelo, lo que me hizo pensar en la variedad de actividades que allí se desarrollaban. Al poco me levanté y contemplé la decoración de las columnas. Me recordaban las de los monumentos de Bucéfala, con grabados en relieve en los que podía distinguirse la figura de Budha junto a dioses griegos y otros que no fui capaz de reconocer. Detrás de la columna, en el corredor, había una banca de piedra. Me quedé fascinado por la manera en que estaba decorada. En uno de sus extremos, a modo de soporte del asiento, habían situado la imagen de *Atlas*, el titán primigenio de la mitología griega, contorsionado en una incómoda postura para poder sostener la banca. En el otro extremo se encontraba la imagen del dios *Apolo* en la postura clásica de meditación con la que se suele representar al Budha. El pobre *Atlas* se veía como obligado a realizar un esfuerzo descomunal para poder sostener el peso de la banca. Sin embargo *Apolo* sostenía el mismo peso sin ningún esfuerzo aparente. La imagen significó para mi la idea que mi abuelo estaba tratando de transmitirme, es decir, que la verdadera fuerza reside en el interior y no en el poder físico. *Apolo* había conseguido una fuerza superior a la de los titanes gracias a las enseñanzas de Budha. Yo me sentía dispuesto a hacer lo mismo.

Al poco llegó mi abuelo, vistiendo ropas limpias y recién bañado. Me cogió de la mano y me dijo.

- Ya está todo dispuesto. Nuestro superior nos recibirá en cuanto estés listo.

Primero fuimos a ver mis aposentos. Mi abuelo me llevo a una gran sala en la que había unos veinte camastros. Al poco apareció un monje con la cabeza rapada y vestido con una túnica roja que dejaba su hombro derecho desnudo.

- ¡Swami Eliano! ¡Qué alegría verle de nuevo entre nosotros! -dijo juntando sus manos junto a su pecho en señal de saludo, y luego se dirigió a mi agachándose hasta la altura de mis ojos-. Y este debe de ser el joven Gurka del que tanto hemos oído hablar...

- Hola Pandú -respondió mi abuelo-. En efecto, es mi nieto Gurka. Lamento no haber podido avisaros de su llegada, pero la presencia de los *kushas* camino de Bucéfala nos hizo pensar que lo mejor era traerlo a Jaulian para que inicie su formación aunque sea un poco pronto para él.

- No creo que haya problemas por eso -dijo Pandú, y luego me cogió de la mano tirando de mí-. Ven Gurka, vamos a buscar un lugar donde acomodarte.

Nos dirigimos al final de la habitación en donde Pandú señaló un camastro de madera con un colchón de paja y unas mantas y me dijo.

- Esta será tu cama a partir de ahora.

- El reverendo Nagasena nos espera -dijo mi abuelo-. Quisiera que Gurka estuviera listo cuanto antes.

- Claro. Vamos a cortarle el pelo, a bañarlo y a conseguirle una túnica apropiada.

- ¿Por qué me he de cortar el pelo? -protesté.

Mi abuelo me miró de forma severa, pero a Pandú no pareció molestarle mi rebeldía infantil. Mientras me llevaba a la zona de los baños me contestó amablemente.

- La higiene personal es muy importante Gurka. La limpieza del cuerpo nos ayuda en la limpieza del espíritu. Pero además, aquí en Jaulian convivimos cientos de personas por lo que es una señal de respeto para con los demás. El pelo suele ser nido de piojos y otros parásitos. Si lo cortamos evitamos ser un foco de infecciones para nosotros y también para nuestros compañeros -luego añadió con una sonrisa-. Además, así el Sol, la lluvia y el viento tocan directamente nuestra cabeza y nos mantienen más despiertos -se rió el solo y añadió-. ¡Ven, siéntate aquí!

Me senté en un taburete de madera mientras Pandú extraía una cuchilla del único mueble que había en la estancia que separaba el dormitorio de los baños. Me hizo quitar la ropa y comenzó a cortar mi pelo mientras conversaba con mi abuelo.

- ¿Y qué tal el viaje? -preguntó.

- Nos unimos a una caravana y no tuvimos incidentes importantes. Lo más destacable es que los *kushas* nos toparon cuando se dirigían a Bucéfala para tomar el control del paso del río Hidaspes. Conocimos a uno de sus generales, de nombre Hereo, procedente de Bactria, y al parecer con antepasados griegos. Fue bueno hablar con él. Abraza la fe budhista. Fue muy cortés y me contó que las intenciones de los *kushas* son las de pacificar la región para facilitar el comercio con *Sinae*, la India y Roma.

- Entonces no crees que haya guerras o revueltas... -preguntó Pandú.

- No lo creo. Antes de conocer al General Hereo tenía mis dudas pero después de hablar con él me tranquilicé. Vi tanta sinceridad en sus palabras que hasta le entregué una carta dirigida al padre de Gurka para que le ayude a tomar el control de Bucéfala y el paso del río sin oponer resistencia.

- Yo fui compañero de tu padre ¿sabes Gurka? -me dijo Pandú mientras dejaba caer los mechones de pelo que me iba cortando-. Compartimos estas mismas estancias durante muchos años.

- Pero tu pareces más joven -le dije.

Mi abuelo y Pandú rieron de buena gana por mi afirmación.

- De hecho soy unos años más joven que tu padre -dijo todavía sonriendo.

- Pandú se mantiene igual de joven que cuando era estudiante por que sigue en contacto con jóvenes y solo se dedica a cuidarles en todo lo relacionado con su aseo e higiene. Y también gracias a que tiene mucho tiempo para la meditación y la oración claro. Sin embargo tu padre tiene la obligación de mantener a nuestra familia y de aguantarte a ti -al decir esto mi abuelo rió de buena gana junto a Pandú. En lugar de molestarme me uní a sus carcajadas.

- Además, el pelo en la cabeza de tu padre le hace parecer más mayor- dijo mi abuelo todavía sonriendo-. En nuestra familia hemos seguido la tradición brahmánica según la cual la vida de un hombre cubre cuatro etapas. La primera, en la que tu estas ahora Gurka, es la del estudio y formación; la segunda, en la que se encuentra tu padre, consiste en formar una familia y proveerla de lo necesario para su bienestar; la tercera, por la que discurre mi vida actualmente, es un estado de retiro, meditación y pobreza que sirve de preparación para la iluminación- y al decir esto se calló mirándome fijamente.

- ¿Y la cuarta abuelo? -pregunté con impaciencia, tal y como él esperaba.

- ¡Ay, la cuarta! -suspiró Pandú, y al momento él y mi abuelo rompieron a reír de nuevo.

- La cuarta etapa es la que todos aquí anhelamos alcanzar. Es la de la Iluminación, pero muy pocos logran alcanzarla. Tu tatarabuelo Kapalamendi fue uno de ellos -dijo mi abuelo sin ocultar cierto orgullo.

- Y si no se logra la iluminación -pregunté.

- En la tradición brahmánica se accede a esta etapa mediante la renuncia total. La persona se deshace de todas sus posesiones, excepto de un cuenco para pedir limosna y de un vestido, y se enfrenta al mundo sin nada más prescindiendo incluso de su nombre. Es lo que se suele llamar un *sanniasin*, un renunciante. Se trata de una verdadera muerte en vida. Tanto es así que en su familia realizan los ritos funerarios en su honor cuando abandona su hogar. Pero nosotros, en la tradición budhista, preferimos seguir tratando de alcanzar la iluminación permaneciendo en la tercera etapa, meditando y siguiendo el camino recto marcado por El Budha hasta el final de nuestros días.

- Esto ya está casi listo -dijo Pandú mientras me afeitaba la cabeza por detrás de las orejas.

Mi abuelo me acercó una bandeja que parecía de plata y la puso frente a mi.

- ¡Mírate! -dijo-. ¿No pareces más joven? -y rompió a reír de nuevo junto con Pandú.

En efecto parecía mucho más joven. En realidad no me reconocía sin mi pelo, pero la imagen del espejo no me era desagradable. Más bien al contrario.

- Ahora quítate el resto de la ropa, pasa al baño y luego vístete. Pandú te ayudará. Yo te espero en el patio para ir a ver al venerable Nagasena- dijo mi abuelo mientras salía por el umbral de la puerta.

Pandú me acercó un trapo y una túnica de color azafrán y recogió mis ropas.

- Pasa al baño. Para conseguir que caiga agua tira de la cuerda. Luego te puedes secar con este paño y te puedes poner esta túnica. Cuando acabes ya estarás listo para reunirte con tu abuelo -tras decir esto salió de la estancia y me dejó solo bañándome.

Una vez listo salí al patio en donde me esperaba mi abuelo sentado en una de las bancas con los ojos cerrados en actitud de profunda meditación. Al acercarme a él abrió sus ojos y me dijo de repente.

- El Venerable Nagasena fue compañero mío al igual que Pandú lo fue de tu padre. Aprecia mucho a nuestra familia y todo lo que hemos hecho por la supervivencia y el desarrollo de Jaulian. Es un hombre sabio, muy sabio y un gran rector. Él sí ha logrado alcanzar la iluminación. Es un verdadero iluminado, un budha, y rige su vida y los destinos de este Monasterio haciendo honor a su estado de divina gracias -luego me cogió de los hombros y me situó frente a él-. Gurka, vas a tener la grandísima suerte de educarte bajo la dirección de un budha. No sabemos por qué suceden las cosas aunque sí sabemos que siempre suceden por algo. Al igual que la lluvia siempre cae del cielo y las llamas del fuego siempre suben hacia él, del mismo modo la *Ley del Karma* nos dice que cada una de nuestras acciones es producto de las acciones de los demás y de nuestras acciones pasadas que se entrelazan en un momento concreto. De este modo nuestras acciones influyen en los demás y en nuestras acciones futuras. Por eso te digo Gurka, que aproveches la oportunidad que se te presenta al ingresar en Jaulian en un momento en que está dirigido por un budha. Puedes estar seguro de que esto no sucede por casualidad, pero serán tus acciones las que determinen la dirección que toma tu destino. Puedes estar seguro de que las decisiones que tome el venerable Nagasena en relación a tu educación, o a cualquier aspecto relacionado con tu estadía en Jaulian o con tu vida, siempre serán las correctas. Solo debes procurar que las tuyas también lo sean y podrás lograr todo lo que te propongas -dicho esto mi abuelo se puso en pie y me cogió de la mano dirigiéndome hacia las dependencias en donde nos esperaba el Venerable budha Nagasena.

Mientras avanzábamos pensaba en las palabras de mi abuelo. Pocas veces me había hablado de forma tan reverente. Por lo visto era un hecho muy importante para él el que el venerable Nagasena

hubiera alcanzado la iluminación, y consideraba un privilegio para mi y para él el poder estar cerca de un iluminado, de un budha.

- Gurka, no hables a no ser que el Venerable te lo pida. Dirígete a él como "venerable". En cuanto entres te postras ante él. Yo permaneceré detrás tuyo -me dijo al llegar ante la puerta tras la que se encontraba el Venerable-. Ahora entra.

Mi abuelo abrió y entramos en la estancia. La luz era tenue pero agradable. Un intenso olor a sándalo perfumaba el lugar. Al fondo, sobre una pequeña mesa de madera que no se alzaría más de medio codo del suelo, se encontraba sentado el venerable Nagasena. Su postura era la que llamamos del loto, con las piernas cruzadas, la espalda recta y la cabeza erguida. Estaba vestido con una túnica color azafrán similar a la de mi abuelo, que ocultaba sus piernas y dejaba desnudo su hombro derecho. Su cabeza estaba afeitada y sus ojos cerrados. Su cara ocultaba su edad de manera que no podría decir si esta era de cincuenta u ochenta años. Toda su figura transmitía una serenidad inmensa; similar pero superior a la de las muchas esculturas del Budha con cuerpo de Apolo que tantas veces había contemplado desde que era pequeño.

A unos tres codos de distancia de la mesa en donde se encontraba había extendida una alfombra que supuse dispuesta para que yo me postrara. En cuanto lo hice me habló con voz serena.

- Así que tu eres el joven Eliano -me dijo sin abrir sus ojos.

- Sí Venerable -respondí sin poder apartar mis ojos de sus ojos cerrados.

- ¿En qué podemos ayudarte mi joven amigo? -me preguntó.

Sus palabras se transformaron en mi cabeza como una consulta sobre qué pretendía al ingresar en el Monasterio. Era curioso pero tenía la sensación, nunca experimentada hasta ese momento, de que mis pensamientos no eran míos sino suyos. Las palabras salieron de mi boca sin que yo tuviera la intención de pronunciarlas. Como si fueran succionadas desde el exterior sin que pudiera impedir que salieran de mi.

- Quiero memorizar el Canon Pali Venerable -me escuché decir.

- ¿Puedo preguntarte por qué hijo?

En mi cabeza aparecieron las imágenes de *Zeus* con sus rayos, de *Shiva* con su poderoso tercer ojo, y de mi abuelo con la fuerza que me transmitía su serenidad. Todas estas imágenes se transformaron en la siguiente respuesta:

- Para conseguir un gran poder Venerable.

El Iluminado Nagasena abrió sus ojos, me sonrió y me dijo.

- Creo que podremos ayudarte en eso, y una vez lo hayas conseguido creo que podremos enseñarte la inutilidad de tu logro.

No se cómo pero por un instante logré comprender lo que quería decir. Era como si mi cabeza estuviera llena con los pensamientos del budha Nagasena. Sabía a qué se refería. No con los pensamientos que se verbalizan en nuestra mente sino de manera directa. Sentí que los logros personales no servían para nada. O mejor dicho, que la dicha plena se encontraba justamente en alcanzar la nada, el vacío. Pero para lograrlo era necesario primero recorrer un largo camino de esfuerzo. El mío estaba ya marcado y consistía en la memorización de las palabras del Budha recogidas en el Canon Pali.

Mi abuelo se acercó por detrás y me tocó en el hombro haciéndome una señal para indicarme que ya era momento de marcharnos.

- Muchas gracias Venerable -dije a modo de despedida.

El Venerable respondió a mis palabras con una amplia sonrisa y una leve inclinación de cabeza. Había cerrado de nuevo los ojos y su figura transmitía de nuevo una serenidad indescriptible.

Una vez fuera, no pude resistir contarle a mi abuelo las sensaciones de aquella entrevista.

- Abuelo, me he sentido como si el venerable estuviera dentro de mi cabeza. Como si conociera mis pensamientos mejor que yo mismo...

- ¡Así nos sentimos todos en su presencia! -me dijo-. Ahora vamos de nuevo a ver a Pandú. Él te explicará las rutinas del Monasterio.

- Pero abuelo, ¿cómo es posible que el Venerable esté dentro de mí?

Mi abuelo me cogió la mano mientras nos dirigíamos hacia mis nuevos aposentos y me dijo.

- Querido Gurka, el venerable budha Nagasena ha dedicado su vida a lograr la Iluminación. Ha logrado convertirse en Budha. El mayor logro que puede conseguir un hombre en su vida. Cuando una persona alcanza la iluminación alcanza la perfección. Esta consiste en la aniquilación de su propio yo. No hay nada más perfecto que la ausencia de todo. En el caso de las personas, la ausencia de todo se consigue cuando tomamos consciencia de que nuestro yo no es más que una ilusión y logramos existir sin él. En ese momento nos convertimos en Nada. Somos uno con La Nada de donde todo procede, y en ese momento logramos unos poderes más allá de lo que podemos imaginar ahora.

- ¿Cuales son esos poderes abuelo? -pregunté con ansiedad.

Mi abuelo hizo una mueca de desagrado y me dijo.

- Te veo muy interesado en el poder Gurka... Ven siéntate aquí.

Nos sentamos en una de las bancas del corredor por el que transitábamos y mi abuelo comenzó a hablarme eligiendo sus palabras con cuidado.

- Ya has escuchado lo que te ha dicho el Venerable Nagasena. Cualquier logro personal, cualquier poder, es inútil. No nos hace más felices, ni nos aparta del sufrimiento, ni nos ayuda a superar nuestras limitaciones. La mayoría de las veces nos hace orgullosos y arrogantes, apartándonos del camino de la felicidad plena.

- Pero el Venerable parece muy poderoso y a la vez transmite una gran felicidad -contesté algo confundido.

- El Venerable ha alcanzado la iluminación. Ha buscado la iluminación, ha trabajado toda su vida en extinguir su yo para lograrla. Sin embargo nunca buscó alcanzar poder alguno. El hecho de que pueda leer tu pensamientos y los de todos, de que conozca qué eres qué has sido y qué serás mejor que tu mismo, es consecuencia de que ha logrado ser un budha, pero su objetivo nunca fue lograr esos poderes. Los poderes han sido una de las consecuencias de su logro. El Budha Original vio el peligro de que sus enseñanzas se emplearan en la búsqueda de lograr estos poderes y por eso se opuso a que fueran cultivados. Incluso prohibió a los monjes de los monasterios que fundó el que hicieran ostentación o exhibición de los mismos.

- Pero ¿cuáles son esos poderes abuelo? -las palabras de mi abuelo, lejos de aplacar mi curiosidad, la habían acrecentado.

- Te contestaré recitando las palabras del propio Budha, recogidas en el Canon Pali que tanto interés tienes en memorizar: *Hermanos, yo puedo manifestar poderes sin número; siendo muchos me convierto en uno, como de muchos que yo era me he convertido en uno; visible o invisible, puedo atravesar muros y montañas como si fuera aire; puedo sumergirme en la tierra o emerger de ella como si fuera agua; puedo caminar sobre las aguas como si fueran tierra sólida; puedo moverme en el aire como si fuera un pájaro; puedo tocar con mis manos el Sol y la Luna; en mi cuerpo tengo un poder que se extiende hasta el mundo de Brahma.*<sup>6</sup>

Mi abuelo me miro sonriente, contemplando mi cara de asombro y esperando la pregunta que inevitablemente sabía que le iba a hacer.

- ¿De verdad un budha puede hacer todo eso? ¡De verdad puede volar!

- Un Iluminado ha alcanzado la nada. Ya no es una persona material como tu y como yo. Por lo tanto su existencia ya no está regida por las leyes de la materia.

- ¡Pero tiene un cuerpo! ¿Podría volar como un pájaro con su cuerpo, o lo que dijo El Budha original estaba referido a su espíritu abuelo?

- Lo que dice El Budha es que está conectado con *Brahma*, con Dios, con la esencia última de todas las cosas. Por eso puede controlar la materia, y su cuerpo es material. Yo he visto al Venerable Nagasena elevarse más de dos codos por encima del suelo, si es eso lo que quieres saber. Al igual que lo he visto permanecer horas sin respirar o meses sin comer, que a mi me parecen logros más difíciles. Sin embargo, al Venerable, al igual que al Budha Original, el poder que más gozo le causa

es el de la enseñanza. Su capacidad para mostrarnos qué es la iluminación y cómo se alcanza. Ya has sentido en su presencia cómo es capaz de transmitir sus ideas y pensamientos sin emplear palabras. Cómo estando junto a él, uno siente la verdad de las cosas.

Yo creí comprender lo que mi abuelo me estaba diciendo. Él se quedó inmóvil, con la mirada perdida en sus propios pensamientos. Le cogí la mano y le hice una pregunta para sacarlo de su estado de ensoñación.

- Abuelo, con todo lo que tu sabes, ¿por qué no has alcanzado la Iluminación?

- No por saber que la lluvia cae de las negras nubes del cielo podemos hacer que llueva. La doctrina del Budha no se basa en palabras sino en hechos. La iluminación no se alcanza hablado sobre ella sino actuando para conseguirla. El propio Budha señalaba el peligro de disertar en exceso sobre su doctrina. Siempre insistió en los aspectos prácticos; en el camino de acciones que una persona debe de seguir para librarse del sufrimiento y alcanzar la iluminación. Y lo que yo te puedo decir es que el actuar y vivir recorriendo ese camino es para mi suficiente premio sin necesidad de lograr ser un budha. Créeme Gurka, no hay mejor forma de emplear el tiempo que se nos ha dado en esta vida que la de recorrer ese camino, lleguemos hasta donde lleguemos.

- Y ¿cuál es ese camino abuelo?

- Eso es lo que has venido a aprender aquí Gurka. Ahora vamos a ver a Pandú que te explicará las rutinas de tu vida en Jaulian. Ese es el primer paso del camino.

Dicho esto me sonrió, se puso en pie y nos dirigimos a mis nuevos aposentos en busca de Pandú.

Cuando llegamos a los dormitorios, Pandú se encontraba en la puerta esperándonos. Nos recibió con una sonrisa y luego preguntó sobre mi entrevista con el reverendo Nagasena. Mi abuelo respondió.

- Gurka no sale de su asombro. ¡Está impresionado con Nagasena!

- ¿De verdad Gurka? -sin esperar mi respuesta añadió-. ¡Vamos a comer! Ya todos están en el comedor.

Mi abuelo detuvo a Pandú con la mano. Luego se agachó y se dirigió a mi.

- Gurka, a partir de este momento quedas a cargo de Pandú. Confía en él igual que en tu padre. Yo voy a vivir en la otra parte del monasterio y coincidiremos poco, así que si algo necesitas se lo pides a Pandú. Nos veremos en la sala comedor y en la sala de meditación, y puede que en alguna clase que me toque impartirte. El resto del tiempo estaremos dedicados a tareas distintas así que pongo toda mi confianza en que vas a obedecer a Pandú en todo lo que él te pida, ¿de acuerdo?

- Sí abuelo -respondí mientras alzaba la frente para que mi abuelo depositara su beso en ella.

Tras hacer una reverencia a Pandú con sus manos unidas frente al pecho, dio la vuelta y salió en dirección a sus habitaciones. Pandú me cogió de la mano y me llevó en dirección contraria.

- Ven Gurka. Vamos al comedor. Vas a conocer a tus nuevos compañeros.

Cruzamos el patio. El Sol estaba en su punto más alto pues ya era medio día. En ese momento me di cuenta de que no había comido nada desde el amanecer. Tenía hambre. Pandú caminaba con pasos rápidos, lo que me obligaba casi a correr. Cuando llegamos a una ancha puerta de madera, Pandú la abrió para que yo pasara e ingresé a una amplia sala en donde se alineaban unas largas mesas que se alzaban poco más de un codo del suelo con dos líneas de alfombras a los lados. Más de las tres cuartas partes de las mesas estaban ocupadas; una por los *anagarika* o aspirantes a novicios como yo; las demás por *samaneras* o novicios y por *bhikkhus* o monjes distribuidos según sus edades. Una mesa, orientada de manera transversal a las otras presidía las demás. En ella se sentaban los monjes más mayores que constituían la rectoría de nuestra comunidad o *sangha*. Todos estábamos vestidos con túnicas de colores similares aunque con diferentes tonalidades. Los *anagarika* portábamos las túnicas más claras, de un tono amarillento; las de los *samaneras* eran anaranjadas; los *bhikkhus* vestían túnicas de un rojo sangre; y finalmente los rectores de la *sangha* llevaban las túnicas más oscuras, de un rojo similar al color de las ciruelas. Pandú me acompañó a mi mesa y me presentó al resto de *anagarikas*, los que serían mis compañeros de estudios, de cuarto y de comedor.

- ¡Atención! -cuando Pandú habló se hizo el silencio en la mesa-. Él es Gurka, vuestro nuevo compañero. Pasará el próximo año junto a nosotros como aspirante a *samana*. Confío en que le ayudareis a aprender y a recordar las rutinas de nuestra vida un Jaulian. ¡Jacob! Gurka dormirá en el camastro junto al tuyo. Lo dejo a tu cuidado -luego se dirigió a mí-. Gurka, siéntate junto a Jacob. Él te indicará qué hacer.

Dicho esto Pandú se dirigió a la mesa de la *sangha* y se sentó. Al poco apareció una mujer con un cuenco de comida para él. Yo me acerqué a Jacob. Era más mayor que yo pero menos musculoso, con la cabeza más ovalada, la nariz más grande, los labios más estrechos y los ojos más oscuros. Nada más llegar a su lado me saludó juntando sus manos frente a su pecho e inclinando levemente la cabeza, y sin permitir que me sentara me dijo:

- Si quieres comer tienes que ir a la cocina a pedir un cuenco. Está allí -me indicó señalando con el dedo una puerta detrás de la mesa de la *sangha*.

- ¡Gracias! -le dije devolviéndole el saludo y saliendo en busca de mi comida.

En la cocina varias mujeres atendían dos grandes marmitas de las que me sirvieron arroz y caldo con verduras en un cuenco de madera que me entregaron junto a una cuchara también de madera. Cuando regresaba junto a Jacob vi como mi abuelo se sentaba junto a Pandú y me saludaba inclinando su cabeza. Jacob me persiguió con su mirada hasta que me senté a su lado. Ya casi había terminado su comida así que se dedicó a hablar conmigo.

- ¿De dónde vienes Gurka? -me preguntó.

- De Alejandría Bucéfala, junto al río Hidaspes.

- Mi padre está ahora de viaje por Alejandría, pero por la Alejandría del otro lado del Mundo. En Egipto.

- ¿De veras? -dije con más interés en mi comida que en sus palabras.

- Yo procedo de una familia judía -me dijo.

- Hasta esta mañana no sabía ni que existían los judíos -dije para incitarle a seguir hablando-. Los mercaderes de la caravana con la que hemos venido desde Bucéfala le dijeron a mi abuelo que pensaban negociar sus mercancías con unos comerciantes judíos. De hecho ha sido la primera vez en mi vida que he escuchado la palabra "judío".

Mis palabras tuvieron el efecto deseado en Jacob que comenzó a hablarme de su pueblo.

- Nosotros formamos parte de la llamada Tribu de Manases, una de las doce tribus de Israel que conforman la nación judía. Cuando los Persas vencieron a los Babilonios, que tenían cautivo a mi pueblo, los persas nos liberaron. Su Dios, *Ahura Mazda*, le envió una señal al emperador persa *Cira* para que dejara libre a los judíos. Mi tribu, la tribu de Manases, decidió no regresar a la tierra de Canaán, en Palestina, junto al lejano Egipto, de donde nos habían sacado los babilonios cuando nos llevaron como esclavos a Babilonia. Ellos prefirieron quedarse en Persia y cuando el Imperio Persa se extendió por Bactria y Gandhara se establecieron en la región. Con los persas mantuvimos nuestra lengua y nuestra cultura, pero no se nos permitía adorar a nuestro Dios en público. Cuando el gran Alejandro conquistó Persia y llegó hasta estas tierras, nuestra religión se consideró tan lícita como la mazdeista persa y no tuvimos más necesidad de ocultarnos. Más tarde, la llegada del emperador Asoka desde la India y la difusión de la fe budhista facilitó mucho nuestra vida pues él pensaba que el estudio de las distintas religiones y la diversidad de cultos hacen grande a una nación. Desde entonces los distintos gobiernos de Gandhara nos han respetado. Hoy en día el pueblo judío está esparcido por todo el mundo conocido y por eso controlamos la mayoría de rutas comerciales. Nuestro Dios prohíbe el robo, lo que facilita el intercambio comercial entre nosotros.

- ¿Por eso ha ido tu padre a Egipto? -pregunté, ahora sí interesado como siempre en todo lo que se refiriera a dioses, viajes y aventuras.

- Mi padre tiene una ruta de comercio abierta entre Alejandría y Taxila, y ha salido de viaje para establecer nuevos contactos allí -me dijo con orgullo-. Es la primera vez que viaja a occidente y quiere aprovechar su viaje para visitar Jerusalem, la capital del pueblo judío. Es preceptivo dentro de nuestra religión visitar el Templo que nuestro pueblo levantó en Jerusalem como casa para nuestro Dios al menos una vez en la vida.

- Entonces tu no eres budhista... -le dije casi terminando mi cuenco de arroz con verduras.

- La verdad es que no -me contestó sin inmutarse-. Mi familia considera a Jaulian el mejor centro de estudios de toda la región y por eso me han internado aquí. Por eso y por que ahora no pueden tenerme en casa. Mi padre está fuera y mi madre no puede atender mi educación. Claro que están pagando una buena cantidad de dinero por mantenerme aquí. Pero no creas que todos aquí son budhistas. Hay otros *anagarikas* que tampoco lo son. ¿Tu eres budhista?

- Yo si lo soy. Mi familia ayudó a fundar este monasterio y ahora mi abuelo forma parte de la *sangha* -le dije señalando a mi abuelo con la mirada-. Él es Swami Eliano. Mi abuelo.

- ¿Y tu padre? ¿Dónde está?

- En Alejandría, como el tuyo. Solo que al otro lado del Mundo...

Al decir esto Jacob y yo comenzamos a reír.

Ya casi todos nuestros compañeros se habían ido. Nos levantamos y Jacob me acompañó a los lavabos en donde limpiamos nuestros cuencos. Luego nos dirigimos a nuestro cuarto mientras continuábamos hablando.

- ¿Cuántos años tienes? -le pregunté.

- Dieciséis. ¿Y tu?

- Yo doce. Parece que soy el estudiante más joven de Jaulian.

- Seguro que sí por que a mi no me dejaron ingresar hasta que cumplí los dieciséis hace un par de meses.

- Mi familia quería que ingresara siendo más mayor, con dieciséis años como mandan las normas del monasterio, pero la invasión de los *kushas* hizo que se decidieran a que ingresara antes. La verdad es que lo prefiero pues ya tenía ganas. Desde pequeño he oído hablar maravillas de este lugar. Mi abuelo vive aquí desde antes de que yo naciera, y cada vez que venía a visitarnos a Bucéfala me sentaba en sus rodillas para que me contara cómo es aquí la vida.

- Yo nunca había oído hablar de Jaulian hasta que mis padres decidieron internarme -dijo Jacob-. Desde que era pequeño me enseñaron a leer y escribir hebreo. Sobre todo con los libros sagrados que cuentan la historia de nuestro pueblo y su relación con nuestro Dios. Los judíos nos educamos dentro de la familia en donde transmitimos nuestra lengua, nuestra religión y nuestras costumbres de una generación a otra; pero también aprendemos la lengua de la comunidad en la que vivimos. Yo hablo el griego, aunque es ahora que estoy aprendiendo a leerlo y escribirlo bien.

- Yo, desde pequeño, hablo griego y *gandharí*, y entiendo bien el sánscrito y el pali -dije con cierto dejo de orgullo- pero todavía no he aprendido a escribir por que en mi casa mis padres prefirieron que pasara el tiempo montando a caballo y jugando junto al río con los demás niños antes que encerrado y dedicado a los estudios. Sin embargo he estado en contacto desde pequeño con los papiros

escritos en griego de los que mi padre me leía pasajes de las obras de Homero durante los inviernos. Siempre señalaba con su dedo los caracteres según los iba leyendo, y lo mismo hacía con los textos del *Mahabharata* hindú que me leía en *gandhari*; así que estoy más que familiarizado con la escritura de estas lenguas y fascinado con las historias de dioses que esos textos se relatan -tras una breve pausa pregunté a Jacob-. ¿Los judíos tenéis tantos dioses como los griegos y los hindúes?

Jacob me miró casi ofendido y me contestó muy serio.

- No. Los judíos creemos en *Yahvé*, el único Dios. Nuestro Dios es el verdadero, que ha realizado un pacto con nuestro pueblo para protegerlo a cambio de que renunciemos a adorar a otros dioses. Solo creyendo en *Yah*, en nuestro Dios, el hombre puede alcanzar la salvación. Y solo siendo judío se puede creen en Él.

Estas palabras de Jacob dejaron claro en mi que la relación de los judíos con su Dios era más estrecha y alienante que la de las demás religiones que había conocido hasta entonces.

Ya en nuestra estancia, Jacob y yo nos sentamos en nuestros camastros a reposar la comida a la espera de la llegada de Pandú para iniciar las actividades de la tarde. En total éramos veinte *anagarikas* los que estábamos a cargo de Pandú. Mis compañeros estaban distribuidos en dos grupos y a mi se me asignó al grupo de Jacob. Ese día nos tocaba escritura y caligrafía para lo cual disponíamos de tablillas de cerámica húmeda en las que practicábamos los anagramas y grafismos que escribíamos y borrábamos una y otra vez alisando el barro grabado por nuestro punzón. Un *samanera* trabajaba ayudando a cada grupo mientras que un *bhikkhu* supervisaba toda la lección.

Cuando el Sol comenzó a caer sobre las montañas, se terminó la clase y nos dirigimos a una gran sala de meditación. En el momento en que llegamos los *anagarikas*, los demás residentes de Jaulian ya se encontraban congregados en la sala. Todos sin excepción estaban sentados en el suelo, sobre unas alfombras, con las piernas plegadas juntando los talones al cuerpo y con la espalda y el cuello completamente rectos. El olor a sándalo era intenso y muy agradable. El monótono recitar de los mantras era hipnótico por lo que yo caí dormido más de una vez. Gracias a que Jacob me daba pequeños golpes en el costado cuando veía que mi cabeza se descolgaba sin fuerza sobre mi pecho no me desplomé por completo. Allí permanecimos más de una hora en una especie de trance que envolvía a toda la congregación. A la salida se nos permitió beber agua antes de acudir a las letrinas, pero no se sirvió nada de cenar. Luego nos dirigimos a nuestros aposentos en donde nos acostamos en un silencio casi completo antes de que se apagaran los escasos velones que iluminaban la estancia. Yo caí profundamente dormido, dominado por una gran paz, mezcla de cansancio y de la sensación de iniciar una nueva y excitante etapa de mi vida.

Así es como recuerdo mi primer día en el Monasterio en donde transcurrirían mis siguientes seis años. El primer año lo pasé como *anagarika*. Este es un periodo de prueba durante el cual hay que demostrar las cualidades mínimas requeridas para poder vivir en un monasterio budhista. En nuestro grupo todos superamos la prueba, que en realidad consiste únicamente en ser capaz de cumplir con

diez simples normas de conducta señaladas en el Canon Pali para los novicios *samana*. En nuestro caso Pandú se encargaba de guiarnos y de evaluarnos.

Dada nuestra edad y el tipo de normas, para nosotros fue sencillo demostrar nuestra valía pues todos estábamos acostumbrados a asumir la disciplina que se aplicaba dentro de nuestras casas, así que el paso de la disciplina familiar a la disciplina del monasterio no fue problema. Claro que en más de una ocasión nos saltamos las normas sin que Pandú se enterara. Estas normas eran muy estrictas y estaban establecidas dentro de los centros budhistas desde hacía siglos. El propio Budha las impuso desde el mismo momento en que fundó los primeros monasterios. Eran diez y consistían en: abstenerse de matar seres vivos; no mentir; no aceptar dinero de los demás; no comer después del medio día; no consumir sustancias tóxicas, alcohólicas o narcóticas; ser sexualmente castos y evitar la lujuria; abstenerse de llevar perfumes, aderezos decorativos o ropas lujosas; evitar sentarse en sillas altas o acostarse en lugares cómodos; y abstenerse de participar en espectáculos de música, teatro, danza, etc.

El hecho de que Jaulian fuera un centro de estudios al estilo de las Academias Griegas fundadas en tiempos de Pitágoras más de quinientos años antes, permitía que muchas de estas normas de vida monacal se aplicaran de una forma flexible. El cultivo de las artes ha sido siempre un valor muy apreciado por la cultura griega y así estaba considerado también en Jaulian. Por ejemplo, el teatro, como expresión artística, era muy apreciado por todos los monjes del monasterio y por eso en muchas ocasiones se permitía la asistencia de los *bhikkhu* a alguna de las representaciones de los dramas de Sófocles o Eurípides que se organizaban en Taxila. Lo mismo sucedía con la música, que se enseñaba a los *samana* más capaces e interesados, de manera que en las meditaciones en las que se recitaban *sutras*, estos interpretaban melodías simples que ayudaban a la concentración. Nuestra *sangha* exigía el espíritu de recogimiento y renuncia que se desprende de los diez preceptos que debe cumplir quien aspira a la vida monacal, pero respetando las expresiones culturales o artísticas propias de la cultura griega.

En este sentido hay que tener en cuenta que Taxila era una verdadera *polis*, refundada sobre el plano rectangular hipodámico típico de las ciudades griegas en donde no faltaban ni el ágora, ni el teatro, ni los diversos templos dedicados a las distintas divinidades helenas. En este ambiente convivían las más diversas religiones y culturas pues la vida de la ciudad estaba marcada por la leyenda que el Gran Emperador Asoka había hecho grabar en sus puertas: *El contacto entre las religiones es bueno*. De hecho, el mayor templo de la ciudad era el dedicado al Fuego Eterno de los mazdeístas que tanto adoraban los persas, pero el diseño del mismo era el típico de los templos erigidos en honor a los dioses griegos.

Jaulian, como principal centro cultural de Taxila, estaba muy influenciado por la cultura helena. Sus esculturas y pinturas eran reflejo del sentido de belleza griego pero sus temas, en la mayoría de los casos, eran budhistas o hinduistas. Su método de enseñanza era el empleado por las academias socráticas, provocando en el estudiante sus dudas con preguntas que forzaban largas discusiones, facilitando de esta manera la retórica, el manejo de las distintas lenguas y el aprendizaje de los

conceptos del *dharma*. Su administración permitía el funcionamiento del centro como monasterio religioso a la vez que como academia de estudios, en donde cualquiera podía asistir a realizar sus consultas o trabajos con la más absoluta tolerancia a sus ideas.

En lo económico, Jaulian funcionaba gracias a los donativos de los padres de los estudiantes, y de los budhistas de Gandhara que deseaban colaborar tal y como mi familia había hecho desde su fundación. Sin embargo también se admitían estudiantes a los que sus padres no podían o no querían atender. La comunidad budhista de Taxila organizaba turnos para enviar alimentos y preparar comidas para los monjes. A cambio de ello la *sangha* prestaba ayuda espiritual a todo aquel que la solicitara. Esto permitía un contacto continuo de Jaulian con el mundo exterior que redundaba en beneficio de todos. Cuando una familia especialmente piadosa no tenía condiciones para criar a su hijo, se lo dejaba a la *sangha* para que el monasterio se hiciera cargo de él con la única condición de que él supiera cuidar de si mismo. Alguno de estos muchachos abandonaban Jaulian cuando todavía eran *anagarika* o *samaneras* y nunca se volvía a saber de ellos, pero la gran mayoría permanecían en el monasterio como monjes por el resto de sus días.

La vida en Jaulian era rutinaria pero nada aburrida. Nos levantábamos al alba, cuando llegaba Pandú y hacía sonar una vieja campana de bronce que pendía de una cadena a la entrada de nuestro dormitorio. Nos bañábamos, nos vestíamos y acudíamos a desayunar. Normalmente tomábamos un gran cuenco de leche junto con un panecillo horneado por los monjes que estaban a cargo de la cocina o donado por los miembros de la comunidad budhista de la ciudad. Tras el desayuno nos dirigíamos a nuestro dormitorio en donde nos dedicábamos a asear nuestro camastros y nuestras ropas. Las mañanas las dedicábamos a las tareas de mantenimiento del monasterio y a diversos juegos y deportes para mantenernos en buena forma física. Las actividades físicas eran muy diversos e incluían carreras, saltos, lanzamientos, tiro con arco y juegos de pelota de origen griego. Pero también *asanas* y posiciones de yoga extraídas de los *Vedas* brahmánicos. Lo que más me gustaba era el tiro con arco, que practicábamos como una forma de autocontrol al obligarnos a la máxima concentración y al control de nuestra respiración. Se nos enseñaba a aplicar las técnicas de meditación en el manejo del arco, solo que en este caso de manera activa y no pasiva. Nunca sabíamos qué íbamos a hacer en la mañana hasta ese mismo día. Todo dependía de las necesidades de Jaulian. Si había mucho trabajo en el monasterio no nos quedaba tiempo para los juegos y ejercicios físicos, pero si las necesidades eran pocas sí.

La *sangha* organizaba cuadrillas de *anagarikas*, *samaneras* o *bhikkhus* para realizar las diversas tareas necesarias para que Jaulian funcionara correctamente. Realizábamos funciones tan diversas como las de limpieza de paredes y pisos, lavado de ropa, ayuda en la cocina, recogida de donativos o recolección de frutos de los campos del monasterio o de los fieles que nos regalaban parte de sus cosechas. A los *anagarika* y a los *samanera* las tareas que más nos gustaban eran las de recoger donativos en Taxila, pues era la única ocasión en que se nos permitía salir a ver la ciudad.

Hacia el medio día realizábamos la única comida importante de la jornada, después de la cual nos estaba prohibido comer nada hasta el día siguiente. Solo podíamos beber agua durante esas

interminables horas. Sin embargo, en más de una ocasión, Jacob, algún otro *anagarika* y yo nos guardábamos algunas frutas o panecillos durante la mañana para comerlos por la tarde a escondidas de los demás. La sensación de peligro hacía que un simple pedazo de manzana nos saciara incluso más que un gran cuenco de arroz.

A la comida siempre le seguía un descanso, tras el cual iniciábamos nuestras lecciones de *sánscrito*, *gandharí* y griego, practicando sobre tablillas de arcilla o de cera. Cuando adquiríamos cierta destreza se nos permitía emplear la tinta sobre cortezas de abedul. El papiro solo lo veíamos en los textos que nos leían o nos daban para leer, pero nunca para escribir. También en las tardes recibíamos lecciones sobre la doctrina o *dharma* budhista, pero abiertas al estudio de las demás religiones que nuestros maestros siempre acababan interpretando como formas de expresión de un mismo sentimiento religioso universal de transcendencia, intrínseco a todo ser humano, que perfectamente encontraba cabida dentro del *dharma* budhista.

Con las últimas luces del día acudíamos todos a la gran sala de meditación para congregarnos. Allí recitábamos de manera acompasada mantras y *sutras* sagrados, y poníamos en práctica las diversas técnicas de meditación que se nos enseñaban durante las lecciones de la tarde. Esta actividad cerraba el día y nos preparaba para dormir y sumirnos en un profundo descanso durante la noche.

Los seis años que pasé en Jaulian marcaron de manera profunda mi formación como persona. Podría resumir la misma en dos aspectos de los que recuerdo diversos episodios y vivencias: las lecciones teóricas que me permitieron aprender el *dharma* o la doctrina budhista desde el punto de vista del conocimiento racional o *logos*; y la formación de mi *artha* o ética de conducta personal gracias a la *praxis* o puesta en práctica de mis aprendizajes teóricos. Paso a relatar las vivencias que más me marcaron durante esos seis años.

## EN TAXILA

### El logos del dharma

La manera en que se abordaban en Jaulian los conceptos teóricos era muy similar a como Aristóteles había abordado el análisis del mundo físico: de una manera racional, con lógica, aplicando el *logos*. Al igual que el mundo material se dividía y subdividía en categorías según su clasificación, según su pertenencia a un grupo, especie o subespecie, como los "animales-equinos" por ejemplo; de la misma manera se organizaban los conceptos con que se analizaba el mundo de las ideas. En el caso de temas teológicos, como la existencia del alma, las ideas del *dharma* budhista se organizaban siguiendo el *logos* heleno. Uno de mis primeros recuerdos del aprendizaje del *dharma* consiste precisamente en una discusión sobre la existencia del alma.

Debería de llevar unos seis meses en Jaulian y ya estaba plenamente adaptado a vida del Monasterio. Solía pasar casi todo el día junto a Jacob y Darío. Darío era de la misma edad que Jacob e hijo de una familia de origen persa que lo había dejado abandonado en Jaulian para darle la oportunidad de que pudiera encontrar un futuro digno como *bhikkhu* dado que había perdido su mano izquierda destrozada por las pisadas de un caballo cuando tenía tan solo cuatro años. Los tres nos hicimos grandes amigos y tratábamos siempre de sentarnos juntos durante las lecciones. Aquella tarde la clase era impartida por Swami Antika, uno de mis profesores favorito por ser amigo de mi abuelo y de origen griego como yo. Además me encantaba su manera de gesticular con los brazos y manos durante sus explicaciones. Había días en que nos dedicábamos a escribir o leer; y otros en los que, a mitad de la clase y sin ninguna intención especial por parte de nadie, iniciábamos algún tipo de discusión a partir del texto en el que estábamos trabajando. En estos casos nuestro maestro solía detener la escritura y nos obligaba a pensar y discutir sobre el tema. Eso es lo que sucedió aquella tarde, cuando estábamos copiando en nuestras tablillas de barro las siguientes palabras del Budha recogidas en el *Samyutta Nikaya*, que forma parte del *Sutta Pitaka*, incluido en el Canon Pali:

*Todo lo formado es transitorio; todo lo formado está sujeto al sufrimiento; todas las cosas carecen de alma. La forma es transitoria, el sentimiento es transitorio, la percepción es transitoria, las formaciones mentales son transitorias, la consciencia es transitoria.*<sup>7</sup>

Mientras copiábamos el texto, uno de nuestros compañeros más mayores se adelantó hacia Swami Antika y le preguntó.

- Maestro. Cuando El Budha habla de que todas las cosas carecen de alma, ¿incluye también a las personas?

- Así es joven Aminas.

- Entonces... -Amintas dudo mientras reflexionaba la manera de formular su pregunta- ...significa que las personas, para El Budha, ¿no tenemos identidad propia?

Swami Antika hizo una señal para que todos dejáramos de escribir y prestáramos atención a sus palabras.

- Escuchar todos. Las palabras que estáis transcribiendo resumen la concepción de la existencia que El Budha nos transmitió. Para él, la existencia está marcada por la carencia de alma o *anatman*; por el sufrimiento o *dukkha*; y por la impermanencia o *anicca*. Estas tres características son el sello que determina la existencia para los budhistas. Por eso son conocidas como *Las Tres Marcas del Budhismo* o Los Tres Sellos del Budha. Este es un *dharma* muy avanzado para vosotros los *anagarikas*, pero dado que vuestro compañero Amintas, ya casi un *samanera*, ha vislumbrado la transcendencia de este texto, voy a tratar de explicároslo.

"La idea de que nada permanece, de que todo está en continuo cambio, aparece en los antiguos Vedas en los que se fundamenta la religión de los brahmanes. El Budha creció dentro de esa religión y no hizo más que incorporar esta idea a su manera de explicar la existencia. Los Vedas bautizaron este concepto como *anicca*, y lo que significa es que la realidad está siempre en un estado de cambio permanente. La estabilidad de todo lo que vemos es una mera ilusión. Nada es permanente. Ni siquiera el punzón con el que estáis escribiendo, las paredes de este monasterio o las montañas que rodean Taxila."

"Los brahmanes pensaban que el *anicca* era aplicable a la naturaleza, a la realidad exterior pero no a la esencia de las cosas; era aplicable a nuestro cuerpo pero no a nuestro ser, no a nuestro *ego*, no a nuestra alma o *attman*. Para ellos el hombre es partícipe de la fuerza creadora que rige el Universo y que se encuentra en todas las cosas. A esta fuerza ellos la llaman *Brahma*, y por eso *Brahma* es su Dios principal. Según ellos, una parte de *Brahma* se encuentra dentro de nosotros mismos y constituye nuestra *attman*, nuestra alma, nuestra identidad; en definitiva nuestro *ego*. Para los brahmanes, toda la naturaleza está en un estado constante de flujo o devenir, de cambio; y este continuo devenir es una manifestación de Dios, de *Brahma*, que es la esencia última de todas las cosas y no cambia. Así como existe una realidad esencial en la naturaleza que no cambia, que es permanente y a la que se le llama *Brahma*; de la misma manera existe una realidad permanente dentro de nosotros, un *attman*, un *ego*, que es la esencia de nosotros mismos. Así lo entendían los brahmanes. Sin embargo El Budha llevó la doctrina del *anicca* más allá de la realidad que nos rodea y llegó a afirmar que no hay nada en nuestro interior que permanezca, que no existe una esencia que de continuidad a nuestra existencia. En definitiva que no tenemos un alma o un *ego*."

Se produjo un silencio sepulcral en el aula. No salíamos de nuestro asombro. Amintas levantó la cabeza como buscando una aclaración a sus dudas en los cielos. Se volvió a un lado y a otro buscando ayuda entre nosotros. Ayuda que no podíamos prestarle pues estábamos tan asombrados como él. Finalmente encontró las palabras que mejor resumían su aflicción y la de todos.

- Maestro, entonces, si no tenemos nada que nos dé identidad, ¿quienes somos? ¿Qué somos? ¿Cómo podemos considerarnos a nosotros mismos?

Swami Antika sonrió y se puso en pie haciéndonos una señal para que permaneciéramos sentados. Raramente adoptaba esta posición durante sus clases. Para nosotros era evidente que quería captar todas nuestras miradas para que le prestáramos la máxima atención.

- Esta es una de las preguntas más difíciles de contestar que puede formular hombre alguno Amintas -dijo- y por eso recurriré a la misma analogía a la que recurrió el Venerable Nagasena cuando yo albergaba las mismas dudas que tú albergas ahora.

Swami Antika miró fijamente a Amintas y le preguntó.

- Amintas, la llama que arde en el velón que encendemos en la sala de meditación cuando iniciamos la sesión de la tarde, ¿es la misma o es diferente a la que arde en el mismo velón a mitad de meditación?

- Sin duda es diferente Swami Antika.

- Y la llama que arde cuando terminamos la meditación, ¿es la misma o es diferente a la del comienzo de nuestra meditación?

- Es, sin duda, otra llama venerable Swami -respondió Amintas.

- Has respondido bien -dijo nuestro maestro, y continuó dirigiéndose a todos-. De la misma manera, las personas vamos cambiando, vamos evolucionando. Cada año, cada día, cada minuto y hasta cada segundo somos una persona diferente, al igual que la llama que arde en las velas.

"Nuestras vidas son una sucesión ininterrumpida de Amintas, de Antikas, de Daríos, de Gurkas o de Jacobs. Solo lo que llamamos los *cinco agregados* nos permiten mantener una identidad propia para así poder convivir con los demás y hacer nuestra cotidianidad posible, identificándonos como personas únicas los unos a los otros. Estos *cinco agregados* son nuestra consciencia, nuestras sensaciones o formaciones mentales, nuestras percepciones, nuestros sentimientos y nuestra forma o cuerpo. Pero, aunque nos den la sensación de tener una identidad propia, como el mismo Budha señala en este texto, también son transitorios. Lo importante es recordar que esa identidad, ese ego o *attman* que nuestros *cinco agregados* nos hacen identificar con nosotros mismos, carece de existencia y por tanto de perpetuidad."

Sin dejar de mirar a Swami Antika, Jacob se acercó a mi oído y me dijo.

- Si mis padres escucharan estas palabras me sacarían de Jaulian de inmediato -yo le miré con cierta sorpresa pero no dije nada. Él se percató de mi asombro y continuó diciendo-. Para los judíos es fundamental la existencia del alma. ¿Cómo sino podemos considerarnos dueños y responsables de nuestras acciones?

Amintas no cejaba en la defensa de sus dudas sobre la doctrina del Budha. Parecía estar esperando la respuesta de nuestro maestro para responderle. No en vano era uno de los alumnos más aventajados y había sido bien preparado en la dialéctica helena desde su ingreso en Jaulian. Amintas poseía una agilidad mental y una facilidad especial para enlazar las ideas de una manera natural, lo que le permitía enfrentar dialécticamente a nuestros educadores tal y como hizo aquella tarde.

- Si es así, venerable Antika, ¿cómo podemos explicar el *samsara*? ¿Quién o qué es el o lo que transmigra de una vida a otra? ¿Cómo pueden, las consecuencias de nuestras acciones, influir en nuestras futuras vidas? ¿O cómo nuestras acciones pasadas han podido influir en nuestras actuales vidas? Si no hay un alma, ¿cómo puede haber una *Ley del Karma*?

Amintas miró con cierto aire de triunfo a nuestro maestro, como el cocinero que logra atrapar al ratón que le ha estado robando el arroz de su cocina durante semanas. Sin embargo la expresión de Swami Antika no era la del ratón acorralado sino la del águila que observa con orgullo el primer vuelo de sus polluelos al lanzarlos al vacío desde su nido en lo alto de la montaña. Antes de responder dejó pasar unos segundos interminables, saboreando el placer de haber encontrado en Amintas al alumno que soñó cuando comenzó con su educación dialéctica. Finalmente respondió.

- Mi estimado Amintas, has hablado bien, como el sabio en el que poco a poco te estás convirtiendo. Por eso espero estar a tu altura proporcionándote una respuesta que puedas comprender y aprehender -dicho esto lanzó una mirada al vacío que paseó por encima de nosotros como una estatua y luego continuó-. Si has observado lo que sucede cuando termina la meditación de la tarde, antes de apagarse las velas que iluminan la sala, con su llama se encienden las velas que los *bhikkhus* trasladan a los cuartos para así iluminar las habitaciones mientras nos alistamos para dormir. De la misma manera en que la llama se transmite de una vela a otra, las acciones de una vida se transmiten a una vida futura; aunque la persona futura no sea la misma, aunque sus *cinco agregados* sean otros, aunque la vela sea distinta. Pero esto no significa que las acciones de una persona concreta determinen sus futuras vidas, tal y como algunos líderes espirituales brahmánicos sugieren. El Budha entiende que al igual que nuestras acciones de hoy influyen y son causa de la persona que vamos a ser al día siguiente o al instante siguiente, el conjunto de las acciones de nuestra vida, por la llamada *Ley del Karma*, no se perderán en la nada cuando muramos sino que determinarán una vida futura aun cuando nosotros ya no estemos en este mundo. No se trata de un mismo *ego*, de una misma alma o *attman* que pasa de una vida a otra o de un cuerpo a otro, sino de las acciones de nuestras vidas que son la causa que determinará una futura vida. De la misma manera que nuestras vidas actuales son la consecuencia de las acciones que otros produjeron en anteriores vidas; de la misma manera que la llama de la sala de meditación es la causa de la luz que ilumina nuestros cuartos cuando nos acostamos.

Swami Antika continuaba tratando de explicarnos *Las Tres Marcas del Budhismo* ante nuestro propio asombro. Las intervenciones de Amintas le habían obligado a extenderse más allá de lo que un grupo de *anagarikas* como nosotros podía asimilar. Sin embargo nuestra capacidad de

comprensión resultó mayor de lo que nosotros mismos esperábamos, y todos los que estuvimos presentes durante aquella lección del venerable Swami Antika asimilamos el *dharma* budhista con facilidad.

- Esto es tan simple que por eso nos resulta tan complicado de aprehender -continuó diciendo nuestro maestro-. De la misma manera que de la semilla de un manzano nunca podrá crecer una espiga de trigo sino un manzano, pero será otro manzano distinto al que produjo la manzana de la que extrajimos la semilla; de la misma manera la *Ley del Karma*, también llamada la Ley de las Causas, determina las consecuencias de nuestras acciones en el futuro; tanto en nuestras vidas como en las de los demás; tanto en el presente como en el futuro; tanto para quienes ya han nacido como para los que todavía no lo han hecho. Pero ni del nuevo manzano ni del recién nacido podemos decir que comparten la misma esencia, el mismo ego, la misma alma que la persona que produjo el *karma* o que la manzana que produjo la semilla.

Swami Antika miró a Amintas con una sonrisa, tratando de asegurarse de que había comprendido cómo se podía aunar la doctrina del *anatman* con la *Ley del Karma*. Amintas contestó.

- Significa esto, venerable Swami, que nosotros, como ese conjunto de agregados que forma nuestro cuerpo-mente, ¿sobrevivimos a la muerte por las acciones que llevamos a cabo durante nuestras vidas?

- Mi estimado Amintas, has comprendido bien la esencia de lo que estoy explicando. Pero recuerda lo más importante: nosotros no sobrevivimos de ninguna manera. Ni siquiera en nuestras acciones pues las acciones no son más que el alimento que nutre la *Ley del Karma* -Swami Antika cruzó sus brazos en su pecho, adoptó una expresión reflexiva y luego continuó-. En cierta ocasión uno de sus alumnos más aventajados le preguntó al Budha: "Maestro, donde va el iluminado después de la muerte?". El Budha contestó: "¿A dónde va una llama una vez ha consumido todo su combustible? Así como una llama se extingue, el iluminado se extingue después de que sus cinco agregados desaparecen". Recordar -insistió nuestro maestro muy serio-, no podemos afirmar que sobrevivimos a la muerte.

"Voy a emplear una nueva analogía para tratar de explicaros cómo puede actuar la *Ley del Karma* sin la existencia del *attman*. Todos sabemos que de la vaca viene la leche, que de la leche viene la cuajada, y que de la cuajada viene el queso, ¿verdad? -todos asentimos con la cabeza, tras lo cual Swami Antika continuó su explicación-. Pues bien, cuando vemos un pedazo de queso lo consideramos como queso y no como leche ni como cuajada; y cuando nos bebemos un vaso de leche no lo confundimos ni con una vaca ni con un trozo de queso ¿verdad? -todos nos reímos, no tanto de las palabras de nuestro maestro sino de su expresión, con los ojos completamente abiertos y su franca sonrisa-. Pues bien, de la misma manera, cuando una persona renace es otra bien distinta de la que muere, aunque esté conectada causalmente con la que le precedió; de la misma manera que el queso tiene una existencia distinta a la de la leche, aunque este proceda de aquella. Pero recordar que cuando hablamos de "renacer" no lo hacemos pensando en un ego o un alma, sino en

una vida nueva que ha necesitado de nuestra existencia pasada para poder llegar a este mundo. Como el joven manzano que ha necesitado la semilla de una manzana para nacer; o como el queso que ha necesitado de la vaca -y dicho esto imitó el bramido de una vaca alargando su cuello todo lo que pudo, provocando las más abiertas carcajadas entre nosotros-. Muy bien mi aventajado grupo de *anagarikas*, espero haber respondido a vuestras inquietudes; en especial a las tuyas Amintas - Amintas asintió con un leve movimiento de cabeza, todavía con una sonrisa en su cara producto de la reciente imitación de una vaca que acababa de hacer nuestro maestro-. Y ahora podéis seguir escribiendo el texto en vuestras tablillas -dio unas instrucciones a los *bhikkhu* que le asistían y se sentó de nuevo adoptando una actitud de meditación.

Continuamos en silencio con la copia del texto, pero donde antes solo distinguíamos los trazos de los caracteres, ahora entreveíamos la profundidad que ocultaban las palabras del Budha.

Cuando ya casi había concluido la clase, Swami Antika pareció despertar de su profunda meditación, hizo una señal a los *bhikkhu*, se puso en pie y nos dijo.

- Antes de terminar quisiera disponer de vuestra atención un momento -paseó su mirada cruzándola con las nuestras, y cuando estuvo seguro de que teníamos nuestros cinco sentidos puestos en él continuó-. En los tiempos del Budha vivió uno de los filósofos griegos que más insistió en la necesidad de cultivar la razón como forma de alcanzar el *logos*. Heráclito de Éfeso, que así se llamaba, nunca conoció al Budha, pero afirmaba como él que el fundamento de todo está en el cambio incesante; en que todo se transforma en un proceso de continuo nacimiento y destrucción al que nada escapa. Su idea de que todo fluye, en griego llamada *panta rei*, es muy similar a la doctrina budhista del *anicca* de la que hoy hemos hablado. La frase que mejor resume su pensamiento reza así: *En el mismo río entramos y no entramos, pues somos y no somos los mismos*. Según la doctrina budhista, ninguno de nosotros es física, emocional ni mentalmente la misma persona que éramos hace años, ni siquiera hace minutos o un sólo instante. Por eso, ya en palabras de Heráclito, no podemos entrar de nuevo al mismo río pues después de salir ya no somos los mismos, aunque los *cinco agregados* que nos proporcionan identidad así nos lo haga parecer. Tanto para Heráclito como para El Budha, todas las situaciones, todas las entidades, todos nuestros pensamientos y todos nuestros estados de ánimo nacen, ganan fuerza, se deterioran y desaparecen. Somos seres cambiantes en un mundo cambiante. Por eso no nos es posible encontrar seguridad permanente ni certidumbre absoluta, incluso en el más próximo futuro. Por eso no podemos volver a entrar en un río cuyas aguas se han renovado, aunque sí entremos en su mismo cauce. Por eso dice Heráclito que entramos y no entramos -y concluyó diciendo-. Heráclito y El Budha han sido dos de las personas que más han influido en el pensamiento de Oriente y Occidente, por lo que no puede ser casual que coincidan en la idea del *anicca* o *panta rei*.

Dicho esto nos hizo una señal para que recogiéramos y dio por terminada la clase. A la salida me decidí a preguntar a Jacob y Darío qué opinaban sobre lo explicado por nuestro maestro.

- ¿Tu qué opinas de todo esto Darío? -le pregunté, y al hacerlo Jacob se acercó e intervino de inmediato.

- Yo creo que son solo palabras que no conducen a nada. Somos lo que somos desde que nacemos y no podemos decir que seamos otra persona por el hecho de que vamos cambiando día a día -dijo sin ocultar su excitación.

- Me gusta lo que dice el maestro aunque me parece algo tan evidente e imposible de refutar que no se si lo estoy entendiendo bien -dijo por el contrario Darío.

- Pero ¿cómo puedes decir eso? -salto Jacob como lo hace una chispa del fuego- ¿De verdad crees que no tenemos ni ego ni alma? ¿No crees que hay algo que nos permite identificarnos durante toda la vida como nosotros mismos?

- Pues sí que lo creo. Eso que nos identifica es lo que Swami Antika dice que se llaman los *cinco agregados*. Nuestro cuerpo, nuestro pensamiento y no se qué más. Pero eso no es algo que perdure eternamente. Cambia.

- Pues yo sí creo que lo hay y que perdura. Sí creo en la existencia del alma y en su eternidad, y no soy el único. El mismo maestro ya ha dicho que los brahmanes hindúes piensan igual -Jacob se tranquilizó tras expresar su opinión y luego añadió-. Además, más me vale no pensar de otra manera pues si mis padres se enteraran tendría serios problemas...

Cuando llegamos a nuestro dormitorio nos recostamos un rato a la espera de que llegara Pandú para llevarnos a la sala de meditación. Yo continuaba pensando en la clase, fascinado por las palabras de Swami Antika. Agradecía a mis padres el que me hubieran mantenido alejado de las enseñanzas del *dharma* para así ahora tener la mente vacía y poder asimilar las palabras de nuestros maestros sin prejuizarlas como hacía Jacob, y en menor medida Darío.

Darío había sido educado en la doctrina mazdeista por sus padres. En su cabeza había quedado bien grabada la idea de que el Universo está dominado por *Ahura Mazda*, el Dios comienzo y fin de todo, el creador, el que no puede ser visto, el Eterno, el Puro, la única Verdad, la energía representada por el fuego, etc. Pero además de este Dios supremo, para los mazdeistas, existe un espíritu malvado, *Angra Mainyu*, que cohabita con *Ahura Mazda* en todo ser vivo y que se mantiene en eterna lucha con él de tal manera que hay una lucha constante entre el bien y el mal que se da en el interior de todas las criaturas de la naturaleza, especialmente en los hombres. A Darío no pareció costarle mucho asimilar las *Tres Marcas del Budhismo* a sus creencias mazdeistas. En el caso de la impermanencia o *anicca*, la coincidencia con Heráclito en considerar el fuego como la esencia de todo hace fácil para un mazdeista el pensar, al igual que hace Heráclito, que todo está en continuo cambio pues esta es una de las características más destacables del fuego, y este representa para ellos la esencia misma de Dios. Tampoco es difícil de entender para un mazdeista que la existencia del hombre está marcada por el sufrimiento o *dukkha* pues llevamos dentro de nosotros la semilla del mal y este, como todos sabemos, produce sufrimiento. La carencia de alma o *anatman* es la marca

budhista que más problemas para entender generó en Darío, pues creo que nunca antes se había planteado este dilema y las palabras de Jacob contrastadas con las de Swami Antika no hicieron más que confundirle.

Para Jacob era absolutamente inaceptable el hecho de que fuéramos considerarnos nada más que un conjunto de *cinco agregados* sin transcendencia alguna y sin identidad propia; y el que las cosas no tuvieran esencia ni permanencia. Pero la doctrina del *dukkha* sí le fue fácil de aceptar desde el primer momento pues la doctrina judía en la que había sido educado establece que el hombre está condenado a sufrir desde que fue expulsado del Paraíso por Dios al cometer el pecado original. Según la doctrina judía, si somos hijos de Dios tenemos que estar hechos a su imagen y semejanza, y por lo tanto debemos de tener un alma; y esta, además, debe de ser permanente y eterna para así poder rendirle cuentas de nuestros actos. Sin embargo Dios nos castigó a sufrir desde el principio de los tiempos por desobedecerle.

Aunque en Jaulian no se exigía creer en el *dharma* o doctrina budhista para pasar de *anagarika* a *samanaera*, todos nos sentíamos obligados a abrazar las creencias que se nos enseñaban como verdaderas. Todos tratábamos de contrastar nuestro credo particular con el de las enseñanzas budhistas; y todos, o casi todos, acabábamos por rendirnos ante la gran cantidad de argumentos e información que se nos proporcionaba sobre el *logos* del *dharma*.

## La praxis del artha

Tras un año como *anagarika* pasé a convertirme en *samanera* a la edad de catorce años. En Jaulian no se celebraba ninguna ceremonia especial para señalar tal acontecimiento. Simplemente una mañana llegaba Pandú con una túnica de un todo de color anaranjado más oscuro que la de los aspirantes y nos llevaba a una nueva sala-dormitorio, la de los *samanera*. Cuando yo llegué, Jacob y Darío, *samaneras* desde hacía algunos meses, me recibieron con gran alegría y me buscaron un camastro cerca de los suyos.

Mi abuelo le contó a mis padres por carta sobre mi nueva condición dentro de Jaulian y ellos, aprovechando que tenían necesidad de conseguir algunas herramientas para trabajar nuestras tierras, vinieron a visitarme unos meses más tarde de haberme convertido en *samanera*. La situación política en el reino era estable. Los gobernantes *kushas* habían cumplido su palabra de buscar la paz y los caminos de Gandhara eran seguros. Para mi la visita de mis padres fue muy importante pues me dieron el día libre y pude salir del Monasterio del que no salía desde que había ingresado más de un año antes.

Cuando llegamos a la gran sala comedor, mi abuelo me hizo señas para que me acercara y según lo hacia me di cuenta de que estaba acompañado por mis padres. Tuve la tentación de correr para abrazarlos pero me contuve, consciente de que en Jaulian habría sido considerado una falta de respeto hacia los demás, así que simplemente aceleré el paso y dibujé una amplia sonrisa en mi rostro. Al llegar junto a mi abuelo mi padre me abrazó con fuerza.

- Tus padres llegaron anoche -dijo mi abuelo-, han venido a hacer unas compras a Taxila y están alojados aquí en Jaulian. Si logran conseguir las herramientas que buscan mañana regresarán a Alejandría Bucéfala así que, después de consultarlo con la *sangha*, hemos decidido que, si tu quieres, puedes acompañarlos a la ciudad. ¿Qué te parece?

- Me parece muy bien Swami Eliano -contesté sin dejar de abrazar a mi padre y cruzando una tierna mirada con mi madre.

- ¡Mira que educado y respetuoso se ha vuelto nuestro Gurka! -le dijo mi padre a mi madre-. De haberlo sabido le habría traído aquí antes..

- ¡Pero si es el novicio más joven! -protestó mi madre, y luego se dirigió a mi-. ¡Ven, dale un beso a tu madre!

Me acerqué a ella y la besé con cierta timidez por ser una demostración de afecto demasiado evidente para hacerla en público. Mi madre era una mujer muy hermosa, pero además fuerte y responsable de muchas de las labores del campo que se llevaban a cabo en nuestras tierras. Por eso

había acompañado a mi padre en el viaje. Era la mejor consejera posible para tomar la decisión más acertada con respecto a las herramientas que se necesitaban para poner a producir unos terrenos que recientemente se habían limpiado de maleza. Vino con ellos Apolodoro, el hijo mayor de Telephos, nuestro criado más fiel cuya familia convivía con la nuestra desde hacía varias generaciones.

- Muy bien -dijo mi abuelo-, ahora ves a desayunar con tus compañeros y después puedes ir a cambiarte. Pandú ya te ha conseguido una ropa apropiada para ir a la ciudad. Tus padres te esperarán en el patio central.

- Muchas gracias abuelo. Así lo haré.

Me senté junto a mis amigos y les conté que habían llegado mis padres y que pasaría el día de compras con ellos en Taxila.

- ¡Qué suerte! -exclamó Darío.

- Sí -añadió Jacob-, yo estoy esperando la llegada de mi padre desde hace meses pero nunca aparece. Espero que el próximo mes regrese de su viaje a Occidente y que entonces me dejen pasar el día fuera.

- Yo no tengo que preocuparme de eso -dijo Darío con una sonrisa que trataba de ocultar su dolor-. Estoy seguro de que mis padres nunca vendrán a verme.

Se hizo un silencio entre nosotros que rompió Jacob.

- Cuando vayas a Taxila no dejes de visitar la casa de mis padres. Mándale saludos a mi madre y seguro que os ayuda a comprar lo que necesitáis al mejor precio. Se llama Esther. Podrás encontrarla en el barrio judío, junto a la Puerta Norte. Pregunta por la casa de Mossa, que es el nombre de mi familia.

- Gracias -le contesté y seguimos desayunando.

Cuando terminé fui a nuestro dormitorio a cambiarme con las ropas que Pandú me había conseguido y salí al patio en donde me esperaban mis padres acompañados por Apolodoro.

Nos dirigimos al centro de Taxila. El bullicio de sus estrechas calles contrastaba con la tranquilidad que se respiraba en Jaulian. Mis padres se sentían muy contentos de estar conmigo. Me encontraron mucho más alto y más fuerte que cuando había partido de Bucéfala hacía más de un año.

- Muy bien Gurka -dijo mi padre-. Tu aspecto es excelente. Se nota que la vida en Jaulian te sienta bien. ¿Te gusta?

- Sí padre -contesté escuetamente-, mucho.

- La vida de *anagarika* es muy sencilla, pero la de *samanera* verás que es más dura. Además, en tu caso, por haber entrado más joven, tendrás que pasar más años de noviciado antes de ordenarte *bhikkhu* cuando cumplas los veinte.

- No me importa padre. De verdad que me siento bien en el Monasterio. Tengo buenos amigos y estoy aprendiendo muchas cosas -en ese momento me acordé de Jacob-. Por cierto, uno de ellos es hijo de un comerciante judío y me ha dicho que su familia podría ayudarnos a conseguir las cosas que necesitáis.

- Ya veremos hijo -dijo mi madre-, hace años que tratamos con Gautama y es el primer mercader que vamos a visitar.

Mientras nos dirigíamos a la tienda de Gautama, mis padres se entretenían mirando los productos de los vendedores ambulantes, en especial la comida y las especias traídas desde el sur de la India. Yo, sin embargo, me sentía más atraído por las mujeres con las que nos cruzábamos. Apolodoro, silencioso y gran observador, se percató de la dirección que inevitablemente tomaban mis miradas y mientras mis padres discutían el precio de un bolsa de pimienta, me señaló una joven y hermosa mujer que estaba sentada sobre la raíz de un árbol. Su rostro era redondo y de facciones delicadas, su piel oscura y su pelo largo y negro. La manera en que estaba sentada, con las rodillas juntas, mostraba parte de sus muslos, llamó mi atención. Cuando se percató de que Apolodoro y yo la estábamos mirando, se puso en pie y nos sonrió con más picardía que enojo. Yo me ruboricé pero no podía dejar de mirarla. Su silueta era perfecta. Me recordaba a las imágenes de la diosa Venus que había visto en alguna de las vasijas que teníamos en Bucéfala. Su pecho voluptuoso, su estrecha cintura y su largo cuello quedaron grabados en mi. Era sin duda la mujer más bella que jamás había visto.

- Vamos Gurka que todavía eres muy joven para pensar en mujeres -las palabras de mi padre, acompañadas de la sonrisa de mi madre, me sacaron de mi ensoñación-. Hemos comprado un poco de pimienta para adobar y conservar el pescado. ¡Ten Apolodoro, guárdala!

Continuamos nuestro camino hasta la tienda de Gautama. Cuando llegamos nos atendió su esposa pues él se encontraba en Bactria buscando unas mercancías. La visita fue inútil pues no disponía de las herramientas para trabajar la tierra que mi madre deseaba. Se trataba de un arado simple para ser tirado por una sola bestia, forjado en hierro y de cuello ancho. La esposa de Gautama trató de venderle a mi padre un arado más pesado para trabajar con dos animales, pero mi madre sabía muy bien lo que necesitaba. En un momento dado, mientras mi padre preguntaba cuándo regresaría Gautama, mi madre salió conmigo de la tienda y me preguntó en voz baja.

- Gurka, ¿dónde dices que tiene su negocio la familia de tu amigo judío?

- Junto a la Puerta Norte madre.

- ¿Y crees que es de confianza?

- De toda confianza -le contesté con seguridad.

Mi madre hizo una seña a mi padre, que se disculpó con la esposa de Gautama por no comprarle nada y salió a la calle con nosotros.

- Eliano -le dijo mi madre- vamos a visitar a la familia del amigo de Gurka. Seguro que con ellos encontramos una mejor opción que ese pesado y viejo arado. Y de no ser así siempre podremos regresar aquí.

- Está bien -dijo mi padre-, aunque ya sabes cómo es Gautama. Si no encontramos nada mejor y regresamos, tendremos que pagarle el doble.

- Vale la pena intentarlo -dijo mi madre zanjando la discusión y añadió-. Tenemos que ir a la Puerta Norte.

La seguimos abriéndonos paso entre la gente. Mi padre se puso a su lado y Apolodoro y yo caminábamos detrás. Al llegar a la Puerta Norte preguntamos en una tienda cercana por la familia Mossa y nos señalaron una gran casa de dos pisos en una esquina. Nos acercamos a la puerta y llamamos. Al poco se asomó una criada desde la ventana del piso de arriba y nos preguntó qué queríamos. Mi padre contestó.

- Disculpé, estamos buscando a la madre de Jacob. El muchacho que estudia en Jaulian.

- Esperen un momento -contestó la sirvienta y cerro la ventana.

Al cabo de un rato se abrió la puerta y apareció una señora de unos cuarenta años, vestida con una hermosa túnica y tocada con un discreto pañuelo.

- ¿Qué desean? -nos preguntó.

- ¿Es usted Esther, la madre de Jacob. Alumno *samanera* de Jaulian? -preguntó mi padre.

- Sí lo soy -respondió escueta y seriamente la madre de Jacob-. ¿Quién me busca?

- ¡Discúlpenos! Mi hijo estudia en Jaulian con Jacob -dijo mi padre acariciándome la cabeza- y le dijo que viniéramos a visitarle si necesitábamos ayuda para conseguir cualquier mercancía.

- ¡Así que eres compañero de Jacob! -dijo Esther, cambiando su seria expresión por una sonrisa-. Pasen adelante por favor.

La madre de Jacob abrió la puerta de par en par y nos hizo pasar a una amplia sala hermosamente decorada. Dio instrucciones a una de sus criadas y nos hizo sentar en unos cómodos divanes. Luego ella misma se sentó en una silla y me preguntó.

- ¿Cómo está Jacob? Hace varios meses que no le veo.

- Muy bien señora. Con muchas ganas de que regrese su padre -acerté a decir.

- Pues aun tendrá que esperar unos meses más. Todos en la casa estamos tan ansiosos como él -me respondió, y luego se dirigió a mis padres-. Mi marido partió hace más de un año para cerrar unos tratos comerciales en Alejandría de Egipto, pero después aprovecho el viaje para visitar Jerusalem y su ausencia se ha alargado más de lo previsto. Por suerte nos han llegado noticias de que ya partió de regreso.

- ¿Regresa por mar? -preguntó mi padre con sincera curiosidad.

- No. Se ha unido a una caravana de mercaderes que se dirige a *Samarkanda*. El viaje de ida sí lo hizo por mar. Partió de *Barygaza* en una galera romana. ¿Es usted comerciante? -le preguntó Esther a mi padre.

- No -contestó él-, en realidad somos agricultores y criadores de caballos. Vivimos en Alejandría Bucéfala y muchos de los mercaderes hindúes que por allí cruzan el río Hidaspes en dirección a Taxila nos preguntan por la mejor ruta marítima con destino a occidente. Por eso le preguntaba.

- Puede decirles que la travesía por mar es tranquila. Los romanos controlan el Mar de Eritrea para facilitar la llegada de las mercancías hindúes a su Imperio. Desde el puerto griego de *Barygaza* toda la ruta está en sus manos. Lo único que hay que hacer es descender por el río Indo hasta su desembocadura. El trayecto dura poco más de dos semanas hasta el Mar de Eritrea -respondió la madre de Jacob como toda una experta en rutas comerciales-. La ruta por tierra es más lenta y peligrosa que la marítima debido a las continuas disputas entre los romanos, los partos y los *kushas*. Pero mi marido se encontraba en Jerusalem cuando se enteró de que un amigo nuestro estaba preparando una caravana con destino a *Samarkanda* y decidió realizar el viaje con él.

Yo escuchaba el relato de la madre de Jacob fascinado, imaginándome a mi mismo viajando por esas tierras lejanas. Esther nos mostró varios objetos preciosos traídos de oriente y occidente tras lo cual le preguntó a mi padre.

- Y bien, en qué puedo ayudarles.

- El caso es que estamos preparando unas tierras para cultivo y necesitamos un nuevo arado. El que tenemos ya ha sido reparado muchas veces y seguro que no aguantará la limpieza de esas tierra -le contó mi padre-. Hemos visto uno que nos ofrecen en el negocio de la familia Gautama, donde siempre compramos lo que necesitamos, pero es muy pesado y necesitaríamos dos bestias para tirar de él. Además, nos sería muy difícil de trasladarlo a Bucéfala. Si usted supiera de alguien que pudiera conseguirnos un arado simple y de cuello largo nos haría un gran favor.

- Mi estimado Eliano, nuestra familia se dedica al comercio de productos finos pero, como ya sabrás, nosotros somos judíos y dentro de nuestra comunidad nos conocemos todos. La familia de David Rehabi se dedica a comerciar con piezas de herrería y materiales forjados. Estoy segura de que podrá conseguirnos un arado como el que buscáis. Solo tenéis que caminar dos calles al sur y allí encontraréis su local. No tiene perdida pues verán muchos productos forjados en hierro y bronce en

la puerta de su tienda -le dijo Esther a mi padre- y si me hacen el honor, ahora me gustaría invitarles a comer algo para que me cuenten sobre la vida en el monasterio y sobre mi hijo.

Mis padres en principio rehusaron la invitación, pero fue tanta la insistencia de la madre de Jacob que finalmente no tuvieron más remedio que aceptar pues, como luego comprobamos durante la conversación que mantuvieron, Esther conocía poco sobre Jaulian y el budhismo. Su interés era sincero de manera que mis padres se sintieron muy afortunados al poder agradecerle sus atenciones con un amplio relato sobre los orígenes del Monasterio en dónde su hijo estaba internado así como de los lineamientos que regían su funcionamiento. La madre de Jacob y mis padres también hablaron largo y tendido sobre nuestros antepasados familiares y sobre nuestras creencias religiosas, lo que contribuyo sin duda a sellar nuestra amistad más allá de la propia como simples compañeros de estudio.

Una vez terminada la comida, mis padres se disculparon por las prisas ante la necesidad de visitar la tienda de David Rehabi lo antes posible para no llegar tarde a Jaulian. Esther se mostró muy comprensiva y se despidió de nosotros en la puerta, indicándonos el camino y excusándose por no poder acompañarnos debido a sus obligaciones domésticas.

En efecto, dos calles más abajo se encontraba una pequeña tienda con múltiples cacharros en la calle. La mayoría recipientes hechos de bronce. Al entrar me quedé sorprendido al encontrar tras el mostrador a la misma hermosa mujer que había visto horas antes sentada en la raíz de un árbol. Crucé mi mirada con la de Apolonio, que se acercó a mi oído y me dijo.

- No Gurka no. Se parecen mucho pero no es la misma chica. Esta es más baja, más joven y tiene el cabello más largo.

Yo no dejaba de mirarla, buscando en ella a la mujer del árbol.

- ¿En qué puedo ayudarles? -nos preguntó dirigiéndose a mi padre.

- Estamos buscando a David Rehabi -respondió mi padre-. Nos envía Esther, de la familia Mossa.

- Voy a buscarle. En un momento les atiende.

Y dicho esto abandonó la estancia a través de una cortina de tela que hacía las veces de puerta de separación entre la tienda y la vivienda. Al poco rato se abrió la cortina tras la cual apareció un hombre de barba blanca ataviado con una larga túnica roja bordada con franjas blancas y negras. Tras él venía la hermosa mujer que, obligada por la reducida dimensión del hueco de la falsa puerta, tuvo que agacharse para pasar, lo que hizo que se abriera su escote dejando entrever sus bien formados senos. Para mi fue una visión tan perturbadora que hizo que me ruborizara y ocultara mi rostro aparentando mirar una jarra de bronce.

- Bienvenidos a mi humilde establecimiento -dijo abriendo sus brazos-. Los amigos de la familia Mossa también lo son míos. Por favor, díganme en qué puedo ayudarles.

- Muchas gracias -dijo mi padre juntando sus manos junto a su pecho-, estamos buscando un arado de hierro forjado, ligero y de cuello largo. ¿Usted cree que podría ayudarnos a conseguirlo?

- Mi querido amigo, no hay objeto de hierro forjado en toda Gandhara que David Rehabi no pueda conseguir -se rió sonoramente, pero al ver que nosotros únicamente secundábamos sus risas con una leve sonrisa, recupero la compostura-. No tiene por qué preocuparse. Conozco a varios herreros en Taxila que seguro tienen un arado de las características que usted necesita. ¿Para cuando lo quieren?

- Mañana nos gustaría partir a primera hora hacia Bucéfala en donde se encuentran nuestras tierras. ¿Sería posible tenerlo antes del alba? -preguntó mi padre.

- No habrá problema. ¿Dónde se alojan?

- En el monasterio de Jaulian.

Mientras mis padres discutían el precio y los detalles de la entrega, yo no dejaba de observar a la mujer. Debería tener unos quince años y en realidad Apolonio tenía razón, no era la misma que la que habíamos visto en las calles de la ciudad pocas horas antes. Sin embargo su parecido hacía que la imagen que se formaba en mi mente fuera idéntica. Sus facciones y la visión de parte de su pecho habían abierto en mi la puerta del deseo más arrebatador. Tanto es así que sentí como crecía mi falo entre mis piernas sin la más mínima posibilidad de controlarlo.

Abandonamos la tienda del mercader con dirección a Jaulian, a donde llegamos con el tiempo justo para alistarnos y acudir a la meditación de la tarde. Mis padres se dirigieron a sus habitaciones junto con Apolonio y yo a la sala-dormitorio en donde se encontraban los demás *samaneras*. Le conté a Jacob sobre el encuentro con su madre y se alegró mucho de que nuestras familias se hubieran conocido.

Mis compañeros acudieron a la sala mientras yo terminaba de cambiarme en compañía de Pandú.

- ¿Qué tal tu salida a Taxila Gurka? -me preguntó.

Los acontecimientos del día, en especial la visión de las dos mujeres que mi mente había transformado en una sola, ocupaban por completo mi cabeza, por lo que decidí compartir mis inquietudes con Pandú.

- Muy excitante -contesté-. Conocí a una mujer tan hermosa que no puedo dejar de pensar en ella. No creo que esta tarde pueda concentrarme para meditar.

- Recuerda que el objetivo de la meditación es la aniquilación de nuestros pensamientos de manera que nuestra mente quede en blanco. Precisamente por eso hoy es más importante que nunca el que trates de conseguir una buena meditación.

- Pero ¿cómo voy a poder concentrarme? -contesté sintiéndome impotente. Pandú se percató de mi aflicción, se sentó junto a mi y me dijo.

- Estoy seguro de que en cuanto te sientes y cierras los ojos, sobre el tapiz que es tu mente se van a ir proyectando tus pensamientos y las imágenes de lo que has hecho hoy en Taxila. Debes dejarlos pasar y observarlos de manera neutral, sin implicarte, sin pensar en ellos como si fueran tuyos sino pensando que no forman parte de ti. Trata de verlos pasar como ves pasar las blancas nubes sobre el azul del cielo al ser arrastradas por el viento. Recuerda que de lo que se trata al meditar es de ver el cielo, de hacer desaparecer las nubes, de aniquilar nuestros pensamientos. Aunque esto todavía es difícil de lograr para un *samanera* como tu, lo que si puedes hacer es tratar de alejarte de la imagen o del pensamiento concreto en que se fija tu mente. Especialmente si se trata de la imagen de una hermosa mujer como la que hoy has conocido pues son especialmente perturbadoras. Debes tratar de alejarte de su imagen concentrándote en tu respiración o en cualquier otro soporte.

- ¿En qué otro soporte puedo concentrarme? -pregunté a Pandú tratando de obtener la máxima ayuda posible.

- Cuando nuestra atención se desvía durante la meditación debemos acudir a alguno de nuestros sentidos para fijarnos en cualquier sensación que nos permita soltarnos del pensamiento que nos ha atrapado. Cuando usamos la respiración como soporte, tratamos de sentir únicamente el aire frío rozando nuestras fosas nasales al inspirar y el aire caliente saliendo de nuestros pulmones al exhalar ¿verdad? -yo asentí con la cabeza pues era algo que ya sabía desde antes incluso de ingresar en Jaulian-. Puedes tratar de hacer lo mismo con tus otros sentidos. Puedes abrir los ojos y fijarlos en una vela de manera que la imagen de la pequeña llama sea tan clara en tu mente como en tus ojos. Puedes concentrarte en el aroma del incienso hasta que inunde por completo tu cabeza y no te permita pensar en nada más. Puedes hacer que sea tu saliva insípida la que ocupe ese lugar en tu mente; o que lo hagan las palabras del Canon Pali que recitan los monjes, que por eso las recitamos de manera tan monótona. Como ves son muchos los soportes que tenemos para concentrarnos y no dejar que nuestros pensamientos se apoderen de nuestra cabeza. ¡Y ahora vamos que se nos hace tarde!

Ingresamos en la sala cuando la meditación ya había comenzado. Tomé asiento sobre una esterilla junto a la de Jacob y vi a mis padres sentados detrás de mi abuelo y del resto de la *sangha*. Adopté la posición que llamamos del loto, con las piernas cruzadas sobre los muslos y la espalda completamente recta. Cerré los ojos y comencé a respirar profundamente, notando como se hinchaban y deshinchaban mis pulmones. Me concentré en la sensación de frío que el aire que inhalaba producía en el interior de mi nariz, y en como el aire que expulsaba salía caliente. El ritmo de mi respiración era pausado, lento. Cada inspiración dejaba el tapiz de mi mente teñido de azul, y cuando exhalaba el color azul se transformaba en un tenue rojo. Sin embargo, poco a poco apareció sobre el tapiz la imagen de la joven mujer de largos cabellos que había visto en la tienda de David Rehabi. Yo trataba de fijar de nuevo mi atención en mi respiración, pero la sonrisa que la muchacha

me había dedicado cuando estaba sentada junto al árbol cobraba cada vez más fuerza en mi interior. La confundía con la imagen de la chica de detrás del mostrador. No podía apartar mis pensamientos de ellas dos, fundidas como una sola dentro de mi. Casi podía sentir la suavidad de su piel oscura. Su pecho torneado surgía a través de su escote dejando en mi una agradable sensación de placer. Cuando tomé conciencia de que estaba siendo poseído por este único pensamiento abrí los ojos para tratar de liberarme de él y fijar mi atención en otro de los soportes que me había recomendado Pandú. El murmullo de los *bhikkhus* recitando el Canon Pali era hipnótico y el olor a sándalo relajante. Sin embargo me decidí por concentrarme en la llama de una vela; en su forma ovalada contorneada de azul en su parte inferior; en el color amarillo de su extremo superior seguido del intenso color blanco surgido del punto rojo de la mecha. Cuando consideré que ya era capaz de reproducir su imagen completa en mi mente, cerré los ojos. Allí estaba la llama, fija, inmóvil, situada en la parte interna de mi entrecejo. Era como si mi cabeza estuviera hueca y en su interior hubiera dibujado una llama perfecta que podía ver con mis propios ojos aunque estos estuvieran cerrados. La sensación era de una inmensa paz.

Poco a poco la llama fue transformándose en la silueta de la mujer de Taxila. Esta vez estaba de pie completamente desnuda. Toda la atención que había depositado en la llama estaba ahora concentrada en la mujer. La observaba con todo detalle. Su pelo largo y negro con destellos cobrizos. Sus ojos oscuros y de mirada penetrante. Sus labios rojos y carnosos. Su cuello largo y delicado. Sus pechos abundantes y firmes. Su cintura estrecha y torneada. Sus nalgas fuertes y redondeadas. Sus piernas delgadas y estilizadas. Toda ella dejaba en mi una sensación tan grata que me abandoné a su contemplación tal y como antes había hecho con la llama. Ahora permitía que su imagen ocupara toda mi atención, todos mis pensamientos, toda la pared interior de mi hueca cabeza sin oponer la menor resistencia.

Yo continuaba inmóvil en la posición del loto. Concentrado en la belleza de la mujer que tenía en mi interior. De repente una sensación física perturbó mi concentración. Mi *lingam* comenzó a ereccionar sin el más mínimo pudor. Mi inmovilidad estaba siendo alterada por los movimientos involuntarios de mi falo. Al principio me sentí turbado, pero poco a poco me abandoné al placer que sus pulsiones me producían. Al igual que había hecho con la imagen de la mujer en mi cabeza, ahora permitía que mi sexo ocupara plenamente mi atención. Lo notaba crecer poco a poco con cada pulsión. Su extremo quedó atrapado en los pliegues de mi túnica, y la resistencia que mis ropas ofrecían a su erección hizo que su dureza aumentara. Finalmente mi miembro venció la resistencia de mis vestiduras y quedó completamente erecto contra mi vientre. En ese momento sentí como la imagen de la mujer desnuda que tenía en el interior de mi entrecejo se deslizaba a través de mi espina dorsal hasta mi falo erecto y era poseída por él. El éxtasis fue tal que instintivamente abrí los ojos. La meditación estaba concluyendo y los cánticos de los *bhikkhus* habían cesado. Darío estaba sentado frente a mi con una sonrisa dibujada en su cara, dirigiendo su mirada alternativamente a mi entrepierna y a Jacob. Este se percató de mi erección y me sonrió. Yo les devolví la misma sonrisa entre cómplice y avergonzada y me puse de pie tratando de disimular mi miembro erecto. Los tres

salimos de la sala camino de nuestro dormitorio. Cuando llegamos al patio exterior Darío comenzó a bromear.

- Así que eso es lo que les pasa a los que salen a pasear por Taxila -me dijo dándome un suave puñetazo en el hombro.

- ¡Qué va! Eso solo les pasa a los que tienen el demonio dentro -añadió Jacob.

- No se qué me pasó -les dije-. Estaba concentrado en mi meditación y se me apareció la imagen de una mujer desnuda.

Los dos se rieron con una risa cómplice y contagiosa. Darío acarició el muñón de su mano izquierda destrozada con su mano derecha. Al principio con delicadeza, pero al poco con la violencia y la ansiedad propias de una masturbación. Jacob hacía lo propio con sus dos manos cerradas deslizándolas en el vacío a la altura de su vientre. Los dos reían y saltaban a mi alrededor como sátiros dionisíacos. Yo me contuve hasta que ya no pude más.

- ¡Ya basta por favor! -les dije-. No tiene ninguna gracia. Podrían incluso expulsarme de Jaulian.

- Tranquilo Gurka que no hay para tanto -me dijo Jacob-, por una erección no expulsan a nadie. No has incumplido ninguna de las reglas de los *samaneras*. La falta de castidad no se aplica a erecciones involuntarias Gurka. Aunque sean tan abultadas como la tuya.

Miró a Darío y se rieron los dos. Mi preocupación había hecho que mi *lingam* recuperara su flacidez habitual, pero no podía dejar de pensar en la regla que obligaba a los *samaneras* a un comportamiento sexual casto. Darío, ya más calmado, recuperó un tono más serio y me dijo acercándose a mi de manera confidencial.

- En realidad Gurka, Jacob tiene razón. No tienes motivos para preocuparte. Nosotros sí deberíamos de preocuparnos. ¿Verdad Jacob?

- Muchos sábados en la noche Darío y yo nos la meneamos en los baños -continuó Jacob mientras mi expresión de sorpresa inicial era sustituida por la de curiosidad-. Una noche coincidimos en el baño para orinar. Darío se acarició su glánde con su muñón y rápidamente logró una erección. Nos excitamos tanto que en ese mismo momento nos masturbamos juntos hasta eyacular.

- Eso fue hace unos meses -continuó Darío casi disculpándose-. Desde pequeño me ha excitado mucho el acariciarme el glánde con mi muñón. Cuando coincidí con Jacob quise mostrárselo, pero desde entonces siempre es él quien me despierta por la noche para que le acompañe al baño.

- ¡Ahora échame a mi las culpas! ¡Como si a ti no te gustara ver mi falo circuncidado!

- ¡Claro que sí! Pero no por eso voy en las noches a sacarte de la cama arriesgando a que nos expulsen -contestó Darío.

- ¡Ya basta! -les dije finalmente-. No podéis continuar así. Algún día os va a sorprender Pandú y entonces estaréis en un serio problema. Yo no se vosotros pero yo estoy muy a gusto en Jaulian y no quiero que me expulsen.

- ¡Yo tampoco! -añadió Darío.

- Está bien. Trataré de controlarme -dijo Jacob tras un prolongado silencio- pero tienes que reconocer Darío que ha estado bien.

- Sí, sí, muy divertido pero prefiero no seguir arriesgándome. En serio.

Y así terminamos nuestra discusión antes de alistarnos para dormir y entregarnos a los brazos de Morfeo, el dios griego de los sueños. La conversación con Jacob y Darío, unido a la excitación sufrida durante la meditación marcaron mi sueño de esa noche. Yo me encontraba meditando solo, en una amplia sala que luego, por esa magia que tienen los sueños para transformar la realidad, se convirtió en un gran prado verde de montaña. Era de noche. Jacob y Darío danzaban desnudos a mi alrededor con sus falos erectos como si de sátiros se tratara. Yo permanecía inmóvil, concentrado en mi meditación, con los ojos cerrados pero sin embargo viéndolo todo. En un momento dado apareció la mujer de Taxila danzando junto a mis amigos completamente desnuda. Los tres giraban a mi alrededor con la excitación que el baile les provocaba. Jacob cogió a la muchacha de la mano y detuvo la danza delante de mi. Darío se acercó por detrás y situó su falo entre sus piernas mientras le acariciaba los pechos. La mujer arqueó su cuerpo y Jacob besó su cuello mientras introducía sus dedos en su sexo. Darío introdujo el muñón de su mano en la boca de la mujer que en ese momento comenzó a jadear de placer. Jacob sacó sus dedos e introdujo su falo dentro de la muchacha mientras Darío se acostaba sobre el prado todavía asiéndola por la espalda y dándole a chupar su muñón. De esta forma, acostada boca arriba sobre el cuerpo desnudo de Darío, Jacob la penetraba una y otra vez. Yo permanecía inmóvil y concentrado en mi meditación cuando vi como Jacob se apartaba y dejaba que Darío depositara a la mujer sobre el prado, boca arriba, e introducía el muñón de su mano en su sexo. Cuando la mujer jadeaba con el muñón de Darío en su interior, Jacob se sentó de rodillas sobre ella apoyando sus nalgas sobre sus pechos e introduciendo su falo en su boca. La penetración del muñón de Darío en el sexo de la mujer se hizo poco a poco más fluida y excitante hasta el punto en que esta alcanzó el orgasmo y apartó a Darío y a Jacob de su cuerpo sudoroso y convulso. Luego se arrastró hasta mi y me cogió la pierna diciéndome: ven conmigo...

- ...Ven conmigo... Gurka despierta... Vamos... Ven conmigo. Despierta, ven, que tienes que despedirte de tus padres. Despierta -era mi abuelo cogiéndome la misma pierna que la muchacha así en mis sueños.

Me desperté y de inmediato tomé conciencia de una sensación viscosa sobre mi vientre y mis genitales. Me llevé la mano a ellos y noté como un esperma, todavía caliente, impregnaba mi cuerpo y mis sábanas. Miré a mi abuelo con cara de vergüenza y él me dijo.

- Vamos Gurka, levántate y límpiate. Ya ha llegado el arado y tus padres se están preparando para partir. Tienes que ir a despedirte de ellos. Pliega la sábana y luego la lavarás. Date prisa.

Hice lo que mi abuelo me pedía mientras él me esperaba sentado sobre mi estera. Cuando me reuní con él, cabizbajo y ya listo para salir, se puso de pie y me acarició la cabeza diciendo.

- No hay vergüenza en lo que te ha pasado. Tu cuerpo está creciendo y esa es la manera de avisarte. Luego hablaremos de esto, si tu quieres. Ahora tienes que despedirte de tus padres y no queremos que regresen a Bucéfala llevándose una triste imagen tuya ¿verdad? -me sonrió y me cogió de la mano acelerando el paso-. ¡Vamos alegre esa cara!

Salimos al patio central. Todavía era noche cerrada pero la luna estaba casi llena y proporcionaba cierta claridad fantasmal al ambiente. Mis padres ayudaban a Apolonio a sujetar su nuevo arado a uno de los caballos cuando me vieron acercarme.

- Gurka, ya casi nos vamos -me dijo mi padre.

- Ven. Dame un beso -dijo mi madre que se acercó y me besó en la frente.

- Te encontramos muy bien y esperamos que sigas así por muchos años. No hay nada como la vida monacal para un joven Eliano como tu ¿verdad padre? -dijo mi padre dirigiéndose a mi abuelo.

- También para un anciano como yo.

- Vamos padre -le dijo mi madre-, no creo que te puedas considerar anciano todavía. Aunque sí es verdad que a ti también te sienta muy bien la vida de Jaulian.

- Y tu Gurka, ¿no dices nada? -agregó mi padre.

- Se nota que no le gusta que le despierten tan temprano -me excusó mi abuelo.

- Disculpa padre pero es que todavía estoy medio dormido -contesté mientras trataba de mostrar mi mejor sonrisa.

- Está bien. No te preocupes. Con tal de verte antes de partir ya nos sentimos complacidos.

Mi madre me abrazó mientras mi padre subía a su caballo.

- ¡Adiós Gurka!

- ¡Adiós padre!

Crucé una mirada con Apolonio y le saludé con una inclinación de cabeza mientras guiaba a su bestia, ya cargada con el arado, en dirección a la puerta de salida. Mi madre me soltó y se unió a él con paso cansino, volteando su cabeza un par de veces antes de desaparecer tras la puerta. Mi abuelo y yo nos quedamos parados viéndoles partir hasta que me dijo.

- Ven Gurka, vamos a mi estancia.

El cuarto de mi abuelo era pequeño y austero. No mediría más de diez por diez codos y únicamente estaba amueblado por una mesa baja situada en un rincón, una estantería repleta de textos, una estera de mimbre similar a las que utilizábamos nosotros para dormir, y un par de almohadones. Era la primera vez que mi abuelo me había llevado allí. Me hizo sentar sobre uno de los almohadones mientras encendía una vela pues todavía no había amanecido. Luego se sentó en el otro almohadón frente a mi y me dijo.

- Gurka, te estás haciendo hombre muy rápidamente y eso es bueno. Es un proceso natural por el que todos pasamos. Hoy has manchado tu cama con la semilla que algún día te permitirá ser padre, si eso deseas. Ya tu cuerpo ha alcanzado la energía suficiente para llevar a cabo ese prodigio y debes de estar orgulloso y no preocupado -me miró fijamente como si mi cara fuera un libro abierto en el que estuviera leyendo mis pensamientos, así que me sentí obligado a confesarle mis temores.

- Pero abuelo, una de las reglas que se aplica a los *samaneras* obliga a evitar las acciones y pensamientos obscenos y yo no la he cumplido -agaché la cabeza en parte por vergüenza, pero también para evitar su mirada.

- Recuerda que un *samana* es un novicio. Está en periodo de preparación y por tanto de prueba -hizo una pausa para reflexionar y luego continuó-. Has visto desde pequeño como trabajan los domadores que se ocupan de los caballos de tu padre ¿verdad? -yo asentí con la cabeza-. Entonces te habrás percatado de que muchas veces se les desboca la bestia que están domando y sin embargo no por ello dejan de dominarla finalmente. Lo importante para la doma de un caballo no es que no se desboque. Está dentro de la naturaleza del animal el resistirse. Lo importante es que el domador sea capaz de controlarlo y darle la confianza necesaria para que se entregue a su jinete de manera que la doma sea exitosa. Incluso diría que los caballos que más cuestan de domar acaban siendo los mejores; como el que da nombre a nuestra ciudad, Bucéfalo, que solo Alejandro Magno logró dominar. De la misma manera Gurka, nosotros somos capaces de dominar nuestro cuerpo, nuestros movimientos, nuestra respiración, nuestra digestión, el fluir de nuestra sangre e incluso el fluir de nuestro semen. Y ese dominio se consigue con muchos años de práctica y entrenamiento por lo que la *sangha* no va a exigir el cumplimiento estricto de unas reglas que para un *samana* no son más que una guía de acción.

- Entiendo abuelo, pero lo que me preocupa en verdad es que el placer que me produce mi *lingam* es tan intenso que no se si voy a querer controlarlo.

Mi abuelo me sonrió y levantó su túnica hasta su cintura mostrándome su *lingam*. Sin dejar de sonreírme me indicó con su mirada que observara su miembro que comenzaba a alargarse con un suave movimiento mientras el resto de su cuerpo permanecía inmóvil. Al poco su falo quedó completamente erecto. Mi cara no podía ocultar mi sorpresa. Todavía con la túnica alzada me dijo.

- Soy consciente de tus dudas Gurka pues el celibato es una regla difícil de cumplir. De hecho son muchos los novicios que no llegan a ordenarse *bhikkhu* por no estar dispuestos a cumplir con esta regla. La vida monacal no es para todos, ni es obligado asumirla durante toda nuestra vida. Yo mismo, si tu abuela viviera, posiblemente no viviría aquí. Mira tu padre. Cuando crezcas y te conviertas en un hombre ¿crees que regresará a Jaulian como *bhikkhu*? Yo no lo creo. Pero el hecho de no estar obligados a evitar un comportamiento obsceno y sexualmente lascivo no hace que nos abandonemos a la lujuria pues somos conscientes de que el control de las pasiones produce felicidad mientras que el dejarse dominar por ellas es causa de sufrimiento.

El falo de mi abuelo continuaba completamente erecto. Yo no podía menos que sentir admiración por su poderío así que le pregunté.

- ¿Y de qué sirve el control del propio cuerpo si no se hace uso de él?

Mi abuelo primero me miró sorprendido, y luego se puso a reír. Cuando se tranquilizó, todavía manteniendo su erección, me dijo.

- Te estás olvidando Gurka de que eres mi nieto, y por lo tanto soy padre de tu padre. Tu abuela y yo mantuvimos una relación muy cercana gracias a que logramos controlar nuestras pasiones, nuestros deseos y hasta nuestros cuerpos como tu mismo puedes comprobar -y en este punto dirigió su mirada a su falo erecto antes de continuar-. Pudimos unirnos de una forma que va mucho más allá de lo físico. Nuestros encuentros sexuales nos sirvieron de soporte para una meditación muy poderosa en la cual se entra en contacto con lo absoluto. Se trata del *maithuna* que el propio Budha señaló como uno de los caminos para obtener la liberación. Mediante esta unión se logra vivenciar la unión de lo masculino y lo femenino, del ser y del no ser, de lo abstracto y de lo concreto. Te aseguro Gurka que este tipo de unión es mucho más satisfactoria y provoca mucho más placer y felicidad que un coito sexual dirigido por y para el disfrute de nuestro falo. Y el primer paso para lograr el *maithuna* es tratar de controlar nuestras pasiones y no permitir que estas controlen nuestras vidas.

- Pero abuelo, ese es un logro al alcance de muy pocos -protesté.

- Es ahí donde te equivocas Gurka. El control de las pasiones está al alcance de todo aquel que se lo proponga. No hay que ser un asceta para impedir que nuestros impulsos nos gobiernen. Puede que un poco sí para conseguir un control absoluto de nuestro *lingam* -en este momento me sonrió mirándose su falo- pero no para el control de nuestras pasiones. Si hay algo importante que nos enseñó El Budha es que para obtener la liberación debemos recorrer lo que él denominó como *El Camino Medio*. Para alcanzar la libertad obstaculiza tanto el excesivo ascetismo y mortificación del cuerpo como la excesiva lujuria y hedonismo. Todos podemos alcanzar la liberación evitando los excesos. Los excesos ascéticos y los excesos físicos.

- Entonces ¿por qué en Jaulian debemos de abstenernos de todo tipo de placeres abuelo? - Protesté de nuevo.

- Ya te he dicho Gurka que la vida monacal no es para todos ni es el único camino para lograr la liberación, pero quien lo elige debe de seguir las normas de la *sangha* establecidas por el propio Budha hace cientos de años. Estas normas tratan de crear las condiciones de vida optimas para que el *bhikkhu* pueda obtener la liberación y ayudar a otros a lograrla.

- ¿Cómo? -pregunté con ingenuidad.

- ¡Ay Gurka! Si la respuesta a esa pregunta fuera sencilla... Solo puedo decirte que, como en la doma de caballos, se necesita de un conocimiento teórico y de una experiencia práctica. Tan importante es conocer los fundamentos teóricos y lógicos de la doctrina del *dharma* como su observación práctica, como la vivencia de sus verdades. Hay modos de vida que predisponen a que el *logos* del *dharma* sea vivenciado dentro de nosotros y otros que lo hacen difícil o imposible. Sin una conducta moral adecuada en nuestra vida no es posible la contemplación de las verdades del *dharma*. Sin una *praxis* moral dentro del *Artha*, dentro de la ética, es imposible un desarrollo espiritual satisfactorio. Y en Jaulian tratamos de aprender y enseñar cual debe ser ese comportamiento ético y no solo enseñar los contenidos teóricos. ¿Comprendes esto Gurka?

- Creo que sí -mentí, pero de seguro la expresión de mi cara me delató de manera que mi abuelo continuó con su explicación.

- Una vida cotidiana dentro de la ética, dentro del *Artha*, es la base en que se fundamenta el conocimiento del *dharma*, tanto de manera lógica como práctica, tanto de forma teórica como vivenciada. Pero ambas son necesarias. Quien logra alcanzar los más altos grados de concentración en meditación sin un conocimiento teórico del *dharma* no puede alcanzar la liberación. De la misma manera, quien alcanza el más alto grado de erudición lógica sobre el *dharma* sin haberlo experimentado en su propio cuerpo a través de las técnicas del yoga y la introspección tampoco podrá lograrla. De hecho, el discípulo favorito del Budha, Ananda, había aprendido ochenta y dos mil enseñanzas del propio Budha, y otras dos mil de sus condiscípulos. ¡Son ochenta y cuatro mil dharmas! ¡O-chen-tay-cua-tro-mil sentencias sobre la doctrina budhista se aprendió Ananda de memoria Gurka! Prodigioso ¿verdad? Sin embargo fue excluido del primer concilio por no tener una vivencia, una experiencia en meditación de esos dharmas que tan bien conocía en su enunciado lógico.

- Si he entendido bien abuelo, es como en la doma de caballos. Para ser domador es tan necesario el saber qué se ha de hacer para someter al animal como el estar con ellos montándolos y dominándolos.

- En efecto Gurka, quien somete a un caballo sin saber cómo lo ha logrado, no puede ser considerado un buen domador. Y lo mismo sucede con quien solo habla de los fundamentos de la doma pero nunca montó un caballo. Pero además, el buen domador debe de encontrarse lo suficientemente fuerte físicamente como para dominar a la bestia cuando esta es salvaje. En el caso del *dharma*, esa fuerza nos la proporciona una vida moral recta y dentro del *Artha*.

- Abuelo, lo que no entiendo es cómo se puede vivenciar el *dharma*. Yo pensé que la doctrina era solo un conocimiento teórico y no práctico -pregunté percibiendo cierta sorpresa en su cara.

- Aunque todavía es pronto para que entiendas esto, trataré de explicártelo. Para nosotros Gurka, no se puede comprender una doctrina dada simplemente captando su significado lógico. Es necesario experimentarla en nosotros mismos. En esto nos parecemos más a la manera de pensar de Aristóteles que a la de Platón, pero esa es otra historia. Te pondré un ejemplo. Tan importante es saber que el mundo y la existencia son *anicca*, son impermanencia, como el experimentar y observar en meditación el flujo sin fin de nuestros estados mentales y de nuestros pensamientos. De esta vivencia interior deriva el verdadero conocimiento del *anicca*. Pero sin el conocimiento lógico de lo que es *anicca* no podríamos comprender el eterno fluir de los pensamientos que en meditación vemos llegar y marcharse. ¿Comprendes ahora?

- Sí abuelo. Es necesario llevar una vida moral apropiada que nos proporcione la tranquilidad espiritual necesaria para poder vivenciar en meditación el contenido teórico del *dharma* -le contesté sorprendiéndome yo mismo de mis propias palabras.

- ¡Muy bien Gurka! Yo no lo habría expresado mejor.

Todavía con su falo erecto acarició mi cabeza y me sonrió. Luego bajó su túnica y se puso en pie dando unos pequeños saltos sobre el piso acompañados de unas exhalaciones violentas con las que su *lingam* recobró su estado natural de serenidad. Después me acompañó a la puerta y me dijo.

- Ahora Gurka, ve en paz y sin vergüenza. No olvides lavar tu sábana cuanto antes de manera que esta noche ya la tengas seca a la hora de dormir -y dicho esto se despidió de mi con una sonrisa.

- Gracias abuelo.

Las palabras de mi abuelo habían logrado tranquilizarme. Me dirigí con el espíritu renovado hacia mi sala-dormitorio, contemplando las primeras luces del amanecer desde el patio en el que poco antes había despedido a mis padres, lleno de una paz que hacía tiempo no sentía.

## La praxis del dharma

Cuando cumplí los dieciséis años Jacob y Darío ya tenían diecinueve, a punto de cumplir los veinte. Se habían convertido en hombres completamente formados. Jacob era alto y delgado, de tez clara, con los brazos largos y la cabeza alargada en forma de huevo acostado. El afeitado al que nos sometíamos en Jaulian contribuía a darle un feo aspecto a su cara, casi grotesco. Pero su sonrisa era franca, atractiva y contagiosa. Sin embargo Darío era bajo y robusto, de piel morena y cabeza redondeada. Sus facciones eran hermosas comparadas con las de Jacob. Los años habían dado a sus negros ojos una luminosidad de la que carecían de joven. Los dos solían ir siempre juntos y mantenían una estrecha amistad, sellada por sus juegos eróticos secretos cada vez menos frecuentes.

Un día llegó el padre de Jacob. Era la primera vez que visitaba Jaulian desde que había regresado de Occidente casi dos años antes. Cuando llegó avisaron a Jacob que salió rápidamente de la cocina al patio central en donde le estaba esperando. Al rato me llamaron a mi, que estaba también en la cocina ayudando a Darío en las tareas de limpieza. Me reuní con Jacob y su padre en el corredor. El padre era una réplica del hijo, o viceversa, pero con pelo ensortijado en su cabeza y una larga y tupida barba en su cara lo que, unido a las canas y arrugas que los años dejan en el cuerpo de los hombres, le daban un aspecto muy señorial e intimidante.

- Hola Gurka, me alegro de conocerte. Jacob me ha hablado mucho de ti, y también Esther, mi esposa -me dijo nada más verme con una amplia sonrisa en su cara.

- Muchas gracias señor -contesté un poco cohibido.

- Mi esposa me ha dicho que tus padres viven lejos, en Alejandría Bucéfala. Si necesitas algo no tienes más que hacérmelo saber a través de Jacob.

- Muchas gracias señor pero puede estar tranquilo, mi abuelo forma parte de la *sangha* de Jaulian y aquí me siento bien cuidado. De todas maneras le agradezco su ofrecimiento.

- No es nada hijo. Si en algo puedo ayudarte lo haré con gusto.

Sus palabras me hicieron cobrar el valor suficiente para atreverme a preguntarle...

- ¿Cómo le fue en su viaje a Occidente? -dije con un hilo de voz casi imperceptible.

En un primer momento pareció sorprendido. Pero de inmediato recuperó la expresión afable con la que me había recibido.

- ¡Muy bien hijo! Occidente es una tierra extraña, dominada por los romanos que tratan de unificar el mundo. Pero dudo que lo logren por que no creen en Dios. Y los dioses en los que creen no son más que dioses griegos camuflados.

- Y ¿cómo han logrado hacer eso? -pregunté ingenuamente.

- Por qué los dioses del Olimpo griego no son más que personajes de cuentos para niños. Los romanos no han hecho más que cambiarles el nombre y así han conseguido hacerlos suyos. Lo mismo que hacen con todo lo que conquistan. Puede que por eso sean tan respetuosos con los pueblos a los que dominan, siempre que paguen sus tributos claro, que es en realidad lo que les interesa -dicho esto rió abiertamente-. Cuando tengas tiempo ven a visitarnos y te contaré más cosas sobre Occidente.

- ¡Muchas gracias señor! -contesté.

Regresé a la cocina todavía preguntándome si los romanos creían en los dioses griegos o no. Ese día no volví a ver a Jacob hasta la meditación de la tarde. Cuando nos encontramos me dijo:

- Le has causado una buena impresión a mi padre, y eso no es nada fácil.

- También él a mi me ha parecido una persona agradable.

- Eso suele suceder, pero te aseguro que tiene un carácter fuerte, por decirlo de manera educada. Especialmente cuando se trata de temas relacionados con la religión o los negocios.

- Pero así sois todos los judíos ¿no? Os irrita todo lo referente a vuestro Dios y al dinero, ¿no es verdad?

Jacob se quedó pensativo y finalmente dijo con una sonrisa.

- Sí, creo que tienes razón -y tras estas palabras entró en la sala.

Durante la meditación de esa tarde no pude concentrarme. A cada momento me aparecían imágenes del padre de Jacob rodeado de romanos. Unas veces viajando sobre un camello, otras hablando vehementemente sobre la grandeza de *Yahvé*, su Dios, frente a algún grupo de mercaderes que solo conocían los dioses del Olimpo, transformados ahora en dioses romanos. Lo mismo me sucedió en la noche, a la hora de dormir. No podía dejar de imaginar al padre de Jacob en Occidente, y mi interés por aquellas tierras fue aumentando como una bola de nieve arrojada sobre una ladera nevada.

En aquella época, como *samaneras*, recibíamos clases casi diarias sobre el *dharma*. Las clases las impartía Swami Antika, que ya nos había instruido en caligrafía durante nuestro periodo de aspirantes *anagarikas*. En Jaulian se intentaba que cada grupo de novicios fuera instruido durante todo su periodo de formación por un mismo maestro. De esta manera se generaba el más alto grado de confianza entre él y sus discípulos facilitando así el aprendizaje. A los pocos días de mi encuentro

con el padre de Jacob recibimos una de las lecciones más importantes sobre el *dharma* de las que se impartían en el Monasterio, a saber, la correspondiente a las *Cuatro Nobles Verdades*. Swami Antika, siempre que era posible, trataba de provocar nuestro interés contándonos alguna anécdota. Ese día comenzó su clase hablándonos sobre el origen de las *Cuatro Nobles Verdades*.

- El Budha, antes de ser un budha, antes de alcanzar la iluminación, era un joven príncipe de nombre Siddhartha, rodeado de lujos y casado con la mujer más hermosa de su reino. Pero cuando descubrió la enfermedad, la vejez y la muerte, se propuso buscar cual era el origen del sufrimiento que atenaza la existencia del ser humano. Para ello abandonó su palacio, sus riquezas y su familia y dedicó varios años de su vida a la más rigurosa de las disciplinas de ayuno y meditación, convirtiéndose en discípulo de los más renombrados ascetas y yoguis de su época. Tras pasar años viviendo una vida de privaciones y dedicado a la mortificación de su propio cuerpo, un día escucho como un maestro de música, al enseñar la forma correcta de tensar las cuerdas del sitar a sus alumnos, les aconsejaba no tensarlas demasiado para evitar que se rompieran, pero tampoco dejarlas muy flojas pues en tal caso no emitirían sonido alguno. En ese momento comprendió que la mortificación a la que sometía su cuerpo solo podría llevarle a la muerte y así no podría alcanzar el conocimiento que le permitiera descubrir la manera de terminar con el sufrimiento humano. Pero tampoco su vida anterior, rodeada de lujos y excesos, le había permitido ni siquiera darse cuenta de la existencia del dolor. Había encontrado *El Camino Medio*, el primer paso para alcanzar la iluminación.

- Maestro -pregunté pensando en las palabras del padre de Jacob-, lo que nos está contando ¿es cierto, o son "historias para niños"?

Mis compañeros de clase rieron sonoramente. Swami Antika hizo una señal tratando de poner orden y con una sonrisa en sus labios dijo.

- No os riáis mis queridos *samaneras*. La pregunta del joven Gurka no es tan tonta como parece. Todas las religiones tienen sus propias "historias para niños" como las llama Gurka, solo que nosotros preferimos llamarlas *mythos*. ¿Son ciertas o no lo son? Por un lado lo son por ser una forma sencilla de explicar una doctrina; pero por otro lado no lo son por no haber sucedido exactamente de ese modo. En el caso del Príncipe Siddhartha, todo parece indicar que lo que os estoy contando realmente sucedió. Claro que esta historia, transmitida de boca en boca durante más de quinientos años por un pueblo tan dado a fantasear como el hindú, se ha ido adornando con la intención de destacar el carácter divino de Siddhartha. Como cuando se cuenta que fue engendrado por un elefante blanco durante un sueño; o que los árboles se inclinaron en el momento del parto para que su madre se agarrara fuertemente de sus ramas y así mitigara sus dolores. Incluso se ha llegado a decir que ya caminaba y hablaba en el momento de nacer. Pero estas historias desvirtúan la verdadera naturaleza del mensaje del Budha. Y este consiste en que todos, nazcamos de la naturaleza de la que nazcamos, ricos o pobres, brahmanes o intocables, listos o tontos, altos o bajos... todos podemos alcanzar la iluminación y con ella la cesación del sufrimiento.

Nosotros estábamos en silencio escuchando las enseñanzas de Swami Antika. Él era consciente de ello por lo que prosiguió su discurso de esta forma.

- A todos nos gusta escuchar relatos llenos de fantasía. Por eso tendemos a prestar más atención cuando las historias que se nos cuentan están cargadas de imaginación -hizo una pausa, nos miró y preguntó-. ¿Son ciertos o falsos los *mythos* griegos o los relatos sobre los dioses y demonios hindúes?

- ¡Falsos! -contestamos tímidamente, casi a coro.

- Sin embargo, *La Odisea* de Homero, tan llena de *mythos*, nos transmite un mensaje muy cierto: qué el hombre no es nada sin sus dioses, y que su destino está marcado por fuerzas que él no puede controlar. Y no hay nada más cierto que esa enseñanza, compartida por todas las religiones del Mundo. Por eso la gente de todas las culturas y naciones, tan distintas las unas de las otras, construye templos y celebra rituales para adorar a sus dioses.

Esta vez todos nos quedamos mudos. Tras un momento interminable un compañero dijo.

- Pero El Budha nos dejó una guía para encontrar el camino de la verdadera salvación sin rituales ni templos, sin la necesidad de un Dios al que adorar ¿verdad?

- ¡Verdad! Pero si viajas por la India, encontrarías templos dedicados al Budha más grandes que nuestro monasterio. A la gente le resulta más cómodo realizar rituales y ofrendas que profundizar en su interior para descubrir el camino que puede llevarles a la salvación. Pero nosotros no podemos ser tan arrogantes como para considerar nuestras creencias superiores a las de los demás, ¿verdad?

Todos, incluso quien formuló la pregunta, nos reímos de la forma cómo Swami Eliano había imitado el tono de voz de nuestro condiscípulo. Luego nos hizo una señal para que nos calináramos y le prestáramos atención.

- Las enseñanzas del Budha nos mostraron "el camino de la salvación" como tu lo llamas, aunque yo prefiero llamarlo el camino de la liberación. El camino que nos muestra El Budha es un proceso interior accesible a todos aquellos dispuestos a seguirlo. Pero la naturaleza del hombre es perezosa, por eso normalmente prefiere aferrarse a unas prácticas y rituales marcados por sus líderes religiosos que les permitan el acceso a lo divino por su mero cumplimiento. ¿O acaso creéis que se puede entrar en contacto con La Divinidad por hacer una ofrenda ritual en cualquiera de los templos dedicados a cualquier Dios de cualquier religión? La ofrenda sin devoción no sirve de nada, pero la devoción sin ofrenda sí. El Budha llevó esta máxima a su extremo haciendo desaparecer la ofrenda y dejándonos solo con la devoción. Y donde solo hay devoción ya no se necesitan templos ni ofrendas ni dioses. Solo la mirada interior. Es por esto por lo que El Budha siempre negó la necesidad de construir templos o imágenes a las que adorar. Sin embargo, son muchas las personas que siguen necesitando de los templos y rituales para contactar con lo divino a través de su devoción. Y todas ellas merecen nuestro respeto.

Permanecimos en silencio dejando que sus palabras resonaran en nuestro interior. Swami Antika nos miró de uno en uno antes de continuar sus enseñanzas.

- Cuenta la historia, aunque no sabemos si realmente sucedió así o no... -y en este punto me miró con los ojos bien abiertos provocando la sonrisa de mis compañeros- ...que Siddhartha, ya convertido en Gautama tras sus largos años de ascesis y mortificación, tras descubrir *El Camino Medio* se sentó a meditar bajo un inmenso árbol Bodhi, cerca de Benarés, la más sagrada de las ciudades de la India, a orillas del río Ganges, el más sagrado de los ríos hindúes. Allí decidió no levantarse hasta descubrir cual era la raíz del sufrimiento humano. Tras varios días en profunda meditación recibió la iluminación y halló la respuesta. Así fue como se convirtió en el Budha, *el Iluminado*. De inmediato buscó a sus antiguos compañeros de meditación y ascesis y les contó lo que había descubierto. Estas primeras palabras del Budha son conocidas como *El Sermón de Benarés*.

"En este sermón proclamó las *Cuatro Nobles Verdades*, base fundamental de la doctrina budhista. Primera: que la vida es sufrimiento. Segunda: que la causa del sufrimiento es el deseo, el anhelo y/o el apego al placer de los sentidos o a que algo aparezca o desaparezca. Tercera: que el sufrimiento puede ser extinguido mediante la disminución y el cese del apego, mediante la renuncia, la liberación y el abandono del apego a las cosas materiales o a las personas. Cuarta: que el camino para alcanzar el cese del apego se encuentra en el óctuple sendero. Este se compone de ocho guías de acción. Estas son las siguientes. Primero: comprensión correcta (conocer y entender el *dharma*); segundo: pensamiento correcto (no ceder ni a los deseos ni al odio); tercero: palabra correcta (no hablar en exceso o inútilmente ni mentir); cuarto: acción correcta (no matar, robar, herir, violar ni dañar a los demás); quinto: ocupación correcta (ganarse la vida de forma digna sin hacer daño a los otros); sexto: esfuerzo correcto (recanalizar los malos instintos y alimentar los buenos); séptimo: atención correcta (estar consciente de los acontecimientos externos, mentales, emocionales y corporales); octavo: concentración correcta (meditar con aplicación e interés)".

Swami Eliano nos miró tratando de adivinar si habíamos comprendido sus enseñanzas. Por lo visto la expresión de nuestras caras le hizo pensar que no pues nos reunió formando grupos, algo que solo hacía cuando consideraba necesario profundizar sus enseñanzas.

- Mis queridos samaneras, ahora formar grupos de tres para discutir estas *Cuatro Nobles Verdades*.

Dio una palmada y como por arte de magia todos nos movimos buscando a nuestros compañeros más cercanos. Jacob, Darío y yo nos reunimos formando un pequeño círculo. Jacob fue el primero en hablar.

- La verdad es que yo no creo en todo esto. Bueno, sí creo que la vida es sufrimiento, pero es Dios, es *Yahvé* quien nos hace sufrir para recordarnos lo insignificantes que somos y lo mucho que le necesitamos. *Yahvé* es Todopoderoso y solo de Él depende nuestra felicidad. Lo que tenemos que hacer es cumplir con sus leyes para contar con su gracia.

- Lo que yo aprendí de pequeño -dijo Darío- es que el Universo está conformado por fuerzas del bien y fuerzas del mal que se enfrentan en eterna lucha. Esa lucha se da también dentro de nosotros. Cuando el bien triunfa sobre el mal nos sentimos felices y llenos de amor. Si triunfa el mal sufrimos y nos llenamos de odio.

- Yo si creo en las palabras del Budha -dije yo-. Creo que nos enseñan algo muy importante. Nuestra felicidad o infelicidad está en nuestras manos y no en las de *Yahvé*, *Brahma* o oscuras fuerzas del bien y del mal. Si logramos mitigar el deseo dejamos de sufrir. Y para mitigar el deseo nos propone el camino del óctuple sendero. Creo que El Budha, con estas enseñanzas, nos ha otorgado el poder de controlar nuestra salvación espiritual.

- ¡Pero cómo puedes afirmar algo así! -dijo Jacob indignado-. Lo que dices es de una arrogancia desmedida. ¡Cómo puedes comparar al hombre con sus dioses! El hombre no es nada sin sus dioses. Esto lo saben hasta los griegos -y sonrió al hacer referencia a mis antepasados-. Nuestro destino está en sus manos. ¿No lo crees así?

- Bueno... -dudé ante las palabras de Jacob- ...hay una parte importante de nuestro destino que no podemos controlar, pero la que nos proporciona la felicidad o infelicidad sí pues está en nuestro interior. No podemos saber si mañana lloverá o no. Todos estamos de acuerdo en que no podemos hacer que llueva o que no lo haga. Pero si dominamos nuestros sentimientos lograremos que la llegada de lluvia o la salida del sol no nos incomode ni nos moleste.

- Pero recuerda Gurka que los dioses de todas las religiones son Todopoderosos y por lo tanto tienen el poder de hacer con nosotros lo que quieran.

- No Jacob no -repliqué-, yo no lo creo así. Tu entiendes a Dios como a alguien con voluntad y con personalidad. Yo lo entiendo como la energía y la fuerza que ha hecho posible todas las cosas. La Tierra, el cielo, el Sol, la Luna, los ríos, las plantas, los animales y los hombres. No creo que esta energía tenga intereses ni sentimientos ni deseos de causarnos el bien o el mal. Es como el agua que corre en los ríos o las nubes que se mueven en el cielo, no tienen deseos, no tienen sentimientos.

- ¡Ese es tu problema Gurka! No ves lo evidente. Todo lo que sucede, sucede por algo. Nada es casualidad. Si el viento sopla en esta dirección y no en otra, o si mañana llueve o sale el Sol depende de algo, y ese algo es Dios. Dios es la causa de todo lo que sucede y sí tiene voluntad y capacidad de decisión. Puede hacer que llueva torrencialmente o puede enviarnos una larga sequía a voluntad. ¿Puedes sino contestar de qué depende todo lo que sucede en la Tierra si no es de la voluntad de Dios?

Durante varios días, esta pregunta de Jacob quedó suspendida en mis pensamientos. La sensación de haber sido derrotado en un importante enfrentamiento dialéctica contra él me producía una desagradable sensación de desasosiego. En las tardes de meditación buscaba la respuesta apropiada al dilema que se me había planteado, no solo por orgullo sino por una fuerte necesidad interior de comprender el *dharma* budhista a la luz de otras religiones. ¿Sería realmente cierto que

todo lo que sucede en nuestras vidas y en el Mundo es voluntad de los Dioses? En realidad Jacob tenía razón. Si me paraba a pensar en los Dioses del Olimpo Heleno; o en *Abu Maza*, el Dios de los mazdeístas; o en *Yahvé*, el Dios de los judíos; todos coincidían en considerar a sus dioses dueños y señores de los destinos de los hombres. Las *Cuatro Nobles Verdades* que nos había legado El Budha me llevaban a un callejón sin salida. Otorgaban al hombre la posibilidad de detener el sufrimiento siguiendo las normas de conducta contenidas en el Óctuple Sendero. Pero esto era imposible si Dios era todopoderoso y con voluntad, pues en este caso nuestro sufrimiento solo podría cesar por deseo expreso de Dios y no como resultado de nuestras acciones. Como me había dicho Jacob, no se puede negar la voluntad de Dios pues de otra manera es imposible explicar todo lo que sucede a nuestro alrededor: la salida del Sol o de la Luna, la lluvia y el viento, el crecimiento de las plantas y de los animales, etc.

Pasadas unas semanas durante las cuales no logré hallar respuesta a mis dudas, me decidí a visitar a mi abuelo para plantearle mi dilema dialéctico. Este me hizo sentar frente a él y cerrar los ojos. Respiramos profundamente tres veces y luego me dijo.

- Mi querido Gurka, ¿realmente crees que todo lo que sucede a nuestro alrededor puede ser voluntad de un solo ser? ¿No crees posible que las cosas sucedan sin la voluntad de nadie?

- Eso es precisamente lo que me angustia. Si sale el Sol todas las mañanas supongo que debe de ser por la voluntad de una energía a la que llamamos Dios que así lo desea, pues sino ¿qué lo mueve a alzarse sobre las montañas? O si una planta crece de una similla y no de otra supongo que es debido a una voluntad que lo decide así, pues ya sabemos que la casualidad no existe.

- Las cosas no tienen por qué ser resultado de la voluntad de nadie. Todos nosotros, mediante la *Ley del Karma*, creamos una corriente de energía que no tiene voluntad propia por ser el producto de los millones de acciones que producimos todos los seres de la Tierra en cada momento. Estas acciones tienen unas consecuencias que desencadenan nuevas acciones, que a su vez producen otras consecuencias y por lo tanto más acciones en una cadena infinita pero sin identidad propia ni voluntad.

Mi abuelo tenía los ojos cerrados. Yo lo miraba tratando de mantenerme erguido en la postura de meditación tal y como él hacía. Sus palabras me produjeron tal alegría que cerré los ojos y me puse a meditar sobre ellas. Mi abuelo me había proporcionado la respuesta que buscaba. Sin duda el Dios impersonal de los Vedas, *Brahma*, entendido como la energía que moviliza la rueda de la existencia, el *samsara*, era la mejor manera de explicar un Dios sin personalidad ni voluntad, pues esta energía no podía ser otra cosa que el producto de nuestras acciones interrelacionándose con las de las demás criaturas del Universo en largas cadenas de causa y efecto conocidas como la *Ley del Karma*.

Unas semanas más tarde tuve la oportunidad confrontar de nuevo dialécticamente mis ideas con las creencias judías de Jacob. En Jaulian se respetaban las distintas religiones de los *samaneras*. Durante el proceso de formación se nos instruía en las enseñanzas del *dharma* budhista, pero no se nos obligaba a aceptarlo. Esto únicamente se le pedía a los *bhikkhus* en el momento de ordenarse.

La *sangha* conocía perfectamente las prácticas judías de Jacob y por eso se le daba permiso para participar junto a su familia en sus rituales y celebraciones. En aquella ocasión la *sangha*, estoy seguro que por deseo expreso de mi abuelo, me dio permiso para acudir a una celebración Judía en casa de los padres de Jacob aceptando su amable invitación. Así pues, la primera noche de luna llena tras el equinoccio de primavera partí con Jacob a su casa para celebrar la primera *Pesah* de mi vida.

Cuando llegamos a su casa me sorprendió ver a tanta gente. Entre ellos se hallaba David Rehabi, el comerciante que les había vendido el arado a mis padres. Junto a él se encontraba la muchacha de largos cabellos que le acompañaba en la tienda, más arreglada y mejor vestida que en nuestro anterior encuentro. Cruzamos nuestras miradas y pareció reconocermme pues me dedicó una sonrisa. Yo desvié la vista con cierta vergüenza pensando en el perturbador sueño que había tenido con ella muchos meses antes. Llamé a Jacob y le pregunté quien era.

- Es la hija de David Rehabi -me contestó-. Se llama Miriam. Vive dedicada a su padre desde que su madre murió. Prácticamente nos criamos juntos y es como una hermana mayor para mi. Es hermosa ¿verdad? Ven para que te la presente.

Yo traté de resistirme pero Miriam se percató de que Jacob me estaba hablando de ella y se acercó a nosotros soltando el brazo de su padre.

- ¡Hola Jacob! ¡Cuánto tiempo sin verte! -le dijo a la vez que le daba un beso en la mejilla.

- ¡Hola Miriam! Ya sabes que ahora estoy estudiando en Jaulian y prácticamente no salgo de allí.

- Sí, me lo dijo mi padre. Y ¿quién es tu amigo? -le preguntó a Jacob mirándome-. Creo recordar su cara pero no se dónde la he visto.

- Me llamo Gurka. El año pasado acompañé a mis padres a la tienda de tu padre para comprar un arado -contesté aparentando serenidad y juntando mis manos a la altura de mi pecho a modo de saludo.

- ¡Ahora recuerdo! Gusto en conocerte Gurka. Yo me llamo Miriam -dijo devolviéndome el mismo saludo-. ¿Es esta tu primera celebración judía?

- Gurka es budhista Miriam. Está muy interesado en las distintas prácticas religiosas y por eso mi padre le ha invitado esta noche aprovechando una ocasión tan especial -intervino Jacob.

- ¿Y ya sabes qué celebramos?

- La verdad es que no. Ha sido todo tan rápido que todavía no he tenido tiempo de preguntar -contesté nervioso.

- Mi padre me ha explicado que hoy es el primer día de *Pesah*. Se trata de una celebración que dura siete días durante los cuales recordamos la liberación de nuestro pueblo de la esclavitud a la que

estaba sometido en Egipto hace más de mil años. *Pesah* en nuestra lengua significa "protección" o "pasar de largo" debido a las instrucciones que *Yahvé*, nuestro Dios, dio a Moisés cuando, con el fin de alentar a los egipcios a permitir a los judíos abandonar Egipto, le dijo que tenía la intención de matar a todos sus primogénitos. Por eso le pidió que avisara a los hebreos para que señalaran sus viviendas con sangre de cordero con el fin de que nuestro Dios pudiera identificar sus casas y de este modo pasara de largo y perdonar a sus familias –me contó Miriam con un dejo de orgullo por conocer tan bien la historia de su pueblo.

- En realidad es la festividad que señala el principio del año para los judíos -añadió Jacob-, por eso la celebramos la primera luna llena después del equinoccio de primavera, y el primer mes del año que los hebreos llamamos de *Nisán*. Es una fiesta de peregrinación que mi padre celebró el año pasado en Jerusalem y ha querido que toda nuestra comunidad de Taxila conozca. Te aseguro que estás asistiendo a un acontecimiento muy importante para los judíos de Gandhara, que comienza con la cena ritual a la que hoy estás invitado. La cena de *séder*.

En ese momento se acercó el padre de Jacob a saludarme. Mientras me daba un abrazo me dijo.

- ¡Hola Gurka! Me alegro mucho de que hayas podido venir -miró a Miriam y luego añadió-. Ya veo que mi hijo te ha buscado una buena compañía.

- Muchas gracias por su invitación -contesté agachando la cabeza.

- Después de la cena de *séder* espero que tengas tiempo. Muchos miembros de nuestra Comunidad esperan que les hable de Jerusalem y de nuestro templo. Confío en que a ti también te interese.

- Sí señor. Gracias -contesté.

- Muy bien. Vamos entonces a celebrar el *séder*.

El padre de Jacob se fue a atender a sus otros invitados guiándoles a la sala en la que se serviría la cena. Toda la Comunidad judía de Taxila estaba reunida en su casa debido a su condición de *Rabí* o maestro de los textos sagrados hebreos. Miriam miró a Jacob y los dos rompieron a reír. Yo me sentía un poco confundido e incómodo.

- ¡Qué seriedad Gurka! -me dijo Jacob todavía entre risas-. Tranquilo que no eres el único a quien intimida mi padre.

- ¡Deja de molestar a tu amigo! -le recriminó Miriam con cierto aire de complicidad-. En lugar de hacerle sentir incómodo explícale en que consiste el *séder*.

Jacob recuperó su compostura como si hubiera recordado algo de vital importancia y me preguntó.

- ¿Tu comes carne Gurka?

- Desde que estoy en Jaulian no la he probado, pero en Bucéfala sí la comía de vez en cuando.

- Pero no tienes problema en comerla ¿verdad? -me miró con expresión de preocupación y solo cuando mis gestos le transmitieron la certeza de que la comería me explicó-. La tradición manda comer cordero por ser el animal con cuya sangre *Yahvé* ordenó marcar las casas de los israelitas para distinguirlas de las de los egipcios la noche en que Él mató a todos sus primogénitos.

- No te preocupes Jacob. No ofendería a tu familia rechazado su comida en una celebración tan importante como esta -ahora era yo quien sonreía-. Todavía soy un joven *samanera* que se puede permitir estos "pecados" antes de ordenarme *bhikkhu*.

- Pues yo todavía soy una joven hebrea a la que le está permitido sentarse junto a dos hermosos jóvenes durante la celebración del *séder*.

Miriam nos cogió a cada uno de un brazo y entre risas nos dirigíamos a la gran sala en donde ya se estaba sirviendo la cena. Jacob se sentó entre Miriam y yo. Todos los alimentos estaban ordenados de forma ritual pues toda la cena estaba sometida a un riguroso protocolo. Yo me dejé guiar en todo momento por los gestos e indicaciones de Jacob. El padre de Jacob nos iba dando explicaciones sobre el significado de los distintos alimentos servidos, el modo en que se habían preparado y la manera correcta de ingerirlos.

Cuando la cena estaba por terminar se nos sirvió un postre consistente en una mezcla de nueces troceadas, manzana y vino. El padre de Jacob ofreció ese alimento en recuerdo de los judíos esclavizados que habían sido forzados a preparar grandes cantidades de argamasa para las construcciones egipcias de manera similar a como el postre se había elaborado. Acto seguido dio las gracias a *Yahvé* por librar al pueblo de Israel de la esclavitud y le pidió la protección para el pueblo judío en una especie de oración seguida por todos los presentes con devoción. Finalmente nos mostró una copia de *La Septuaginta*, la traducción al griego del libro sagrado hebreo *La Torah*. Dijo haberlo adquirido en Alejandría durante su último viaje. Uno de los comensales le preguntó.

- *Rabí* ¿Por qué le llaman *La Septuaginta* ?

- Según cuentan en Alejandría, el rey egipcio Tolomeo Filadelfo, hombre interesado en todas las religiones del Mundo, recibió de su bibliotecario la solicitud de traducir *La Torah* al griego para así completar un importante faltante en su extensísima biblioteca. Por tratarse de un libro tan importante, Tolomeo envió una delegación a Jerusalem para encargar al sumo sacerdote Eleazar la traducción. Este solicitó a las doce tribus de Israel la selección de sus seis mejores rabinos para ser enviados a Alejandría a realizar la traducción. Pues bien, los setenta y dos rabinos entregaron traducciones idénticas al rey Tolomeo, dando así prueba de la inspiración divina del texto. Es por esto por lo que esta versión griega de *La Torah* es conocida como *La Septuaginta*, que en latín significa setenta.

Se produjo un murmullo entre los comensales que fue roto cuando uno de ellos preguntó.

- ¿Es eso cierto *Rabí*? No es que dude del poder de *Yahvé*, pero parece casi imposible que setenta y dos traductores realicen la misma traducción de un mismo libro. Y más difícil todavía si se trata de un libro con tantos giros e interpretaciones como *La Torah*.

- Mi querido hermano, lo que de seguro es cierto es que esta historia sirve de pretexto a los hebreos de Alejandría para cobrar un precio exagerado por una copia como la que ahora tengo en mis manos.

Todos reímos la ocurrencia y el escepticismo del padre de Jacob hasta que otro de los comensales, uno de los más jóvenes aparte de Jacob y de mi, preguntó.

- *Rabí*, qué nos puede contar de nuestros hermanos de Alejandría.

- Yo diría que la comunidad judía de Alejandría es la más floreciente de todo Occidente. Supera las cien mil personas, cuenta con importantes escuelas de estudios bíblicos y se encarga de la mayor parte de los negocios comerciales de la que es sin duda la ciudad que más mercancías mueve en el Mundo -miró a Jacob y prosiguió con estas palabras-. Si tuviera que enviar a mi hijo a Occidente lo enviaría antes a Alejandría que a Jerusalem, que vive de glorias pasadas y de la grandeza de su templo. Pero es en Alejandría en donde se concentran los pensadores y estudiosos más importantes de nuestra comunidad, además de los comerciantes más acaudalados que controlan la mayor parte de los productos que viajan de Oriente a Occidente.

El padre de Miriam le pidió *La Septuaginta* al padre de Jacob, que le entregó los rollos que la componían haciéndole notar algunos detalles referentes a la calidad del papiro y la tinta empleadas. Mientras la examinaba, Esther dio por terminada la cena e hizo una señal a las demás mujeres, que se levantaron y retiraron los platos y restos de comida. Miriam se despidió de nosotros con un beso en la mejilla de Jacob y una franca sonrisa dedicada a mi. Se unió al grupo de mujeres mientras Jacob y yo nos acomodábamos entre almohadones al igual que hacían los demás comensales. La situación me recordaba a los *simposios* o banquetes de origen griego que había visto celebrar en mi casa de pequeño, en los que se debatía sobre algún tema determinado alrededor de una mesa con comida. El padre de Jacob le señaló a David Rehabi un pequeño pasaje de *La Septuaginta* perteneciente al libro sagrado del *Éxodo* para que lo leyera y de esa forma iniciar la vida litúrgica de la traducción griega.

- *Yo soy el señor vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, casa de esclavitud: por lo tanto no tendréis otros dioses que yo.*<sup>8</sup> -leyó Rehabi, por vez primera en griego, y luego nos dio una breve explicación sobre su significado-. Estas son las palabras que pronunció *Yahvé* al Pueblo de Israel cuando le entregó a Moisés las *Tablas de la Ley* con las que selló la llamada *Nueva Alianza*. Recordemos que *Yahvé* montó en cólera cuando, tras sacar a su pueblo de Egipto y acabar con sus perseguidores, la debilidad de nuestros antiguos patriarcas hizo que el pueblo olvidara pronto su alianza con nuestro Dios y construyera un becerro de oro para adorarlo. Pero *Yahvé*, en su infinita misericordia, escuchó la intercesión de Moisés y perdonó al pueblo de Israel renovando con las palabras aquí leídas el pacto que los israelitas habían quebrantado.

- Es en este pasaje cuando se renueva la alianza que Abraham había establecido con *Yahvé*, por la cual los israelitas nos comprometíamos a adorar únicamente a nuestro Dios, y Él a darnos su guía y protección -explicaba el padre de Jacob en su condición de *Rabí*-. Con las palabras leídas por

David Rehabi se renueva nuestra alianza eterna. Y es en la celebración de *Pesah* cuando en Jerusalem se recuerda este pacto que nos convierte en el pueblo elegido por Dios para guiar la salvación de los hombres.

Yo estaba sorprendido por las enseñanzas de la doctrina judía. No comprendía como se podía sellar un pacto con Dios en unas tablas como si se tratara de un contrato comercial. Así pues me decidí a romper la solemnidad del acto preguntando a Jacob en voz baja.

- Jacob, ¿qué son *Las Tablas de la Ley*?

- Son los mandamientos que deben de cumplir los hebreos para contentar a *Yahvé*. Algo así como el *Óctuple Sendero* que señala Budha -me contestó Jacob en un susurro.

El padre de Jacob se percató de que estábamos hablando y se dirigió a Jacob preguntándole a modo de regaño.

- Mi querido hijo ¿tan poco te interesan las enseñanzas de *La Torah* que te dedicas a conversar con tu amigo en lugar de prestar atención?

- Lo siento padre. Gurka no está familiarizado con la doctrina judía y estaba tratando de aclararle sus dudas -contestó Jacob avergonzado.

- Puedes compartir tus dudas con nosotros Gurka -dijo el padre de Jacob dirigiéndose a mi-. Al igual que Tolomeo de Alejandría, también yo estoy interesado en las demás religiones. Y siendo budhista como eres, me interesa conocer tu punto de vista sobre nuestra doctrina.

La petición del *Rabí* más importante de Gandhara me pilló por sorpresa. Se me ofrecía la palabra para dar mi opinión sobre el judaísmo. Tenía la ocasión de confrontar la idea de Dios que mi abuelo me había proporcionado hacía pocos días con los más importantes estudiosos del judaísmo que había en Taxila y pensé en aprovecharla.

- Me tiene que disculpar *Rabí Mossa* -dije tratando de excusar a Jacob-. No sabía qué significaban las *Tablas de la Ley*, pero ya Jacob me explicó que son una serie de normas de conducta para estar en gracia de Dios; al igual que dentro del budhismo se deben de seguir otra serie de normas para lograr el cese del sufrimiento.

- Entonces el Judaísmo y el budhismo tienen un importante punto en común -dijo el padre de Jacob-, la necesidad de cumplir una serie de mandamientos para estar en paz con Dios.

- Es cierto que en eso coinciden, pero también creo que hay diferencias muy importantes en la manera de entender el cumplimiento de esas normas -me puse en pie y crucé mi mirada con la de Jacob, que no salía de su asombro ante mi atrevimiento-. Los mandamientos hebreos son dados por Dios a los judíos para satisfacer a ese mismo Dios. En el caso de los budhistas fue un hombre iluminado el que encontró el camino de la salvación y luego lo compartió con el resto de los hombres para que también ellos pudieran escapar del sufrimiento.

- ¿Y no crees que El Budha, el iluminado, pudo recibir su luz directamente de Dios, que le mostró el camino de la salvación para que lo transmitirla al resto de los hombres?

La pregunta del padre de Jacob sin duda partía del mismo supuesto que las palabras de su hijo sobre las que tanto había reflexionado: que Dios es la causa de todo lo que sucede y por lo tanto tiene voluntad. Pero en esta ocasión yo estaba preparado para darles réplica.

- El Dios en el que creemos los budhistas no tiene voluntad ni personalidad ni capacidad de decisión en los asuntos de los hombres -miré a mi alrededor y vi que había despertado el interés de todos los congregados-. Nuestra idea de Dios es impersonal. Entendemos a Dios como la fuerza que dirige todo en el Universo: la salida del Sol, los ciclos de la Luna, las estaciones, la vida de las plantas, de los animales y de los hombres. Pero esta dirección no la hace a voluntad sino como resultado de las acciones pasadas y presentes de todo lo que existe, que se relacionan en cadenas interminables de causas y efectos que están fuera del alcance de nuestra comprensión.

Yo permanecía en pie junto a Jacob. El resto de invitados me miraba con una mezcla de perplejidad y de admiración. Finalmente el padre de Jacob me preguntó.

- ¿Quieres decir que los budhistas no creéis en los dioses del Olimpo ni en los de los Vedas hindúes?

- Los consideramos "historias para niños" respetable *Rabí*.

- Ya veo -me contestó con una sonrisa en su cara, sin duda recordando sus propias palabras, y luego añadió-. Vuestra idea de Dios es interesante, pero está en contra de lo recogido en nuestros libros sagrados. Los profetas escuchan la palabra de Dios; Moisés escuchó la palabra de Dios; yo mismo, cuando rezo, escucho a Dios en mi interior, y por eso estoy seguro de que fue Dios quien transmitió a vuestro iluminado el camino de la salvación.

- No dudo de que El Budha entrara en contacto con lo divino cuando alcanzó la iluminación. Es más, creo que ese contacto está al alcance de todo aquel que se lo proponga -hice una pausa para pensar bien mis siguientes palabras antes de pronunciarlas-. Lo que no creo es que la divinidad tenga deseos ni voluntad. Si Dios habla con nosotros en nuestro interior y en nuestra propia lengua, ¿no es más fácil pensar que somos nosotros mismos y nuestra propia idea de perfección quién nos está hablando?

Mis palabras provocaron un murmullo entre los demás invitados que el padre de Jacob acalló con un gesto de su mano. Parecía satisfecho por haber encontrado una grieta en mi línea de argumentación a través de la que poder entrar.

- Y esa "idea de perfección que está en nuestro interior" de la que hablas, ¿no podría ser nuestro Dios, *Yahvé*, que nos habla a través de nosotros mismos?

- A esta pregunta no puedo responder, ni creo que pueda hacerlo nadie -contesté con serenidad

El padre de Jacob se mostró satisfecho con mi respuesta así que añadió una última pregunta con la que pensaba terminar nuestra discusión de manera victoriosa.

- Si no niegas que así puede ser, ¿por qué dudas entonces de que esa fuerza que nos habla desde el interior de nosotros mismos haya podido forjar una alianza con nuestro pueblo por propia voluntad?

- Por lo mismo que usted duda de que *La Torah* haya podido ser traducida de manera idéntica por setenta y dos rabinos diferentes -contesté sin pensar.

Mi respuesta no pareció agrandar al padre de Jacob, pero como provocó sonrisas de asombro y admiración entre los demás participantes en la celebración del *séder*, no tuvo más remedio que felicitarme. Se puso de pie a la vez que yo me sentaba.

- Querido Gurka, estoy admirado y a la vez gratamente sorprendido -me miró a los ojos y prosiguió-, pese a tu juventud eres capaz de expresar tus ideas con fluidez. Veo que en Jaulian te han formado bien en la dialéctica socrática. Me siento orgulloso de que seas compañero de estudios de mi hijo. Tienes las puertas de mi casa abiertas para venir a conversar y discutir sobre las distintas doctrinas de las diversas religiones cuando quieras.

- Gracias señor -contesté.

Jacob me abrazó como muestra de felicitación. Se sentía contento y feliz por mí.

- Ahora sí que te has ganado de verdad la admiración de mi padre -me dijo-. Creo que es la primera vez que le veo sorprendido en sus argumentos en defensa de la doctrina hebrea. ¡Felicidades amigo!

- Gracias -respondí mostrando timidez en mis gestos.

En mi interior sentía un orgullo que nunca antes había sentido. Había sido capaz de defender el *dharma* budhista de manera exitosa en una *praxis* dialéctica. Ese era el tipo de poder que yo admiraba en mi abuelo. Un poder mucho mayor que el de los dioses de los *mythos*, que en aquel momento se convirtieron definitivamente para mí en "historias para niños".

## El artha de la praxis

Jacob se encargó de comentar con todo aquel que pudo mi manera de presentar los principios de la doctrina budhista frente a lo más selecto de la comunidad judía de Taxila. De esta forma adquirí cierto prestigio entre mis compañeros y maestros como discípulo aventajado. A partir de aquel momento los *anagarikas* o *samaneras* que tenían problemas para comprender el *dharma* acudían a mi para resolver sus dudas. Darío fue el primero. Aunque sus padres le habían abandonado, Darío se sentía en deuda con ellos por haberle cuidado de niño, procurándole un futuro digno en Jaulian pese a su discapacidad y pobreza. Quizá por ello aceptaba los principios *mazdeistas* como verdades absolutas.

Consideraba a *Ahura Mazda* como su único Dios, creador de todo, eterno, puro y única verdad; simbolizado en el fuego y el Sol por ser fuentes de energía. Le expliqué que la diferencia de esa idea de Dios con la nuestra era más de forma que de fondo. Podíamos llamar Dios, *Brahma* o *Ahura Mazda* a la energía creadora de la vida y la existencia de todas las cosas, pero la energía seguiría siendo la misma. El hecho de darle un nombre particular no significaba que tuviera cualidades y sentimientos humanos; y el hecho de simbolizarlo en el fuego era la manera en que los hombres proyectaban sobre algo tangible algo intangible como era la energía del Universo a la que llamábamos Dios.

A la doctrina mazdeista le llamaba *daena*. Según esta, en el interior del hombre se libra una eterna batalla por acercarse o alejarse del bien y del mal, y su recompensa es la felicidad. Los principios morales de su doctrina me los resumió Darío en la frase "buenos pensamientos, buenas palabras, buenos actos". Le recordé lo parecida que esa frase era a la *Cuarta Noble Verdad* budhista, según la cual la cura para el sufrimiento era el *Óctuple Noble Sendero*, en donde se mencionan la comprensión correcta, el habla correcta y la acción correcta como tres de los ocho caminos de liberación. Y si entendemos la felicidad mazdeista como la cesación del sufrimiento budhista, podríamos concluir que también los principios de su *daena* están contenidos en nuestro *dharma*, en donde términos tan ambiguos como el bien y el mal quedan concretados en el apego como causa del sufrimiento o del mal, y la cesación del deseo como liberación o acercamiento al bien. Su *daena* alimentaba de igual forma el respeto por toda forma de vida, condenando por ello los sacrificios de animales. A mi me sorprendía la similitud de la ética mazdeista con la budhista.

Darío también me confesó que creía en la existencia de un alma que guiaba sus acciones hacia el bien o hacia el mal, y que esta sería juzgada en un juicio, que no sería final pues si la humanidad lograba eliminar el mal de la faz de la Tierra, todas las almas serían reunidas para la salvación universal de todos, ya que todos los hombres, para los *mazdeistas*, son considerados iguales sin importar su género, raza, religión, riqueza o condición moral. Le dije a Darío que la idea de una Salvación Universal por el esfuerzo de todas las almas vivas tratando de erradicar el mal se podría

entender como otra forma de expresar el *dharma* budhista, en donde el objetivo último es acabar con el ciclo eterno del *samsara*, con el paso de la energía de la vida de un cuerpo a otro regido por *Ley del Karma*, para así terminar con el sufrimiento y en definitiva con el mal de la humanidad si todos los hombres llegáramos a lograrlo. De esa manera se alcanza la salvación según los mazdeístas, o la extinción o *Nirvana* según los budhistas. En definitiva lo mismo pero expresado en términos diferentes.

Aunque no se si aceptó mi argumentación sofista como cierta, Darío, de naturaleza callada, pareció satisfecho con nuestro intercambio dialéctico. Esto fue muy importante para él pues logró aunar en su interior las enseñanzas de sus padres con las que recibía en Jaulian. Pensaba ordenarse *bhikkhu* al año siguiente para así permanecer en el Monasterio, pero albergaba el temor de dedicar su vida a una doctrina que no compartía del todo. Tras nuestras reuniones sus dudas sobre la naturaleza del *dharma* se disiparon.

Mi abuelo también estaba encantado con la manera en que defendía y explicaba nuestra doctrina, ya fuera ante mis compañeros y amigos o ante los valedores de la fe hebrea de Taxila. Consideraba a los judíos un pueblo admirable por su capacidad para sacralizar su vida cotidiana. Cuando le conté mi conversación con *Rabí Mossa*, alabó mi manera de argumentar a favor de un Dios impersonal. Sin embargo, pese a que para él es impensable que todo lo que sucede en el Mundo sea producto de una única voluntad por muy divina que esta sea, me confeso considerar estériles este tipo de discusiones pues lo importante para él es alcanzar el contacto con la divinidad independientemente de la forma que a esta se le quiera dar. Según mi abuelo, hay una tendencia en los pueblos a dar forma humana a la energía que gobierna toda la existencia, y esto se debe a la dificultad del hombre para aceptar su insignificancia. Por esto sentía una gran admiración por la religión judía, pues era la única que expresamente prohibía adorar imágenes de su Dios e incluso su representación. Finalmente me conminó a aceptar la invitación del padre de Jacob a visitarlo siempre que me fuera posible pues lo consideraba una oportunidad importante para mi formación.

A partir de aquel momento comencé a mantener contactos asiduos con la comunidad judía de Taxila, lo que supuso para mi una puerta abierta para salir de Jaulian. Siempre que Jacob visitaba a su familia yo le acompañaba. Ellos me trataban con amabilidad y respeto. Su padre me facilitó gran cantidad de información sobre occidente así como sobre la cultura hebrea y su especial vinculo con su Dios *Yahvé*. Incluso me permitió leer algunos de los rollos de *La Septuaginta* y comentar con él las palabras allí contenidas. Por mi parte trataba de escuchar y aprender, evitando la confrontación dialéctica, excepto en aquellos casos en que se me insistía en que ofreciera la visión budhista sobre algún aspecto teológico concreto.

En muchas ocasiones me encontraba con Miriam en casa de la familia Mossa, lo que poco a poco fue convirtiéndose en el motivo fundamental para continuar mis visitas. Al principio pensé que su presencia era casual, pero cuando se acabaron las excusas para justificarse llegué a la conclusión de que era avisada de antemano en cuanto Jacob confirmaba a sus padres nuestra llegada. Era como

una sombra con la que no podía intercambiar más que unas pocas frases de cortesía cuando traía panecillos o dulces para comer mientras conversaba con su padre o con el padre de Jacob.

Tras varios meses manteniendo este tipo de visitas, un día Jacob me preguntó mi opinión sobre Miriam "como mujer". Le contesté que era la mujer más hermosa que yo recordaba haber visto jamás. Darío escuchó nuestra conversación y le pidió a Jacob que le invitara a su casa con el fin de conocerla. Finalmente Jacob llegó un día diciendo que sus padres habían accedido. Ese día el padre de Jacob volcó todo su interés en Darío y la doctrina mazdeista, lo que me permitió acercarme más a Miriam. Con la excusa de ir a buscar agua entré en la cocina con la suerte de que se encontraba allí sola. Me contó que Jacob era más que un hermano para ella, y que desde la celebración de la cena del *séder* que habíamos compartido le había confesado su interés por mí. Me habló de ella, de como la muerte de su madre cuando era pequeña la había convertido en un apoyo fundamental para su padre, por lo que este nunca tuvo interés en buscarle ningún hombre con quien casarse. A sus dieciocho años ya todos sus posibles pretendientes estaban comprometidos y veía difícil encontrar esposo. Yo le hablé de mí. Le conté sobre mi infancia en Alejandría Bucéfala, jugando con los otros niños del pueblo junto al río y con los caballos que criaba mi padre en las praderas. Le conté los orígenes griegos de mi familia y nuestro actual apego a la religión budhista. Se sorprendió al conocer mi edad de diecisiete años pues me imaginaba mayor que Jacob, aunque dijo no importarle ser mayor que yo si a mí no me importaba. Le dije no estar preocupado por su edad pues, aunque no pude confesárselo, lo que me intimidaba de ella era su extraordinaria belleza.

Esta primera conversación en privado abrió el paso a muchas otras. Más o menos una vez al mes visitaba la casa de la familia Mossa y siempre lograba encontrar la manera de verme a solas con Miriam. Nuestras conversaciones trataban sobre diversos aspectos de nuestras vidas: desde nuestra infancia hasta la actualidad; de su familia y de la comunidad judía de Taxila hasta mi formación compartida con los otros niños de Bucéfala y con mis compañeros en el Monasterio. Cuando hablábamos sobre nuestros planes de futuro a Miriam se le ensombrecía la cara pues el hecho de no estar comprometida a su edad le producía angustiosos temores. Estaba convencida de que su padre solo aceptaría entregarla a otro hombre después de muerto, y pensaba que entonces sería ya muy vieja para poder criar hijos. Y en el supuesto de que su padre muriese pronto o accediera a casarla, siempre estaría obligada a contraer matrimonio con un hombre viudo y/o mucho más mayor que ella pues ya no quedaban judíos jóvenes no comprometidos en Taxila. Cuando le pregunté por Jacob me contestó que era como un hermano para ella, lo que le impedía pensar en él como esposo. En cierta ocasión se entristeció tanto pensando en que quedaría soltera de por vida que no pude más que abrazarla con la intención de consolarla. Ella se entregó a mi abrazo y sollozó en silencio sobre mi hombro. Creo que en ese preciso instante conocí lo que es el amor. Me embargó un sentimiento de plenitud haciendo mía su tristeza y tratando de devolvérsela transformada en alegría. Como si el contacto de nuestros cuerpos permitiera el paso de nuestros sentimientos a través de nuestra piel. Cuando finalmente deshizo su abrazo me miró con los ojos todavía húmedos pero con una sonrisa en su rostro. No hizo falta que dijera nada. Sin duda mi abrazo le había transmitido confianza y me lo

agradeció con un ligero beso en los labios, tras lo cual salió corriendo de la estancia en la que nos encontrábamos.

Yo no pude dejar de pensar en ella durante las siguientes semanas. El contacto con su piel, con su perfume y con su aliento me resultaba extrañamente perturbador pero infinitamente gratificante. Aun en la más profunda meditación me llegaba su aroma con más nitidez que el incienso que se quemaba en la sala. El contacto de sus pechos contra el mío era una sensación tan viva como la del aire que exhalaba a través de mis fosas nasales. Mi conducta era distraída y distante, pero yo trataba de excusarme diciendo que se debía a mi obsesión en el estudio del Canon Pali que había iniciado pocos meses antes.

En efecto, meses atrás mi abuelo me había hablado sobre la necesidad de iniciar los trabajos de traducción del Canon Pali al griego. Para ello me había sugerido comenzar por leerlo en privado, en Pali, traduciéndolo mentalmente al griego según lo leía. Esto no entrañaba ninguna dificultad para mí dado que había convivido con ambas lenguas desde mi infancia pero a la mayoría de mis compañeros mi talento les resultaba prodigioso. Sin duda mi abuelo estaba influido por mis relatos sobre *La Septuaginta* hebrea que había traído el padre de Jacob, y seguro por ello había decidido que iniciara a mi temprana edad el contacto directo con el Canon Pali asignándome esa tarea de traducción mental.

Jacob y Darío eran los únicos que conocían el verdadero origen de mi comportamiento. Si mi abuelo también lo sabía tuvo la discreción de nunca hacérmelo saber. Sin embargo Jacob me hablaba de Miriam siempre que tenían ocasión: de su relación con ella desde que eran niños, de sus gustos y manías, de sus sueños y frustraciones. Yo le escuchaba sin descanso pese a que todo lo que me contaba no hacía más que aumentar mi interés por ella y por lo tanto apartar mis pensamientos de las actividades del Monasterio.

Un día Jacob llegó con la noticia que yo esperaba sin saberlo. Su padre había convocado en su casa, que hacía las veces de centro de reunión litúrgica o *sinagoga*, la celebración semanal del día de descanso y adoración a *Yahvé* que los judíos llamaban *shabbat*, y quería que en esta ocasión acudiéramos Darío y yo. Pero lo más importante era que el padre de Miriam también acudiría y por lo tanto ella se encontraría sola en su casa. Jacob me propuso pedir permiso en Jaulian para asistir a la celebración, pero en lugar de acudir a la misma visitar la casa de Miriam de incógnito para encontrarme a solas con ella. Él me excusaría ante su padre y Darío se encargaría de proporcionar los elementos de discusión teológica necesarios para que la congregación se sintiera estimulada con su presencia y no decepcionada por mi ausencia. Darío se prepararía para la ocasión y trataría de alargar todo lo posible su disertación y por lo tanto el tiempo del que Miriam y yo dispondríamos para mantener un encuentro íntimo. Yo acepté, agradeciendo a mis amigos su complicidad.

El último día de la semana salimos los tres de Jaulian. Cuando estábamos a punto de entrar en la ciudad, Jacob sacó una túnica de su bolso y me la entregó. Yo me la puse encima de la anaranjada que me distinguía como *samanera* y me despedí de mis amigos acordando verme con ellos en ese

mismo lugar poco antes de la puesta del Sol. Así disfrazado, con la túnica de Jacob tapándome incluso la cabeza, llegué a la puerta trasera de la casa de Miriam. Tal y como había acordado con Jacob, golpeé tres veces la pesada puerta de madera. Miriam la abrió de inmediato, como si estuviese esperando mi llegada tras el portón, y me hizo entrar cogiéndome del brazo a la vez que me tapaba la boca haciéndome señales para que no hablara. Me dijo que había dos criadas en la casa y que esperara en la trastienda de la cocina en donde me encontraba hasta que ella viniera a por mí. Salió de la estancia dejándome petrificado en medio de un cuarto desconocido y sin luz. Escuchaba desde el más absoluto silencio como daba instrucciones a sus criadas. Instrucciones que no alcancé a entender. Al poco vino a por mí, me cogió de la mano y me hizo subir unas escaleras que terminaban en su cuarto. Cerró la puerta tras ella y me dijo que allí estaríamos seguros, pero que iba a decirles a sus criadas que se encontraba indispuesta para evitar ser molestados. Con ese propósito salió y me dejó de nuevo solo, esta vez en su bien iluminada habitación.

La estancia era amplia, con una cama y un colchón de lana de oveja sobre ella. Las cobijas eran de tejidos delicados. El piso era de madera, cubierto casi por completo por una gran alfombra. Había una ventana que daba a la calle, oculta por unas vistosas cortinas que hacían juego con la alfombra y que amortiguaban el ruido y los rayos de Sol procedentes del exterior. El ambiente del cuarto era agradable, quizás demasiado lujoso para lo que yo estaba acostumbrado en Jaulian, lo que me hacía pensar que podría estar quebrantando alguna de las normas de austeridad que regían para los *samaneras*. Me estaba quitando la túnica de Jacob en el preciso momento en que escuche como la puerta se abría. Por unos instantes me embargó el temor a ser descubierto, pero cuando acabé de sacarme la túnica de encima la sonrisa de Miriam apareció ante mis ojos y mi temor se disipó. Iba ataviada con una túnica roja adornada con dos largos bordados verticales dorados y ceñida a su cintura por un cordón también dorado. Un collar de cuentas de diversas piedras preciosas y una cinta recogiendo su pelo en la espalda completaban su atuendo. Se veía muy hermosa, como nunca antes la había visto.

Me dijo que, aparte de su padre, era el primer hombre que entraba en su cuarto. Esto le producía temor a la vez que mucha excitación. No sabía como había sido capaz de cometer una locura así, pero que nuestro último abrazo le había causado una sensación tan grata que deseaba explorar sus sentimientos encontrándose a solas conmigo en su estancia. Luego me agradeció el haber aceptado su invitación secreta pues era consciente del riesgo que una cita así suponía también para mí. Le dije que el agradecido era yo. Le conté que el día que había concertado nuestro encuentro con Jacob me había sentido el hombre más feliz del Mundo. Le hablé de como nuestro abrazo me había dejado una sensación tan intensa que me impedía pensar en otra cosa que no fuera en ella, en su piel, su calor, su fragancia, su aliento... no lograba dormir, no lograba meditar, no lograba concentrarme en mis actividades monásticas. Mis palabras le estremecieron de tal modo que me abrazó con fuerza. En un primer momento me quedé sorprendido sin saber qué hacer hasta que reaccioné y también la estreché entre mis brazos. Su pelo en mi cara, el olor de su perfume y el contacto de su cuerpo contra el mío me produjeron una excitación tal que mi *lingam* se levantó como una cobra al escuchar el sonido de la flauta. Me sentía ruborizado al notar el contacto de mi *falo* contra su pierna. Pero mi

vergüenza, en lugar de apagar mi pasión la encendía todavía más. Mi *falo* crecía entre su muslo y el mío pero Miriam, en lugar de apartarse lo acariciaba con suaves movimientos verticales de su pierna.

Permanecimos en esa posición, inmóviles, hasta que finalmente me miró a los ojos y mientras se soltaba la cinta que amarraba su pelo me dijo que deseaba entregarse a mi para que yo fuera el primer hombre que la conociera como mujer, si ese era mi deseo. En ese momento supe que nunca más volvería a ser yo mismo. La estreché contra mí y le susurré al oído que había rezado con todas mis fuerzas para poder escuchar esas palabras de sus labios desde el mismo día en que la había visto por primera vez en la tienda de su padre mientras le vendía un arado a los míos. Nos quitamos nuestras túnicas y nos miramos desnudos el uno al otro con curiosidad y deleite.

Su cuerpo desnudo era lo más hermoso que yo había visto jamás. Parecía esculpido por el más hábil de los artistas, superando con creces la belleza de las imágenes helénicas con las que había crecido desde niño. Su pelo largo y negro caía sobre sus hombros enmarcando las delicadas facciones de su cara. Sus pechos voluminosos parecían suspendidos sobre su esbelta figura, como disculpándose por estar adheridos a un cuerpo tan delgado; pero a la vez ofrecían la esfera perfecta que necesitaba su delgada cintura para equilibrar la curvatura de sus caderas convexas. El pelo de su pubis estaba cuidadosamente afeitado y toda su piel ungida con aceites y ungüentos de finas hierbas que le proporcionaban un brillo cobrizo. Yo noté como ella me examinaba con el mismo cuidado y admiración que yo a ella. No en vano mi físico estaba moldeado por el rigor y las condiciones de vida de Jaulian, lo que unido a mi juventud me dotaban de gran vigor y apostura.

Tras examinarnos con la mirada, alargué mi dedo índice y lo deslicé por su cuello, bajando por su hombro y rodeando sus pechos apenas rozándolos. Ella me cogió la mano y me hizo sentar sobre la alfombra. Se sentó frente a mí pasando sus piernas por encima de las mías y dejando reposar sus pies a mi espalda mientras yo separaba mis piernas para juntar las plantas de mis pies formando un círculo dentro del cual descansaron sus nalgas. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que mi *falo* rozaba su vientre con cada pulsión y los pezones de mi pecho rozaban los suyos con cada inspiración. Pase mis brazos por su espalda acariciándola desde el cuello hasta la cintura. Cerré los ojos y sentí las yemas de sus dedos acariciando primero mi pecho, después mi vientre y más tarde mi erecto *falo*. Al principio con timidez y delicadeza, pero más tarde agarrándolo con la mano para moverlo en todas direcciones hasta el límite de su resistencia. Cuando adquirió confianza con mi miembro levantó sus nalgas para introducirse suavemente, muy suavemente en su sexo hasta lograr sentarse de nuevo unida a mí. Yo permanecí ciego a su maniobra, controlando mi respiración para así lograr controlar también mi flujo seminal. Había logrado fijar mi atención en la sensación que me producía el contacto de su pecho contra el mío, el roce de sus cabellos en mi cara, la tibieza de su cuerpo en mis brazos, el olor de su piel sudorosa en mis fosas nasales, la humedad y el calor de mi *falo* en su interior, y en todo lo que significaba estar en contacto íntimo con otro cuerpo. Poco a poco fui apretando mi abrazo, haciéndolo cada vez más estrecho hasta que no pude distinguir que sensaciones procedían de mi piel y cuales de la suya. Logré acompasar mi respiración con la de ella logrando una experiencia sexual que transcendía a lo espiritual, y una sensación de unidad con *El Todo* a través del contacto físico que jamás había imaginado posible.

Permanecimos fundidos en ese abrazo una eternidad durante la cual mi falo permaneció erecto sin derramar una sola gota de semen. Durante ese tiempo Miriam, menos acostumbrada a la inmovilidad que yo, efectuó varias veces suaves movimientos para acomodar su cuerpo a nuestra posición. Movimientos acompañados siempre por leves gemidos de placer y abundante flujo sobre mi falo.

Cuando finalmente mi *lingam* adquirió un tamaño y flacidez normales, abrí los ojos y me encontré frente a la más hermosa de las sonrisas de Miriam. Cogió mi cara con sus manos y me dio un delicioso beso en los labios. Luego me preguntó.

- ¿Es esto lo que os enseñan en Jaulian?

- No exactamente -sonreí y añadí-. Tal vez debería hablar con mi abuelo para que te invitó a impartir algunas lecciones...

- ¡Tonto! ¿Por quién me has tomado?

Se levantó dándome la espalda fingiendo estar enfadada. Yo me puse de pie y la rodeé con mis brazos suplicando su perdón al oído mientras besaba su cuello. Cogió mi mano y la deslizó hasta su entrepierna para que sintiera la humedad de su flujo. Luego introdujo mis dedos dentro ayudándolos a entrar lo más profundamente que pudo. Se dio la vuelta, me abrazó y me dijo

- Si quieres que te perdone, no me dejes así de mojada.

Besó mis labios e introdujo su lengua en mi boca. Sin que yo pudiera ni siquiera darme cuenta mi falo estaba erecto de nuevo, y toda la energía que había logrado contener en nuestro anterior encuentro estaba ahora dispuesta a desatarse. Apreté sus pechos con mis manos provocando gemidos de placer en Miriam que se tumbó en la cama con las piernas abiertas, los brazos abiertos y la boca abierta, completamente entregada al deseo más arrebatador. Yo estaba de pie frente a ella y en aquel preciso instante recuerdo que pasó por mi cabeza la duda de si aquello estaba bien. Recordé las enseñanzas de Budha sobre el sufrimiento provocado por el deseo, pero finalmente pensé que nada podía haber de malo en dejarse llevar por la pasión cuando esta iba acompañada del amor. En aquel momento la palabra amor tomaba forma en el cuerpo de Miriam. Me abalancé sobre ella introduciendo mi falo en su sexo, y con violentos movimientos de mis caderas entraba y salía rítmicamente de su cuerpo. Los gemidos de Miriam habían dado paso a sofocados gritos de placer. Yo deseaba con todas mis fuerzas tener sus pechos entre mis manos para lo cual le di la vuelta y la situé de rodillas en la cama. En esa posición la penetraba de pie apoyado en sus nalgas y me inclinaba sobre su espalda para agarrar sus pechos con fuerza y pasión mientras le introducía mi falo cada vez con más violencia tal y como había visto en alguna escena pintada en las antiguas vasijas griegas pertenecientes a mi familia. Mi ímpetu fue creciendo hasta que noté la llegada de mi semen. En ese momento saqué mi falo del interior de Miriam y lo agarré con mis dos manos dejando que un denso fluido de semen brotara de mi miembro a borbotones con esa intensa sensación de placer que llamamos éxtasis concentrada en mi bajo vientre, donde se localiza el *chakra Swadhisthana*<sup>9</sup>. Miriam

se acercó a mi y cogió un poco de semen de mi *lingam*, lo froto entre sus dedos con curiosidad, lo olió y lo chupó. Luego me acercó una vasija llena de agua y un paño para que me lavara y dijo.

- Así que este es el "fluido de la vida". Gracias por cuidarme para que no quedara preñada. No se qué habría sido de mi -mientras yo estaba agachado lavándome meticulosamente, ella apretó mi cabeza contra su vientre y me dijo-. Y gracias también por enseñarme lo que es el amor.

- Yo soy el agradecido por eso -le contesté mientras me levantaba para darle un tierno beso en la boca.

Nos vestimos y Miriam miró por la ventana comprobando que al Sol le quedaba poco tiempo para ponerse tras las montañas. Trató de que comiera algo pero me disculpé diciéndole que tenía que regresar a Jaulian cuanto antes. Bajó para supervisar a sus criadas, que estaban ocupadas tejiendo, y regresó a por mi. Antes de abrir el portón por dónde había entrado me entregó un pequeño racimo de dátiles curados pensando sin duda que debía alimentarme. Luego me cogió la mano y la puso sobre su corazón. La retuvo allí por un instante y se alejó hacia el interior de la casa sin decir nada. Yo salí y cerré la puerta tras de mi.

Al llegar a nuestro punto de encuentro Darío y Jacob me esperaban sentados sobre una roca. Me quité la túnica que Jacob me había prestado y se la entregué. Me miraron sin decir nada y luego rompieron a reír a carcajadas.

- ¡Qué? -pregunté molesto por sus risas.

- Nada hombre nada. Solo que lo llevas escrito en la cara -dijo Darío.

- ¿Qué llevo escrito?

- Que acabas de convertirte en un hombre... -me dijo Darío mientras me pasaba su brazo por encima del hombro. Yo no pude más que sonreír desde un discreto silencio.

- Y ya que no preguntas, te cuento que Darío ha dado muestras de su capacidad dialéctica ante los más destacados rabinos de Jaulian.

- ¡Tendrías que haberme visto Gurka! Les hablé sobre todos los aspectos del *mazdeísmo* que tu y yo hemos comentado. Resulta que los judíos estuvieron cautivos en Babilonia durante muchos años hasta que los persas la conquistaron y los liberaron. Durante ese periodo recibieron importantes influencias de la religión *mazdeista* dominante que los rabinos de Taxila no habían podido comprender hasta hoy mismo. Gracias a mis explicaciones han logrado interpretar algunos escritos de uno de sus grandes profetas. El que llaman Isaías. Y ahora comprenden también por qué el conquistador de Babilonia, Ciro el Grande, liberó al pueblo hebreo de su esclavitud -me miró esperando mi respuesta, pero pronto comprendió que mi cabeza estaba en otra parte-. Fue por que Ciro, como fiel seguidor del más importante profeta mazdeista, Zarathustra, no toleraba la opresión del ser humano por otro ser humano.

Darío hablaba y hablaba orgulloso de haber podido argumentar dialécticamente frente a los eruditos judíos recibiendo los constantes halagos de Jacob. Sin embargo yo no podía dejar de pensar en mi encuentro con Miriam. Tanto Jacob como Darío lo sabían pero, como buenos amigos que eran, trataban de dar una apariencia de normalidad a su conversación para permitirme asimilar en privado mi experiencia y poder recuperar mi propio equilibrio por mi mismo.

## El dharma de la praxis

Durante las siguientes semanas a mi encuentro con Miriam traté de concentrarme en los trabajos de traducción que mi abuelo me había encargado, pero no lograba avanzar. Sentía cierta zozobra interior preguntándome si mi deseo por Miriam era correcto. En el centro de la doctrina budhista estaba la sublimación de los deseos como forma de acabar con el sufrimiento humano. Pero yo sentía un inmenso amor por Miriam que iba más allá del deseo. Deseaba el contacto de su piel, deseaba verla sonreír, deseaba escuchar su voz, deseaba sentir su mirada en mis ojos, deseaba estrecharla en mis brazos y cada vez que pensaba en ella deseaba estar a su lado. Comprendía que este cúmulo de deseos es lo que llamamos amor. ¿Cómo podía ser malo el amor? Sabía que el budhismo cultivaba el amor pero ¿cómo podría haber amor sin deseo? No era solo el sexo lo que me hacía desear a Miriam sino un sentimiento mucho más profundo. Era un sentimiento de unidad con ella que transcendía el deseo sexual. Era como si entrara en comunión con la energía suprema, con *Brahma*, con Dios o con *Yahvé* a través de Miriam.

Un día fui a visitar a mi abuelo para que me ayudara a organizar mi trabajo en la traducción del Canon Pali al griego en la que seguía ocupando desde hacía varios meses sin ningún avance. Leía y leía pero no podía concentrarme. Lo que antes se producía de manera natural, ahora se había convertido en una tortura para mí. Comenzaba leyendo en Pali y pensando en griego, pero a las pocas frases no recordaba ni siquiera lo leído un instante antes. En realidad necesitaba que mi abuelo me ayudara a organizar mis ideas sobre el deseo y el *dharma* pues sabía muy bien que ahí estaba el origen de mis problemas con la traducción.

- El Canon Pali está organizado en tres categorías Gurka. Si no lo estudias con orden convertirás su traducción en un mero compendio de hermosas frases sin sentido -me miró fijamente a los ojos y luego continuó-. Durante el Cuarto Concilio de monjes budhistas, al que acudió nuestro antepasado Kapalamendi, se dispusieron tres cestos de mimbre en donde los más de quinientos monjes congregados depositaron las enseñanzas del Budha tal y como ellos las habían retenido en su memoria tras serles transmitidas generación tras generación dentro de sus monasterios. Esos tres cestos o *pitakas* constituyen la estructura básica del Canon Pali y son los siguientes:

"Primero: Vinaya Pitaka, referente a las reglas y normas que deben de seguir los monjes y monjas en su vida monacal. Segundo: Sutta Pitaka, en donde se recogen los discursos y sermones del propio Budha y de alguno de sus discípulos. Y tercero: Abhidhamma Pitaka, en donde se estudia el *dharma* en profundidad, así como la naturaleza del pensamiento y de la materia.

"Como puedes imaginar, no fue nada fácil ponerse de acuerdo sobre que enseñanzas incluir y cuales descartar de todos los escritos presentados por los diferentes monjes. Muchas veces se presentaban distintas versiones de un mismo discurso o sermón y los monjes debían recoger lo más

destacado de todos ellos sin desvirtuar su contenido. Tardaron más de tres años en terminar su obra. Nosotros tenemos el privilegio de conservar una copia de aquel trabajo transcrita por el venerable Kapalamendi durante aquel concilio. En la actualidad nuestros escribas están trabajando en la elaboración de nuevas copias y por eso es importante que tu te familiarices con los textos para poder traducirlos al griego en un futuro próximo."

Me miró de nuevo. Yo agaché la cabeza, cerré los ojos y me quedé inmóvil esperando a que mi abuelo hablara.

- Pero me doy cuenta de que mis intenciones no están acordes con tus deseos. En la biblioteca me han dicho que apenas vas por allí para consultar los volúmenes, y que pasas el tiempo mirando las hojas con desinterés -hizo un lago silencio tras el que me preguntó-. ¿Tienes algo que decirme?

- He conocido a una mujer Swami Eliano -raramente me dirigía a mi abuelo de esta manera y cuando lo hacía era por que quería que nuestra conversación adquiriera la máxima seriedad-. Siento un gran amor por ella. Un amor no exento de deseo y creo que no hay nada malo en ello. Más bien al contrario. Considero que es lo más grande que me ha sucedido en mi vida y sin embargo me produce una terrible tristeza pues no dejo de pensar que estoy sintiendo algo prohibido para mi como budhista. No comprendo por qué los budhistas debemos considerar el deseo como una causa de sufrimiento y no de alegría.

- Vaya, vaya... nuestro Gurka se ha enamorado. ¡Qué alegría! Ven, dame un abrazo -y ante mi sorpresa se abrazó a mi con ternura. Yo salí de mi letargo y continué expresándole mis dudas.

- Entonces ¿no hay nada malo en que un budhista se enamore?

- ¿Cómo puedes pensar eso Gurka? ¿Crees que tu padre no ama a tu madre? ¿Crees que yo no amé a tu abuela? ¿Dónde dice El Budha que no es bueno enamorarse?

- Pero... el deseo... -balbuceé.

- ¡Aaaaaaaah! EL DESEO -exclamó medio burlón mi abuelo, y luego añadió-. No es el amor la causa del sufrimiento. Ni siquiera lo es el deseo, las emociones o los sentimientos sino la manera en que los aceptamos o rechazamos. No se acaba con el sufrimiento renunciando al dolor o al placer sino desapegándose de ellos, dejando de anhelarlos. Cuando llegamos a entender que todo en este mundo es transitorio e impermanente, sin esencia ni alma, entonces podemos llegar a sentir el placer y el dolor sin adherirnos a ellos, desde la libertad y el desapego.

Mi abuelo me miró sonriente y añadió.

- En el *Dhammapada* o camino del *dharma*, que forma parte del *Khuddaka Nikaya* o colección de textos pequeños, que a su vez está incluido en el *Sutta Pitaka* o la canasta de los sermones, El Budha expresa esta idea diciendo: *Los iluminados vencen, en todo momento, todos los apegos. Cuando el placer o el dolor llegan a ellos, los sabios sienten por encima del placer y del dolor.*<sup>10</sup> Y en otro pasaje añade: *Sea en el pasado, presente o futuro, quienquiera de los monjes o sacerdotes que*

*considere las cosas deleitantes y placenteras de este mundo como impermanentes, deleitantes y sin esencia, es él quien supera el sufrimiento.*

- Pero eso es muy difícil de conseguir abuelo -repliqué-. ¿Cómo se puede lograr sentir placer sin apegarse a él?

- Nadie dice que este sea un camino fácil Gurka, pero El Budha nos dejó bien clara la respuesta a tu pregunta: siguiendo el *Óctuple Sendero* ¿recuerdas? Comprensión, intención, habla, acción, forma de vida, esfuerzo, atención y concentración correctos. Si realizamos todo esto de forma correcta lograremos sentir el placer y el dolor sin apego. De esta forma la cesación del sufrimiento, y por lo tanto la libertad más pura, se apoderará de nosotros.

No tenía más remedio que aceptar los argumentos de mi abuelo. El problema no estaba en la doctrina budhista sino en mí. En aquellos momentos yo deseaba a Miriam con todas mis fuerzas sin ser consciente de que algún día no estaría conmigo. Podíamos amarnos con locura, e incluso irnos a vivir juntos, pero antes o después la enfermedad o la muerte nos separarían; y eso si antes no nos invadía el desamor. Si convertíamos nuestro deseo en apego, nuestra separación nos causaría antes o después un inmenso sufrimiento. Sin embargo, si nos amábamos entendiendo que nuestra relación era impermanente, que incluso nuestras vidas eran fugaces; si nos deshacíamos de apegos y sentimientos de posesión, nuestro amor no nos produciría sufrimiento y por lo tanto nos ayudaría a alcanzar la liberación. Esa era la idea.

Pese a comprender muy bien el *logos* de esta doctrina, yo deseaba con todas mis fuerzas encontrarme con Miriam de una forma poco liberadora. Y el sentirme separado de ella me producía un gran sufrimiento. Sabía muy bien que la manera de terminar con el dolor de esa separación pasaba por acabar con el apego y los sentimientos de posesión que nuestro primer encuentro había provocado en mí, pero en aquel momento me era imposible lograrlo.

La brillante actuación dialéctica de Darío ante los rabinos de Taxila le había abierto las puertas de la casa de Jacob tal y como había sucedido conmigo. Jacob estaba dispensado en el Monasterio para poder acudir a su casa todos los días del *shabbat*, y nosotros le acompañábamos siempre que nuestras ocupaciones en Jaulian nos lo permitían. Miriam y yo siempre buscábamos la manera de vernos a solas durante esas visitas y solíamos conseguir fugaces encuentros en la cocina, en la trastienda o en el patio interior de la casa. Durante esos instantes compartíamos nuestras intimidades entre besos y caricias furtivas, aumentando nuestro deseo, nuestra pasión y también nuestro amor. Solo en dos o tres ocasiones durante ese año tuvimos ocasión de disfrutarnos físicamente sin límites. Sin embargo, el mero hecho de poder vernos, aunque fuera por un instante, era suficiente para hacer crecer nuestro amor día tras día.

Un *shabbat* llegamos a casa de Jacob sin que Miriam se encontrara allí. Yo la estuve buscando sin lograr prestar atención a nada más. Su padre sí acudió y por la forma en que me miraba pensé que nos había descubierto. Me mantuve esquivo y taciturno durante toda la celebración, y al regresar a Jaulian le pregunté a Jacob. Me dijo desconocer los motivos de la ausencia de Miriam, lo que me

llevó a un estado de profunda tristeza pensando que su padre no nos permitiría vernos nunca más. Al día siguiente no me pude levantar. La cabeza me daba vueltas y me quedé postrado en cama durante todo el día. Mis fuerzas me habían abandonado y ni tan siquiera podía ponerme en pie. Los *bhikkhus* y mis compañeros *samaneras* trataban de animarme, pero yo no lograba ni siquiera responder a sus preguntas más simples. Era como si me encontrara ausente, como si hubiera abandonado mi propio cuerpo para sumergirme en la más absoluta oscuridad de la que no tenía voluntad para salir. Este estado de angustia y desesperación me duró varios días. Se me impuso un tratamiento de recuperación a base de largas meditaciones y una dieta rica en fruta fresca hasta que logré reincorporarme poco a poco a las actividades cotidianas de Jaulian.

Al regresar de la siguiente celebración del *shabbat*, a la que no se me permitió asistir, Jacob me contó que vio a Miriam y que esta le pidió disculparse conmigo por no haber podido avisarme de su ausencia la semana anterior, pero en el último momento su padre le había ordenado quedarse en la casa para atender a un brahman llegado de Benarés con quien tenía que cerrar unos acuerdos comerciales. En ese momento tomé consciencia de la fragilidad de todo cuanto sucede en nuestras vidas. En este caso había sido una visita inesperada lo que me había privado de la compañía de Miriam, pero igualmente podría haber sido un accidente o el descubrimiento de nuestra relación por parte de su padre como yo había sospechado. El más mínimo pormenor podía alterar el curso de nuestra existencia. Sin duda todo en la vida es *anicca*, es transitorio e impermanente. El apego a algo transitorio no tiene sentido pues el más insignificante de los detalles puede hacerlo desaparecer. Tome consciencia de este *dharma* budhista y de la necesidad de practicar el desapego para evitar el sufrimiento. Comprendí que contra más deseamos algo más sufrimiento nos provoca su ausencia así que decidí distanciarme de mi amor hacia Miriam y considerarlo como si del amor entre mis familiares o amigos se tratase. Algo que observas y disfrutas pero con lo que no te implicas emocionalmente pues tu no eres protagonista.

Para ello me acostumbré a amarla gozando de los escasos momentos que compartía con ella como si fueran los últimos. Este proceso supuso para mi una verdadera instrucción en el arte del desapego. Sabía de la dificultad que entrañaba para nosotros el aspirar a desposarnos por la condición de mujer judía de Miriam. Y aunque yo hubiese abrazado la fe hebrea por ella, su padre nunca habría permitido que Miriam abandonara su hogar. A sus dificultades había que añadir las mías, mi juventud y el proceso de educación monacal al que estaba sometido en Jaulian y al que no quería renunciar. Por todo ello nunca aspiraba a nada más de lo que el día a día nos deparaba aceptando con resignación nuestra situación. Y de esa resignación al desapego solo mediaron unos cuantos meses de distancia. Durante ese tiempo, con ayuda de las rutinas de Jaulian y en especial de las meditaciones de la tarde, logré alcanzar la paz interior que me permitió avanzar en mi trabajo de lectura traducida del Canon Pali. No lograba dilucidar las intenciones de mi abuelo pues yo era consciente de mis propias limitaciones para llevar a cabo una traducción de un compendio de textos tan inmenso que ni siquiera conocía en su totalidad.

Ese año Darío y Jacob alcanzaron la edad necesaria para ordenarse *bhikkhus*. La *sangha* se reunió un día y comunicó a los diez *samaneras* de nuestro grupo que reunían las condiciones de

edad y conocimientos mínimos su decisión de presentarlos para su ordenación. Todos menos Jacob aceptaron la ordenación. Sus padres ya habían decidido hacía años que estudiara y se formara en Jaulian por ser el más importante centro cultural de toda Gandhara, pero solo hasta la edad de poder ayudar en los negocios y demás actividades familiares. Cuando le preguntamos por su decisión nos contestó.

- La vida monacal no es para mí. No es solo por mi condición hebrea sino también por que me gusta estar en contacto con el mundo que hay ahí fuera y no me gustaría pasar toda mi vida dentro de estos muros.

- Pues a mí no me importaría -replicó Darío-. No puedo imaginar vida más plena que la de Jaulian. Aquí puedo trabajar en todo lo que puedo desear. Desde el campo hasta la educación, pasando por la cocina o la limpieza. Además se come bien y se cultiva el espíritu, ¿qué más se puede pedir?

- Buscar una mujer y tener hijos con ella ¿no crees? -le contesté.

- De momento no busco eso, pero si algún día llegara a interesarme haría como tu padre o tu abuelo: abandonaría el monasterio por unos años, o por toda la vida que Jaulian no es una prisión.

- Pues, aunque no sea una prisión, si te quedas aquí acabarás encerrado sin salir. Lo que yo deseo es viajar y atender los negocios de mi padre. Ver las mercancías traídas de otras tierras y luego enviarlas a distintos lugares. Imaginarme como son esos sitios y luego visitarlos -dijo Jacob, y luego me miró y preguntó-. Y tú Gurka, ¿qué piensas hacer?

- Todavía me quedan tres años para decidirme -contesté.

- Yo pensé que lo que querías era desposar a Miriam -dijo Darío.

- En realidad sí, pero de momento es imposible así que no tengo prisa por tomar una decisión.

- Y si únicamente y exclusivamente dependiera de ti -insistió Darío-, ¿qué te gustaría hacer?

- Si solo dependiera de mí me casaría con ella nada más abandonar Jaulian y me la llevaría junto a mi familia para criar caballos en Alejandría -dije con la mirada perdida en mis sueños-. Pero esa es una posibilidad muy lejana así que creo que me ordenaré *bhikkhu* como tú y me quedaré contigo.

- ¡Excelente! -me dijo Darío dándome un gran abrazo.

La celebración de ordenación fue sencilla pero emotiva. Los *samaneras*, al convertirse en *bhikkhus*, estaban dando un paso más en su camino de renuncia. La ceremonia trataba de recordarles ese hecho. Con gran solemnidad nos reunimos todos en la sala de meditación. El venerable Nagasena pronunció unas simples palabras de agradecimiento y bienvenida a los nuevos monjes y les hizo entrega de sus nuevas posesiones. Según la regla monacal, un *bhikkhu* solo puede poseer seis objetos materiales: tres prendas de vestir de color rojo cereza, un cinturón, un cuenco de madera, una cuchilla de afeitar, una aguja para remendar su ropa y un filtro para beber agua evitando

ingerir seres vivos. Los *samaneras* se acercaron de uno en uno a la tarima en donde se encontraba sentado en postura de meditación el venerable Nagasena según se les fue llamando. Se postraban ante él desnudos, apenas cubiertos por un exiguo taparrabos, y le entregaban su túnica y su cuenco. Luego recogían sus nuevas pertenencias y regresaban a su sitio. Cuando todos hubieron pasado frente a la *sangha* iniciamos la meditación de la tarde, esta vez acompañados por la monótona música salida de las trompetas de sonido grave que eran sopladas en las ocasiones más solemnes. Su sonido fue el soporte de la primera meditación como *bhikkhu* de los recién ordenados.

Al día siguiente Jacob se despidió de todos sus compañeros. A Darío y a mi se nos permitió acompañarle a su casa como forma de despedida. También como una manera de fomentar las relaciones con la comunidad judía de Taxila, cuyo verdadero alcance Darío y yo todavía no comprendíamos.

- ¿Qué piensas hacer a partir de mañana Jacob? -le preguntó Darío.

- Mañana inicio con mi padre el inventario de todas las mercancías que tenemos almacenadas. Mi padre me indicará su origen, probable destino, cantidad y precios de compra y de venta. Será como la meditación de la tarde, pero en lugar de memorizar los sermones del Budha tendré que hacerlo con las posesiones de mi padre. Ya os diré qué es más aburrido -y se rió con esa risa contagiosa que tantas veces habíamos compartido.

Cuando entramos en su casa, la familia de Jacob le había preparado una bienvenida sorpresa que ninguno de nosotros esperaba. Su padre se abrazó con fuerza a su hijo entre los aplausos y los gritos de alegría del resto de su familia. Tras el desconcierto inicial pensé que era más que probable que Miriam estuviera por allí. En efecto, una vez Jacob salió de los brazos de sus familiares más cercanos Miriam se acercó a él para darle un beso y un fuerte abrazo con una gran sonrisa de sincera felicidad dibujada en su rostro. Estaba vestida con sus mejores ropas y ataviada con pulseras y collares de oro y piedras preciosas. Lucía un esmerado peinado al estilo griego que yo pensé dedicado para mí. Su belleza destacaba sobre el resto de los presentes pese a que trataba de mantenerse discreta.

- Anda, ves a buscarla -me empujó Darío-, pero recuerda que tenemos que estar en Jaulian antes de la meditación. No quisiera llegar tarde mi primer día como *bhikkhu*. Te espero por aquí.

Hice caso a Darío y fui a encontrarme con Miriam abriéndome paso entre los presentes que abarrotaban la sala. En ese momento David Mossa hizo callar a todos diciendo.

- ¡Escuchad hermanos! Hoy es un gran día para la casa de los Mossa. Mi hijo Jacob ha regresado para vivir entre nosotros. Ha culminado con éxito su formación en Jaulian para ayudar a su padre a hacer crecer nuestra comunidad...

- ¡Y también tu bolsa! -dijo una voz anónima de entre los congregados que provocó las risas de todos.

- Eso también mi querido amigo, que a este pobre viejo comerciante ya le hace falta la ayuda de su joven hijo... y por eso os digo que a partir de ahora no estoy solo, y cualquier asunto que queráis tratar conmigo lo podéis tratar con Jacob pues él y yo somos una misma persona, unidos por la misma sangre y por la mano de *Yahvé* -con una reverencia dio por terminadas sus palabras ante los aplausos y la alegría de todos los presentes.

En medio de esa algarabía me quedé ciego cuando alguien tapó mis ojos desde atrás. Mi sorpresa se transformó en alegría al deducir que solo Miriam podía ser capaz de tomarse esas libertades conmigo. Me di la vuelta y al retirar sus manos en efecto allí estaba, radiante y luminosa como una flor.

- ¡Sorpresa! -me dijo.

- ¡Qué alegría verte!

- ¿Alegría? ¿No te das cuenta de que a partir de ahora va a ser más difícil que podamos vernos?

- No se por qué dices eso -contesté-. Aunque Jacob viva en su casa, su padre me ha invitado a venir siempre que quiera.

- ¿Tu crees que sin la compañía de Jacob te será posible venir a esta casa tan fácilmente? Puede que al principio sí pero según pase el tiempo tu presencia será incómoda, tanto para ti como para la familia Mossa.

- Eso solo el tiempo lo dirá -le dije seriamente-. Lo que me importa ahora es saber si tu quieres seguir viéndome, dónde y cómo.

- Lo que a mi me interesa saber es si tu quieres ordenarte *bhikkhu* o no -me respondió.

- Todavía no lo se -le dije pensativo-. Lo que de verdad me gustaría es poder ir contigo a Alejandría a criar caballos y niños, pero eso es imposible así que supongo que acabaré ordenándome *bhikkhu*.

Me miró tiernamente, me cogió de la mano y me dijo.

- Eso tenemos que hablarlo en privado. Sígueme.

Pasamos entre la gente hasta llegar a la cocina. Miriam me indicó por señas que entrara en la bodega mientras ella se quedaba ayudando a preparar las bandejas de servir comida con las criadas de la casa. Yo entré disimuladamente en la estancia en donde otras veces nos habíamos encontrado. Estaba oscuro y me oculté tras unas cajas pensando en qué le diría a Miriam cuando se escapara para venir a mi encuentro. No hizo falta. Nada más llegar tanteó entre la oscuridad hasta dar conmigo, y sin mediar palabra me beso en la boca ardientemente. Fue un beso cálido, sincero y muy excitante. Mientras me besaba acariciaba mi cara y mi cabeza afeitada. Yo la estreché contra mi pecho sintiendo sus senos contra mi cuerpo. Mi miembro estaba erecto por la excitación y ella lo notó.

Levanto mi túnica hasta que la dejó colgando sobre mi falo. Luego comenzó a acariciar mis genitales con sus dos manos mientras continuaba besándome y lamiéndome toda la cara. Se levantó su vestido hasta que logró rozar mi falo con su vulva. Con mucha suavidad introdujo mi miembro en su sexo y luego apretó mis nalgas contra ella para asegurarse de que quedaba bien introducido. Yo noté que mi excitación era cada vez mayor y que corría el riesgo de derramar mi semilla dentro de ella. Intenté sacar mi falo de sus entrañas pero ella se resistía. A cada intento mío por salir, ella respondía clavándome las uñas en los glúteos con lo que provocaba mi empuje hacia su interior y una excitación en mí cada vez mayor que finalmente terminó cuando no pude más que regar mi semen. Ella sostuvo mi cintura junto a la suya para contener mi falo dentro hasta que este pasó a su estado de flacidez habitual y salió su interior.

- ¿Por qué has hecho esto? -pregunté confundido.

- Ahora queda en manos de *Yah* decidir si podré criar caballos y niños contigo o no -y dicho esto se arregló el vestido, compuso su figura y salió de la bodega dejándome solo como solía hacer siempre que nos encontrábamos allí.

## El artha del logos

Durante las semanas siguientes a nuestro encuentro no supe nada de Miriam. Jacob se dedicó a ponerse al día en todo lo relacionado con los negocios de su padre y no tuvo tiempo ni cabeza para invitarnos a la celebración del *shabbat* a la que tantas veces le habíamos acompañado durante su estancia en Jaulian. Pese a que el posible embarazo de Miriam podía suponer un cambio radical en mi vida, yo había decidido simplemente dejar que las cosas ocurrieran. Cuando pensaba en ello, sus últimas palabras tomaban fuerza en mi interior. "Dejemos que *Yah* decida" me había dicho, y eso pensaba hacer. Ciertamente yo no podía hacer nada ni para conseguir que mi semilla germinara en su interior ni para impedirlo. Todo estaba en manos de Dios. Y además, tanto en un caso como en el otro las perspectiva que se abrían ante mí eran halagüeñas. La vida junto a Miriam criando caballos a orillas del río Hidaspes era algo que me atraía enormemente; pero el estudio del Canon Pali que estaba llevando a cabo en Jaulian se había convertido en un reto que no quería abandonar de ningún modo. Pronto supe que mi futuro nada tendría que ver con mis previsiones.

Mi abuelo me hizo llamar un día para pedirme que visitara la casa de los Mossa. Cuando me explicó los detalles comprendí que nuestro destino está guiado por fuerzas que no podemos controlar. El *dharma* budhista del *anicca*, de la impermanencia, se hizo presente en sus palabras con toda su fuerza. Yo pensando que mi futuro dependía del embarazo de Miriam cuando el destino me tenía reservado otro camino.

- ¿Qué sabes sobre los negocios de la familia de Jacob, Gurka?

- Que se dedican al comercio -contesté sorprendido del repentino interés de mi abuelo por temas económicos.

- ¿Qué tipo de comercio?

- Creo que compran mercancías en la India que luego envían a Occidente.

- ¿Sabes si comercian con Alejandría? -me miró, hizo una pausa y puntualizó-. Con la Alejandría de Egipto.

- Si señor. Estoy seguro. Su padre me habló hace años sobre un viaje que hizo a Occidente. Estuvo en Alejandría y en Jerusalem.

Mi abuelo se acarició la barbilla y cerró sus ojos mientras movía su cabeza de arriba a abajo en señal de asentimiento.

- Verás Gurka, no se si sabes que hay una importante comunidad de monjes budhistas establecida en Alejandría -hizo una pausa mientras observaba como movía levemente mi cabeza de

derecha a izquierda-. Desde allí nos ha llegado una petición para que les enviemos una copia completa del Canon Pali. Como bien sabes se trata de una carga muy pesada y delicada y quisiéramos saber cual sería la mejor forma de enviarla. ¿Desde cuando no ves a Jacob?

- Desde el día en que regresó a su casa hará unos dos meses.

- Quisiera que mañana mismo le hicieras una visita y hablaras con él de este asunto. Darío te acompañará.

De inmediato me fui a buscar a Darío. Desde que se había ordenado *bhikkhu* le había visto en contadas ocasiones. Ya no compartíamos dormitorio y sus actividades eran muy distintas de las mías. Solo coincidíamos en el comedor y en la sala de meditación. Lo encontré seleccionando semillas para cultivar el huerto del monasterio.

- ¡Hola Darío!

- ¡Gurka! ¿A qué debo tan distinguida visita? -me dijo burlándose de mi debido a mi dedicación al estudio mientras él trabajaba la tierra.

- La *sangha* me envía para cerciorarme de que un manco puede plantar nuestras tierras sin arruinarlas.

- Pues no creas que es sencillo... más de una vez he tenido que usar mi boca para sujetar ramas y tallos, pero me dejaría cortar la otra mano antes de echar a perder nuestros cultivos -dejó lo que estaba haciendo, se acercó y me dio un fuerte abrazo-. ¡Qué alegría verte!

- Yo también me alegro -sin más preámbulos le dije-. Mi abuelo me ha pedido que vayamos a visitar a Jacob mañana.

- ¿Hay algún problema?

- No. Más bien todo lo contrario. La *sangha* quiere enviar una copia del Canon Pali a Occidente y quieren que Jacob nos asesore sobre la mejor manera de hacerlo.

Se quedó callando. Pensando. Yo sabía lo que pensaba pues yo estaba pensando lo mismo. Era algo tan sublime y tentador que no nos atrevíamos ni siquiera a hablar de ello; como si el mero hecho de mencionarlo pudiera ser motivo para movilizar oscuras fuerzas capaces de impedirlo.

Cuando al día siguiente le preguntamos a Jacob, este no dudó ni un instante en decirnos lo que deseábamos escuchar.

- ¿En serio quieren enviar una copia del Canon Pali a Alejandría? Sin duda la forma más segura sería que la lleváramos nosotros -dijo sin inmutarse-. Dos o tres veces al año enviamos mercancías a Alejandría, pero nunca cajas con textos caligrafiados. Y menos de tanto valor. Es un largo viaje durante el cual sería fácil que las cajas que contienen las hojas se mojaran, se desordenaran, se

abrieran o se extraviaran. Todo eso sin contar con posibles robos o asaltos. Para que os hagáis una idea, más de una cuarta parte de las mercancías que enviamos a occidente no llegan a su destino.

Yo miré a Darío y luego le pregunté seriamente a Jacob.

- ¿En verdad piensas que nosotros podríamos llevarlas? ¿Estás hablando en serio o simplemente quieres hacernos soñar?

- ¡Nunca bromeo sobre asuntos de trabajo! -me dijo con voz seria, pero con una sonrisa en su cara-. Lo que te he dicho es bien cierto. Sería bueno que alguien de Jaulian acompañara el envío, ¿y quién mejor que vosotros? Sois jóvenes, fuertes y sabéis de animales. Mi padre ya os conoce así que no sería difícil convencerle de que os contratara como caravaneros para ayudar en el transporte del resto de las mercancías. De ese modo podríais viajar gratis tanto vosotros como vuestra carga.

- Suena bien -dijo Darío-. ¿Y tu?

- ¿Yo? Yo soy judío y tengo que viajar al Templo de Jerusalem al menos una vez en mi vida. ¿Qué mejor modo de hacerlo que acompañado de mis amigos? -Se rió con esa risa suya tan contagiosa y luego prosiguió-. Mi padre ya me ha hablado de la necesidad de que haga ese viaje para conocer a nuestros socios comerciales de Occidente. Pensaba dejar pasar unos años antes de enviarme a un viaje tan largo y peligroso, pero no sería difícil convencerle de hacerlo antes aprovechando lo mucho que os aprecia.

- Entonces solo falta que tu convenzas a tu padre, que Gurka convenza a su abuelo, y que yo me convenza a mi mismo de que no estoy soñando -dijo Darío.

Los tres rompimos a reír y nos dirigimos a la cocina para prepararnos un te que tomamos en la sala. En ese momento me di cuenta de lo mucho que habíamos cambiado desde la última vez que nos habíamos encontrado en aquella misma estancia. Darío ya era todo un *bhikkhu*, dedicado a la agricultura y vestido con su túnica rojiza; Jacob un comerciante judío, vestido con finas ropas y dejándose crecer el pelo y la barba; y yo, todavía un *samanera* vestido con mi túnica anaranjada, asumiendo tareas propias de un *bhikkhu* de alto rango, estudiando el Canon Pali entre los eruditos de mayor edad del Monasterio. Sin embargo, al reunirnos de nuevo nos sentíamos tan unidos como antes, con la grata sensación de que las circunstancias de cada una de nuestras vidas podían cambiar sin que por ello cambiara nuestro sentimiento de que compartíamos un mismo corazón por el mero hecho de haber compartido vivencias e intimidades de forma sincera. Era amistad en estado puro; una sensación similar a la del amor. Eso me hizo pensar en Miriam.

- Jacob ¿Qué sabes de Miriam?

- Pensé que nunca ibas a preguntarme por ella -dijo prolongando su silencio para mantenerme en vilo-. No se nada.

- ¿Cómo que no sabes nada? -contesté irritado mientras Darío y él se reían de mi enfado.

- Bueno, sé por su padre que está bien, pero no he vuelto a verla desde la fiesta celebrada con motivo de mi regreso a casa.

Mi cara se ensombreció pensando que tal vez estuviera embarazada y por eso había dejado de asistir a las celebraciones del *shabbat*. Como no había pasado tiempo suficiente desde nuestro encuentro, su vientre todavía no debería llamar la atención. Tal vez ocultaba un embarazo que solo ella conocía y eso me entristeció enormemente.

- Si quieres podemos pasar a verla después de tomarnos el te -me dijo Jacob al percibir mi desconuelo.

- En verdad me encantaría.

- Está bien. Pero no le digamos nada de nuestros planes de viaje pues primero quiero hablarlo con mi padre sin que nadie le haya podido comentar nada -luego dijo para si mismo-. Aprovecharé la visita para preguntarle a su padre por un envío que tiene que llegar desde Benarés en estos días.

Al llegar a la casa de Miriam entramos directamente en la tienda. De inmediato apareció desde detrás de la cortina, y cuando nos reconoció no pudo ocultar su alegría y se abrazó a Jacob.

- ¡Cuanto tiempo! ¡Y qué bien te sienta la barba!

- Pues tu sigues tan guapa como siempre -le contestó Jacob mientras deshacía su abrazo y la cogía de la mano, separándose al máximo para poder observarla de cuerpo entero-. ¡Estás realmente hermosa! ¿Está tu padre? Quisiera hablar con él.

- ¡Claro! Pasa adelante. Ya conoces el camino.

- ¿Podrías indicarme dónde están las letrinas? -preguntó Darío, sin disimular que trataba de dejarnos solos.

- ¡Ven Darío! Yo te llevo -contestó Jacob soltando la mano de Miriam y cogiendo la de Darío.

- Eso es, Jacob te lleva -le contestó Miriam mirándome a mi.

En cuanto nos quedamos solos Miriam me abrazo con fuerza.

- No sabes las ganas que tenía de verte -me dijo.

- También yo -le susurré al oído a través de su largo pelo negro-. Me ha dicho Jacob que no has vuelto a su casa desde la última vez que nos vimos.

- Para qué tenía que ir si sabía que tu no ibas a estar.

- Pero... ¿te encuentras bien? -le pregunté tímidamente.

- Te refieres a si estoy embarazada.

- Sí.

- No- contestó separándose de mi y mirándome a los ojos.

- ¿Quieres decir que no te quedaste preñada?

- *Yahvé* no ha querido darme un hijo tuyo.

- Nunca sabemos por qué suceden o dejan de suceder las cosas -le dije tratando de consolarla-. Hay que tener fe en que Dios ha querido que suceda lo mejor.

- Puede que lo mejor para ti pero no para mi -su cara se entristeció-. Sin un hijo que criar mi padre nunca me dejará salir de esta casa.

- Incluso con un hijo no te hubiera dejado, y es probable que te hubiera obligado a criarlo junto a él. Aquí, en su casa, separada de mi.

- Pero sé que tu no lo habrías permitido.

- Yo soy un simple *samanera* Miriam. Me habría sido imposible separarte de tu padre para criar a nuestro hijo. Si en verdad es eso lo que deseas, ten confianza y paciencia.

- Confianza en qué. ¿Paciencia? Ya tengo veinte años y la mayoría de mis amigas se casaron a los dieciséis. No quiero envejecer en esta casa. Yo pensaba que engendrando un hijo tuyo podrías haber hablado con mi padre para desposarme -hizo una pausa, me miró y me propuso-. Aunque no esté embarazada podrías pedirle mi mano a mi padre.

- Sabes que ahora es imposible. En el caso improbable de que tu padre aceptara, me obligaría a convertirme al judaísmo y ahora no puedo. Todavía me queda más de un año para terminar mis estudios antes de decidir si ordenarme *bhikkhu* o regresar a Alejandría contigo a mi lado.

Al pronunciar la última frase me recorrió la espalda un escalofrío pensando en nuestros planes de viaje a Occidente. De nuevo me parecía que mi destino estaba en manos de decisiones de las que yo no participaba. El que pudiera viajar a Alejandría de Egipto con Jacob y Darío o a Alejandría Bucéfala con Miriam dependía del acuerdo al que llegaran mi abuelo y el padre de Jacob, y/o de los compromisos a los que llegara Miriam con su padre. El hecho de que el rumbo de mi vida estuviera a merced de las circunstancias y de las decisiones o arreglos de otros, curiosamente me proporcionaba más paz que desasosiego. Si no podía hacer nada para alterar mi destino, ¿de qué preocuparme? Comprendí que esa era la esencia de la doctrina budhista. Sentía que había logrado integrar en mi propia vida el *dharma* que nos legó El Budha. Por mucho que deseara viajar a Alejandría o regresar a mi casa en la otra Alejandría, mi deseo no podría lograr que las cosas sucedieran de una manera o de otra, de modo que mis deseos no lograrían más que provocarme sufrimiento en caso de no alcanzar lo esperado. La única forma de evitar ese sufrimiento era tan sencilla de decir como difícil de lograr: evitar apegarse a los deseos. Sin embargo no conseguía evitar que mi desapego le causara dolor a Miriam. Por nada quería hacerla sufrir pero sentía que ella interpretaba mi actitud como

desinterés hacia ella y falta de sensibilidad hacia sus necesidades sentimentales. Mi vida monacal me había ayudado a seguir el óctuplo sendero budhista que me permitía cultivar el desapego gracias al cual sentía que me alejaba del sufrimiento. Sin embargo, la fe hebrea que profesaba Miriam no podía ayudarme cuando no lograba conseguir lo que más anhelaba. Simplemente era la voluntad de Dios y no quedaba más remedio que asumirla, aunque causara dolor. Frente al desapego budhista, el judaísmo predicaba la resignación. A Miriam el resignarse a no poder formar su propia familia le producía un enorme sufrimiento. Sufrimiento que me contagiaba sin poder hacer nada por evitarlo. Yo ya me sentía capaz de distanciarme de mis propios deseos pero todavía no había logrado desligarme del dolor ajeno, y menos aun del de los seres a quienes amaba.

Miriam bajó la cabeza y se quedó en silencio, pensativa. Traté de abrazarla con la intención de consolarla pero me lo impidió. Al poco llegaron Jacob y Darío y recompuso su rostro lo mejor que pudo, tratando de aparentar una alegría que había perdido en el transcurso de nuestra conversación.

- Ya he hablado con tu padre -dijo dirigiéndose a Miriam-. Parece que la caravana está en Alejandría, cruzando el río Hidaspes y dando descanso a sus animales. En pocos días estarán en Taxila -continuó dirigiéndose a mi-. Por cierto, el viejo Rehabi me ha dicho que quiere hablar con tus padres para iniciar un negocio de cuidado y venta de animales de carga en tu Alejandría. ¿Qué os parece?

- Que Gurka está muy ocupado en Jaulian como para regresar a su casa e iniciar nuevos negocios con mi padre -le contestó Miriam sin disimular su enojo-. Me voy a dentro a terminar de arreglar unas telas. Me alegro mucho de haberte visto Jacob.

Le dio un cálido abrazo, ignorándonos a Darío y a mi, y desapareció tras la cortina que separaba la tienda del almacén. Los tres nos quedamos petrificados, mirándonos los unos a los otros hasta que Jacob me preguntó.

- Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué está así?

- Quiere que nos desposemos y yo le he dicho que ahora no puede ser -contesté lo más serenamente que pude.- La sola idea de que nuestras familias pudieran iniciar un negocio común facilitaría nuestra unión, pero ella piensa que yo no deseo casarme.

- Y tu qué quieres -me preguntó Darío.

- Ya te lo dije hace tiempo... yo sí quiero casarme con ella, pero no ahora. Primero quisiera terminar mis estudios en Jaulian, y si luego es posible me casaría para irme a vivir con ella a Alejandría -luego añadí en tono reflexivo-. En verdad que si nuestros padres llegaran a un acuerdo para montar un negocio común junto al paso del Hidaspes, nuestro matrimonio tendría muchas posibilidades de hacerse realidad.

- Pero eso es solo una idea -dijo Jacob-. Hasta que la idea acabe convertida en negocio puede pasar mucho tiempo. Te lo aseguro.

- Ese es el problema -añadí-, que Miriam no está dispuesta a esperar.

- ¿Por qué no? ¡Ni que estuviera embarazada! -exclamó Darío.

Su exclamación me cogió por sorpresa. En realidad era lo que cabía deducir cuando una mujer tenía tantas prisas por desposarse. Pero la sorpresa provenía de que Darío pudiera pensar en esa posibilidad pues presuponía que yo había derramado mi semen dentro de ella. Eso implicaba la acusación vedada de haber infringido muchas de las normas básicas del comportamiento budhista en general y del de *samanera* de Jaulian en particular. Acusación, por otro lado, acertada.

- No creo... -mis palabras no pudieron ocultar el hecho de que la acusación de Darío era cierta, pues el tono de mi voz y la expresión de mi rostro me delataron.

- Pues estás en un buen lío -sentenció.

Salimos de casa de Miriam para despedimos a las afueras de Taxila, en el mismo lugar en donde solíamos encontrarnos para regresar a Jaulian cuando yo me escapaba para visitar a Miriam mientras ellos celebraban el *shabbat*. Esta vez Jacob nos dejó para dirigirse a su casa. Su nueva condición de mercader judío le daba un porte y una distinción de las que carecía como *samanera*. Era como un pez al que se le hubiera devuelto al río, volvía a estar en su elemento. Darío y yo llegamos con el tiempo justo para asistir a la meditación de la tarde. Ese día me costó enormemente concentrarme pensando primero en nuestro posible viaje a Occidente, y luego en la posibilidad de que Miriam estuviera mintiéndome sobre su embarazo. Finalmente acerté a interiorizar que de nada servía pensar en el viaje, en el matrimonio o en el posible embarazo de Miriam. El pensar en ello no ayudaría a que las cosas sucedieran de manera distinta a como en realidad sucederían. Y apoyándome en ese pensamiento y en mi respiración logré al fin poner mi mente en blanco.

A la mañana siguiente fui con Darío a informar a mi abuelo sobre nuestra reunión con Jacob.

- Nos ha dicho que unas tres veces al año envían mercancías a Alejandría, pero nunca material tan delicado como las cajas que contienen las hojas que conforman el Canon Pali. Por eso piensa que sería bueno que algún monje viajara con la carga -le expliqué a mi abuelo.

- Y supongo que vosotros dos sois las personas ideales para llevar a cabo esa tarea ¿verdad?

Darío y yo no salíamos de nuestro asombro. Nos miramos y guardamos silencio.

- ¿Os consideráis o no las personas más aptas para esta tarea? -insistió mi abuelo sonriente-. Por que de no ser así tendré que buscar otros candidatos, y os aseguro que no me apetece nada.

- Bueno Swami Eliano, en realidad hemos de confesarle que ya habíamos hablado con Jacob de esa posibilidad -le contestó Darío-. Como usted sabe, durante los últimos años hemos establecido una buena relación con la comunidad hebrea de Taxila. El señor Mossa nos aprecia y Jacob podría tratar de que nos contratara para trabajar en la caravana guiando a las bestias y manejando la

mercancía. Eso nos permitiría trasladar la copia del Canon Pali a Occidente sin ocasionar gastos alguno a las arcas de Jaulian.

- Veo que ya habéis pensado en todo. No esperaba menos de vosotros -respondió acariciando su cabeza recién afeitada. Tras una breve pausa nos preguntó-. Ahora necesito que me contestéis a esto. ¿Realmente os sentís preparados para un viaje tan largo y peligroso? Son muchas las caravanas que parten pero no regresan.

- Swami Eliano -contesté de la manera más formal que pude-, para nosotros sería un honor y un placer realizar este viaje. Estamos convencidos de que somos las personas más idóneas por nuestras buenas relaciones con la comunidad hebrea, como le ha dicho Darío. Pero además ya sabe del dominio que Darío tiene de los animales, de mi conocimiento del griego y del pali, y también de nuestra profunda amistad con Jacob que es probable que nos acompañe.

- Está bien. Me habéis convencido. Aunque en realidad ya lo había hecho el venerable Nagasena cuando hace años me dijo que fomentara vuestros contactos con la comunidad judía -sonrió, me miró y me dijo-. Y hablando de las recomendaciones del venerable, ¿cómo vas con tus estudios del Canon Pali Gurka?

- Bien.

- Bien no es suficiente. ¿Has logrado traducirlo mentalmente?

- Sí, en más de tres cuartas partes, aunque con pequeños errores -contesté con sinceridad-. Pero he logrado memorizar algún fragmento.

- Muy bien. Sigue trabajando en esa línea. Es posible que en la comunidad de Alejandría necesiten de tu ayuda.

Se levantó dando por terminado nuestro encuentro.

- La próxima semana me reuniré con el señor Mossa para tratar los detalles relativos a este viaje. Ya os avisaré para comunicaros nuestra decisión. Ahora podéis iros.

Hicimos una leve reverencia y salimos de su estancia. Nada más cerrar la puerta nos cogimos de la mano y comenzamos a correr y saltar entre las arcadas del patio central del monasterio en un derroche de pura felicidad.

A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron más rápidamente de lo que esperábamos. El señor Mossa le explicó a la *sangha* de Jaulian que la llegada de los Partos a Taxila era inminente. Todo parecía indicar que no tenían intenciones de iniciar una guerra abierta con los *kushas* que gobernaban en aquel momento Gandhara pero, como siempre sucede con los cambios de gobierno, nadie podía asegurar qué pasaría con la seguridad de las caravanas. El dominio de los Partos en Occidente se extendía hasta las fronteras del Imperio Romano, en el lejano río Éufrates. En aquel momento intentaban extender sus dominios orientales hasta el río Indo. De esta forma

pretendían controlar el comercio de Roma con Oriente, y precisamente esa era la ruta que seguían las mercancías que enviaba el padre de Jacob desde Taxila. El señor Mossa propuso enviar el Canon Pali a Alejandría por mar lo antes posible. De este modo podríamos adelantarnos a la llegada de los partos a la ciudad. Las rutas marítimas estaban controladas por Roma y no sería difícil trasladar las mercancías por el río Indo hasta los puertos de Barbacirum y Barygaza en el Mar de Eritrea. Una vez alcanzado un puerto bajo dominio romano ya no habría que preocuparse de los partos pues su interés estaba en las rutas terrestres y no en las marítimas.

La *sangha* aceptó las condiciones del señor Mossa y a las pocas semanas Jacob, Darío y yo nos encontramos al amanecer de una fría mañana de finales de primavera en los almacenes de la familia Mossa, iniciando un viaje que superaba nuestros mejores sueños.

## EN ALEJANDRÍA

### El viaje

Nuestra partida fue tan precipitada que no tuve tiempo de hablar con Miriam antes. Tampoco pude despedirme de mis padres, pero de eso estaba seguro de que se encargaría mi abuelo.

La noche antes de salir, tras la meditación de la tarde, mi abuelo me hizo llamar para llevarme ante el venerable Nagasena. Al entrar en su estancia lo encontré meditando. Me senté frente a él y en cuanto cerré los ojos y relajé mi respiración, de manera natural entré en profunda meditación. Entonces escuché sus palabras:

- Te espero en Occidente.

En ese momento las entendí sin la más mínima duda de que el Venerable estaría en Occidente esperándome de la misma manera que nos esperaba todas las tardes en la sala de meditación. En el estado en que me encontraba aceptaba sin más el poder encontrarme con él en cualquier lugar con solo desearlo. Cuando salí de la estancia y de mi estado de concentración, comprendí que sus palabras no tenían nada de despedida. Al ver a mi abuelo, que me esperaba fuera, quise preguntarle por un posible viaje del Venerable tratando de desvelar el significado de sus palabras. Me miró a los ojos y me hizo saber que me guardara sus palabras para mí. Que él no me ayudaría a descubrir su significado. Luego me cogió la mano y me dijo:

- Ya he enviado noticias de tu partida a tus padres. Seguro que se sentirán felices de saber que ya eres todo un hombre, y que te has ganado el respeto de la *sangha* para depositar en ti la responsabilidad de acompañar al Canon Pali a Occidente -tras una larga mirada añadió-. La copia que tenéis que llevaros ya está depositada en su arcón. Dentro encontrarás varias cajas marcadas en las cuales se encuentran contenidas las diversas partes de las tres *Pitakas*. No olvides lo que aquí has aprendido y tu obligación de transmitírselo a quienes quieran aprender. ¡Qué tengas buen viaje!

Me abracé a él con calor, pero él respondió fríamente. Luego me hizo llamar a Darío para que el Venerable se despidiera también de él. Mientras me dirigía a sus aposentos me invadió una oleada de sentimientos encontrados. Amaba a mi abuelo, a mis padres y a Miriam, pero no sentía ningún dolor por alejarme de ellos. Más bien al contrario. Deseaba iniciar ese viaje más que nada en el mundo, lo cual me hacía sentir como una persona egoísta y esa sensación no me gustaba. Durante mis años en Jaulian había aprendido a cultivar el desapego, pero ahora que este estaba a punto de materializarse en una larga separación en tiempo y distancia surgían en mi sentimientos de culpabilidad.

A la mañana siguiente, mucho antes del amanecer, Darío vino a buscarme a mi dormitorio. Recogimos el arcón, lo cargamos en un carrito con ruedas junto a nuestras cosas y salimos en dirección a la puerta este de Taxila tirando de él. Era la misma puerta que yo había atravesado años atrás al acudir a Jaulian para evitar el peligro de la llegada de los *kushas*. Ahora salía por esa misma puerta de una forma igualmente precipitada por la situación política. En este caso la inminente llegada de los Partos.

La explanada exterior comenzaba a iluminarse con las primeras luces del alba. Frente a las murallas se acumulaban más de cien camellos bactrianos y unas trescientas cajas de mercancías conteniendo productos tan diversos como telas de seda, perfumes, pieles, maderas, inciensos, bolas de opio, piedras y minerales. Casi doscientos hombres, unos veinte de ellos a caballo con sus propias armas y equipaje, se desplazaban por la gran explanada ultimando los preparativos para la partida. También había gran cantidad de curiosos deambulando por el lugar. Entre esa multitud vimos a Jacob acompañado por otros mercaderes judíos con los que parecía tratar de organizar el inventario de las mercancías que se estaban cargando en los camellos. Cuando nos dirigíamos a saludarle, su padre vino a nuestro encuentro.

- ¡Gurka! ¡Darío! Me alegro de veros -dijo estrechándonos a los dos al mismo tiempo con sus grandes brazos-. Coger vuestras cosas y dejar el arcón aquí. Nuestros criados se encargarán de llevárselo a Jacob para que le asigne un camello y más tarde devolverán vuestro carrito a Jaulian. No os preocupéis por eso. Ahora, por favor, venir conmigo que quiero hablar con vosotros -nos impidió llegar hasta Jacob para hablarnos en privado-. Me consta que mi hijo tiene en vosotros a dos buenos amigos. Mi intención siempre fue que viajara a Occidente siendo más mayor, pero *Yahvé* ha querido que sea ahora. Tengo que enviar unas mercancías a Alejandría antes de la llegada de los Partos y vuestro envío es una excelente oportunidad para que viajéis juntos. Confío en que cuidareis de él durante el viaje de la misma manera que le he pedido que cuide de vosotros. Mi hijo es lo más preciado que tengo en este mundo y no soportaría que nada le ocurriera. Él ha insistido en su deseo de hacer este viaje con vosotros pese a mi oposición inicial. Sin embargo, viéndoos aquí, creo que, en efecto, no podría encontrar mejores compañeros.

- Gracias señor -respondió Darío-, le agradecemos su confianza.

- Me gustaría haber podido acompañaros -su mirada se entristeció antes de añadir- pero por desgracia tengo que permanecer en Taxila para ganarme la confianza de los Partos. Nuestras actividades comerciales dependen de ello.

- No se preocupe señor, cuidaremos de Jacob como si fuera nuestro hermano -le dije.

- ¡Muchas gracias Gurka! Por cierto, la hija de David Rehabi, Miriam, me ha entregado esta carta para ti -en un tono ciertamente malicioso me susurró-. Creo que te aprecia mucho. Mucho, mucho... tu ya me entiendes.

Me entregó la carta, nos abrazó de nuevo y salió en dirección a un grupo de comerciantes judíos que reclamaban su atención. Darío me miró con una sonrisa mientras contemplaba la carta de Miriam en mis manos.

- ¡Anda léela! Yo voy a saludar a Jacob. Allí te esperamos.

Abrí la carta de Miriam con impaciencia. Decía así.

"Mi querido Gurka, acabo de enterarme de tu inminente partida a tierras de Occidente. Quisiera que me perdonaras por lo que te dije en nuestro último encuentro. Solo quería que supieras cuan fuerte es mi amor por ti. Ahora que no voy a poder verte en mucho tiempo me doy cuenta de lo injusta que fui contigo. Quiero que me lleves en tu corazón al igual que yo voy a mantener guardado nuestro amor en el mío. Miriam."

Sus palabras me reconfortaron. Me hicieron pensar que no estaba embarazada como había sugerido Darío. Sabiendo como sabía de mi partida a un viaje tan largo, de haber estado esperando un hijo de seguro me habría dejado alguna pista, o me lo habría dicho directamente. Tal y como ella había dicho cuando me forzó a depositar mi semilla dentro de ella, los dioses no habían deseado que se preñara de mi y yo me alegraba por ello. Este viaje era lo que más anhelaba en aquel momento de mi vida y el embarazo de Miriam me lo habría impedido. Mis sentimientos de egoísmo desaparecieron al tomar consciencia de que yo no era el responsable ni de que Miriam no hubiera conseguido su anhelado embarazo ni de que la *sangha* me considerara el más apto para un viaje de tanta responsabilidad. Esto me hacía pensar en la futilidad de luchar contra el karma, contra las fuerzas que rigen nuestro destino. Pero a la vez, desde el fondo de mi corazón, sentía que también yo había hecho todo lo posible por estar allí aquella mañana a punto de iniciar aquel largo viaje. Tomé consciencia de que esa era precisamente la fórmula que me habían estado enseñando en Jaulian durante los últimos años. Hacer nuestro mejor esfuerzo para alcanzar lo que deseamos, pero hacerlo con el mayor desapego del que fuéramos capaces para evitar el sufrimiento que produce no alcanzar lo que se desea. Todavía con la carta de Miriam abierta en mi mano, la idea de que había asimilado en mi *praxis* cotidiana las enseñanzas budhistas de Jaulian me reconfortó e hizo desaparecer en mi la sensación de egoísmo y de culpa. En mi cara se dibujó una amplia sonrisa que llamó la atención de Jacob y Darío. Me llamaron a su lado con un grito que me sacó de mis cavilaciones.

- ¡Vamos, dinos que te cuenta! -me dijo Darío mirando la carta mientras me acercaba a ellos.

- Que me quiere y que no la olvide -contesté-. Nada más.

- ¡Nada más y nada menos! -dijo Jacob-. Está muy bien. A mi solo me han dicho eso mi padre y mi madre.

- Pues a mi ni eso -añadió Darío.

Nos miramos y rompimos a reír los tres. Más por la alegría de estar a punto de iniciar un viaje que superaba todos nuestros sueños que por la ironía sarcástica de Darío al haber sido abandonado por

sus padres. Luego Jacob nos puso a las ordenes de uno de los capataces de la caravana para que nos indicara nuestras tareas y nos preparamos para partir. Nos asignaron el trabajo de ayudar a cargar y descargar los camellos así como facilitarles comida, agua y un lugar para descansar después de cada jornada de viaje.

Cuando partimos, el Sol comenzaba a hacer sentir su calor en aquella fría mañana de otoño. Darío y yo viajábamos andando junto al camello que transportaba el arcón que contenía el Canon Pali. Jacob viajaba a caballo junto con otros comerciantes y capataces. De principio a fin la caravana mediría unos cuatro estadios, por lo que era importante una buena coordinación entre su cabecera y su cola. Jacob y los demás jinetes se encargaban de recorrerla de vez en cuando para supervisar que todo estuviera bien.

La inestabilidad política reinante en Gandhara por la próxima llegada de los Partos nos hacía temer los ataques que pudiéramos recibir por parte de los guerreros *kushas* en su retirada; o por los robos que pudiéramos sufrir a manos de los saqueadores que siempre acompañan a los ejércitos invasores. Nuestros temores no se cumplieron. Aunque sufrimos varios encuentros con *kushas* y Partos antes de alcanzar las llanuras del Indo en donde su cauce se hace navegable y donde los partos estaban establecidos desde hacía años, lo numeroso de nuestros hombres junto con el pago de algunas monedas de plata y bolas de opio nos libró de cualquier enfrentamiento violento.

Partimos en dirección al Oeste hasta topamos con el río Indo. Desde allí seguimos su curso por tierra pues en muchos tramos solo era seguro para la navegación durante la época del deshielo de primavera. Al anochecer montábamos el campamento a su orilla para así disponer de abundante agua.

Tardamos unos veinte días en llegar a nuestro primer destino, Alejandría del Indo, un poco más abajo de la confluencia entre el Indo y el río Hidaspes. Fue la primera ciudad que vimos tras nuestra salida de Taxila. Allí encontramos un embarcadero, varios comercios y locales de abastecimiento, unas pocas casas y una guarnición parta que regulaba el tráfico de las embarcaciones y mercancías que se enviaban río abajo rumbo a la ciudad de Minnagara, asentamiento parto en donde los sátrapas de esa región tenían establecida su residencia desde mucho antes de la llegada de los *kushas* a Taxila. Alejandría del Indo había sido por muchos años la última frontera entre partos y *kushas* hasta que los partos se habían decidido a ampliar sus dominios más al norte. El enclave estaba dedicado fundamentalmente al transporte de mercancías río abajo, aunque también llegaban de vez en cuando productos de occidente como ropas finas, vino, lino o coral. Pese a que el río Hidaspes en esta época traía poca agua, aportaba el suficiente caudal al Indo como para hacerlo navegable desde allí hasta su desembocadura en el Mar de Eritrea. Nuestro objetivo era alcanzar el mar a finales del invierno, en la época en que los vientos son favorables para la navegación en dirección a Occidente y colocar nuestra carga en alguna de las naves que zarpaban en esas fechas. Los comerciantes de Taxila, con el padre de Jacob a la cabeza, solían emplear esta ruta cuando tenían que realizar el viaje hasta Occidente pues preferían arriesgarse a los peligros del mar antes que a los de las montañas del Cáucaso Indico, que necesariamente debían atravesar para poder

llegar a Samarkanda; importante centro comercial del que partían caravanas en dirección tanto a Occidente como a Oriente y en el que era relativamente fácil obtener un buen precio por sus productos.

Los comerciantes que no querían realizar largos y arriesgados viajes preferían vender sus productos en los centros comerciales más cercanos a Taxila, con menores beneficios pero también con menores riesgos. Esta era la práctica habitual en el comercio de la zona, salvo en casos excepcionales como el nuestro o el de Jacob que transportaba un importante cargamento de lapislázuli para el socio de su padre en Alejandría del Nilo. Sin embargo la mayoría de los mercaderes que nos acompañaban vendieron sus productos, compraron otros y regresaron a Taxila siguiendo la misma ruta por la que habíamos llegado.

Los que sí pensaban continuar el viaje río abajo para vender allí sus mercancías (en su mayoría telas de seda, opio y turquesas) se encargaron, junto con Jacob, de contratar las dos barcazas necesarias para transportar nuestra carga por el río hasta el Mar de Eritrea. También consiguieron las provisiones necesarias para el primer tramo del viaje hasta nuestra próxima escala en Minnagara. Varios de los comerciantes que nos acompañaban habían realizado el viaje en otras ocasiones por lo que conocían a los proveedores más confiables. Jacob siempre les acompañaba en todas las ventas y transacciones que realizaban para darse a conocer pensando en futuros viajes. Casi todos los negocios se hacían con comerciantes judíos y se cerraban en la lengua hebrea poniendo a *Yahvé* como testigo de su honestidad, lo que era la mejor de las garantías para un judío. Finalmente, entre comerciantes y porteadores, quedamos unos veinte hombres a cargo de las poco más de cien cajas a las que se redujo nuestra carga. Nos distribuimos entre las dos barcazas y partimos río abajo.

Una noche, después de meditar, mientras navegábamos rumbo a nuestra próxima escala, Darío me sorprendió al comentar su encuentro de despedida con el Venerable Nagasena:

- ¿Que significado tiene para ti: "te espero en Occidente"? -me preguntó.

- ¿Por qué lo dices? -contesté.

- Es lo que me dijo el Venerable cuando se despidió de mí.

- Pues a mi me dijo lo mismo.

- Que yo sepa no tiene previsto ningún viaje. Y en todo caso sería imposible que llegara antes que nosotros aunque viajara en otra caravana.

- Yo también he meditado sobre el significado de sus palabras -hice una pausa y continué diciendo-, y he llegado a pensar si no estaría hablando de su muerte y reencarnación.

- Pero los Iluminados no se reencarnan pues precisamente ese es su gran logro, escapar del sufrimiento al liberarse del ciclo del *samsara*.

- Ya se ya se -me apresuré a contestar-, pero dicen que un Budha es capaz de predecir la aparición de otro Budha sobre la tierra. Que cuando un Budha deja este mundo su energía ilumina a un nuevo ser humano. Tal vez el venerable ya sabe que no volveremos a verle en Jaulian y que cuando deje su existencia terrenal su energía iluminará a un nuevo Budha en Occidente.

Darío no dijo nada y se quedó pensando en mis palabras mientras contemplaba el lento transcurrir de nuestra barcaza por las aguas del Indo.

Al día siguiente llegamos a Minnagara. Era una gran ciudad, de tamaño similar al de Taxila, en donde los sátrapas partos habían establecido su residencia desde hacía muchos años. Toda su actividad giraba en torno a su puerto, un importante enlace comercial entre las tierras del interior y el mar. En el puerto se alzaba una fortaleza de la que salieron varios soldados para inspeccionar nuestras mercancías y cobrar un tributo por atracar pese a que solo paramos unas pocas horas para recoger provisiones antes de continuar nuestro viaje hacia Barbacirum. Tardamos unos quince días en realizar la travesía antes de ver el mar.

Barbacirum está situada justo en la desembocadura del Indo. En aquellos días era uno de los principales puertos comerciales romanos del Mar de Eritrea al que llegaban desde Occidente barcos con mercancías tan variadas como ropa fina, tapices de linos, topaz, coral, incienso, vidrio, vino, plata y oro. Muchos de estos productos se enviaban río arriba para deleite y disfrute de la nobleza parta. También desde aquí se exportaban las más diversas mercancías rumbo a occidente. Como *bdellium* para elaborar inciensos; *lycium* para elaborar medicinas; esencia de nardo para elaborar perfumes; piedras preciosas como turquesas y lapislázuli para la elaboración de pigmentos; joyería, lanas, seda y pieles de animales. La guarnición romana que custodiaba el puerto apenas estaba compuesta por un centurión y sus tropas; pero tanto a partos como a romanos les interesaba mantener la paz y la estabilidad para facilitar el intercambio de productos entre sus Imperios, por lo que no cabía esperar ningún tipo enfrentamiento en contraste con las continuas guerras en sus fronteras de Occidente. La actividad comercial era asombrosa, pero lo que más me impresionó de este enclave fue la visión del mar por primera vez en mi vida. Nunca antes me había sentido tan emocionado por la naturaleza como cuando vi el Mar de Eritrea aquel día. La línea del horizonte separando el azul del mar del azul del cielo me pareció lo más cercano a la esencia de Dios que se pueda encontrar sobre la tierra. Era como ver materializado el infinito que hasta entonces solo había visualizado en profunda meditación.

Tras desembarcar, Darío y yo nos dirigimos a la playa mientras Jacob se encargaba de gestionar el almacenaje y cuidado de la carga. Eran las últimas luces del día y el Sol caía sobre el horizonte tiñéndolo todo con los mismos tonos anaranjados de las túnicas que vestíamos. Llegamos a una playa, a unos diez estadios del puerto, nos sentamos en la posición de meditación y sin siquiera cerrar los ojos nos invadió una grata sensación de plenitud. Nos quedamos inmóviles, respirando lentamente, sintiendo el aroma del mar por primera vez penetrar en nuestros pulmones inundando cada átomo de nuestro cuerpo mientras nuestros ojos se llenaban con el Sol que teníamos enfrente sin que ningún árbol o montaña se interpusiera entre él y nosotros. Así permanecemos hasta que el astro rey desapareció en el horizonte.

- ¡Platón diría: "Esta es la *idea* pura de inmensidad!" -dijo Darío nada más caer el último rayo de Sol.

- ¡Y *Yahvé* diría: "Esta es mi creación" -dijo Jacob mientras se acercaba hacia nosotros por detrás llegando por sorpresa.

- ¡Y *Brahma* diría: "Esto soy Yo" -dije yo incorporándome para recibir a Jacob.

- Uno de estos días me uniré a vosotros en meditación para recuperar las buenas costumbres de Jaulian -dijo Jacob saludándonos. Luego se dirigió a mi-. Pero, aunque ya haya salido del Monasterios, todavía puedo corregirte. *Brahma* nunca habría dicho nada pues no es nadie; aunque lo sea todo. No tiene voluntad para dirigirse a nosotros y hablarnos mediante espectáculos como este. ¿O ya no piensas así?

- Si hablamos en estos términos sobre las deidades -intervino Darío- el único Dios con voluntad es *Yahvé*, que es como un padre para vuestro pueblo, al que cuida y protege con mano de hierro.

- También los dioses griegos -me atreví a señalar- son como personas que viven sus propias vidas y aventuras e intervienen en la de los hombres.

- Eso es lo que cuentan los relatos escritos por poetas y artistas para poder explicarle a los niños lo inexplicable sobre nuestra existencia en la tierra -dijo Darío- pero los griegos más sabios, como Sócrates, siempre pensaron que las historias sobre sus dioses no eran más que literatura para entretener al pueblo.

- Y por eso lo mataron -añadió Jacob.

- En efecto, pero sus ideas perduraron -respondió Darío, y luego continuó con sus argumentos-. Incluso los seguidores de *Brahma* tienen sus propios mitos en donde cuentan la vida de sus deidades y demonios. Sin embargo, los verdaderos brahmanes consideran a *Brahma* la fuerza vital que sustenta la existencia de todo pero sin voluntad propia. Todos los pueblos tienen un conjunto de historias y mitos que transmiten de generación en generación para explicar la existencia y posición del hombre en el Universo; pero el Dios último, responsable de la creación y la destrucción, en *Yahvé* se convierte en una fuerza con voluntad. Voluntad de crear el Universo, voluntad de hacer un pacto con el pueblo hebreo, voluntad de castigar y voluntad de premiar. En *Brahma* no está presente esa voluntad.

- Puede que en el judaísmo más dogmático sea así, pero como judío educado en un Monasterio budhista... -hizo una pausa y nos sonrió a Darío y a mi mientras le echaba un vistazo a nuestras túnicas- ...yo diría que nuestra religión tiene una idea tan abstracta de *Yahvé* como la que tienen los verdaderos brahmanes. En todos nuestros textos se restringe el uso de vocablos para referirnos a Él. Así mismo se menciona expresamente la prohibición de crear representaciones o imágenes de *Yahvé*. Por lo tanto, el *Yahvé* con voluntad del que hablas no es más que la manera que ha tenido mi pueblo de establecer unas leyes aceptadas por todos los judíos, que nos dieran cohesión como grupo

para asegurar nuestra supervivencia frente a los grandes imperios babilonios, persas, egipcios o romanos. Que *Yah* tenga o no tenga voluntad no importa. Lo importante es que nuestro pueblo ha fundamentado su identidad en *Yah*, en Dios, o en la fuerza divina, o como lo quieras llamar. Y a esta fundamentación la hemos llamado "Alianza" pues en realidad eso es.

- Como bien dices, tu eres un judío muy especial -dijo Darío en tono burlón y los tres nos reímos-, pero has de reconocer que todos los rabinos y estudiosos de vuestros textos sí consideran a *Yahvé* como un padre voluntarioso al que obedecer y en quien confiar. Posiblemente más aun por el hecho de haber sido el motivo por el cual el pueblo judío ha sido capaz de perdurar y crecer frente a las múltiples amenazas y agresiones sufridas cuando otros, sin la fuerza de esa "Alianza" de la que hablas, han desaparecido -y luego añadió más relajado-. Si hablamos con tu padre o con David Rehabi, los dos dirán que la Alianza de *Yah* con el pueblo de Israel es la causa de su supervivencia. ¡Y qué no se te ocurra decirles que *Yah* no tiene personalidad ni voluntad para haber forjado esa Alianza por que de seguro se rasgarán sus vestiduras y no te dirigirán de nuevo la palabra!

Jacob y yo nos reímos de la dramatización de Darío simulando romper su túnica con aspavientos. Luego nos dirigimos a los aposentos que Jacob había contratado cerca del puerto mientras seguíamos conversando sobre temas religiosos y metafísicos. Desde que nos conocíamos, siempre habíamos disfrutado de entablar discusiones retóricas sobre estos temas confrontando nuestros puntos de vista al estilo socrático tal y como nuestros maestros nos habían enseñado en Jaulian. Sin embargo, mi cabeza estaba distraída con otros asuntos. La mención del padre de Miriam que había hecho Darío trajo su imagen a mi mente y no pude evitar el deseo de compartir con ella momentos tan hermosos como el atardecer que acabábamos de presenciar. Esa noche, mientras practicaba un poco de respiraciones *pranayama* antes de dormir, no pude evitar imaginarme su cuerpo desnudo envuelto en la luz rojiza del atardecer. Fue como una fugaz aparición en mi mente que se desvaneció cuando recuperé mi concentración en la limpieza de mis *nadis*, de mis canales de energía. Pero más tarde, en mis sueños, la misma imagen apareció y me dijo con una voz que me llenaba de paz: "Nos vemos en Occidente".

En Barbacirum permanecimos quince días durante los cuales Jacob contrató el barco que nos llevaría hasta Egipto y negoció la venta de alguna de las mercancías que traía desde Taxila para así poder financiar el resto del viaje transportando el encargo de Lapislázuli hecho a su padre y nuestro arcón. Los demás comerciantes que nos acompañaban encontraron mercaderes que estaban pagando muy bien sus productos, por lo que decidieron vender toda su carga en Barbacirum para así evitarse las incomodidades del largo viaje. Por su parte Jacob seleccionó las cincuenta mejores cajas de lapislázuli de su carga y vendió el resto. De las monedas de oro con que le pagaron guardó una parte y el resto se las envió a su padre con sus socios. Estos le entregaron una copia de un pergamino llamado *Periplo del Mar de Eritrea*<sup>11</sup> en donde se recogían indicaciones de los lugares por los que deberíamos de pasar hasta llegar a Alejandría. También una lista con los nombres de varios comerciantes judíos conocidos con los que podríamos tratar en los distintos puertos señalados en el pergamino.

Tras unos días de búsqueda, por fin localizamos el barco que nos llevaría a Occidente. Se llamaba "Mercurio" en honor al dios romano del comercio, y se trataba de una *oneraria*<sup>12</sup> de tres mástiles que mediría más de cien codos de largo y podía transportar hasta mil ánforas de las más diversas clases. Esta vez solo nos embarcamos Jacob, Darío y yo, junto con las cincuenta cajas de lapislázuli y nuestro arcón conteniendo la copia del Canon Pali. Navegamos dos días sin perder de vista la costa hasta que llegamos a Barygaza.

Se trataba de un puerto romano todavía más grande que Berenice, con más barcos y mucha más actividad comercial. Allí permanecemos cinco días anclados mientras se descargaba la carga de telas de algodón que traíamos en las bodegas y se cargaba el marfil, la ágata, el *bdellium*, el *lycium*, las telas de seda y las ánforas con pimienta y otras especias que viajarían rumbo a Occidente. Nosotros nos quedamos a bordo cuidando nuestra carga y solo bajamos a pisar tierra el día antes de iniciar la travesía del Mar de Eritrea.

## Aquiles

Partimos junto a veinte barcos más que realizaban la misma ruta que nosotros aprovechando la salida de cinco galeras de guerra romanas que transportaban un contingente de hombres relevados de sus guarniciones en las costas de la India. La mayoría de marineros preferían realizar la travesía acompañados por buques de guerra para evitar en lo posible el ser abordados por piratas. Nuestro capital, Aquiles, no era una excepción. Era un hombre de unos cuarenta años, rudo y callado pero bien instruido. Había nacido en la isla griega de Rodas y desde pequeño acompañó a su padre que transportaba mercancías por todo el Mediterráneo. A los veinte años había desembarcado en Alejandría para establecerse como comerciante pese a la oposición de su familia. Su negocio no prosperó, pero su estancia en tierra le permitió educarse en la lectura y escritura de las dos lenguas que ya entonces hablaba perfectamente: el griego y el latín. Había sido atacado tres veces en los casi veinte años que llevaba navegando estas aguas y trataba de no perder de vista las galeras romanas para evitar riesgos. Cuando perdimos de vista la costa nos dijo que esta era la mejor época del año para navegar rumbo a Occidente, aprovechando los vientos favorables que el marino griego Hippalus había descubierto apenas cincuenta años atrás.

Le mostramos nuestra copia del *Periplo del Mar de Eritrea* en donde se mencionaba el descubrimiento de Hippalus y se sorprendió sobre manera al verla.

- ¿Dónde la has conseguido muchacho? -preguntó.

- Mi padre la compró en Alejandría de Egipto hace unos años -le contestó Jacob.

- Es la mejor carta de viajes para navegar y comerciar por estas aguas que jamás se ha escrito -dijo mientras la examinaba detenidamente-. Yo conozco al hombre que la escribió, Jenofonte de Antioquia. Hace muchos años entró en mi tienda de Alejandría y me contó la historia que cambiaría mi vida. Creo que os gustará escucharla.

Su vista se perdió en el horizonte y comenzó su relato.

"Unos cien años atrás, en las costas egipcias del Golfo de Arabia<sup>13</sup>, un guardacostas encontró a un naufrago medio muerto. Este fue llevado ante el rey Physkon, de la estirpe de los Ptolomeos, y le dijo ser el único superviviente del naufragio de una nave procedente de la India. Como agradecimiento por haberle salvado la vida estaba dispuesto a mostrarle la ruta por mar a Oriente. El rey designó al navegante griego Eudoros de Kyzicus para comandar la expedición junto al naufrago. A los setenta días regresó cargado de riquezas para su rey. Su sucesor, el rey Auletes, impulso esta ruta comercial creando el cargo de *Comandante del Golfo de Arabia y del Mar de las Indias*, a quien doto de una flota para patrullar dichas aguas, pero esto no impidió que las tribus de Etiopía siguieran atacando las naves egipcias en el estrecho de Avalites que separa el Golfo de Arabia del Mar de

Eritrea, haciendo la ruta muy peligrosa para los barcos egipcios que regresaban cargados con riquezas desde Oriente. Esta situación cambió con la anexión de Egipto al Imperio Romano. Cuando el Emperador Augusto terminó con las disputas por el poder dentro de Roma hará unos cincuenta años, mandó al perfecto de Egipto, Aelius Gallus, acabar con la piratería etíope y establecer una red de puertos entre el Golfo de Arabia y el Mar de Eritrea para hacer la ruta segura. Una vez conseguido, Augusto estableció tratados comerciales con una delegación hindú que había llegado por tierra hasta Antioquia. Los hindúes mostraron su descontento por los continuos ataques de los Partos a sus caravanas, pero el Emperador les persuadió para que enviaran sus productos por mar disculpándose por los continuos fracasos de Roma en someter a los Partos. En ese momento intercambiaron información sobre los productos de interés para cada nación y sobre los puertos establecidos por Roma para hacer segura la ruta marítima."

"Jenofonte, que ofició de traductor en aquella reunión, vio en el mutuo interés de romanos e hindúes por intercambiar sus productos una oportunidad única para hacer grandes negocios. Se trasladó a Alejandría para conseguir financiarse un barco con el que poder transportar mercancías desde y hasta las costas hindúes y con ese propósito visitó mi establecimiento. Cuando me contó sus intenciones me convenció de la viabilidad de su empresa. Disponía de información privilegiada sobre los productos Occidentales más apreciados en la India, así como de los puertos romanos establecidos en Oriente para facilitar el intercambio comercial. Incluso me mostró el mapa más amplio y completo que yo había visto jamás. Abarcaba desde más allá de las columnas de Hércules, en el extremo de Occidente, justo antes de entrar en *El Gran Mar Atlántico* que circunvala el Mundo, hasta el otro extremo del Orbe, en la Lejana *Sinae*, más allá de La India. Le aconsejé que acudiéramos a casa de uno de los más importantes comerciantes de Alejandría con toda su documentación y así lo hicimos. Nos personamos en casa de Zenón, un judío amigo mío que entonces compraba gran parte de los productos que llegaban desde la India para luego vendérselos a Roma. La idea de comprar los productos directamente en la India y transportarlos en su propia nave le pareció lo suficientemente atractiva como para financiarnos el barco que le solicitamos. Seleccioné nuestro barco, el Mercurio, de entre varias *onerarias* de reciente construcción. Luego escogí mi propia tripulación en función de lo aprendido durante los años que había navegado con mi padre. Y al igual que navegar en el barco de mi padre era para mi peor destino que el de ser esclavo, el ser capitán de mi propia nave y de mi propia tripulación rumbo a una ruta recién pacificada era el sueño de todo marinero griego hecho realidad. Nuestro primer viaje fue un éxito absoluto. Con los beneficios obtenidos vendiendo la carga, Zenón casi ganó lo mismo que había invertido en Mercurio. Jenofonte y yo realizamos la misma ruta juntos por dos años más. Durante ese tiempo mi socio no dejó de tomar notas en todo momento para completar la información de que disponía sobre los diversos productos con los que se podía comerciar en los diferentes puertos y países por los que transitábamos. Al finalizar nuestro tercer viaje, Jenofonte se sentía viejo y cansado como para seguir navegando así que llegamos a un acuerdo por el cual yo me quedé con el barco y él con Zenón, trabajando como ayudante, traductor y contable a su servicio. Jenofonte ordenó sus notas en un pergamino al que acabó llamando *Periplo del Mar de Eritrea* y de vez en cuando hacía alguna copia a petición de Zenón."

- No creo que haya muchas copias como la tuya circulando por ahí muchacho. ¿Dónde la consiguió tu padre? -preguntó examinando más detenidamente el pergamino.

- ¿Cómo se llama el comerciante judío que mencionas en tu relato? -preguntó Jacob como contestación a la pregunta de Aquiles.

- ¡Zenón de Alejandría! ¿Por qué?

- Por que a él va dirigido el cargamento de Lapislázuli que transportamos desde Gandhara - contestó-. Tiene relaciones comerciales con mi padre desde hace muchos años y de seguro él le vendió el pergamino.

- ¡Que los Dioses me asistan! Esto si que es obra de los dioses. Tantos barcos y habéis venido a viajar en el mío -nos dijo entregándole el papiro extendido a Jacob y haciéndole señas para que lo arrollara y lo guardara en su funda de cuero con sumo cuidado-. Me alegro de llevar en mi barco a tres muchachos que transportan mercancías para mi amigo Zenón. Lástima que no podré llevaros personalmente ante el viejo judío. ¡Quién sabe como estará!

- ¿Por qué no? -preguntó Darío recogiendo nuestra extrañeza.

- Ningún barco llega ya a Alejandría desde el Golfo de Arabia. Ahora desembarcan su carga en Myos Hormos, un puerto en el extremo más occidental del Golfo, y desde ahí las caravanas las transportan hasta el Río Nilo en donde se cargan en barcazas fluviales hasta llegar a Alejandría.

- Pensábamos llegar directamente a Alejandría en barco sin tener que realizar ninguna trayecto por tierra -dijo Jacob tratando de explicarle a Aquiles nuestra sorpresa ante sus palabras.

- Hasta no hace mucho sí se podía hacer así. Se navegaba el Golfo de Arabia hasta su extremo más occidental en Arsinoe, y desde allí se cruzaba el desierto hasta el Nilo por el llamado *Canal de los Faraones* -contestó-. Sin embargo esa ruta ya se cerró.

- ¿Por qué? -pregunté.

- Muy sencillo. Cuando el canal fue construido por los faraones hace casi mil años, solo era navegable por barcazas de poco calado que transportaban mercancías entre el Nilo y el Golfo de Arabia. Poco a poco fue cayendo en desuso debido a lo costoso de su mantenimiento y el poco tráfico que tenía. Cuando los persas conquistaron Egipto hace más de quinientos años, limpiaron el canal, lo drenaron y lo ampliaron hasta dejar una vía de unos ciento treinta codos de anchura, lo que permitía que dos naves pudieran cruzarlo a la vez y en sentido inverso sin problemas. También construyeron un camino paralelo para remolcarlas con sirgas amarradas a bestias de tiro si era necesario. Fue inaugurado en presencia del rey Darío sacando de Egipto el botín de guerra de sus conquistas transportado por veinticuatro trirremes. La reapertura del canal convirtió a Egipto en uno de los centros más importantes de la economía persa ya que la ruta marítima unía Persia y Arabia con los puertos fenicios y jonios. Pero los piratas aumentaron con la misma velocidad con la que lo hicieron los tesoros que se trasladaban entre Persia y Egipto. Y como los persas nunca pudieron

controlarlos, cuando Alejandro conquistó Egipto hace unos trescientos años, el canal fue abandonado a su suerte y poco a poco quedó cegado por las arenas del desierto. Ahora que los romanos han reabierto y pacificado la ruta marítima a la India dicen que lo van a reabrir, pero yo no creo que lleguen a hacerlo. La ruta a través de Myos Hormos está bien establecida y no tiene sentido reabrir un canal en una zona barrida por las arenas del desierto condenado a ser anegado.

Aquiles nos mostró un mapa en dónde pudimos visualizar las dos rutas. Nunca antes había visto un mapa que recogiera todo el Mundo. La diferencia entre una ruta y la otra se veía insignificante comparándola con la distancia que recorreríamos en nuestro viaje desde Taxila. Nuestra contrariedad inicial desapareció al contemplar su mapa. Y cuando nos dijo que en Myos Hormos nos conseguiría caravaneros confiables nos tranquilizamos por completo.

Durante los poco más de veinte días que duró la travesía hasta volver a ver tierra compartimos mucho tiempo con Aquiles. Una vez establecido el rumbo, Mercurio se dejaba gobernar con facilidad por los quince hombres que conformaban su tripulación. El único cuidado que debía tenerse era el de no perder de vista al resto de la flota, especialmente de noche. Pero justamente era la noche el momento en que más seguro se sentía Aquiles al tener a las estrellas extendidas en el firmamento como un inmenso mapa con el que difícilmente podía extraviarse. Muchas noches lo veía en cubierta con la mirada perdida en la inmensidad del océano, contemplando el reflejo discontinuo de la Luna sobre las olas mientras se dejaba acariciar por la suave brisa marina. A mi también me gustaba dejarme llenar por la sensación de vacío que me producía la noche en medio del mar, así que solía subir a cubierta a meditar cuando todo el mundo dormía. En cierta ocasión Aquiles se me acercó y me dijo.

- Sabes hijo, este es mi momento favorito del día. Cuando todo el barco está en calma y puedo sentarme a escuchar mis propios pensamientos sin tener que preocuparme de nada. Solo contemplarlos pasar uno tras otro como si fueran las olas del mar que vienen y se alejan. Todas iguales y la vez distintas, llevadas por un mismo ritmo y cadencia.

- A nosotros en el Monasterio nos enseñan a detener nuestros pensamientos; y cuando lo logramos nos embarga una inmensa sensación de paz. Es como desaparecer dentro de uno mismo.

- Y ¿cuál es el sentido de desaparecer dentro de uno mismo?

- De ese modo tomamos consciencia de lo que somos. De que en realidad no somos nada. De que todo lo que sentimos y percibimos es una mera ilusión que nos impide entrar en contacto con la fuerza vital que todo lo mueve.

- ¡Qué tontería! No hay que negarse a las sensaciones. El sonido del agua, el olor del salitre, los cambios de color del cielo al alba o durante el ocaso. El sentir, ¡eso es lo que nos hace estar vivos muchacho!

- Lo que dices está muy bien -repliqué- pero hay algo más. En el momento en que damos un paso atrás y contemplamos nuestros propios pensamientos como si fueran las olas, podemos ir más allá y

volver la mirada hacia nosotros mismos. Cuando descubrimos el vacío en nuestro interior y nos hacemos uno con la nada, es como si el mundo se detuviera y toda nuestra existencia cobrara sentido. Eso es para nosotros los budhistas entrar en contacto con la energía divina. Es como alcanzar el mismísimo Olimpo de los Dioses. La nada en nuestro interior. Y esa sensación de vacuidad curiosamente no produce miedo sino gozo.

- ¡Estás loco! -me dijo-. ¿El vacío dentro de nosotros mismos? Eso servirá para tu Monasterio pero no hay nada más lleno que el alma de un hombre. Y más si es un marino.

Comprendí que no tenía sentido tratar de enseñarle a Aquiles los principios del *dharma* budhista. Estaba claro que era un hombre espiritual. Su mística no estaba regida por grandes conceptos existenciales sino de un contacto simple y directo con la naturaleza, con el firmamento, con el infinito mar, con la guerra y con la muerte. Su vida plagada de aventuras y peligros le había llevado a la misma conclusión que a los grandes místicos orientales, a saber, que no somos más que una gota de agua en la inmensidad del océano.

Durante los muchos ratos libres que pasamos durante la travesía, aprendimos a jugar al *chaturaga*, un juego de mesa que le encantaba a Aquiles. El juego consiste en el simulacro de una batalla desarrollado sobre un tablero formado por una cuadrícula de ocho por ocho cuadros, sobre el cual se disponen cuatro ejércitos en sus cuatro esquinas. Cada jugador se encarga de los movimientos de su ejército integrado por un rey, un elefante, un caballo, un barco y cuatro soldados. Cada una de las piezas puede moverse sobre el tablero de forma distinta; y cada uno de los jugadores juega como aliado del ejército de otro de los jugadores. Los movimientos se realizan por turno y en cada turno el jugador tira unos dados para definir qué piezas puede mover.

Aquiles era un gran jugador, pero a los miembros de su tripulación no les gustaba el juego y se aburrían de perder siempre contra él. A Darío le fascinó de inmediato y rápidamente se convirtió en un rival a la altura de Aquiles. Siempre que tenían ocasión trataban de persuadirnos a Jacob y a mi para que jugáramos.

- No se cómo no os fascina este juego -decía Aquiles para incitarnos a jugar-. Es como la guerra pero sin sangre.

- Es como la meditación -añadía Darío- pero en lugar de centrar la atención en una vela hay que concentrarse en el tablero y en nada más.

- ¡Vamos muchachos! ¿No tendréis miedo a que este viejo griego os venza de nuevo en un juego hindú? -nos dijo Aquiles en una ocasión.

- ¿Por qué dices que es un juego hindú? -le preguntó Jacob intrigado.

- Por que eso es lo que me contó el Persa que me enseñó a jugar en Alejandría. Me contó que hace cientos de años, en la corte del emperador Asoka, uno de sus Rajas perdió a su hijo en una batalla en la que se sacrificó para que su padre venciera. Su dolor era tan grande que el emperador le

pidió a uno de sus brahmanes que buscara una cura para evitar que su virrey enloqueciera. El brahman visitó al Rajá y le enseñó a jugar al *chaturaga*. Este, curtido en mil batallas, pero ya viejo para participar activamente en ellas, rápidamente quedó fascinado por el juego y se convirtió en un experto jugador. Al cabo de unos meses nadie podía vencerle. Entonces el brahman jugó una partida contra él en la que dispuso las piezas tal y como estaba su ejército cuando su hijo falleció, obligándole a sacrificar su elefante para poder vencer. El brahman le dijo al virrey: "lo que tu acabas de hacer con tu elefante es lo que tu hijo hizo por ti." El Rajá comprendió el sacrificio de su hijo y transformó el dolor de su pérdida en orgullo por el valor y la devoción demostrados por su hijo.

A nosotros nos fascinaba escuchar esta historia, que Aquiles relataba cada vez en una versión diferente. Jacob y yo nos hacíamos los interesados en el juego para incitarle a contárnosla una y otra vez. Las variaciones que añadía Aquiles eran tan grandes que siempre nos preguntamos si la historia era verdadera o falsa. Pero eso no importaba. Sus gesticulaciones y variado léxico hacían el escuchar su relato todo un placer para nosotros.

- Deberías haber sido actor o político Aquiles -le decía Jacob-. Tus dotes de convicción son incontestables.

- ¡Venga muchacho! ¡Acabemos con este par de monjes antes de que llegue el ocaso!

Siempre jugábamos Darío y yo contra Jacob y Aquiles, pues Darío y Aquiles juntos eran invencibles. Pese a las bravuconadas de Aquiles, en más de una ocasión Darío y yo logramos vencerles, lo que provocaba en él un ataque de ira incontrolable durante el cual era mejor permanecer callado y alejado de él.

El *chaturaga* y las historias que Aquiles nos contaba hicieron que los casi veinte días que duró nuestra travesía se nos hicieran cortos. Los vientos nos fueron favorables y avistamos tierras de la península arábiga antes de lo previsto. Era el atardecer de un caluroso día de invierno cuando en el horizonte se dibujó contra el Sol una silueta irregular que no podía ser otra cosa más que tierra de occidente. La excitación creció dentro de la tripulación pues a ningún marino le gusta perder de vista tierra firme por muchos días. Sin embargo Aquiles tenía otra opinión.

- Todavía nos falta lo peor muchachos -nos dijo-. No es al mar a quien hay que temer en un barco sino a los piratas, y a estos les aterra el mar abierto. Si recordáis el mapamundi que os mostré, a partir de ahora navegaremos a través del Golfo de Arabia en donde la tierra dista pocos estadios de las rutas de navegación y por lo tanto de los puertos piratas.

Dicho esto comenzó a gritar ordenes a su tripulación para preparar el cambio de rumbo de Mercurio sin perder de vista al resto de la flota.

A la mañana siguiente llegamos a Cana, un puerto comercial perteneciente al reino de Eleazus, situado en una bahía con dos islas desiertas frente a él que protegían a los barcos de posibles tormentas. La flota romana ya había atracado y multitud de embarcaciones se dirigían a los barcos para ofrecer a sus tripulantes productos y transporte a tierra. Aquiles estableció turnos para bajar a

tierra. Nosotros bajamos con él en el segundo, cuando se aseguró de que la situación en tierra no ofrecía peligro.

- Es agradable pisar suelo firme después de tanto tiempo ¿verdad muchachos? Sentir la tierra bajo los pies es un placer que solo un marino conoce -nos dijo nada más desembarcar.

Luego nos cogió de los hombros a Darío y a mi con cierto aire de complicidad y nos dijo.

- Hay dos cosas que un marino que se precie debe de hacer siempre que toca puerto. Conseguir alimentos frescos para su boca y jugosas hembras para su falo -nos miró buscando nuestra expresión de sorpresa y luego soltó una sonora carcajada-. Pero siendo monjes supongo que lo segundo estará prohibido para vosotros ¿no es así?

- Yo todavía no soy monje -me quejé-, soy novicio *samanera*.

- ¡Es la misma mierda! -me contestó con desprecio-. La cuestión es si vuestras obligaciones religiosas os permiten alegrar vuestros cuerpos con compañía femenina.

Nos dirigimos a un lugar de comidas que Aquiles conocía bien en dónde nos sirvieron un cabrito asado a la brasa que ingerimos con voracidad mientras seguíamos hablando de mujeres.

- Definitivamente yo no deseo contacto con prostitutas -dijo Darío-. Estoy convencido de mis votos de castidad y no deseo romperlos por obtener un pasajero placer. No creo que el sexo me vaya a traer paz sino todo lo contrario.

- ¡Eso es por que no lo has probado! Si tuvieras en tus brazos la suave piel de una mujer... -le dijo Aquiles para provocarle, y lo consiguió.

- No siempre he sido monje sabes Aquiles. Antes de ordenarme tuve mis encuentros con más de una mujer de Taxila.

Jacob y yo nos miramos con sorpresa y a su vez miramos Darío para animarle a seguir hablando sobre sus experiencias.

- Cuando comencé a trabajar en los campos de Jaulian, todas las semanas bajaba a Taxila para vender los excedentes o cambiarlos por huevos u otros alimentos. Siempre trataba con mujeres pues a padres y esposos les resultaba muy confiable por el hecho de ser un monje budhista. Sin embargo sucedía todo lo contrario. Las mujeres sentían un extraño deseo por hacerme quebrar mis votos de abstinencia sexual gracias a sus encantos. Consideraban todo un logro seducirme para que, por unos instantes, fuera capaz de renunciar a mi espiritualidad por tener un encuentro placentero en sus brazos. Para ellas era como un reto, como una competición contra lo sagrado en la que la victoria aumentaba su orgullo y vanidad excitándolas de una manera incomprensible para un varón. Eso, y el hecho de que despertaba en ellas su natural instinto de protección femenina debido a mi brazo tullido, me convirtió en un codiciado trofeo en las camas de las verduleras de Taxila.

- Vaya, vaya... ¡qué callado te lo tenías! -le dije un poco molesto por desconocer su secreto.

- Ahora eres el único miembro de Jaulian que conoce sobre este asunto Gurka. No podía contarte experiencias que pudieran confundirte en tu vocación, si es que finalmente eliges la vida monacal; ni tampoco podía arriesgarme a que nos expulsaran del monasterio a ti, a mi o a los dos.

- ¿De verdad querían seducirte y apartarte de Dios por alimentar su propia vanidad? -dijo Jacob para desviar mi atención, y por eso me dio la impresión de que él ya conocía el asunto-. Si es que ya lo dice la Biblia: "La mujer es la fuente original de todo pecado".

- Y ¿de verdad no disfrutas retozando con una hembra? -volvió a preguntar Aquiles-. Para mi es uno de los pocos placeres que nos ofrecen los dioses para soportar la existencia en este Mundo.

- Para mi es una de las grandes ataduras de esta existencia -respondió Darío-. Cuanto más sexo tienes más quieres. Y ese deseo no te libera sino que te esclaviza. Por eso decidí renunciar a las mujeres mientras continúe portando esta túnica. Te aseguro Aquiles que ahora me siento mucho mejor.

- ¿De qué libertad hablas? ¡Por todos los dioses! Te has pasado toda esta travesía hablándome de que no tenemos alma, de que la existencia es apariencia, de que estamos condenados al sufrimiento, de que no vamos a ir al Hades ni a ningún otro sitio tras la muerte... Entonces, ¿por qué no gozar de los placeres que la vida nos ofrece?

- Ya te lo he dicho -replicó Darío-. No creo que satisfacer los propios deseos sea el camino para obtener la felicidad sino más bien al contrario. Son un camino seguro al sufrimiento pues nada permanece, todo se acaba y la pérdida produce dolor. Cuanto más deseamos algo más dolor nos produce su pérdida. Y cuanto más sexo tenemos más sufrimos cuando no lo tenemos.

- Y eso qué más da si al final de nuestras vidas no vamos a trascender. Si una vez acabe nuestra vida acabará nuestra existencia y por tanto también nuestro sufrimiento. ¿Para qué sirve liberarse del sufrimiento en esta vida si no podemos disfrutar de nuestros logros en otra?

- Mi creencia y la de los budhistas en la no-existencia del alma no significa que no creamos en la transmigración o en una existencia futura tras la muerte -trató de explicarle Darío a Aquiles-. Al igual que el agua produce vapor, tu vida producirá una nueva vida pero tan diferente de la tuya como lo es el vapor del agua.

Jacob miró la cara de asombro de Aquiles y le dijo tratando de tranquilizarle.

- Muy complicado ¿verdad? Yo también lo creo. Después de los muchos años que pasé estudiando la doctrina budhista, llegué a la conclusión de que la Ley judía es mucho más sencilla. Cumple con las leyes que *Yah* ha dejado escritas para su pueblo y Él cuidará de ti por toda la eternidad.

- El único problema es que tienes que convertirte al judaísmo ¿no? -replicó Aquiles para nuestra sorpresa.

- Cualquiera puede hacerlo ¿no? -se defendió Jacob.

- Si claro, pero le han de cortar un trozo de su miembro con un cuchillo -replicó Aquiles-. ¿Cómo llamáis a esa salvajada?

- *Brit Milah* -dijo Jacob-. Es una sencilla operación que se viene practicando desde hace miles de años y sella en la propia carne el pacto establecido con *Yahvé*, tal y como nuestro patriarca Abraham hizo por mandato divino.

- Pues a mi no me gusta que me toquen mi falo por ningún mandato, divino o humano -zanjó Aquiles-. Aunque dicen que el miembro se alarga tres o cuatro dedos tras la intervención. ¿Qué me dices? ¿Es cierto?

- No se -respondió Jacob fingiendo avergonzarse-. A mi me practicaron el *Milah* a los ocho días de nacer así que no puedo hablar. Pero sí te aseguro que no puedo quejarme de mi "instrumento".

- ¿Y tu que dices Darío?

- A mi me gusta tener una funda en donde guardarlo cuando no lo uso, como les sucede a los toros o a los caballos. Solo de pensar en el roce de mi glande con la tela de las túnicas ya siento dolor.

- Si yo tuviera ese muñón que tu tienes por mano no me preocuparía de sacar mi falo. ¡Se lo clavaría a las putas hasta el codo para hacerlas gritar de placer!

Y al decir esto Aquiles, ya tocado por la jarra de vino que se había bebido él solo durante la comida, se puso en pie levantando su puño izquierdo de abajo a arriba con un violento gesto que recordaba el de un guerrero ensartando su espada en el vientre de su enemigo. Luego se sentó más calmado y añadió entre carcajadas.

- O de dolor que con las putas nunca se sabe...

Tras una pausa durante la cual cruzamos nuestras miradas tratando de no sentir repugnancia por el arrebató sádico de Aquiles, Jacob se puso en pie y apoyo su mano sobre el hombro de nuestro capital.

- Pues yo sí voy a acompañarte Aquiles. ¿Tu vienes Gurka? Todavía no te has ordenado, y tal vez no lo hagas jamás si te casas con Miriam.

- No Jacob. Ir vosotros. A mi estar con una mujer que me va a abrir las piernas por poner unas monedas en su mano no me apetece en lo más mínimo -contesté con sinceridad.

- Pues a mi, mi padre me dijo que aprovechara este viaje para aprender todo lo posible, así que no hago más que seguir su consejo -nos dijo Jacob con una cínica sonrisa.

- ¡Bien dicho muchacho! -dijo Aquiles poniéndose de pie-. Vámonos ya antes de que los soldados romanos nos dejen solo las putas más viejas y sucias.

Jacob y Aquiles se fueron en dirección a la ciudad mientras yo me quedé sentado con Darío sin poder dejar de pensar en Miriam. Darío tenía razón. El sexo produce deseo, el deseo produce apego y el apego produce sufrimiento. Tal vez mi falta de apego no era tan fuerte como yo pensaba en presencia de Miriam. Ahora, tras más de dos meses de ausencia, comenzaba a echar en falta su presencia y la posibilidad de verla en cualquier momento con solo buscar una excusa. Su falta comenzaba a causarme dolor. Un dolor que me rompía por dentro pensando en Jacob retozando entre los brazos de una mujer mientras yo me veía privado de las caricias de Miriam. Para ahuyentar esos pensamientos de mi cabeza le hice una señal a Darío y buscamos un buen lugar en la playa para meditar. Es curioso como la mirada interior es capaz de aplacar los pensamientos más sobrios. Por eso, tras la meditación de esa tarde que traté de basar en sensaciones físicas como el contacto con la arena, el olor del salitre marino, la brisa del mar o el contacto del Sol sobre mi cara, recobré mi ánimo y el placer de estar vivo en aquel lugar y en aquel momento sin que la ausencia de Miriam, o de mi abuelo, o de mis padres, o de mi Monasterio me causaran el más mínimo sufrimiento. Jacob se equivocaba, es más sencillo que Dios se encuentre en nuestro interior a que esté fuera dándonos órdenes o mandatos que acatar.

A la mañana siguiente Aquiles dejó bajar al resto de la tripulación para pasar el día en tierra y transportar al barco los barriles de agua fresca y víveres que ya tenía encargados. Los oficiales romanos con los que se había encontrado en Cana le habían dicho que su flota aun tardaría por lo menos una semana en zarpar de nuevo y Aquiles no quería esperar tanto. Sabía que cada día que una oneraria pasaba en puerto redundaba en gastos y pérdidas. Eso le ocurría tanto a Mercurio como al resto de las naves comerciales que habían acompañado a la frota romana durante la travesía. Su plan consistía en zarpar en el momento en que lo hiciera cualquiera de las otras onerarias. Mercurio era una nave ligera y rápida, y Aquiles confiaba en que, ante un ataque pirata, estos elegirían la presa más fácil y desde luego Mercurio no lo era pues su capitán siempre se preocupaba de no cargarla en demasía justamente para preservar su velocidad y maniobrabilidad.

Así pues pasamos dos días abordo, listos para zarpar a la espera de que cualquier otra nave lo hiciera. Finalmente, al anochecer del tercer día, Aquiles vio zarpar dos naves egipcias de gran calado que él supuso se pusieron de acuerdo para realizar el resto de la travesía juntas. Aquiles dio las ordenes oportunas y levamos anchas con nuestras antorchas apagadas, manteniéndonos a unos diez o quince estadios de nuestros involuntarios compañeros de viaje.

A la mañana siguiente pudimos ver a las dos naves a la luz del día. En efecto daban la impresión de ir cargadas con valiosos productos orientales. También ellos se percataron de nuestra presencia con los primeros rayos de Sol y trataron de alejarse. Aquiles se lo permitió pues en modo alguno

quería incomodarles, pero sí pudo comprobar nuestra superioridad en caso de que nos viéramos obligados a participar en una regata huyendo de los piratas. Por suerte eso nunca sucedió y llegamos a Avalites tras siete días navegando sin perder de vista ni tierra ni a las naves egipcias más allá de unas pocas horas.

Avalites es un puerto comercial protegido de tormentas y tempestades por estar situado en el extremo del golfo del mismo nombre. Dada su privilegiada situación, la bahía del Golfo de Avalites siempre estaba repleta de barcos que hacían escala en sus aguas esperando la llegada de los vientos favorables para navegar rumbo a Oriente u Occidente según el caso. Los barcos atracaban allí para realizar las últimas reparaciones antes de iniciar la siempre arriesgada travesía del Mar de Eritrea o simplemente buscaban refugio de tormentas o piratas.

Nosotros atracamos en la bahía, a unos tres estadios de tierra firme, pero no descendimos. Aquiles ordenó que se alejaran a los muchos botes que se nos acercaron ofreciéndonos sus servicios de transporte a tierra. Nos dijo que teníamos suficientes provisiones como para llegar al puerto de Berenice, nuestra próxima escala en mitad del Golfo de Arabia. Esperaba a que partiera alguna nave armada rumbo a Occidente para poder cruzar el estrecho que nos separaba del Golfo acompañados de ella pues consideraba este era punto más peligroso del viaje. Para ello pensaba esperar en la bahía con Mercurio listo para zarpar tal y como habíamos hecho en Cana.

A la mañana siguiente vimos zarpar dos lujosas embarcaciones junto con una galera romana. Aquiles levó anchas y esperó para ver qué rumbo tomaba la pequeña flota. Al comprobar que se dirigían en dirección al estrecho iniciamos la maniobra para seguirles. Tras recorrer poco más de cuatro estadios llegamos al estrecho de Avalites en donde las tierras de Oriente y Occidente casi se tocan. Al poco de cruzarlo, manteniendo siempre a la galera romana a la vista, vimos acercarse desde oriente una nave empujada por una gran vela. Aquiles dio la voz de alarma y aceleró la marcha de Mercurio todo lo que pudo cazando el viento como el experto marino que era. Pese a sus esfuerzos la nave que nos perseguía era más rápida y, gracias al empuje de sus remeros, acortaba distancias con la misma velocidad con la que el Sol se alzaba en el cielo. También Mercurio se acercaba poco a poco a la galera romana que de seguro protegía a algún importante personaje y a su séquito de regreso a Occidente. La cara de Aquiles indicaba que la situación era alarmante. Los piratas nos darían caza antes de que pudiéramos alcanzar las naves romanas, y estas no tenían ninguna intención de ayudarnos. Con una mirada de preocupación como nunca le había visto Aquiles se dirigió a nosotros.

- ¡A ver muchachos! ¿Quién de vosotros sabe empuñar un arma? Necesito saber con qué fuerzas cuento para enfrentar a esos piratas.

- Yo no lucharé por defender mi vida -contestó Darío- pero ayudaré en todo lo que pueda para defender las vidas del resto de la tripulación, usando incluso mi cuerpo como escudo si es necesario.

- Yo no tengo mucha experiencia en el manejo de armas, pero me pongo a tus órdenes para pelear dónde y cómo mandes -dijo Jacob.

- Yo en Jaulian soy considerado como uno de los mejores arqueros del Monasterio pero no me siento capaz de disparar contra ningún hombre.

- Con que no eh...! - dijo Aquiles críticamente.

Aquiles cogió el timón y alineó la popa de nuestra nave en la misma dirección que traía la proa del barco pirata. Luego subió a la parte más alta de la popa de Mercurio y me hizo llamar mientras observaba la cada vez más cercana embarcación pirata. Su tamaño era solo un poco superior al de la nuestra, pero su mayor velamen y sus dos filas de remeros le daban mayor velocidad. Se veían pocos hombres en cubierta, seguro por estar los demás empleándose a fondo con los remos para darnos alcance. Aquiles ordenó que le trajeran su arco. Era el arco más grande que yo jamás había visto, superior a la estatura de un hombre. Su simetría era perfecta y estaba fabricado con una madera finamente pulida. Se necesitaron tres hombres para armarlo.

- Gurka, te presento a Odiseo. Así bauticé esta arma en honor al más grande héroe de todos los tiempos, que logró recuperar su reino gracias a su maestría en el manejo del arco. En el día de hoy solo él y tu podéis salvarnos. ¡Cógelo!

Pese a su gran tamaño era ligero como una pluma. Más ligero que los arcos de doble curvatura que yo había manejado en Jaulian a los que Odiseo casi doblaba en tamaño. Lo agarré por su empuñadura de cuero situada justo en el centro y se adaptó a mi mano como si fuera parte de mi.

- ¡Qué maravilla! -exclamé-, ¿de dónde lo has sacado?

- Procede del lejano Occidente. Me lo vendió en Alejandría un viejo bretón que había sufrido una terrible herida en su pierna y quería regresar a su patria. Tuve que pagar buen dinero por él pero valió la pena.

- ¿De qué está hecho? ¿Nunca antes vi madera tan dura, flexible y ligera a la vez? -pregunté admirando tan magnífica pieza.

- Le llaman tejo. Yo nunca vi un árbol de tejo pero, según me contó el bretón, es un árbol milenario que en su tierra es considerado sagrado. Me dijo que para hacer una pieza como esta son necesarios más de cuatro años. Dos para dejar que la madera madure bien una vez cortada, y otros dos para ir dándole forma poco a poco. Puede que exagerara para pedirme más por él, pero salta a la vista que se trata de un arma muy bien trabajada -hizo una pausa para darme el tiempo suficiente para admirar a Odiseo y luego prosiguió-. Con él se pueden alcanzar blancos a más de un estadio de distancia. ¿Crees que serías capaz de acertarle a la vela pirata a esa distancia?

Levanté la vista y me encontré la mirada inquisidora de Aquiles escudriñando en mis ojos, buscando la respuesta que pudiera salvar su barco y su vida. Su mirada me dejó petrificado. Cerré los ojos y respiré profundamente, sentí a Odiseo en mis manos, lo empuñé con mi mano izquierda y situé mi brazo extendido en posición de disparo. En verdad era ligero y equilibrado. Si Aquiles decía que podía lanzar una flecha más allá de un estadio de distancia, seguro que podía. La gran pregunta

era si yo sería capaz de armarlo con la tensión suficiente como para alcanzar tan increíble distancia. Y aun había más, si sería además capaz de acertar en el blanco. Abrí los ojos y ante mi permanecía la misma mirada de Aquiles. Le di la única respuesta que podía darle.

- Sí puedo.

- ¡Bien dicho muchacho! -me dijo con un amago de sonrisa y confianza en su cara mientras me palmeaba la espalda.

Mandó traer un cubil de cuero repleto de flechas de unos tres codos de largo, unas gasas de algodón, una brea negra y un hogar con brasas. Luego me explicó su plan.

- Mira muchacho, el barco pirata es más veloz que el nuestro gracias a que combina el empuje de sus remeros con el del viento que sopla sobre su vela -me explicó-. Los remeros solo dejarán de hacer su trabajo cuando estén a unos cien codos de nuestro barco. Entonces comenzarán a lanzar sus garfios tratando de amarrar a Mercurio mientras con sus flechas tratarás de impedir que los soltemos. Si logran su objetivo estamos perdidos. Pero tranquilo que eso nunca ocurrirá. Nosotros no tenemos manera de frenar a sus remeros pero sí su vela. Si logras acertar con una flecha encendida sobre su vela, esta no cazará viento y perderán su empuje. Pero tienes que hacerlo a una distancia desde la que no estemos al alcance de sus flechas ni de sus garfios ¿comprendes? No vas a tener muchos tiros pues en cuanto lances la primera flecha se darán cuenta de nuestras intenciones y aminorarán la marcha para quedar fuera del alcance de Odiseo. Luego nos perseguirán a una distancia prudencial hasta encontrar un momento más apropiado para su ataque. Posiblemente en la noche cuando bajen los vientos y nuestra vela no pueda competir con sus remeros.

- ¿De cuantos tiros crees que dispongo? -pregunté.

- Yo calculo que de cuatro o cinco pues nosotros no podemos permitirnos disminuir nuestra velocidad. Si lo hiciéramos, aun solo con sus remos nos darían caza rápidamente -se mesó la barba con expresión grave y me dijo-. Vamos a dejar que se acerquen a una distancia de medio estadio antes de lanzar tu primera flecha. Desde esa distancia ellos no podrán alcanzarnos. Si deciden proseguir para intentar abordarnos calculo que todavía tendrás dos o tres tiros más antes de que sus flechas lleguen hasta nosotros. Si deciden arriar velas y subir sus remos creo que igualmente dispondrás de unos tres tiros más antes de quedar fuera de alcance. ¿Será suficiente?

- Sí -respondí secamente.

- ¡Así me gusta! -me dijo-. Ahora prepárate. Coge una flecha, tensa a Odiseo, destensa tus músculos y haz lo que quieras mientras yo preparo las flechas incendiarias.

Me quité la túnica que vestía y me amarré un taparrabos a la cintura con una faja. Empuñé a Odiseo y tensé su cuerda varias veces hasta lo que pensé que era el límite de mis fuerzas. Luego cogí una de las flechas y me di cuenta de que debía de tensarlo por lo menos medio palmo más si quería obtener de él su máxima potencia. Cerré los ojos y me visualicé: primero a mi mismo en

Bucéfala de pequeño, con mi padre enseñándome a armar el arco con el brazo de anclaje completamente extendido y el de tensión alineado con el primero y flexionado únicamente por el codo; luego en Jaulian, en la misma posición y con diez años más, sintiendo la tensión en mi pecho y estómago, como si la fuerza que sostenía la cuerda tensa en donde la flecha se ensartaba procediera de ahí; y finalmente subido sobre la popa de Mercurio, con Odiseo en mi mano y mis dos dedos tensando su cuerda con una flecha ardiendo ensartada en ella, con mi cuello torcido hasta dejar mi cabeza alineada con mi brazo en la misma dirección que la flecha y la enorme vela pirata. Sentí el latigazo secó de mi arco al liberar la tensión de su cuerda y el roce ardiente de la flecha sobre mi puño cerrado sobre Odiseo al salir disparada. Vi volar la flecha hacia el cielo y luego descender poco a poco hasta caer sobre el centro de la vela atravesándola e incendiándola a la vez. Sentí el abrazo de Aquiles y su alegría junto a mi.

- Es el momento Gurka -me dijo entregándome una flecha con la punta envuelta en gasa de algodón bañada en brea.

Abrí los ojos. Me puse en posición de disparo y cogí la flecha que Aquiles me ofrecía. La ensarté en la cuerda y me dispuse a armar el arco con la punta mirando hacia abajo. Le hice una breve seña a Aquiles que la encendió mientras yo la mantenía en esa posición. Con su punta ya en llamas tense a Odiseo todo lo que pude a la vez que levantaba hasta el cielo la flecha. Aguantando la respiración mantuve la tensión del arco mientras lo bajaba poco a poco hasta encontrar el ángulo preciso en el que pensé que la parábola que describiría la flecha le permitiría recorrer la distancia más larga. Solté la flecha a la vez que exhalaba el aire de mis pulmones y me quedé mirando el vuelo del proyectil salido de mi arco. La fuerza de Odiseo era superior a lo que esperaba y la flecha pasó rozando la verga transversal que soportaba su vela y cayó en el mar a la altura de popa.

- ¡Buen tiro muchacho! -me dijo Aquiles más relajado tras ver que había acertado apostando por mi como la mejor opción para poner en práctica su descabellado plan para salvarnos-. ¡Vamos Gurka, rápido! No les demos tiempo a reaccionar. Otro tiro un poco más a estribor y estaremos salvados.

Pude ver como uno de los piratas se asomaba a estribor para ver mi flecha flotando y luego hablaba con el timonel. Cogí otra flecha y la inserté en la cuerda. Aquiles le prendió fuego, armé a Odiseo y lancé mi segundo proyectil. Esta vez mi lanzamiento quedó corto y fue a parar a unos veinte codos de la proa pirata. Mientras, su tripulación ya se había dado cuenta de nuestras intenciones y sus remos comenzaban a alzarse.

- Tranquilo muchacho. ¡Puedes hacerlo! -me alentó Aquiles.

Cogí una tercera flecha y repetimos de nuevo los mismos pasos que en los dos tiros anteriores. Esta vez cerré mis ojos por un momento mientras aguantaba el aliento y mantenía en tensión el arco. Vi claramente como mi flecha acertaba de pleno en el blanco pirata, abrí los ojos y solté la cuerda. Mientras la flecha volaba hacia su destino yo la empujaba mentalmente para que acertara en la vela, como si mi voluntad fuera una mano invisible que la guiaba en la dirección correcta tal y como haría con una daga de tener el objetivo a un paso.

Y así como lo vi en mi mente, así la flecha se clavó en la tela de la vela que al instante comenzó a arder. El desconcierto en el barco pirata era total. Los remeros, que ya estaban subiendo a cubierta alertados por mis dos anteriores intentos, al ver su vela arder comenzaron a maldecirnos con palabras incomprensibles para nosotros. Eran conscientes de que escaparíamos irremediablemente pese a sus horas de esfuerzo empuñando los remos de su nave. Unos desahogaban su frustración disparándonos sus flechas con sus pequeños arcos a sabiendas de que se perderían en la mar. Otros recogían cubos de agua para apagar las llamas de su vela, pero cuando lo lograron el hueco era tan grande que por él escapaba el suficiente aire como para hacerla inservible.

Mientras, en nuestro barco no cesaban los gritos de alegría al contemplar la escena. Estábamos escapando de un destino horrible a la misma velocidad con que nos alejábamos de los piratas. Aquiles me abrazó como un oso que no quiere soltar a su presa, lo que me hizo dejar caer al suelo a Odiseo. Jacob y Darío subieron a la cubierta de popa para felicitarme mientras el resto de la tripulación coreaba mi nombre rítmicamente: Gur-ka-Gur-ka-Gur-ka...

- Pídeme lo que quieras muchacho. Pídeme lo que quieras que te lo daré con gusto -me dijo Aquiles cuando me soltó.

- No quiero nada. Yo también me he salvado con ese disparo. De verdad que no quiero nada.

- ¡No me ofendas muchacho! ¡Nunca desprecies el regalo de un hombre cuando te lo ofrece de corazón -me dijo ocultando su enfado por la alegría del momento-. ¡Vamos pide!

Vi que hablaba en serio, y como lo último que deseaba en el mundo era ofenderle, tras pensármelo brevemente enseguida supe qué pedir.

- Está bien. Quiero una copia del mapamundi que nos mostraste.

- ¿El de Estrabón? ¡Hecho! Te lo regalo.

- No. Quiero copiarlo yo. Solo necesito que me regales una hoja de papiro y me prestes el mapa. Si lo copio me lo aprenderé de memoria, y además me servirá de distracción para pasar las horas muertas hasta completar el resto del viaje.

- Está bien. Tu mandas -se puso serio por un instante tras el cual recuperó su entusiasmo-. ¡Por todos los dioses qué tiro! ¡Nunca vi nada igual!

Luego bajó del puente y se reunió con su tripulación para celebrar nuestro escape. Yo me quedé con Jacob y Darío que me ayudaron a ponerme de nuevo mi túnica y a bajar de la nube a la que había subido tras mi certero flechazo sobre la vela pirata. Recogí a Odiseo y les pedí a Darío y Jacob que me ayudaran a liberarlo de su cuerda. Una vez destensado, la madera de tejo recuperó su rectitud solo alterada por una ligera curvatura perfectamente simétrica a ambos extremos del arma.

Al día siguiente Aquiles me trajo el mapamundi de Estrabón y la hoja de papiro que le había pedido. Cuando Aquiles lo extendió Jacob y Darío se acercaron para observarlo.

- Aquí lo tienes muchacho. ¡El Mundo en tus manos!

- ¿Dónde nos encontramos ahora? -le preguntó Jacob.

- Más o menos por aquí -Aquiles movió su dedo por la parte inferior del Golfo marcado como "de Arabia"- . Y nuestra próxima escala está por aquí, a mitad del Golfo, en un puerto romano llamado Berenice, con mucho tránsito de caravanas que transportan sus mercancías entre el mar y el río Nilo pues, como podéis ver, aquí la distancia a recorrer por tierra hasta alcanzar el río es corta, aunque todavía es más corta en Myos Hormos, el destino final de Mercurio, en el extremo norte del Golfo. Y si os fijáis bien, el Nilo desemboca cerca de Alejandría por lo que no hay más que dejarse llevar por su corriente para llegar a la Ciudad.

- ¿Y no es más cómodo navegar por el río a hacerlo por mar? -preguntó Darío-. Si desembarcamos en Berenice en lugar de en Myos Hormos cambiaríamos un buen trecho de mar por río.

- Ese es el motivo por el que tantos comerciantes desembarcan sus productos en Berenice. Pero también por eso son más frecuentes los ataques a las caravanas y barcazas que navegan ese trecho del río. Yo no conozco caravaneros confiables que recomendaros en Berenice y no pienso abandonaros a vuestra suerte en un puerto extraño. Seguiremos hasta Myos Hormos en donde sí puedo garantizaros un viaje seguro hasta Alejandría.

Nos quedamos un buen rato observando el mapa hasta que pregunté por el arma que nos había salvado.

- ¿De dónde dices que procede Odiseo?

- Ves está pequeña isla de aquí -Aquiles señaló una isla en el mapa marcada como "Britania"- . El hombre que me lo vendió procedía de esta isla, pero no estoy seguro de que también lo hiciera su arco. Toda esta zona está cubierta por bosques en los que abunda el tejo. Aquí han habitado los celtas desde tiempo inmemorial. Estoy seguro de que Odiseo es un arco celta, por lo que podría proceder de cualquier lugar de por aquí pues el bretón no me dijo dónde lo compró -mientras Aquiles nos decía esto, señaló la parte sur de "Britania" y el norte de una península marcada como "Iberia".

- ¿Alguna vez alguien ha navegado todo el "Mare Atlanticus"? -preguntó Darío tras otra larga pausa.

- Buena pregunta -dijo Aquiles-. Según el historiador Griego Herodoto, hace cientos de años el faraón egipcio Neco encargó a los fenicios, que eran considerados los más expertos marinos de aquellos tiempos, una expedición comercial a través del Atlanticus en busca de metales preciosos y cualesquiera otros productos con los que mercader. La expedición navegó estas mismas aguas del Golfo de Arabia, y al llegar al Mar de Eritrea en lugar de tomar rumbo a la India pusieron proa en dirección sureste para circunnavegar toda Libia<sup>14</sup> hasta llegar de nuevo a Egipto desde el oeste. Navegaron pues todo el Atlanticus. Dicen que tardaron tres años en realizar la travesía completa,

pero de seguro no encontraron nada interesante pues jamás escuché de nadie que se adentrara en esas aguas de nuevo.

Las historias que nos contaba Aquiles cobraban más intensidad si cabe ante la presencia de aquel mapa. Mientras yo realizaba la copia, se acercaba y nos hablaba de las expediciones documentadas que conocía a través del Mundo. De la ruta seguida por Odiseo en La Odisea narrada por Homero, así como de otros viajes míticos como el de Jasón y los Argonautas hasta la Cólquida en busca del Vello de Oro. Nos mostró la isla de Rodas en la que había nacido y los muchos lugares en los que él mismo había estado cuando navegó por el Mediterráneo en el barco de su padre. También nos habló de la cultura fenicia que floreció en la costa más oriental del Mediterráneo, de la que él mismo se sentía heredero por emplear sus mismas técnicas de navegación, y también por que Mercurio estaba construido con la misma madera que ellos empleaban en la construcción de sus barcos, el cedro del Líbano. La mejor de las maderas para tal menester, a decir de Aquiles.

Enfrascado como estaba en la copia del Mapa, cuando llegamos a Berenice ni siquiera bajé a tierra. Estuvimos anclados apenas un día antes de partir de nuevo rumbo a nuestro destino final, Myos Hormos, del que distábamos ya solo unos ochocientos estadios. Alcanzamos nuestro destino en dos días y Aquiles, tal y como nos había prometido, nos consiguió una caravana para transportar el preciado cargamento de Lapislázuli de Jacob y nuestro arcón conteniendo el Canon Pali. Aquiles dejó a Mercurio amarrado y en manos de un griego amigo suyo que se encargaba de las reparaciones que todo barco necesita tras una larga travesía como la que habíamos realizado. Le dio la paga a su tripulación y ya libre de obligaciones vino a despedirse de nosotros la mañana de nuestra partida.

- No me gustan las despedidas muchachos, pero en esta ocasión no podía dejar de venir a decirlos adiós -se abrazó a cada uno de nosotros y finalmente añadió-. Espero que los dioses os acompañen. Darle recuerdos al viejo Zenón junto con este mensaje: "El destino sí existe, y mi encuentro con estos muchachos es prueba de ello." ¡No lo olvidéis!

- Gracias por todo Aquiles -dijo Jacob en nombre de los tres-. No te olvidaremos.

Luego dio la vuelta sin volverse para mirar atrás mientras nosotros montábamos en los camellos que nos trasladarían al Nilo con la sensación de haber pasado la vida entera junto a él. Demoramos casi tres días en llegar, pero el viaje se nos hizo corto al hacerlo a lomos de los cómodos camellos de Egipto.

Llegamos por la tarde a un embarcadero en las aguas del Nilo, mucho más caudaloso y tranquilo que el Indo, y nuestro caravanero Hipólito, contratado por Aquiles para nosotros, nos consiguió una barcaza a la que trasladó directamente nuestra carga desde sus camellos. Al día siguiente partimos rumbo a Alejandría arrastrados por la suave corriente del río y guiados por las expertas manos de nuestro capitán, Amón, al mando de un gran remo situado en la popa que también hacía las veces de timón. La barcaza era bastante más pequeña que Mercurio y estaba tripulada por siete hombres que

no hablaban el griego. Solo Amón lo balbuceaba mínimamente como para hacerse entender, pero poco más.

La travesía fue muy plácida, contemplando paisajes, animales y pájaros que despertaban nuestra curiosidad pues jamás los habíamos visto. Por desgracia nuestros compañeros de viaje eran incapaces de ayudarnos a conocer las criaturas que estábamos viendo o los lugares por los que estábamos pasando. Esto hizo que extrañáramos mucho la compañía de Aquiles y sus historias.

Tras cuatro días de viaje finalmente llegamos a Alejandría.

## Zenón

Atracamos en el puerto de Alejandría que está situado en el lago Mareotis, al que llegamos por un canal que comunica dicho lago con el río Nilo antes de que este llegue a su desembocadura. Alejandría se extendía frente a nosotros en una franja de tierra situada entre el mar Mediterráneo y el lago en cuyo puerto nos encontrábamos. Ocupaba más de treinta estadios en el horizonte, casi todo lo que abarcaba nuestra vista desde donde nos encontrábamos, a unos tres estadios de distancia. Su visión era imponente. Descendimos de la barcaza y de inmediato se nos acercaron varios transportistas para ofrecernos sus servicios.

- Había oído que Alejandría era grande pero no pensé que tanto -dijo Darío al pisar tierra.

- Más de trescientas mil personas viven en esta ciudad, según los censos romanos, pero yo estoy seguro de que son muchas más -dijo un joven de piel morena y torso desnudo en un aceptable griego-. Me llamo Arsinoe. Si quieren yo puedo transportar su carga en mi carro. ¿A dónde la tienen que llevar?

- A los almacenes de Zenón. Un comerciante judío -contestó Jacob-. ¿Le conoces?

- No -sonrió Arsinoe dando a entender que eso sería casi imposible en Alejandría-, pero si me dan alguna dirección les puedo llevar sin problemas. Al ser una ciudad tan grande, sus calles están bien señalizadas. La ciudad está ordenada por letras. Cada letra corresponde a un cuadrante formado por la intersección de sus calles principales. En el caso de Zenón, si es judío como me está diciendo, de seguro vive en el cuadrante delta, que es el que corresponde al barrio judío.

Jacob buscó la carta que su padre le había entregado para su amigo Zenón y comprobó que, en efecto, en ella, junto a su nombre, se mencionaban dos calles y la letra griega delta. Se la entregó a nuestro joven amigo y este, tras examinarla sonrió y afirmó.

- Sí, se donde es. Buen lugar por cierto. Cerca del *Mousseum* y los palacios reales. ¿Les llevo? -preguntó Arsinoe devolviéndole la carta a Jacob.

Jacob no tuvo argumentos para decir que no. Nos miró y luego hizo un gesto afirmativo al muchacho. Este de inmediato se deshizo del resto de transportistas que nos asediaban y habló con la tripulación de la barcaza que nos había traído. Profirió varios gritos en egipcio que no comprendimos y estos comenzaron a descargar las piezas de lapislázuli envueltas en pieles y a depositarlas en su carro tirado por mulas. Arsinoe nos consiguió un pequeño carretillo al que Darío y yo subimos el Canon Pali para no tener que llevarlo a mano los casi quince estadios que según nuestro joven transportista estaba la casa de Zenón del puerto. Al entrar en Alejandría nos fue contando historias de la ciudad en la que había nacido y tan bien conocía.

- Alejandría se fundó sobre lo que era una pequeña aldea de pescadores que hoy en día se ha convertido en uno de sus barrios, *Rhakotis*, donde yo vivo. *Rhakotis* queda por allá -dijo señalando hacia el oeste-, junto a los cuarteles romanos.

- Pues yo había escuchado que Alejandro Magno la fundó con sus propios arquitectos siguiendo el diseño hipodámico de cuadras formadas por calles que se entrecortan entre sí, tal y como se hace en todas las ciudades griegas -le dije tratando de impresionarle con lo que sabía sobre su ciudad.

- Eso es cierto -me contestó hablando con orgullo mientras guiaba sus mulas- pero en el istmo ya existía una aldea egipcia llamada *Ra-Ke-Def*, que los faraones empleaban como baluarte para frenar las incursiones piratas procedentes del Mediterráneo en esta zona. Los arquitectos griegos en efecto fundaron Alejandría sobre terrenos baldíos que distaban más de veinte estadios de *Ra-Ke-Def*. Pero en el istmo ya existía mi pueblo antes de que llegaran los griegos. Si lo visitáis os daréis cuenta de que sus calles no siguen el diseño hipodámico ese de las cuadras del que hablas sino uno mucho más caótico -tras una pausa agregó-. En realidad la ciudad ha crecido tanto que ahora ya no es mi pueblo sino un barrio más de esta gran urbe.

- Crecimiento profetizado por los adivinos de Alejandro ¿verdad? -preguntó Jacob.

- Lo que aquí se cuenta es que Alejandro siempre que fundaba una ciudad lo hacía siguiendo un viejo ritual macedonio que consistía en delimitar el espacio a habitar con arena blanca. Pero cuando los agrimensores estaban acotando el perímetro del futuro centro urbano se les acabó la arena y emplearon harina en su lugar. En eso llegó una bandada de pájaros que devoró la harina y salió volando. Alejandro consideró este hecho como una mala señal de los dioses y llamó a sus augures para que lo interpretaran. Estos, conociendo el carácter irascible de su rey, decidieron interpretar el hecho como propiciatorio para la ciudad de manera que Alejandro quedara satisfecho y ellos salvaran sus vidas. Así que le dijeron: "Señor, la ciudad que has ordenado construir alimentará al mundo entero, y sus habitantes se dispersarán por la faz de la Tierra como lo hacen los pájaros que ahora vuelan sobre ella". Profético ¿verdad? Sobre todo teniendo en cuenta que de aquí sale el trigo del que se alimenta prácticamente todo el Imperio Romano.

Sabiendo que lo que decía Arsinoe era cierto, nos quedamos callados. Mientras seguíamos caminando por las interminables calles de Alejandría me preguntaba cómo los profetas, adivinos y augures eran capaces de acertar en sus predicciones. No en vano habían existido en todas las culturas. Babilonios, egipcios, persas e hindúes habían hecho uso de sus profecías para tomar las más importantes decisiones privadas y de estado. Incluso una cultura tan racional como la griega había consultado oráculos y adivinos antes de iniciar sus guerras o de decidir el lugar en que fundar sus ciudades. Todos ellos habían desarrollado la astrología con igual rigor que las matemáticas, considerándola una ciencia tan exacta como esta. ¿Cómo creernos entonces dueños de nuestro destino si ya los dioses lo tienen escrito? Como budhista sabía que Dios es la energía vital motor de la existencia y que todo lo que existe es impermanente y sin esencia. Por lo tanto no podía pensar que una energía sin voluntad pudiera regir el destino de nada ni de nadie. Esto me daba la

tranquilidad de pensar que sí era dueño de mi destino y que este era luchar contra el sufrimiento practicando el desapego. Pero este mismo desapego producía en mi la sensación de que mi vida estaba en manos de cadenas de decisiones de las que yo no participaba y que llamamos *Ley del Karma*. Ley que profetas y adivinos inexplicablemente logran descifrar en todas las épocas y culturas. ¿Es entonces nuestra existencia una mera ilusión producto de los cinco agregados y por lo tanto estamos obligados a buscar nuestra verdadera existencia en la meditación tomando consciencia de nuestra falta de esencia y deteniendo con ello la rueda del devenir o *samsara*? ¿Sería esa la única forma de no ser un juguete en manos de la *Ley del Karma*?. Inmerso en Alejandría, junto a Jacob y Darío, esta reflexión me resultaba difícil de creer.

- ¡Mirar aquella torre! -exclamó Darío-. ¡Medirá por lo menos un estadio de alto!

- No llega a tanto.... -dijo Arsinoe con indiferencia-. Es la torre de señales del puerto de la Isla de Pharos. ¿Nunca habíais oído hablar de ella? ¡Es una de las *Siete Maravillas del Mundo*!

Jacob, Darío y yo nos quedamos paralizados. No podíamos creer lo que veían nuestros ojos. La torre se alzaba hasta el cielo y dominaba toda la ciudad. Parecía imposible que la mano del hombre pudiera construir una obra tan alta sin que cayera empujada por mareas, vientos o tempestades. Arsinoe paro su carro junto a nosotros al ver que habíamos detenido nuestra marcha y nos habló de la torre.

- Tiene más de doscientos cincuenta años y se construyó por orden de Ptolomeo II para que los navegantes tuvieran un punto de referencia cuando sus naves se acercaban a Alejandría dado que por aquí, como podéis comprobar, no hay ninguna montaña.

- Mi padre me habló de esta Maravilla -dijo Jacob- pero vista de frente supera todo lo que yo había imaginado.

- Impresiona ¿verdad? -continuó Arsinoe-. Pues si os acercáis en la noche todavía impresiona más. En su cúspide prenden una hoguera cuya luz se proyecta con un juego de espejos de metal hasta más de doscientos cincuenta estadios de distancia.

Cuando nos recobramos de nuestro asombro seguimos nuestro camino por las calles de Alejandría, pavimentadas con losas de piedra caliza y flanqueadas por columnatas que separaban las aceras de las calzadas por las que transitábamos. Finalmente llegamos a la calle más grande que jamás habíamos visto, de unos noventa codos de ancho, con lujosas construcciones de piedra a ambos lados. Allí giramos en dirección al este y nos vimos envueltos en el bullicio más absoluto.

- Ya casi llegamos a la *politeuma* judía -nos dijo Arsinoe al percatarse de nuestro asombro y cansancio por lo interminable de las calles de aquella inmensa ciudad.

Caminamos unas cuadras más por la ancha *Vía Conópica*, giramos al norte y nos detuvimos. Nos encontrábamos en la *Politeuma* o barrio judío marcado con la letra griega delta. Arsinoe paró a un joven judío para preguntarle y este le dio la dirección exacta de la casa de Zenón, que por lo visto era

bien conocido por sus correligionarios. Al poco estábamos frente a su casa. Jacob se encargó de llamar a la puerta y salió un esclavo a recibirnos. En cuanto nos presentamos fue inmediatamente a buscar a su señor y al poco salió Zenón acompañado del mismo esclavo. Era un hombre mayor pero de aspecto recio y saludable. Se acercó a nosotros y de inmediato se abrazó a Jacob, percatándose por su indumentaria de que solo él podía ser el hijo del señor Mossa.

- ¡Joven Mossa! No te esperaba hasta dentro de unas semanas...

- Tuvimos mucha suerte en el viaje. Buenos vientos y el mejor de los barcos, el Mercurio, capitaneado por tu amigo Aquiles.

- ¡Os trajo Aquiles! Parece imposible de creer.

- Pues sí, pero solo hasta Myos Hormos. Por cierto, te manda muchos saludos y este mensaje: "El destino sí existe, y mi encuentro con estos muchachos es prueba de ello."

- ¡Aquiles Aquiles! Siempre igual. Él llama destino a la voluntad de *Yahvé*. ¿Quién sino podría haberos hecho subir a su barco? -replicó Zenón-. ¿Y quienes son tus compañeros?

- Son mis amigos. Deja que te los presente -Jacob nos cogió del brazo mirándonos según nos presentaba-. Él es Darío, moje budhista; y el más joven es Gurka, un novicio *samanera*.

Darío y yo hicimos una leve reverencia a la vez que nos zafábamos de Jacob. Zenón nos devolvió el saludo y se quedó mirando a Arsinoe, que aprovechó para presentarse.

- Distinguido señor, mi nombre es Arsinoe. En mi carro llevo las mercancías que le han traído de oriente sus amigos. ¿Dónde quiere que las descargue?

- ¡Simeón! -dijo Zenón dirigiéndose al esclavo que nos había abierto la puerta-. Llama a los criados para que acompañen a Arsinoe a los almacenes para descargar allí el lapislázuli y luego le pagas por sus servicios. Más tarde pasaré yo para ver la calidad de la piedra que nos envía el viejo Mossa -añadió sonriéndole a Jacob.

- Sí mi señor -respondió Simón y luego se retiró.

Zenón se percató de nuestro carretillo cargado con el arcón que contenía el Canon Pali y nos miró de manera inquisitoria.

- Se trata de una copia de nuestros textos sagrados -le dije-. La hemos traído para nuestra comunidad de Alejandría y no nos gustaría separarnos de ella.

- Está bien -contestó-, podéis entrarla en la casa.

Descargamos el Canon Pali y le devolvimos a Arsinoe su carretillo. Mientras lo acomodaba en su carro apareció Simón seguido de cuatro muchachos de edades similares a las nuestras. Nos despedimos de nuestro joven transportista y entramos en la casa de nuestro anfitrión cargando el

pesado arcón que depositamos en un cuarto junto a la entrada. La casa era muy amplia, de piedra y altos techos. Muy fresca en comparación con el calor de la calle que anunciaba la pronta llegada de la primavera. Jacob le entrego a Zenón la carta que su padre le había dado para él y este la leyó de inmediato. Cuando terminó se dirigió a Jacob.

- Tu padre me pide que cuide de vosotros, y me sugiere que te acoja en mi casa hasta que la situación política se estabilice en Gandhara con los Partos. Por mi no hay problema. Mi mujer ya murió y mis hijos se han casado así que vivo solo con los criados. Será un placer tenerte en casa - luego se dirigió a Darío y a mi-. Y si vosotros queréis quedaros también os ofrezco la hospitalidad de mi hogar.

- Se lo agradecemos mucho señor -respondió Darío-. Aceptamos su oferta hasta que encontremos a nuestra comunidad.

- En eso también puedo ayudaros. Suelo cruzarme con algún que otro monje budhista en la Gran Biblioteca así que no me costará conseguir las señas.

- Muchas gracias -contestamos Darío y yo a la vez.

Nos instalamos en casa de Zenón por varios días durante los cuales nos llevó a conocer los lugares más emblemáticos de Alejandría. Su impresionante torre de señales se alzaba en la isla de Pharos, que estaba situada frente al Gran Puerto. La isla hacía las veces de rompeolas natural para resguardar de las tormentas y tempestades de mar abierto a los barcos que atracaban en él. También protegía otro puerto denominado *Eunostos* o "del buen regreso", separado del primero por un dique de siete estadios de longitud denominado *Heptastadium*, que unía la isla con tierra firme. Junto al Gran Puerto se encontraba el *Brucheion* o distrito real en donde se habían construido varios palacios y el *Mousseum*. En los astilleros del puerto se construían barcos de guerra y comerciales de la mejor calidad siguiendo el diseño fenicio que tanto gustaba a Aquiles. En sus tinglados se cargaban y descargaban las más variadas mercancías con origen y destino a todo el Mundo conocido. Comprando y vendiendo estas mercancías es como Zenón había logrado amasar la fortuna que a su avanzada edad le permitía pasar más tiempo en la Gran Biblioteca leyendo y estudiando que en los almacenes del puerto negociando precios. Esa tarea la había delegado en su esclavo Simón, que se había convertido en su mano derecha, y solo en escasas ocasiones consultaba con su amo antes de cerrar un trato en su nombre. Extrañados como estábamos de que un judío tuviera un esclavo, un día Darío le preguntó al respecto.

- Si *Yahvé* creó a todos los hombres libres, ¿cómo es posible que un judío sea dueño de otro?

- Tienes razón hijo, pero nuestra *Torah*, que recoge las leyes que rigen las relaciones de un judío con su prójimo, regula también la esclavitud pues esta es una parte de la sociedad en la que vivimos. Y si estamos inmersos en ella para hacer negocios, también debemos estarlo para aceptar la esclavitud.

- Me parece una postura muy conveniente -dije yo.

- ¿Qué quieres decir? -me pregunto Zenón sin ocultar su malestar.

- Pues bueno, que es más fácil aceptar aquello que nos beneficia, aunque vaya en contra de nuestros principios, que rechazarlo.

- ¿Tu crees que tener un esclavo es beneficioso para un judío? Simón me sale más caro de mantener que tres o cuatro de mis criados libres, y además tengo que darle un techo. Y no solo eso, según nuestra Ley, si en esta casa sufriéramos escasez algún día, Simón tendría derecho a alimentarse antes que yo. Por eso entre nuestro pueblo se dice que "aquel que compra un esclavo, adquiere un patrón para sí mismo".

- Siendo así, todavía me cuesta más entender por qué se permite la esclavitud entre los judíos - insistió Darío.

- Sencillamente por que esta forma parte de las relaciones sociales entre las personas y los pueblos, nos guste o no.

- Lo mismo sucede en la India y allí los budhistas no tienen esclavos ni aceptan el complejo sistema de castas brahmánico que sitúa a unos hombres por encima de otros.

- Te voy a decir dos cosas hijo: Los budhistas no estáis inmersos en la sociedad pues vivís de la caridad ajena y por eso os podéis permitir criticar la esclavitud. Y por otra parte, os guste o no, siempre habrá unos hombres por encima de otros.

- Debes disculpar a mis amigos Zenón -terció Jacob viendo que nuestro anfitrión comenzaba a sentirse ofendido-. En Taxila Darío y Gurka participaron en muchas de nuestras celebraciones y coincidieron con casi todos los miembros de nuestra comunidad, entre los cuales ninguno tiene esclavos. De ahí su extrañeza al conocer tu relación con Simón, que parece más un hijo tuyo que tu esclavo.

- Es cierto -dijo Zenón, con el ánimo reconfortado tras las palabras de Jacob-. En realidad yo nunca quise tener un esclavo hasta que Simón se endeudó conmigo y solo pudo cancelar su deuda pagándome con su esclavitud. No tuve más remedio que aceptar, y tengo que reconocer que el trato ha acabado siendo beneficioso para ambos pues con mis hijos viviendo en Jerusalem no se que haría sin él. Por su parte, Simón seguro que no se siente mal conmigo pues el último año sabático pudo recuperar su libertad y prefirió quedarse conmigo, viéndose obligado a que se le perforara la oreja por ello.

- No comprendo -dije yo.

- Según nuestros Sabios, aquella oreja que oyó los Diez mandamientos y sabe que su Único dueño y Señor es *Yahvé*, pero aún así desea continuar sumisa a un hombre de carne y hueso, debe ser perforada -me aclaró Jacob, a cuyas palabras Zenón asintió.

En ciertos aspecto Zenón me recordaba a David Rehabi, padre de Miriam. Pero mientras esté aceptaba acabar sus años junto a un esclavo que atendiera sus asuntos, al señor Rehabi le parecía imposible poder aceptar que su hija le abandonara al final de sus días. Posiblemente esto era la consecuencia de vivir en una ciudad tan inmensa como Alejandría, en el centro del Mundo, en lugar de en una lejana y antigua colonia griega como Taxila. Sin duda la cultura era capaz de cambiar hasta las costumbres de un pueblo tan hermético y ancestral como el hebreo. Estaba seguro de que Miriam en Alejandría habría gozado de la libertad que ansiaba disfrutar en Taxila. Aquí había personas de todas las religiones y culturas conviviendo en paz y armonía. Griegos, romanos, egipcios, judíos y gentes venidas de todas partes del mundo daban a esta ciudad una vitalidad imposible de encontrar en ningún otro lugar. Y en el centro de este enjambre cultural se encontraba su biblioteca.

La Gran Biblioteca se hallaba cerca de casa de Zenón, al este del Gran Puerto, en el *Brucheion* o Distrito Real. En este barrio la dinastía de los Ptolomeos, descendientes del general que había acompañado a Alejandro Magno en sus conquistas, habían construido un complejo cultural formado por el *Mousseum* y la Gran Biblioteca a la que estaba interconectado. Este santuario de la cultura acogía un zoológico y un jardín en donde se podían observar animales y plantas traídas de todo el Mundo. Además contaba con una gran sala de reuniones y con un laboratorio. Las salas dedicadas a la biblioteca se habían convertido en las más importantes pues desde hacía cientos de años los Ptolomeos habían dedicado grandes cantidades de dinero a su conservación y a la adquisición y copia en papiro y pergamino de volúmenes de todo el Mundo. En total acogía casi novecientos mil volúmenes perfectamente catalogados con un sistema de clasificación por autores y temas denominado *pinakes*. Para el cuidado de tan ingente material trabajaban más de cien personas. Todos eruditos con amplios conocimientos de poesía y filosofía dirigidos por Aristarko, el Bibliotecario Principal y buen amigo de Zenón. Además de las salas dedicadas a los volúmenes, la Gran Biblioteca contaba con varias salas de conferencias con capacidad para acoger a cientos de estudiantes, en las que los bibliotecarios impartían lecciones sobre los más diversos temas.

Durante nuestra primera visita a la biblioteca acompañamos a Zenón a una conferencia impartida por Aristarko sobre la obra de Aristóteles. Cuando termino su disertación, Zenón se acercó a él para presentarnos.

- Mi querido Aristarko has estado genial, como siempre. Permíteme presentarte a unos huéspedes venidos de Oriente que tengo alojados en mi casa. Él es Jacob, hijo de un amigo mío que vive en Gandhara; y estos son Darío y Gurka, amigos suyos y antiguos compañeros de estudios en un monasterio de Taxila.

- Y ¿qué os ha traído hasta nuestra ciudad? -nos preguntó.

- Yo vine acompañando una carga de lapislázuli para el señor Zenón -contestó Jacob-, pero mi padre también quiere que aproveche este viaje para aprender cómo se hacen los negocios por aquí y

para visitar el Templo de Jerusalem. Algo que todo judío que se precie, si puede, debería de hacer por lo menos una vez en su vida.

- ¿Y vosotros? -nos preguntó dirigiéndose a Darío- ¿De qué religión sois?

- Somos budhistas señor. Hemos venido a traer una copia de nuestros textos sagrados a la congregación budhista que se estableció hace años en Alejandría -contestó Darío.

- ¿De qué textos estás hablando? -se interesó Aristarko.

- Del Canon Pali señor. Recoge las enseñanzas de nuestro maestro Budha.

- Nunca había oído hablar de él. ¿Podrías traérmelo algún día para verlo?

Darío me miró como indicándome que le contestara yo y así lo hice.

- En realidad señor, se trata de más de cuarenta volúmenes transcritos en pequeñas láminas de corteza de abedul por lo que supone un peso considerable. Y además está escrito en Pali.

- Por el peso no te preocupes pues te enviaré a dos de mis asistentes, pero el Pali es una lengua que desconozco por completo.

- Es un dialecto del sánscrito señor -le dije.

- ¿Del sánscrito dices? Venir conmigo.

Aristarko nos llevó por un pasillo hasta una sala en donde más de diez copistas realizaban su trabajo. De ahí pasamos a otra sala similar en donde se realizaba la misma actividad, y de esta a una tercera en donde nos acercamos a uno de los escribas que detuvo su trabajo en cuanto se percató de la presencia de Aristarko. Era de mediana edad, pelo negro y piel oscura, con aspecto de ser hindú.

- Él es Khema, nuestro escriba más experto en lenguas orientales y con excelentes conocimientos de sánscrito, hasta donde yo se -se sonrió y le preguntó a Khema-. Khema, estos amigos vienen de Gandhara con una copia de los textos sagrados budhistas escrita en Pali. ¿Conoces esa lengua? Me dicen que es un dialecto del sánscrito.

- ¿Traéis una copia del Canon Pali?

Nos preguntó con excitación a lo que respondimos con un movimiento afirmativo de cabeza.

- ¿Conoces la obra? -le preguntó Aristarko contagiado por su interés.

- Sí señor, y puedo asegurar que no se encuentra entre nuestros fondos. Es la obra fundamental del budhismo y sería imperdonable no transcribirla. Lamentablemente mis conocimientos de Pali son muy limitados y no me atrevería a traducirla al Griego como hemos hecho con el resto de nuestros volúmenes orientales.

- Entonces tendremos que ver esa obra y buscar a alguien que la pueda traducir -dijo Aristarko.

- Yo conozco a un monje budhista con buenos conocimientos de Pali que nos podría ayudar. Ya es un poco viejo y su vista está cansada, pero nos podría ayudar -dijo Khema-. Se llama Bodhi pero le llaman Swami Bodhi.

- ¿Sabes dónde vive? -le preguntó Darío- Hace pocos días que llegamos a Alejandría y todavía no hemos tenido ocasión de contactar con nuestra comunidad. Cuando salimos de Taxila pensamos que con dar un paseo por la ciudad y preguntar la localizaríamos. Jamás imaginamos que Alejandría fuera tan inmensa.

- Eso suele pasar -dijo Khema sonriendo-. La Comunidad budhista está situada cerca del *Serapium*. Allí seguro que encontráis a Swami Bodhi.

- Mañana mismo visitaremos el *Serapium* y buscaremos a vuestro monje -dijo Zenón.

- Yo también quisiera hablar con él para conseguir una copia de esos textos -añadió Aristarko-. Lastima que tras la ocupación romana se haya dejado de aplicar la ley que requisaba todos los textos que llegaban a la ciudad tal y como se hacía en los tiempos ptoloméicos...

Dejamos a Khema seguir con su trabajo y nos despedimos de Aristarko con nuestra promesa de regresar en cuanto hubiéramos hablado con Swami Bodhi. Nos comprometimos a hacer todo lo posible para facilitarle la obtención de una copia del Canon Pali.

A la mañana siguiente nos dirigimos al *Serapium*. Templo erigido en honor al dios Serapis, patrón y custodio de Alejandría. Cuando llegamos, y antes de buscar la Comunidad budhista, Jacob y yo quisimos visitar el edificio por su hermosa factura. Al entrar lo primero que nos llamó la atención fue la imagen netamente griega que dominaba el santuario.

- ¡Pero si es Zeus! -exclamó Jacob.

- No Jacob. Fíjate en el Can Cerbero de tres cabezas, en la serpiente, y en el *modius* para medir grano que simboliza el inframundo. Este es Hades -dije yo.

- Os equivocáis los dos -nos corrigió Zenón-, es *Serapis*, Dios creado por los Ptolomeos a partir de las deidades egipcias Osiris y Apis al que le dieron características de los dioses griegos.

- Y con tantos dioses que tienen egipcios y griegos, ¿por qué crear uno nuevo? - preguntó Darío.

- El hombre siempre esta dispuesto a crear nuevos dioses cuando necesita de ellos. En este caso Ptolomeo I, que tras la Muerte de Alejandro logró proclamarse faraón de Egipto, buscó la manera de ganarse el favor que los gobernantes persas jamás tuvieron antes de ser derrotados por los macedonios. Consideró el gran error de los persas su desprecio por la milenaria tradición religiosa egipcia y se propuso no cometerlo él. Así decidió buscar una deidad que pudiera ser aceptada tanto por las clases dominantes griegas como por los sacerdotes y funcionarios egipcios - Zenón nos fue

contando la historia mientras paseábamos por el templo-. Sabía que los griegos nunca aceptarían dioses con formas animales, tales como peces o bueyes, así que eligió uno con figura humana que fue proclamado el equivalente de las más veneradas divinidades egipcias, a saber: el buey Apis, dios solar correspondiente a Zeus; y Osiris, dios del inframundo correspondiente a Hades. De la conjunción de ambos vocablos surgió la denominación de Serapis para la nueva deidad.

- Y ¿cómo logró esa proclamación? -preguntó Jacob.

- Ptolomeo Sóter fue un hombre muy inteligente. De hecho a él debemos la fundación del *Mousseum* y su Gran Biblioteca -prosiguió Zenón-. Hizo correr el rumor de que encontró la imagen en La Cólquida, y que el desconocido Dios le ordenó que la robase y la llevase a Alejandría de forma similar a como Jasón había hecho con el Vello de Oro siglos antes. Cuando la imagen llegó a Alejandría escogió cuidadosamente a dos sacerdotes que determinaron que se trataba de Serapis. Uno pertenecía a una antigua familia sacerdotal griega y el otro era un eminente sacerdote egipcio, ambos muy respetados entre sus respectivos pueblos. No podría haber ofrecido prueba más creíble de autenticidad y con ella logro que griegos y egipcios tuvieran un Dios común que les diera unidad.

Nos quedamos frente a la imagen de Serapis observando cómo la gente se acercaba a ella haciéndole ofrendas. Ni judíos ni budhistas creíamos en la adoración de imágenes así que nos resultaba curioso el ver cómo la gente expresaba sus sentimientos religiosos con regalos a una imagen de piedra.

- Las imágenes de Budha que tenemos en nuestro monasterio de Taxila son similares a esta de Serapis, pero no puedo imaginarme al venerable Nagasena ofreciéndole una gallina o unas monedas -dije.

Jacob y Darío se rieron de manera contenida al formar en sus mentes la imagen de lo que yo decía, pero Zenón los hizo callar de inmediato.

- ¡Silencio! -dijo en voz baja-. O es que queréis que nos expulsen de aquí a patadas.

En efecto, las risas de Jacob y Darío llamaron la atención de uno de los sacerdotes, que se acercó a nosotros.

- ¿Desean algo? -nos preguntó.

- Disculpe a mis amigos procedentes del lejano Oriente que desconocen nuestras costumbres -contestó Zenón-. Estamos buscando la comunidad budhista, y como no la hemos encontrado hemos entrado a visitar el templo. ¿Usted sabe dónde está esa comunidad? Sus miembros visten de manera similar a mis dos amigos -le preguntó señalándonos a Darío y a mi.

- Es el edificio frente a la parte posterior del templo -contestó seriamente-. Pueden salir por aquí. Yo les acompaño.

Atravesamos el *Serapium* pasando junto a la Pequeña Biblioteca que Ptolomeo III había mandado construir dentro del recinto para almacenar en un lugar más seco, alejado del mar, el exceso de volúmenes de la Gran Biblioteca. Salimos por una pequeña puerta y el sacerdote nos indicó el lugar que buscábamos.

Cruzamos la calzada y entramos en el edificio que albergaba la comunidad budhista. Nos recibió un joven monje con la cabeza rapada y vestido con ropas de color azafrán, similares a las nuestras pero de mejor calidad. Darío se adelantó, saludó juntando las palmas de sus manos junto a su pecho y le preguntó.

- ¿Se encuentra el venerable Swami Bodhi?
- ¿A quién debo anunciar?
- Nos envía el Venerable Nagasena de Jaulian, en Gandhara.
- Pasen por favor. Ahora le aviso.

Entramos en una gran casa de piedra de dos pisos con un amplio patio interior. Tan grande como la de Zenón pero mucho más austera en su decoración. Nos sentamos en un banco de piedra esperando a que apareciera Swami Bodhi por el pasillo por el que había desaparecido el joven *bhikkhu*. Al poco vimos acercarse a un hombre de fuerte complexión pero escasa estatura, de unos sesenta años de edad y expresión afable, con la cabeza rapada y vistiendo una túnica de color amarillo con una toga de color rojo por encima. Nos pusimos en pie y al ver la vestimenta de Darío se dirigió directamente a él.

- ¡Mis amigos de Jaulian! ¡No os esperábamos tan pronto!

- Llegamos hace una semana escasa pero no sabíamos dónde localizaros -respondió Darío-. Mi nombre es Darío y este joven *samanera* es Gurka. Ellos son Jacob, que nos ha acompañado desde Taxila, y nuestro actual anfitrión, Zenón, comerciante perteneciente a la comunidad judía.

- ¡Mucho gusto! Permítanme ofrecerles algo de comer. Siempre se disfruta más de una conversación ante un buen plato de comida ¿no es verdad? -nos dijo juntando sus manos y agachando la cabeza con una sonrisa a la que no nos quedó más remedio que corresponder.

Le seguimos a través del corredor que rodeaba el patio interior hasta el otro extremo de la casa.

- Bonita casa -dijo Jacob.

- Sí que lo es. Nos la regaló hace unos quince años un pretor romano caído en desgracia tras la muerte del Emperador Augusto. Cuando fue llamado a Roma ante Tiberio temía por su vida y prefirió entregárnosla a nosotros antes de que cayera en manos de la administración romana.

- Buen regalo pues -reiteró Jacob.

- Así se lo hice saber cuando nos la ofreció, pero replicó que mejor regalo había sido para él recibir de nosotros las enseñanzas en meditación que le dimos. Esa fue la prueba definitiva de que nos regalaba su casa de corazón por lo que no había motivo para rechazarla.

- Y ¿qué fue del Pretor? -preguntó Zenón, sorprendido de que alguien pudiera regalar una casa como aquella a cambio de unas lecciones.

- No hemos sabido nada de él desde entonces. Posiblemente murió ajusticiado como él se temía.

- ¿Y ya renació? -preguntó Zenón con cierto tono de ironía por el que recibió nuestras más severas miradas-. ¡No me miréis así! Si creéis en la reencarnación, perfectamente se le podría haber localizado en su nueva vida después de quince años ¿no? Tal vez quiera recuperar su casa...

Swami Bodhi no hizo caso de las ironías jocosas de Zenón y dijo.

- Una gota de agua, cuando cae al mar desaparece en el mar para alimentar al mismo mar, que en realidad no es más que un conjunto de infinito número de gotas. De la misma manera la energía del hombre alimenta la rueda del *samsara* cuando muere. Pero esta energía no tiene una esencia única y permanente. Es como una gota de agua, sin alma. Así como la gota que desaparece en el mar para convertirse en mar no puede ser considerada esa misma gota cuando sale del mar sino una nueva gota, tampoco un nuevo ser recién nacido puede considerarse la misma persona que murió anteriormente. La reencarnación, mi querido amigo, no puede entenderse como el paso del alma de un moribundo al cuerpo de un recién nacido. Así la entienden los pitagóricos y en cierto modo también la religión brahmánica. Nosotros los budhistas la entendemos como la manera en que la energía que mueve el mundo alimenta la vida en el ciclo eterno de muerte y nacimiento. Cuando una gota se evapora desaparece del mar. Eso es lo que nosotros tratamos de hacer, desaparecer para dejar de alimentar ese ciclo y por tanto ayudar a extinguir el sufrimiento que produce la existencia. Y nuestra arma para conseguirlo es la meditación.

La disertación de Swami Bodhi enmudeció por unos momentos a Zenón, que parecía reflexionar sobre la explicación recibida y finalmente dijo.

- Mi idea de la reencarnación, en efecto, era más cercana a la concepción pitagórica que a la budhista que tan brillantemente acabas de exponer y sobre la que no tengo más remedio que aceptar mi ignorancia. La idea judía de la existencia es lineal y no cíclica, por lo que me cuesta mucho aceptar vuestra concepción. Sin embargo, sí me gustaría probar esa arma de la que hablas y que debe de ser muy poderosa si os ha valido la donación de una casa como esta.

- Nuestro Centro está abierto a todo el que esté interesado en nuestra religión, en nuestra cultura o en nuestras actividades. Si quieres venir a visitarnos y meditar con nosotros, tranquilo que no tienes que donarnos ninguna casa. -y dicho esto rompió a reír abiertamente contagiando a Zenón.

Llegamos al comedor y nos sentamos en el suelo junto a una mesa. Swami Bodhi hizo traer algunos almohadones al percatarse de la manifiesta incomodidad de Zenón. Nos sirvieron unos cuencos con sémola de trigo y verduras cocidas. Swami Bodhi inició la conversación.

- Entonces el venerable Nagasena os envió a Alejandría sin facilitaros nuestra dirección...

- Solo nos dijo que trajéramos una copia del Canon Pali a vuestra comunidad. Nosotros pensábamos que en cualquier ciudad de Occidente una congregación budhista llamaría tanto la atención que sería muy conocida, y a cualquiera que le preguntáramos nos facilitaría vuestras señas. Pero jamás se nos ocurrió pensar que Alejandría fuera la ciudad tan inmensa que es -respondió Darío.

- Seguro que tampoco lo pensó así el Venerable. O puede que quizás si pues de hecho no os a costado tanto localizarnos ¿verdad?

- La verdad es que no -continuó Darío-, apenas hemos tenido tiempo de descansar. Ayer, en nuestra primera visita a la Gran Biblioteca, un joven escribano nos habló de ti y por eso estamos aquí.

- ¡A eso le llamo yo tener buen karma! -afirmó Swami Bodhi con una sonrisa de oreja a oreja.

- ¿Y no nos vas a preguntar por la copia del Canon Pali? -le pregunté yo, casi molesto por la indiferencia mostrada hasta ese momento por la causa principal de nuestro largo viaje.

- No hace falta. Ya se que ha llegado bien y se encuentra en casa de vuestro amigo Zenón.

- ¿Cómo lo sabes? - preguntó Zenón con verdadera sorpresa.

- Mi querido amigo, cuando uno lleva tantos años practicando meditación desarrolla su intuición hasta límites insospechados -le contestó a Zenón, y luego se dirigió a mi-. Si la copia hubiera llegado mal o se hubiera extraviado por el camino, habría sido lo primero que me habríais contado nada más llegar ¿verdad? Y si estáis en casa de vuestro amigo judío seguro que allí tiene que descansar también el Canon Pali. Pero además...

En este punto Swami Bodhi hizo una pausa dramática, sonrió, miró fijamente a Zenón y continuó.

-Ayer en la noche vino a verme Khema y me contó toda vuestra conversación con Aristarko -dicho lo cual comenzó a reírse abiertamente con una risa que se nos contagió de inmediato.

En cuanto nos calmamos, Zenón tomo el hilo de la conversación.

- Entonces ya sabrás el interés que tiene mi amigo Aristarko en que le hagáis una copia del Canon Pali para los fondos de la Gran Biblioteca.

- De eso estuve hablando con Khema, pero por desgracia yo no puedo ocuparme. Mi vista está muy cansada para realizar una labor de ese tipo. Khema se ofreció a ayudarme, pero mis

obligaciones en esta casa no me dejan demasiado tiempo libre como para poder trabajar en una tarea de tanta importancia.

Nos quedamos en silencio meditando sobre sus palabras, y como un rayo de luz llegó hasta mi mi abuelo. La manera en que me había estado preparando durante mis últimos largos meses en Jaulian; cómo me había puesto a trabajar en la traducción mental al griego de nuestro Canon; cómo me había liberado de muchas otras tareas del Monasterio para mantenerme ocupado en esta. Todas esas horas y todo ese esfuerzo ahora cobraban sentido. La broma sobre la intuición minuciosamente preparada por Swami Bodhi no era más que eso, una broma. Pero en realidad Swami Bodhi sabía que era cierto, que la meditación ayuda a desarrollar la intuición de una manera asombrosa. ¿Cómo sino el Venerable Nagasena sabía que encontraríamos sin problemas a nuestra comunidad en una urbe tan inmensa como Alejandría? ¿Cómo mi abuelo, Swami Eliano, sabía que necesitaría ejercitar mis dotes de traductor antes incluso de saber que tendría que realizar este viaje? La intuición era la única respuesta. Puede que adivinos y augures también llegaran a desarrollar sus habilidades a partir de técnicas similares a las de meditación.

- Yo podría hacerlo -dije ante el asombro de todos.

- ¿Por qué dices eso hijo? -me preguntó Swami Bodhi.

- Mi abuelo, Swami Eliano, me preparó para hacer está traducción. Ahora lo sé. En mi familia hay una gran tradición de copistas. Mi tatarabuelo, Swami Kapalamendi, participó en el Cuarto Concilio Budhista celebrado en la Isla de Tamirabarani en dónde transcribió directamente los discursos y citas recitados por los congregados a la primera copia del Canon Pali de que dispusimos en Jaulian, y una de las cien primeras en ver la luz.

- Así que tu abuelo estuvo en mis tierras participando en el Cuarto Concilio budhista... Es un verdadero honor conocerte joven Gurka -me dijo Swami Bodhi saludándome con una leve inclinación de cabeza-. Yo nací y me crié precisamente en Tamirabarani. Luego viajé por la costa de la India hasta llegar a un puerto romano en desde decidí embarcarme rumbo a Occidente sin realmente saber muy bien por qué. Supongo que cuando uno es joven quiere viajar y conocer mundo ¿verdad?

Por un momento Swami Bodhi se quedó perdido en su propio pasado con un dejo de melancolía en su mirada, tras lo cual inició una conversación conmigo en Pali preguntándome sobre mi tatarabuelo, mi abuelo, detalles sobre mi familia y sobre mi preparación en Jaulian. Luego pasó a hablarme en sánscrito sobre mis técnicas de escritura y los materiales sobre los que había escrito. Finalmente volvió a hablarme en griego.

- Está bien, no creo que tengas problemas para llevar a cabo la traducción. Pero debes de saber que va a ser un trabajo muy costoso, que podría demorarte años.

- Estoy dispuesto a asumirlo -dije sin vacilar ni un momento.

Darío, Jacob y sobre todo Zenón no salían de su sorpresa.

- Bien muchacho -me dijo Zenón-. Si de verdad estás dispuesto a llevar a cabo esa traducción, hablaré con Aristarko. En las instalaciones del *Mousseum* tienen una residencia para acoger a eruditos, profesores y traductores. Si quieres permanecer en mi casa por mi no hay problema, pero si quieres vivir en la Gran Biblioteca seguro que conseguirás alojamiento. Por lo que yo se a Aristarko le gusta tener a su gente a su disposición así que le encantará alojarte en su Centro.

- Es usted muy amable señor. Hablaremos con Aristarco. Pero en todo caso Darío y yo pensábamos abandonar su casa en cuanto localizáramos nuestra comunidad en Alejandría y ya estamos aquí -contesté.

- Ya hemos abusado bastante de su hospitalidad -añadió Darío-. Nuestro sitio está con nuestra comunidad, si Swami Bodhi no tiene inconveniente...

- Por supuesto que no. Desde que supimos que vendríaís tenemos previsto instalaros aquí para que nos ayudéis en lo mucho que hay por hacer en Alejandría. Pero si Gurka se dedica a traducir nuestros textos sagrados en la Gran Biblioteca, ese sería el mejor lugar para alojarse; y ese sería el trabajo más importante que podría hacer por nosotros pues nos facilitaría mucho la divulgación de nuestro mensaje. De hecho, desde el mismo momento en que solicitamos una copia del Canon Pali a Jaulian teníamos pensado buscar la mejor manera de traducirla al Griego. Pero aquí no contamos con los medios de que cuenta La Gran Biblioteca así que ha sido una suerte que Aristarko se haya interesado en obtener esa copia -luego miró a Darío con complacencia y añadió-. Y si tu te quedas, por lo menos tendremos a un verdadero monje gandharí con nosotros para que nos hable de Jaulian y Gandhara.

Nos despedimos de Swami Bodhi como si lo conociéramos de toda la vida y salimos del centro budhista con la sensación de que nuestra estancia en Alejandría no podía haber comenzado mejor.

## Aristarko

A la mañana siguiente nos despedimos de Darío, que se mudó al centro budhista, más conocido como "La Casa del Pretor". Más tarde Jacob, Zenón y yo nos dirigimos a la Gran Biblioteca para hablar con Aristarko. Le contamos nuestra conversación con Swami Bodhi y aproveché para ofrecerme a realizar la traducción del Canon Pali yo mismo. Le entregamos la copia y él la revisó con gran interés. Hizo llamar a Khema y en su presencia me hizo varias preguntas sobre las láminas de corteza de abedul en que estaba escrito el texto así como sobre las tinturas empleadas. Luego se interesó en el tipo de caracteres del Pali y su relación con el sánscrito. Finalmente me pidió que le leyera algunas láminas y que se las tradujera al griego. Miró a Khema que con una sola mirada le dio su aprobación y dijo.

- Querido Gurka, bienvenido a La Gran Biblioteca. Pensamos que estás cualificado para realizar la traducción, pero siempre que se contrata un nuevo traductor lo ponemos a prueba durante unas semanas -me sonrió y luego prosiguió explicándome las condiciones-. Si quieres quedarte a vivir aquí, en el *Mousseum*, disponemos de habitaciones para los escribas, traductores y profesores que nos visitan desde todas las partes del Mundo. Eso te permitiría poder dedicarte a tu trabajo sin distracciones. Considero que es lo más conveniente. Además de tu manutención, claro está, también recibirás una pequeña asignación económica, ¿qué te parece?

- Me siento muy honrado señor. Espero no defraudarle -contesté realizando una leve inclinación de cabeza.

Jacob me abrazó con una mezcla de orgullo y tristeza. Sabía de mi interés desde siempre por los textos, los idiomas y las traducciones. Y era consciente de que ningún lugar era más importante y prestigioso en ese campo como La Gran Biblioteca de Alejandría, en donde se trataba de recopilar el conocimiento de todos los pueblos y culturas del mundo transmitido de generación en generación a través de sus textos. Y yo, uno de sus mejores amigos, acababa de ser aceptado para trabajar allí. Sin embargo esto suponía que nos tendríamos que separar, lo que le producía cierto pesar. En el mismo día se veía privado tanto de la compañía de Darío como de la mía. Y aunque desde el comienzo de nuestro viaje sabíamos que esto tendría que suceder antes o después, llegado el momento Jacob no pudo evitar sentirse triste por ello. A Darío y a mi, quizás por nuestra educación budhista con énfasis en el desapego, no nos afectó en nada nuestra separación. Más bien nos alegró pues supuso para nosotros un cambio estimulante. En el caso de Jacob, Zenón tenía pensado que le ayudara en sus negocios tal y como le solicitaba el señor Mossa, y también que participara en el Centro de Estudios Hebreos de la Gran Sinagoga de la ciudad. De seguro estaría muy ocupado. Pese a ello no le resultaba tan fácil separarse de sus amigos como a nosotros. Por eso le dije mientras me abrazaba.

- Puedes venir a verme siempre que quieras. La casa de Zenón está cerca de aquí así que también yo iré a visitarte. ¡No te preocupes que no te librarás de mí fácilmente!

Se separó de mí con una sonrisa y se despidió de Aristarko y Khema abandonando la Biblioteca junto a Zenón. Mi nuevo rector ordenó que trasladaran el Canon Pali al almacén en donde se clasificaban y guardaban todos los volúmenes. Luego me acompañó a mis aposentos. Allí me acosté un rato y luego dediqué más de una hora a la meditación.

Tras adoptar una cómoda postura, con las piernas cruzadas y la espalda recta, relajé todos mis músculos lo mejor que pude y atemperé el ritmo de mi respiración al máximo tomando consciencia de la entrada del aire frío a través de mis fosas nasales y la salida del mismo aire calentado por mis pulmones y llevándose mis pensamientos al exterior hasta dejar mi cabeza hueca, vacía. Ese vacío lo fui llenando con diversas ideas en las que concentraba por largos minutos toda mi consciencia. La primera idea en la que me concentré fue mi nueva condición. Nunca antes había dispuesto de un aposento propio. En casa de Zenón compartía estancia con Darío, y en Jaulian, como *samanera*, había compartido mi espacio de descanso con el resto de novicios. Mi nuevo cargo de traductor y escriba suponía para mí alcanzar la condición de persona adulta, algo que en Jaulian solo se podría lograr ordenándose monje. Me sorprendió el placer que me producía mi nueva situación. Pese a la educación para la renuncia que había recibido en el monasterio, los privilegios de espacio y autonomía que acababa de conseguir me eran en extremo gratificantes. Había logrado el poder con el que soñaba de pequeño y que mi abuelo había reconducido hacia la erudición y el autocontrol mental. Acababa de convertirme en escriba del mayor centro de estudios lingüísticos del Mundo a la edad de diecinueve años. La misma con la que mi héroe de infancia, Alejandro Magno, había sido proclamado rey. Eso me llenaba de orgullo.

Esta idea me llevó a pensar en Miriam y en lo mucho que me gustaría poder compartir mi nueva condición con ella. No pude dejar de imaginármela a mi lado en mi primer cuarto propio, susurrándome al oído palabras de aliento y de felicitación por conseguir entrar a trabajar en la Gran Biblioteca de Alejandría. Como buena hebrea que era sabía lo mucho que valoraba este tipo de logros y tenía la absoluta convicción de que la noticia sobre mi puesto de escriba abriría sus piernas con más facilidad que la más esmerada de mis caricias o el más apreciado de los perfumes. Podía sentirla cerca de mí, paseando su lengua por mi oreja entre susurros de alabanzas y amor. Sentí sus manos acariciando mi cuerpo inmóvil en la postura de meditación, bajando hasta alcanzar mi *lingam* que de inmediato reaccionó con una poderosa erección. Mi respiración trató de acelerarse pero logré controlarla gracias a los muchos años de entrenamiento en la sala de meditación de Jaulian. Miriam se situó frente a mí y se despojó de su túnica con un movimiento ágil y preciso mientras se sentaba entre mis piernas cruzadas e inmóviles. Mi falo la penetró como una daga y pude sentirlo en su interior húmedo y caliente. Sus piernas me rodearon por detrás, apretando sus pantorrillas contra la parte baja de mi espalda. Sus brazos me envolvieron con la misma presión que sus piernas, estrechando sus pechos contra mí torso hasta que sentí su piel fundirse con la mía. Su imagen desaparecía de mi cabeza a la vez que un agradable cosquilleo me recorría dejándome una infinita sensación de paz.

Esa paz dibujó en mi interior la imagen del venerable Nagasena en su inmóvil postura de meditación arropado por su túnica. Vino a mi la sensación de paz que me transmitía la sola contemplación de su figura, al igual que me había sucedido durante los muchos años que en Jaulian compartí a diario la meditación de la tarde con él. Me sentí más sereno y relajado. En ese momento la imagen del venerable abrió sus ojos y leí en su mirada una idea a la que puse estas palabras: "Ya estás en Occidente. Búscame. Te estoy esperando". Las sentí como la continuación de las que había pronunciado el día de mi partida tres meses antes. Dejé que la idea de estar junto a mi maestro me inundara de forma similar a como lo había hecho la idea de estar junto a Miriam. Pero en esta ocasión mi piel no se cargó de sensaciones. Sin embargo, el vacío que había abierto dentro de mi cabeza en donde se proyectaban mis ideas e imágenes se fue agrandando poco a poco dejándome con la sensación de estar completamente hueco por dentro. Como si todo mi cuerpo fuera un gran pulmón que se llenaba de aire con cada nueva inspiración y se vaciaba completamente al expirar.

La sensación de paz me poseyó de la manera más absoluta y logré dominarla el tiempo suficiente como para dirigirla a la idea de lograr concluir la mejor traducción posible del Canon Pali al griego. Con esa convicción instalada en cada átomo de mi, salí poco a poco de mi estado de meditación.

A la mañana siguiente me presenté en una sala que hacia las veces de comedor en donde nos sirvieron un desayuno consistente en leche, pan recién horneado y dátiles. Cuando llegó Khema se acercó a mi mesa y me dijo.

- Aristarko me ha pedido que me ocupe de ti. Que te enseñe las rutinas que seguimos en el *Mousseum* y que te explique cómo trabajar con los rollos de papiro, así que no vas a tener más remedio que soportarme -al ver que no reía su gracia continuó más serio-. Pero tranquilo que será solo durante los primeros días. Nunca dudes en preguntarme cualquier cosa por estúpida que te parezca.

- Muchas gracias -le dije.

- Este es un buen lugar para vivir y trabajar, siempre que te gusten los libros claro. Será un placer colaborar con alguien venido de la India como yo. Lo primero que has de saber es que aquí se te facilitará todo lo necesario para que estés cómodo y no tengas que preocuparte más que por tu trabajo. El puesto de escriba es muy prestigioso. Y más si tu trabajo es de traductor. Tu comida, tu ropa, la limpieza de tus aposentos... todo corre por cuenta de los fondos de la Biblioteca así que puedes visitar a los costureros cuando quieras. Yo te acompañaré.

- Gracias, pero de momento prefiero vestir con mis ropas de *samanera* -contesté.

- Puedes hacer lo que quieras, pero yo te aconsejo que vistas las túnicas helenas que aquí se te proporcionan. Son un distintivo de nuestro rango y despreciarlas es un gesto de desagrado a tu nueva condición. Además, complicarás mucho el trabajo de los lavaderos -luego me miró largamente y añadió-. Mira Gurka, el destino te a elegido para realizar un trabajo muy importante al que te vas a tener que dedicar en cuerpo y alma. Esto te obligará a dejar de lado muchas de tus

costumbres y normas budhistas. Pero esto no es nada grave sino todo lo contrario. De tu trabajo se beneficiará mucha gente en Occidente así que bien vale la pena hacer este pequeño sacrificio. Además, tampoco te has ordenado monje así que no estás infringiendo ningún voto.

Aunque en el fondo de mi corazón sabía que Khema tenía razón, preferí no hablar con él de ese asunto así que cambié de tema.

- Ya sabes que yo procedo del noroeste de la India. De Taxila, en Gandhara. ¿De dónde procedes tu? -le pregunté mientras le ofrecía un pedazo de pan, que rechazó.

- De Benarés. Desde pequeño trabajé como criado en el Monasterio en donde me dejaron abandonado mis padres. Allí los monjes me criaron y me permitieron estudiar con ellos. Cuando crecí lo suficiente decidí abandonar el lugar. Esa vida no era para mí. Me gustan demasiado las mujeres - me miró con cara de picardía antes de proseguir su historia-. Viajé por la India hasta que llegue al puerto de Byzantium en las costas del Mar de Eritrea. Allí me embarqué en una *oneraria* que estaba buscando tripulación para llevar una carga de especias con destino a Barygaza. Una vez arribamos a nuestro destino me convencieron para que realizara la travesía a Occidente hablándome de las maravillas de estas tierras, y la verdad es que no me arrepiento de haber aceptado su oferta. Este es un lugar único en el Mundo y es un privilegio poder trabajar para Aristarko.

- Sí, también yo lo creo -tras dar un largo sorbo de leche a mi tazón le pregunté-. Y ¿qué religión se profesaba en el Monasterio en que te criaste?

- La de los brahmanes. Estudiábamos los Vedas en sánscrito -me miró y comprendió el verdadero significado de mi pregunta-. Pero en Alejandría, revisando diversos volúmenes de esta biblioteca y escuchando diversos discursos de oradores griegos y judíos, he llegado a la conclusión de que todas las religiones son una. Creas en el Dios que creas, si amas a tu prójimo adoras a tu Dios todo lo demás es superfluo.

Las palabras de Khema produjeron en mí una agradable sensación de regocijo. Me causaba gran placer saber que el ambiente cultural de Alejandría; con la mayor acumulación de saber que jamás el hombre había logrado concentrar en un solo lugar; con la multitud de personas venidas de todos los confines del mundo; con la visita constante de sabios, oradores y eruditos; con templos para el culto a los más diversos dioses orientales y occidentales; había conseguido una tolerancia ejemplar como la que Khema demostraba en su sincretismo. Formado como yo lo estaba dentro de la cultura helena, aunque con la espiritualidad budhista, el saber que existía un lugar en el mundo en el que se antepone la razón al fanatismo me hacía sentir una fe renovada en el ser humano. Mi formación ecléctica no era única. En Alejandría parecía repetirse de diferentes maneras. Mi compañero había descubierto por sí solo lo que en Jaulian muchos novicios jamás llegaban a comprender después de años de formación. Al igual que Khema, tenía mis dudas sobre la conveniencia de la vida monástica para mí. La búsqueda de la verdad debería de comenzar con la búsqueda interior y no con complejos rituales ni cumplimiento de votos. Para llevar a cabo dicha búsqueda, la meditación era la mejor de

las herramientas posibles, y esta era accesible a todos los hombres de todas las creencias y culturas. No se necesitaba vivir en ningún monasterio ni vestir ninguna túnica para alcanzar dicho logro.

Las primeras semanas como escriba las pasé familiarizándome con el papiro y el uso del cálamo egipcio. Khema me enseñó a utilizar estos instrumentos, más apropiados para trabajar con papiro que mis estilos. Él empleaba un cálamo confeccionado con la pluma de un ave del Nilo. Sin embargo a mí me instruyó en el uso de un cálamo de caña, más rígido y parecido al estilo al que yo estaba acostumbrado. Aprendí a absorber la tinta por capilaridad y luego a escribir con la tinta contenida en el cálamo sin emborronar el papiro. Para ello practiqué en hojas de muy mala calidad que luego eran empleadas para envolver diversos objetos. Mi compañero fue muy paciente conmigo hasta que un día, tras observar mis escritos, me dijo que ya podía comenzar a realizar pruebas de mi trabajo. Antes de comenzar a extraer las hojas del Canon Pali me tomé un día de descanso para visitar a Jacob y a Darío.

- ¡Qué sorpresa Gurka! -me dijo Simeón al recibirme en casa de Zenón-. Pasa pasa. Ahora mismo llamo a los señores.

- Muchas gracias -contesté.

Al poco apareció Jacob seguido de Zenón.

- ¡Qué gusto me da verte Gurka! -me dijo-. Pensábamos que te habías olvidado de nosotros...

- ¡Qué agradable sorpresa! -me dijo Zenón dándome un abrazo-. ¡Y qué ropas más distinguidas!

- Creo que como escriba de la Gran Biblioteca no puedo seguir vistiendo como *samanera* budhista. Ahora me debo a mi nuevo cargo.

- Pues me parece que te sienta muy bien. Te ves estupendo con túnica helena.

- ¡Gracias! Tengo mi propio cuarto, me alimentan, lavan mi ropa, me dan algo de dinero para mis gastos... no me puedo quejar de nada -les conté con orgullo-. ¿Qué tal os va a vosotros?

- Muy bien -dijo Jacob.

- Jacob me está prestando una inestimable ayuda en mis negocios. Tiene buena mano para cerrar tratos ventajosos para nosotros que a la otra parte le permiten apreciar los beneficios del acuerdo -me dijo Zenón-. No disfrutaba tanto con el trabajo desde hace muchos años.

- Pero no pienses que solo le dedicamos tiempo al trabajo -añadió Jacob-. Ya sabes que un día a la semana celebramos el *shabbat* por mandato de *Yahvé*. Pues bien, aquí hay una Sinagoga preciosa en donde se reúnen todos los miembros de nuestra comunidad sin tener que recurrir a una casa particular como nos sucede en Taxila. Pero además, en esa sinagoga se ha fundado un Centro de Estudios Hebreos que colabora con la Gran Biblioteca. Allí podemos discutir sobre las distintas interpretaciones de la *Torah* que dan los profetas e intercambiar opiniones sobre ellas. También se

realizan traducciones al hebreo de textos de La Gran Biblioteca relacionados con nuestras creencias. Un día tienes que venir con nosotros a celebrar el *shabbat* como hacías en Taxila. Claro que aquí no tendrás ocasión de ver a Miriam -me dijo con una sonrisa cargada de amistosa malicia.

- Ya se que no podré ver a Miriam... De todos modos me encantaría acudir a una de esas celebraciones -contesté mientras notaba como la sangre fluía por mi cara y tras una tensa pausa pregunté-. ¿Qué sabéis de Darío?

- Lo vemos muy a menudo -contestó Zenón-. Por lo menos una vez cada quince días visitamos La Casa del Pretor.

- Zenón está aprendiendo a meditar -me dijo Jacob-. Dice que es la manera más sencilla de hablar con *Yahvé*.

- ¡Es cierto! Jamás pensé que de una manera tan simple y personal se pudiera establecer un contacto directo con *Yah*. Para un judío los rituales, las ofrendas, los sacrificios y el cumplimiento de La Ley son la manera de aproximarnos a *Yahvé* para demostrarle nuestro amor y respeto. Sin embargo, con la meditación siento que es Él quien me habla desde mi interior como lo ha hecho a nuestros profetas desde el principio de los tiempos. Y esto puede lograrse sin salir de casa. ¡Es maravilloso!

- Ya ves que Zenón, a su avanzada edad, ha descubierto la mística de la mirada interior gracias a la meditación.

- Muchas gracias Jacob, pero el mérito no es solo mío. Swami Bodhi ha resultado ser un excelente maestro. Lástima que no sea judío... -dijo Zenón riendo.

- Me alegra saber que hasta un comerciante judío es capaz de meditar -dije irónicamente respondiendo a su ironía y los tres nos reímos con ganas.

- Pues no es el único ¿sabes Gurka? -me dijo Jacob-. Hay varios miembros del Centro de Estudios Hebreos que acompañan a Zenón a La Casa del Pretor casi todas las semanas. ¡Alejandría es increíble! Yo no conseguí que ningún miembro de nuestra comunidad en Taxila meditara conmigo. Ni siquiera mi padre...

El lamento de Jacob resonó en mi interior. Pero el problema no era su padre ni los otros miembros de la Comunidad Judía de Taxila. Lo que marcaba la diferencia era Alejandría y el clima de tolerancia y apertura a las nuevas ideas que allí imperaba.

Al día siguiente me reuní con Aristarko y le mostré varias pruebas de mi escritura en papiro para recibir su autorización e iniciar definitivamente mi trabajo. Le hablé sobre la manera en que el Canon Pali estaba estructurado y le propuse seguir el mismo esquema que se había seguido en Jaulian para transcribir las diversas *Pitakas* del canon a las hojas de abedul de las diversas cajas, de manera que cada rollo en papiro contuviera el mismo texto encerrado en cada una de las caja que habíamos

traído desde Taxila. A Aristarko le pareció bien mi propuesta y mientras revisaba mis pruebas me preguntó sobre el *dharma*.

- ¿Es cierto que los budhistas no creéis en Dios?

Su pregunta, tan profunda y directa, me dejó sorprendido pero acerté a contestar.

- No en el sentido de una conciencia con voluntad creadora que interviene en la vida de los hombres tal y como hacen los dioses griegos o egipcios, o el *Yahvé* de los judíos.

- Y entonces ¿cómo explicáis la existencia del *Kosmos*?

- Mediante la *Ley del Karma*. La Ley de las causas y sus consecuencias. Para nosotros todo lo que sucede o se hace tiene unas consecuencias que se relacionan con las consecuencias de los actos de los demás seres creando cadenas de acontecimientos que están más allá de nuestra comprensión.

Aristarko me miró con una expresión que indicaba más que su incredulidad, sus ganas de acabar de comprender la idea del *karma*, así que continué con mi explicación.

- Es como cuando se siembra una planta. Dependiendo del tipo de semilla, de la calidad de la tierra en la que caiga, de si llega un pájaro y se la come, de si un animal pasa por el lugar y la pisa, de si alguien la riega, de si llueve, de si hace excesivo calor y se seca; de todos y cada uno de esos factores y muchos otros dependerá el tipo y la calidad de la planta que crezca. Pues bien, según la *Ley del Karma*, lo mismo sucede con todo lo que hacemos. Nuestras acciones son las semillas de nuevos acontecimientos que se relacionan con las acciones de los demás creando cadenas de sucesos que no podemos alcanzar a comprender. Todos los seres de la creación son consecuencia de las acciones de los demás. Todo lo que sucede tiene una causa y produce unos efectos.

- ¿También las estrellas y los planetas? -me preguntó con extrañeza.

- Todo lo que existe en el *Kosmos*, para los budhistas, está sujeto a la *Ley del Karma*. Ya sea la fugacidad del instante de una mirada como la longevidad de miles de millones de años de una estrella.

Aristarko se quedó meditando sobre mis palabras hasta que finalmente dijo.

- Interesante. Parece que vuestra *Ley del Karma* cumple la función que las otras religiones le atribuyen a sus dioses...

- En efecto. Pero la gran diferencia es que a los dioses de otras religiones se les atribuye una existencia y voluntad similares a las de los hombres. Algo que jamás puede tener una ley de causas y consecuencias.

- ¿Y acaso no es más sencillo explicar la existencia de todo lo que nos rodea con un Dios creador tal y cómo hacen todas las religiones?

- Puede que más sencillo sí, pero no más racional. Al propio Sócrates, utilizando su razonamiento sin igual, le costaba creer en la existencia de los dioses y fue condenado por ello. ¿No es así?

- Así es.

Con esas dos palabras Aristarko pareció sellar sus dudas y cerró nuestro diálogo.

Unos días más tarde me contó que había hablado con Zenón y le había acompañado a La Casa del Pretor. Me habló de su sorpresa ante la manera que teníamos los budhistas de vivir la religión, sin rituales ni ofrendas; con una espiritualidad al alcance de todos los hombres sin distinción. A partir de entonces me pidió acompañarle a meditar con asiduidad.

## Filón

Durante los siguientes meses me concentré en mi trabajo bajo la atenta supervisión de Aristarko, que revisaba minuciosamente mi traducción, más por conocer el *dharma* budhista que por comprobar mi desempeño como escriba.

Un día Jacob recibió carta de su padre y pasó por el *Mousseum* para llevarme las primeras noticias que recibíamos de Taxila.

- Dice mi padre que los partos han tomado el poder en toda Gandhara y han instaurado una satrapía con sede en Taxila. Y aunque el cambio de poder se ha realizado con pocos enfrentamientos entre *kushas* y partos, la situación es tensa y me recomienda permanecer aquí hasta que las cosas se calmen.

- ¿Te envía noticias de Jaulian?

- Sí, dice que los partos han respetado el monasterio; que habló con tu abuelo y le dijo que todo estaba bien en Jaulian. Os envía recuerdos a ti y a Darío.

- ¡Estupendo! Así que tendremos que pasar aquí una larga temporada... La verdad es que yo, con el Canon Pali, tengo trabajo para más de dos años. Parece que a Aristarko le gusta mi caligrafía y mi redacción así que después de terminar con el Canon Pali seguro que me ofrece seguir a su servicio - reflexioné un poco y agregué-. Hasta podría establecerme aquí indefinidamente. Creo.

Esta idea llevó mis pensamientos a Miriam. De estar aquí seguro que sería ella quien me pediría casarnos e instalarnos a vivir en Alejandría. Yo tenía un buen y prestigioso trabajo, y ella una comunidad judía en la que no le costaría nada integrarse. Su padre podría fundar un próspero negocio, e incluso encontrar una buena mujer judía con la que casarse para compartir el resto de sus días. Pero la realidad era bien distinta. Miriam se encontraba en el lejano oriente y yo no podía pedirle que dejara todo para construir un hogar junto a mi.

- ¿Tu padre te cuenta algo de Miriam? -pregunté sin darme cuenta.

- No -y tras una sonrisa cómplice a la que yo no había logrado acostumbrarme prosiguió-, pero me dice que toda nuestra comunidad está bien y que pronto se les permitirá reanudar su actividad comercial. Eso sí, con impuestos más altos; pero por mucho que los suban, los romanos lo compran todo. Parece que en Roma todavía perdura la huella que dejó Cleopatra hace más de cincuenta años y allí adoran todo lo que les llega desde oriente.

- Ya veo que estás aprendiendo bien las maneras del comercio Alejandrino.

- Alejandría es un lugar excepcional para hacer negocios y Zenón tiene lo más importante, la mejor información y los mejores contactos -luego añadió pensando en lo que yo le había dicho-. Creo que yo también podría establecerme aquí. Estoy muy contento trabajando con Zenón y creo que él también conmigo.

- Seguro que sí; incluso te dejó a cargo de sus negocios durante la celebración de la pasada *Pesah* -y cayendo en la cuenta le pregunté-. Por cierto, ¿cómo es que no fuiste con él a Jerusalem para celebrarla? Creo que era uno de los deseos de tu padre ¿no?

- Sí, pero ya tendré tiempo. Y más ahora que mi padre me conmina a quedarme aquí -me miró casi con la misma sonrisa con la que me respondió sobre Miriam y añadió-. Además, Zenón me dejó al mando de sus negocios en su ausencia, de manera que durante unos meses me convertí en uno de los hombres más importantes de Alejandría. ¿Me entiendes?

Claro que entendía las ambiciones de Jacob. Su placer por tomar decisiones y cerrar negocios que produjeran beneficios era en él casi tan fuerte como su compromiso con *Yahvé*, cuya doctrina había impulsado al pueblo judío a acumular riquezas durante generaciones allá dónde se hubieran establecido, provocando la admiración y la envidia a partes iguales entre sus conciudadanos. Claro que entendía a Jacob pues yo también comenzaba a disfrutar del poder, aunque el mío fuera intelectual y el suyo económico.

- ¡Bien Gurka! De momento nos quedamos en Alejandría -me dijo dándome una palmada en el hombro tratando de reafirmar el placer que eso le producía, y añadió-. Esta tarde iré a La Casa del Pretor con Zenón a meditar y le comentaré a Darío cual es la situación en Taxila. Si puedes acércate. Vendrá un filósofo amigo nuestro, Filón, a quien Zenón ha logrado interesar en la meditación y la cultura budhismo. Te gustará conocerle.

- Está bien. Hablaré con Aristarko para ver si puedo ir. Ahora soy todo un escriba alejandrino y me debo a mis obligaciones -le dije con una sonrisa mientras me ponía en pie para despedirme.

- Me parece muy bien. Ya te dejo. ¡No quiero robarle más tiempo a tan importante escriba! -me contestó riendo-. Yo tengo que ir al puerto a supervisar el embarque de una carga de seda que sale hoy mismo para Roma.

Me dio un abrazo de despedida y salió del *Mousseum*.

Por la tarde hablé con Aristarko para que me permitiera acudir al Centro budhista. Le dije que también acudiría Zenón con un filósofo amigo suyo llamado Filón. Esto le asombró tanto que decidió acompañarme.

Cuando llegamos nos encontramos a Swami Bodhi hablando con Darío, Zenón y Jacob. Junto a ellos se encontraba un elegante judío de mediana edad, de larga barba y escasa estatura, que escuchaba con atención las palabras de Swami Bodhi.

- Lo importante de la meditación no es la reflexión filosófica que podamos hacer sobre ella sino el vivenciarla logrando desacelerar nuestro ritmo vital. Y esto lo conseguimos inmovilizando nuestro cuerpo, nuestros músculos y controlando nuestra respiración hasta hacerla consciente. Si logramos esto logramos acceder a lo más profundo de nuestro ser, lo que nos permite experimentar todo lo espiritual que hay en nosotros de manera directa.

- Para mi ha supuesto el descubrimiento de la forma más fácil de hablar con *Yahvé*. ¡Y sin tener que pagar sacrificios! -añadió Zenón riendo sonoramente.

Cuando nos vio, Zenón se dirigió a Aristarko con un efusivo saludo.

- Amigo mío. ¡Qué gusto verte por aquí! Te presento a Swami Bodhi que nos estaba hablando sobre las maravillas de la meditación.

- Bienvenido a nuestra casa -dijo Swami Bodhi juntando las palmas de sus manos con una leve inclinación de cabeza.

- Seguro conoces a Filón por sus constantes visitas a la Gran Biblioteca -dijo señalando a su acompañante-. Le he hablado tanto sobre la meditación que finalmente se ha decidido a asistir a una sesión con nosotros.

- Uno siempre debe de estar abierto a nuevos conocimientos; y en especial cuando estos se pueden experimentar de forma empírica -dijo Filón-. Al menos eso es lo que dice tu admirado Aristóteles ¿no es cierto?

- En efecto -respondió Aristarko-. Y me alegra y sorprende gratamente el que la comunidad judía muestre interés por las técnicas místicas de una religión que no cree en la existencia de Dios alguno.

- Los judíos tenemos una historia milenaria que nos permite comprender otras creencias asimilándolas con facilidad a las nuestras -le contestó Filón.

- La meditación está al alcance de los hombres al igual que la comida o el vino -intervino Darío-. Cada uno la asimila de manera distinta. Si Zenón siente que habla con *Yahvé* tras correr la cortina de sus pensamientos con la mano de la meditación, está bien. Como budhistas no consideramos necesario creer en Dios para explicar la existencia de todo lo que nos rodea. La religión brahmánica, de la que surge el budhismo, nos enseña que *Brahma*, su deidad creadora, está en todo. Que todo participa de Él y por lo tanto nada existiría sin él. Así pues, si desde una hormiga hasta una montaña participan de Dios, no hay nada que se distinga de Dios y por tanto no podemos hablar de la existencia de un Dios entendido como un ser superior.

- ¡Pero eso es un sofisma! -exclamó Aristarko sorprendido por la argumentación de Darío-. ¿Dónde estudiaste a los clásicos?

- En Jaulian maestro -contesté yo-. Aunque monasterio y centro de estudios budhista, la influencia helena sigue siendo muy importante en Taxila. La retórica y la dialéctica es una de las disciplinas que allí se estudian.

- Entiendo. Seguro por eso pensáis como Protágoras -Aristarko se preparó para citar al filósofo griego, contemporáneo de Sócrates-. "Respecto de los dioses, no tengo medios para saber si existen o no, ni cuál es su forma. Me lo impiden muchas cosas: la oscuridad de la cuestión y la brevedad de la vida humana."

- No sabía que Protágoras fuera agnóstico -dijo Darío-. Nosotros lo estudiamos en Dialéctica como precursor del arte de convertir los argumentos más débiles en los más fuertes.

- No solo fue un afamado agnóstico, sino que también fue el primero en considerar al hombre como *la medida de todas las cosas* -agregó Aristarko.

- Según nos cuenta Platón en sus *Diálogos* -señaló Filón- a lo que se refiere Protágoras con su conocida frase es a que cada hombre individual interpreta la realidad de una manera diferente a los demás hombres. Algo, por otra parte, evidente. En mi opinión lo que debemos de buscar es lo que nos une y no lo que nos separa, y en este sentido Platón encontró en el Mundo de las Ideas la verdadera medida de todas las cosas siguiendo para ello el método deductivo socrático y no refinadas frases sofistas.

- Y si existe un Mundo de las Ideas platónico -agregó Jacob- entonces debe de existir un Dios que lo haya creado. El relativismo sofista solo puede llevarnos al agnosticismo pues si cada hombre interpreta la realidad a su manera, no hay una realidad única y por lo tanto no puede haber un Dios único y creador. Sin embargo es Platón quien nos salva del *kaos* cuando nos dice que existe un Mundo de las Ideas, modelos y arquetipos.

- Mi querido Jacob, permíteme que termine mi argumentación -le interrumpió Filón-. Esos "modelos" de Platón no nos salvan del *kaos* pues nos dejan una pregunta sin contestar. ¿Quién los creó? Aunque Platón nunca quiso escribir sobre religión después de lo que le pasó a su maestro Sócrates, de sus escritos se deduce que creía en la existencia de un solo Dios.

"Lo que en definitiva logra Platón es llevarnos a concluir la existencia de Dios con argumentos filosóficos. Si unimos sus argumentos a los del judaísmo hebreo llegaríamos a la conclusión de que *Yahvé* creo el mundo sensorial en el que vivimos basándose en los arquetipos e ideas perfectas de todo lo que existente. De ese modo, tal y como dicen nuestros libros sagrados en *El Génesis*, "*Yah* creó al hombre a su imagen y semejanza". Todo lo que podemos ver y tocar es creado por Dios como imitación de su imagen divina, de manea que podemos entender el mundo arquetípico, platónico, de las ideas, precisamente como un *logos* divino, como el pensamiento de Dios."

"De la misma manera que un arquitecto, cuando diseña una ciudad, mantiene un modelo perfecto de la misma en su cabeza; cuando Dios crea la realidad que nos rodea lo hace siguiendo el modelo del *logos*, que no es otra cosa que su propio pensamiento. En definitiva el *logos* divino es el

lugar de las ideas arquetípicas de las que habla Platón. Dios crea el *logos* de manera similar a como el arquitecto crea una ciudad imaginaria en su mente."

Tras el largo discurso de Filón explicando sus ideas se hizo un silencio durante el cual tratamos de asimilar sus argumentos. Fue Aristarko, gran conocedor de la filosofía clásica, quien lo rompió con una pregunta capciosa.

- ¿Quieres decir entonces que el *logos*, el pensamiento, la inteligencia, el razonamiento, la palabra, la argumentación, es una creación de vuestro Dios *Yahvé*?

- Como judío te contestaría que todo es creación de *Yahvé*, y por lo tanto también el *logos* -le contestó Filón mientras los demás escuchábamos su discurso pausado-, pero como filósofo, lo que quiero decir es que el *logos* divino, el pensamiento de Dios, es el lugar en donde se encuentra el Mundo de las Ideas de Platón. Pero claro, este "Mundo" no es un lugar físico como tampoco lo es la ciudad ideal imaginada por un arquitecto dentro de su cabeza.

- Entendido -dijo Aristarko-. Has enlazado las enseñanzas de Platón con las de vuestros libros sagrados. *Yahvé* es el Dios único. Es el creador del Mundo de las Ideas y los modelos arquetípicos en su pensamiento e imaginación como si de un *logos* divino se tratara. Y siguiendo ese modelo es como *Yahvé* creo todo lo que nos rodea. Sí. Tiene sentido, aunque ya sabes mi predilección por el empirismo de Aristóteles que basa el conocimiento en la experiencia más que en la elucubración. Por eso tu argumentación se cae cuando nos dices que *Yahvé* es el creador supremo pues tenemos que recurrir a un acto de fe para aceptar tu teoría.

- Pero la creencia en la existencia de *Yahvé* no es solo un acto de fe. Los judíos podemos experimentar su presencia a través de la oración -dijo Jacob, y tras una pequeña pausa añadió-. Y también de la meditación.

En ese momento nos dimos cuenta de que nos habíamos enfrascado en una discusión filosófica a partir de las palabras de Swami Bodhi sobre la meditación pero él mismo no había participado en la misma. Todos le miramos esperando conocer su opinión. Él así lo entendió y nos dijo.

- Cuando escucho hablar sobre la existencia de Dios, o sobre la naturaleza de la realidad, o sobre el lugar que el hombre ocupa en el mundo, o sobre cualquier otra cuestión filosófica, no puedo más que dar un paso atrás y observar. Observar y recordar las enseñanzas que Budha nos dejó. Nunca podremos saber si lo que creemos sobre estas cuestiones es cierto o no lo es, por lo tanto es inútil pasarse la vida entera respondiendo a este tipo de preguntas. Como dice Protágoras, de quien no había oído hablar hasta hoy, la vida es muy corta y la cuestión muy compleja. Cuanto más ahondamos en ella más confundidos nos sentimos. La única manera de poner un poco de luz sobre estas cuestiones es meditando, pues con la meditación podemos llegar a sentir en nosotros aquello en lo que realmente creemos. Cada uno de nosotros encontrará respuestas distintas en sus meditaciones, pero todas ellas son verdaderas porque surgen de lo más profundo de nosotros. Cuando avanzamos en nuestra meditación se acaban las respuestas, más tarde desaparecen las

preguntas. Al llegar ese momento nos encontramos con la nada y nos damos cuenta de que, paradójicamente, ese es el estado en el que se alcanza la verdadera plenitud.

Nuestros invitados se miraron los unos a los otros tratando de comprender las palabras de Swami Bodhi. Si en verdad quería conquistar el interés de Aristarko y Filón por la meditación, lo había logrado con creces. Sin más comentarios nos hizo pasar a una habitación cubierta por alfombras que hacía las veces de sala de meditación. En la sala se encontraban unos diez monjes esperando la llegada de Swami Bodhi para iniciar la meditación de la tarde tal y como se hacía en Jaulian. En cuanto entramos saludaron al maestro y ocuparon sus lugares. El ambiente era agradable, la luz tenue, un intenso aroma a incienso impregnaba la sala y una hipnótica música de flauta comenzó a sonar en cuanto entramos. Darío ayudó a Filón a adoptar una posición adecuada para la meditación, haciéndole sentar con la espalda recta. Yo hice lo propio con Aristarko y Jacob con Zenón, aunque este solo precisó ligeras correcciones.

Con voz pausada y monótona Swami Bodhi nos invitó a cerrar los ojos y a fijar nuestra atención sucesivamente en la música, en el olor del incienso, en el peso de nuestro cuerpo, en el tacto de la yema de nuestros dedos, en nuestros párpados caídos sobre nuestros ojos y en nuestra respiración. Nos hizo tomar consciencia del calor del aire que exhalábamos por la nariz y del frío del que inhalábamos. Poco a poco fue haciendo que nuestra respiración se relentizara y se hiciera más profunda hasta sentir que el aire que inhalábamos penetraba en nuestra cabeza como si fuera aceite llenando un ánfora vacía. Con cada exhalación sentíamos como se vaciaba esa ánfora y quedaba hueca por dentro. Tras llenar y vaciar nuestra cabeza varias veces con nuestras inspiraciones y expiraciones como si de un recipiente se tratara, finalmente nos sentimos lo suficientemente pequeños como para poder introducirnos dentro de la supuesta ánfora que era nuestra cabeza y ver sus paredes por dentro, desnudas, limpias, vacías. En ese instante nos pidió escribir sobre esa pared cualquier deseo o sentimiento que quisiéramos expresar, y a partir de ahí no habló más y nos dejó atados a la meditación por el débil hilo del sonido de la flauta y el aroma del incienso.

Yo permanecí más pendiente de Aristarko que de mi propia meditación, y en cuanto sentí que comenzaba a moverse le cogí el brazo, él abrió los ojos y poco a poco recuperó su ritmo normal. Nos levantamos y salimos fuera. Al poco llegó Darío con Filón, y más tarde Zenón acompañado de Jacob. Filón fue el primero en hablar.

- Realmente tienes toda la razón amigo mío -le dijo a Zenón-. esta es la técnica más simple que conozco para hablar con *Yahvé*.

- Te lo dije -contestó Zenón-. Para mi ha sido todo un descubrimiento. Al principio pensé que se trataba de otro de los muchos rituales paganos llegado de Oriente que tanto daño causan a nuestras creencias. Pero cuando Jacob me dijo que lo practicaba desde pequeño con el consentimiento de su padre me decidí a venir.

- Yo me esperaba una ceremonia similar a las de los cultos exotéricos traídos de Persia -dijo Aristarko.

- Por desgracia esos rituales paganos se han instaurado en nuestra sociedad -señaló Filón-, pero no siempre llegan de Oriente. Los mismos romanos pagan ingentes cantidades de dinero por el sacrificio de bueyes y toros en cuya sangre caliente se bañan mientras el animal agoniza.

- Yo también he escuchado sobre esas prácticas -dijo Zenón-. Un romano con quien suelo hacer negocios me ha invitado en varias ocasiones a una de esas ceremonias. Dice que se siente como la energía vital del toro penetra en ti cuando su sangre te salpica mientras lo degüellan. ¡Es asqueroso!

- ¿Y cómo hacen eso? -pregunté.

- Tienen varias formas -contestó Zenón-, Lo más común es sacrificar al animal sobre una reja de metal colocada en el suelo y emplazar a los participantes en la ceremonia debajo, en el sótano, normalmente desnudos, para recibir la sangre caliente sobre su piel. A veces participan hombres y mujeres que al recibir la lluvia de sangre entran en un éxtasis lascivo que les lleva a copular como animales llevados por sus más bajos instintos.

- La verdad es que yo no estaba pensando en rituales tan aberrantes como los que estáis describiendo. De lo que he hablado con Gurka sobre el budhismo considero sus prácticas en extremo racionales -dijo Aristarko-. Más bien estaba pensando en las prácticas gnósticas exotéricas dirigidas a unos pocos iniciados.

- Pero no por eso deben de ser menospreciadas mi querido Aristarko -dijo Filón-. Es casi seguro que Platón recibió de Sócrates conocimientos sobre doctrinas exotéricas y secretas que luego transmitió a unos pocos de sus alumnos en la Academia.

- Muy cierto, y así lo denunció Aristóteles en su obra *Sobre el Bien* -respondió mi maestro-. Él no tenía acceso a determinadas doctrinas mientras que Epeusipo y Jenócrates, favoritos de Platón, sí. Seguro por eso el *Estagirita* abandonó la Academia de Platón y fundó el Liceo. Pensaba que el conocimiento debe de estar al alcance de todos y no solo de unos pocos "elegidos". Incluso dio clases públicas y gratuitas a diferencia de las de la Academia de Platón, que eran privadas y pagadas.

- El Budha también predicó para miles de personas el sendero para acabar con el sufrimiento de forma pública y gratuita -intervine yo-, pero todo parece indicar que reservó ciertos conocimientos para ser discutidos solo con unos pocos iniciados debido a su complejidad.

- ¡Pero si El Budha llegó al punto en que no quiso hablar más de conceptos metafísicos! -protestó Darío-. Dejó de hacerlo, como él mismo dijo, para no confundirnos ni desviarnos de lo verdaderamente importante, nuestras acciones y no nuestros razonamientos.

- Ya se -contesté-, pero, según dicen, tenía varios discípulos con los que discutía en profundidad los aspectos más complejos del *dharma*; no por considerarlos un privilegio reservado a unos pocos elegidos, sino para evitar confundir a sus demás discípulos con su complejidad.

- Ese es el problema de los grupos gnósticos -dijo Jacob-. Ellos creen que su conocimiento está solo al alcance de unos pocos, y la salvación solo al alcance de aquellos que lo conocen.

- Por qué será que eso me suena a lo que predicaban los... -Darío hizo una pausa durante la cual miró repetidamente a Filón, Zenón y Jacob y finalmente añadió- ...judíos.

Aristarko y yo nos reímos de buena gana junto con Darío. Jacob hizo un gran esfuerzo para contener su risa, y ante la evidente incomodidad de Filón y Zenón, bromeó con Darío para demostrar a sus correligionarios que la ocurrencia de este no era malintencionada.

- Ya veo que los judíos no somos bienvenidos aquí, así que mejor nos vamos -dijo con una fingida cara de tristeza.

- Disculpa Jacob -le contestó Darío recuperando un tono más serio-. No quería ofender vuestra sensibilidad.

- Estos son tiempos difíciles en los que nuestro pueblo está cada día más amenazado -dijo Filón.

- Vamos amigo, no hay que ponerse tan trágico -le dijo Zenón-. Nuestro pueblo siempre ha estado amenazado por su fe en *Yah*, pero nunca hemos estado tan bien como lo estamos ahora en Alejandría. Míranos aquí y ahora. A las puertas de un Centro budhista, saliendo de una meditación a la que hemos sido invitados junto al director de la mayor biblioteca conocida por el hombre.

- ¡Ojala tengas razón! -replicó Filón-. Pero yo no lo veo así.

Nos miramos los unos a los otros y nos despedimos a las puertas de La Casa del Pretor. Filón le dio las gracias a Darío y depositó en su mano una bolsa con un generoso donativo. Luego partió junto con Jacob y Zenón. Aristarko y yo nos dirigimos al *Mousseum*. Por el camino le pregunté sobre las palabras de Filón.

- ¿De qué amenaza habla Filón maestro?

- Ya has oído a Zenón, el pueblo judío siempre ha estado amenazado -tras una larga pausa presidida por el silencio continuó-. Los judíos alejandrinos, además de gozar de los mismos derechos que cualquier ciudadano griego o romano, todavía mantienen las prerrogativas que les concedieron los reyes persas, por lo que están constituidos como una comunidad política independiente, subordinada solo a los romanos, con su propio etnarca. Y como fueron aliados de los romanos en la construcción de su Imperio en Oriente, ahora consideran que es el momento de solicitar de los romanos el pago por aquella ayuda. Créeme Gurka, el judío jamás olvida una deuda por cobrar. Por eso han conseguido que les concedan más privilegios que a ninguna otra comunidad, como es la celebración de su *shabbat*. A la mayoría de alejandrinos les molestan esos privilegios y la tolerancia que el Imperio tiene con ellos, y les acusan de exclusivismo, insolencia y deslealtad hacia el resto de la comunidad. En realidad están constituidos como un grupo étnico apartado del resto de la población, con una política común, una lengua común, una Ley común, una economía común, una religión común...

- Pero esto es igual en todas partes. En Taxila también están organizados como un grupo étnico diferenciado. Esto les ha permitido conservar su raza, su religión y sus tradiciones ancestrales y nadie les odia por ello.

- Pero seguro que en Taxila no tienen tantos privilegios como los que han acumulado en Alejandría. Además, ten en cuenta que aquí superan el treinta por ciento de la población por lo que sus prerrogativas se hacen más evidentes para el resto, lo que provoca grandes envidias. Y la envidia es muy mala consejera Gurka. Te lo aseguro

Al llegar a mi cuarto medité sobre las palabras de Aristarko. Las mismas condiciones que habían permitido el crecimiento del pueblo judío en un ambiente de tolerancia estaban provocando un sentimiento antisemita en la ciudad más abierta del Mundo conocido. ¿Cómo podía ser esto posible? Sin duda la envidia, como decía el maestro Aristarko, era la causa. Pero mi pregunta iba más allá. ¿Qué causaba esa envidia? El pueblo judío había logrado una unidad y cohesión más allá de sus fronteras. Gracias a la fe en su Dios y en sus Leyes de procedencia divina habían logrado sobrevivir a la dominación por parte de otras naciones. Pero además, esa misma fe les había empujado a triunfar en los negocios y acumular riquezas en todos los lugares en los que se habían asentado. ¿No era eso lo que la mayoría de los hombres deseaba? Jacob me había hablado en la mañana del placer que le producía hacer negocios. A los pocos meses de llegar a Alejandría se había convertido en uno de los hombres más poderosos de la ciudad. ¿Cómo no provocar la envidia de otros comerciantes? Para mi, la única manera de evitar esas ansias de poder y riqueza era la práctica del desapego. Pero en el caso de Jacob, esto era imposible pues su propio Dios le ordenaba la dedicación al trabajo con su conocida máxima: "Te ganarás el pan con el sudor de tu frente". Deseé con todas mis fuerzas no olvidarme de cultivar el desapego que tan bien había aprendido en Jaulian. Y ese pensamiento, paradójicamente, trajo a mi mente a Miriam, en los brazos de cuya imagen desnuda me dormí.

## Yeshua y la compasión

A la semana siguiente acudí junto con Darío a la Sinagoga para la celebración del *Guiur* o acto de conversión de varios *gentiles* al judaísmo en el día del *shabbat*. Además tenía mucho interés en visitar el Centro de Estudios Hebreos que estaba situado en los mismos locales de la Gran Sinagoga.

Me llamó la atención la cantidad de *gentiles* que se acercaban a escuchar la palabra de *Yah*. Jacob me contó que en Alejandría la comunidad judía superaba los cien mil miembros. Muchos de ellos habían venido desde Palestina para hacer negocios, y también atraídos por el *Mousseum* y su Gran Biblioteca. Pero otros muchos eran egipcios que se habían convertido al judaísmo mediante la ceremonia del *Guiur*. La mayoría se convertía para alcanzar los privilegios de que disfrutaban los hebreos. Para asegurarse de que su fe era verdadera, los aspirantes eran sometidos a un riguroso examen por parte de un tribunal de rabinos. Ese día había muchos *gentiles* que se habían acercado para saber en qué consistía el proceso y la ceremonia de conversión.

El proceso del *Guiur* tiene tres pasos. En primer lugar el varón ha de circuncidar su miembro viril sometiéndose al *Brit Milah*. En segundo lugar, tanto hombres como mujeres, han de sumergirse en la *mikve* o baño ritual. Por último han de aceptar el cumplimiento de la *Torah* en su totalidad. A los varones que acudieron ese día ya se les había practicado el *Brit Milah* ante un tribunal constituido por tres rabinos, así que la celebración se reducía al baño en la *mikve* y a la aceptación pública de la Ley mosaica. Los rabinos fueron llamando uno por uno a los conversos para que se sumergieran en la *mikve*; luego los reunieron en grupo y les hicieron prometer su total aceptación de todos los preceptos contenidos en la *Torah*. Cuando se dio por terminada la celebración se iniciaron cantos y bailes en los que participamos todos los presentes. Los conversos fueron felicitados por sus familiares y amigos que se habían acercado para celebrar con ellos su nueva condición. A los *gentiles* presentes les gustó mucho la fiesta, pero cuando se les dijo que los varones estaban obligados a someterse previamente a la *Brit Milah*, se sintieron angustiados y la mayoría abandonaban sus pretensiones de conversión. Por eso los judíos les llamaban "Temerosos de Dios".

Al finalizar el *Guiur*, Filón se acercó para acompañarnos al Centro de Estudios Hebreos.

- ¿Os gustó la ceremonia? -Preguntó.

- Sí. Mucho. -Contesté yo.

- Como podéis comprobar, nuestra comunidad no es tan cerrada como la mayoría piensa. -Nos dijo mirando a Darío, y sin duda recordando la ironía que este lanzó contra los judíos en nuestro anterior encuentro-. A quién desea acercarse a *Yahvé* de corazón le abrimos todas nuestras puertas, aunque la mayoría no tiene una fe tan fuerte como para aceptar sellar su pacto con *Yah* cumpliendo con el rito de la *Brit Milah* -luego dirigiéndose a mi cambió de tema-. Nuestro Centro no es

comparable a la Gran Biblioteca, pero estamos muy orgullosos de él. Aquí revisamos antiguos manuscritos y discutimos la interpretación que los diferentes rabinos han hecho de nuestros textos sagrados a lo largo de la historia de nuestro pueblo. Los rabinos que aquí estudian salen incluso mejor preparados que los de Jerusalem.

Entramos en una amplia sala redonda coronada por una gran bóveda con varias mesas distribuidas a lo largo de la misma. Sus altas paredes estaban cubiertas de cubículos en los que se almacenaban gran cantidad de rollos de papiro. Para poder acceder a los más altos había un corredor de madera de tres codos de ancho situado a media altura de la pared. Varias escaleras portátiles permitían acceder desde el piso y el corredor a los cubículos situados fuera de alcance.

Mientras Filón me mostraba la calidad de los papiros que allí se guardaban llegó corriendo un joven judío de unos veinticinco años. Saludó a Jacob y luego se dirigió a Filón.

- Disculpe maestro pero están atacando a los recién conversos en la calle. Aarón me ha pedido que le busque y le lleve con él.

Salimos todos precipitadamente a ver qué sucedía. Cuando llegamos a la salida la muchedumbre se agolpaba en la puerta, unos tratando de entrar y otros de salir. Finalmente logramos salir y nos encontramos en medio de un grupo de judíos exaltados pidiendo venganza por lo sucedido y gritando arengas violentas.

- ¡No podemos permitir que nos humillen de esta forma!

- ¡Hemos de perseguirles y lapidarles para dar ejemplo!

- ¡Hasta cuando tenemos que soportar que nos ataquen en la Casa de Dios!

- ¡Ojo por ojo, diente por dientes. Esa es La Ley!

Un poco más alejado, y visiblemente preocupado, se encontraba Aarón, uno de los *arconte*<sup>15</sup> que regían los asuntos administrativos y judiciales de los judíos. En cuanto nos vio se acercó a nosotros y Filón le preguntó de inmediato qué había pasado.

- Un grupo de egipcios ha llegado con una imagen de Serapis y ha insultado en su nombre a los conversos cuando salían para dirigirse a sus casas. Les han lanzado sebo de puerco y les han llamado renegados, traidores y castrados por su condición de circuncidados. Cuando los nuestros han reaccionado les han golpeado con palos y han salido huyendo. La gente no sabe si perseguirles o dejarles escapar impunes. Yo estoy tratando de calmarlos pero siguen muy exaltados.

- La situación es cada día peor; pero tienes razón, no podemos caer en este tipo de provocaciones. Nosotros tenemos mucho más que perder que ellos así que no nos conviene -dijo Filón-. Lo mejor será hablar con nuestro *Etnarca*<sup>16</sup> Zacarías para que se entreviste con las autoridades romanas. Los romanos siempre nos han apoyado. No olvidan lo mucho que nos deben.

Yo voy a buscar a Zacarías. Tu mientras trata de tranquilizarlos para que no hagan ninguna tontería. Diles que estamos bajo la autoridad romana y que no podemos tomarnos la justicia por nuestra mano.

Luego, dirigiéndose a nosotros dijo.

- Lo siento Gurka pero tendrás que venir otro día para que acabe de mostrarte cómo trabajamos en nuestro Centro.

- Lamento lo sucedido y espero que el problema se solucione pronto- le contesté-. Mi visita puede esperar.

- Yo me voy a buscar a Zacarías para tratar de que calme a los exaltados con la promesa de poner una denuncia ante las autoridades romanas -dijo dirigiéndose a su joven acompañante-. ¿Tu qué quieres hacer Yeshua?

Yeshua era mayor que Jacob pero más bajo y robusto. De piel oscura y ojos verde oliva poseía una mirada penetrante y sincera. Sus modales educados y su porte altivo transmitía una curiosa mezcla de autoridad y humildad. Nos miró de uno en uno buscando nuestra aprobación para quedarse y contestó.

- Me quedo con Jacob y sus amigos -contestó finalmente.

- Sea -dijo Filón, que le dio dos besos a él y a Jacob e hizo una leve inclinación de cabeza ante mi y Darío antes de alejarse.

Yeshua se fijó en el muñón de Darío y le preguntó.

- ¿Desde cuando estás así?

- A los cuatro años los cascos de un caballo me destrozaron la mano -contestó Darío extendiendo su brazo lisiado.

- ¿Te duele? -le preguntó Yeshua posando sus manos sobre su muñón.

- Me duele la mano que no tengo. Es una molestia sorda pero constante. Solo cuando medito siento mi mano ausente de la misma manera que siento la otra -dijo levantando su brazo izquierdo y mirando la mano que no tenía.

Yeshua cerró sus ojos y acarició lentamente el muñón de Darío. Parecía completamente concentrado en lo que hacía. Estaba alejado de los ruidos de la calle, de los gritos de los exaltados que clamaban venganza, de los ires y venires de los demás miembros de su comunidad. Su respiración era lenta y relajada, sus ojos y todos los músculos de su cara estaban lisos y planos. Había entrado en estado de meditación con una naturalidad pasmosa; sin la más mínima transición o preparación y en mitad de la calle, en medio de un gran ajeteo. Una leve y casi imperceptible caricia en la extremidad amputada de Darío era su único movimiento. Tanto Jacob como Darío y yo

estábamos asombrados. Yeshua siguió acariciando el muñón de Darío hasta que abrió sus ojos, le miró y le preguntó.

- ¿Cómo te sientes?

Darío no salía de su asombro. Acarició su muñón con su mano derecha una y otra vez. Luego nos dijo.

- ¡Mucho mejor! Las molestias han desaparecido. Es como si tuviera una nueva mano, solo que... fantasma -y rió moviendo su brazo izquierdo tratando de mostrarnos su mano ausente.

Los demás reímos con él.

- Me gustaría poder darte una nueva mano que no fuera fantasma, pero esto es lo único que puedo ofrecerte -dijo Yeshua también riendo.

- ¡Así está muy bien! Es como si la hubiera recuperado. Antes sentía una molestia constante a la que ya me había acostumbrado, pero no por ello dejaba de ser desagradable. Ahora el dolor ha desaparecido. ¿Eres taumaturgo o algo así? ¿Desde cuándo?

- Desde pequeño. Recuerdo que le aliviaba los dolores de cabeza a mi padre. Yo solo le masajeaba las sienes y él de inmediato se sentía mejor.

- En la India, de donde venimos nosotros, hay muchos sanadores que curan imponiendo las manos -dijo Darío-. También son capaces de los más increíbles prodigios, como pasar días y meses sin comer, parar los latidos de su corazón, variar la temperatura de su cuerpo a voluntad, e incluso parar el sangrado de un corte o herida. Para lograrlo dedican su vida entera a preparar su cuerpo y su espíritu. Dicen que solo con el esfuerzo físico y mental el hombre es capaz de mostrar todo su potencial. Les llaman *faquires rasayani*.

- Entonces tengo que decirte que yo no soy uno de ellos pues vengo de Galilea y no de la India, y mis facultades provienen de Dios y no de un costoso entrenamiento. A *Yahvé* debo esta gracia.

- ¿Y qué hace un galileo en Alejandría? -le preguntó Jacob.

- Vine hace unos años a estudiar en el Centro de Estudios Hebreos que ahora dirige Filón. Mi padre era un hombre muy piadoso y me enseñó a interpretar las escrituras. Cuando murió, mi madre me envió a Alejandría para continuar con mis estudios pues ese fue siempre el deseo de mi padre - tras una pausa Yeshua nos preguntó-. ¿Y vosotros? ¿Puedo preguntaros por los motivos de vuestra estancia en Alejandría?

En ese momento la discusión entre los exaltados y Aarón subió de tono, aumentando el tumulto de la calle en la que nos encontrábamos y haciendo más molesta e incómoda nuestra conversación.

- Aquí la situación esta cada vez peor. ¿Por qué no nos vamos a La Casa del Pretor? -propuse-. Allí podremos conversar más tranquilamente.

Viendo la cara de extrañeza de Yeshua, Jacob le explicó que era el centro budhista en dónde vivía Darío, situado cerca del Serapium.

- Sí. También yo prefiero alejarme de esta algarada para poder conversar en paz -asintió Yeshua.

Partimos, y por el camino le contamos a Yeshua sobre nuestros años en Jaulian y los motivos que a cada uno de nosotros nos habían traído a Alejandría. Al llegar nos encontramos con Swami Bodhi en la puerta. Se quedó mirando fijamente a Yeshua e hizo una larga e intensa reverencia ante él como si de un importante personaje se tratara. Darío y yo nos miramos con extrañeza.

- Bienvenido a nuestra casa -le dijo.

- Que Dios esté contigo y con los tuyos -respondió Yeshua.

- Maestro, él es Yeshua. Nos ha acompañado para conocer nuestro centro -dijo Darío-. Ha aliviado las molestias de mi brazo simplemente imponiendo sus manos sobre él.

- Yo no he hecho nada -replicó Yeshua-. Es *Yah* quien actúa a través de mi.

- Bien puedo ver que Dios está contigo -dijo Swami Bodhi.

- Curiosas palabras para alguien que no cree en Dios -dijo Jacob con una maliciosa sonrisa.

- Por supuesto que creo en Dios -respondió Swami Bodhi-, pero no en un Dios para cada una de las naciones de la tierra y que decide qué hombre puede salvarse y cual no. Ni en uno que realiza pactos con determinados pueblos como si de un gobernador se tratara. Creo en un Dios que nos da la vida y la energía a todos y a todo lo que nos rodea.

- También los judíos creemos en ese Dios -dijo Yeshua-. Nuestros propios profetas nos dicen que *Yahvé* no puede representarse con imágenes pues no tiene forma física y su misma idea escapa a nuestra comprensión, pero sin embargo está en todas partes y todo lo ha creado. Como no es fácil llevar la palabra de *Yah* al pueblo si viene de una entidad tan abstracta, mejor se lo presentamos como un padre. Como el ser que nos da la vida. Lo más importante es mostrarle a las personas que Dios no es una imagen de bronce ni una figura en un templo. Que es solo uno, que está en todas partes y que cuida a quienes creemos en él.

- Pero *Yahvé* es también interventor para vosotros -replicó Darío-. Participa e influye en las acciones de los judíos. Protege a vuestro pueblo o lo castiga. Salva a las personas o las condena. Mientras que para nosotros los budhistas, todo lo que sucede es consecuencia de las interacciones entre todas las cosas, animales y personas, y los efectos que estas tienen. Por lo tanto consideramos que todo y todos estamos relacionados los unos con los otros sin que una fuerza divina dirija nuestras acciones.

- Tiene razón Yeshua -intervino Swami Bodhi ante la sorpresa de Darío-. Es más lo que nos une que lo que nos separa. Aunque nosotros no creemos en un Dios como *Yahvé*, creador y director de

nuestras vidas, sino que creemos en la *Ley del Karma* como la causa de todo lo que sucede, ninguno de nosotros puede demostrar estar en lo cierto. Sin embargo todos aquí creemos en la existencia de una energía divina que subyace a todo. Y también en que esta es única y está dentro de nosotros y no en las imágenes con las que otras religiones suelen representar a sus dioses. Tampoco nosotros adoramos imágenes ni figuras en los templos.

Yeshua se quedó pensando en las palabras de Swami Bodhi sin decir nada. Tras una pausa Swami Bodhi continuó.

- Y precisamente por que la idea de Dios escapa a nuestra comprensión, como bien dice Yeshua, es por lo que nuestra religión es fundamentalmente moral. Trata de que los hombres crezcan espiritualmente a través de sus acciones y no de sus razonamientos.

- Y cual sería esa moral -preguntó Yeshua.

- Esta se resume en las palabras de Budha recogidas en el *Dhammapada: Considera a los otros como si fueran tu mismo.*<sup>17</sup>

- Esas palabras son muy hermosas de pronunciar pero igual de difíciles de cumplir -dijo Jacob-. ¿Qué hacer si te atacan en tu propia casa como les ha sucedido hoy en nuestra sinagoga a los nuevos conversos?

Darío le explicó a Swami Bodhi lo sucedido, y este de inmediato contestó a Jacob.

- Dejaré que las propias palabras de Budha respondan a tus dudas: *Si alguien te abofetea, te apalea o te agrede, debes renunciar a tus impulsos y no proferir ni siquiera palabras malvadas.*<sup>18</sup> *En este mundo el odio no cesa a través del odio sino del amor. Esa es una verdad eterna.*<sup>19</sup>

Todos nos quedamos en silencio, pensando en las palabras de Budha que había recitado Swami Bodhi. Yeshua murmuró algo para si mismo y finalmente dijo.

- Me gustaría aprender más sobre vuestra religión y sobre vuestro profeta Budha.

- Nuestras puertas están abiertas para todo aquel que quiera aprender nuestro *dharma* -le dijo Swami Bodhi-. Si te gusta el estudio de los textos sagrados, Gurka podría ayudarte pues actualmente está traduciendo al griego nuestras escrituras. Pero ya te digo que nuestra religión es más práctica que teórica por lo que en nuestro Centro podrías instruirte en la práctica de la meditación -tras mirarle fijamente a los ojos añadió-. Si me lo permites quisiera pedirte que te unieras a nosotros en la meditación de esta tarde.

- Será un placer. Filón me ha hablado mucho sobre esta práctica y tengo curiosidad por conocerla.

Pasamos a la sala de meditación en dónde se encontraban varios monjes sentados en la postura del loto. Ese día no había músicos, aunque sí un intenso aroma a incienso proveniente de un recipiente de bronce en el que se quemaba una bola de resina. Nos acomodamos y Swami Bodhi

miró a Yeshua con admiración. Este adoptó la posición de meditación sin que nadie se la indicara, cerró sus ojos y sosegó su respiración casi al instante. No fue necesario que Swami Bodhi pronunciara palabra alguna. Yeshua se sumergió en profunda meditación sin necesidad de ayuda. Al terminar Swami Bodhi le dijo.

- En los muchos años que llevo en Alejandría, jamás vi a nadie entrar en meditación con tanta facilidad.

- No debes extrañarte -le contestó Yeshua-, desde pequeño mi padre me enseñó a hablar con *Yahvé*. Me dijo que si cerraba los ojos, solamente con pensar en algún pasaje de la Biblia, él estaría conmigo al instante. Esa es la esencia de la oración en la que fui instruido desde pequeño.

- Nosotros tratamos de ir más allá. Tratamos de ver lo que hay detrás de nuestras oraciones, de las palabras sagradas que nosotros llamamos *mantras* y que usamos solo como soporte para mantener nuestro estado de comunión con lo divino.

- Y qué hay detrás de la oración.

- Eso tendrás que descubrirlo por ti mismo -le contestó Swami Bodhi con una amplia sonrisa.

## Yeshua y la salvación

A los pocos días de nuestro primer encuentro, Yeshua vino a visitarme a la Gran Biblioteca. Le mostré los volúmenes del Canon Pali y se quedó impresionado por la cantidad de textos sagrados que componían el Canon budhista. Le conté que los monjes en los monasterios se habían dedicado a memorizar los textos como una forma de meditación durante más de doscientos años. Me dijo que también entre los judíos había gran afición a memorizar sus escrituras, pero que siempre había una Biblia en cada sinagoga para poder consultarla. Yo le respondí que la intención de la comunidad budhista era la de disponer de una copia del Canon Pali en cada congregación, y que por eso hacía poco más de cien años se habían reunido monjes de todos los monasterios en un concilio para poner las palabras de nuestro maestro por escrito. Le dije con orgullo que la copia con la que yo estaba trabajando era la primera que había llegado a Occidente.

- Esta copia la trajimos para Swami Bodhi y su comunidad. Pero Aristarko insistió en que le preparara una traducción al griego para su Gran Biblioteca y no pude más que aceptar -le conté-. A Swami Bodhi le agradó mucho la idea. Está en Alejandría para dar a conocer el camino de salvación que nos enseñó Budha, y el que la Gran Biblioteca disponga de una copia en griego entre sus fondos puede serle de gran ayuda. Claro que eso le obligará a esperar a que yo termine de realizar esa copia para poder recibir la que le hemos traído. Por eso seguro que no va a ser un inconveniente para él pues, como pudiste comprobar el otro día, conoce muy bien los textos de memoria.

- No me dio la impresión de que Swami Bodhi quisiera convencer a nadie para que se convierta a la fe budhista.

- Nuestra religión no trata de convencer a nadie para que se convierta -le contesté-. Simplemente trata de hacerse presente en diferentes lugares para dar testimonio de que viviendo sin apego a las riquezas o a los placeres se puede alcanzar la comunión con lo divino y superar el sufrimiento que acompaña a la existencia. Si quien ve este ejemplo quiere aprender y practicar, simplemente se le enseña. Pero no tiene que pasar por ningún tipo de ritual ni superar ninguna prueba. No se distingue al budhista por eso sino por su estilo de vida.

- Tampoco el judaísmo busca conversos -me dijo, pensando sin duda en la ceremonia del *Guiur* dónde nos conocimos-. Más bien son los *gentiles* quienes se acercan a nuestra fe pese a todos los impedimentos que se les suelen poner. Las escrituras nos enseñan que no hace falta ser judío para merecer la salvación. Basta con cumplir con las *Siete Leyes de los Hijos de Noé*. Sin embargo cada vez son más quienes desean convertirse pues los cultos a los dioses egipcios, griegos o romanos les piden ofrendas muy costosas que no todos pueden permitirse pagar.

- Para un budhista eso es impensable. La salvación, la extinción del sufrimiento, depende de nuestras acciones y no de nuestras ofrendas. Lo importante es no provocar más sufrimiento del que

ya hay en el mundo; y según nuestra fe, eso se logra dando amor en lugar de odio. El verdadero budhista prefiere padecer sufrimientos antes que provocarlos.

- Está escrito -dijo citando sus escrituras- *Llamo al cielo y tierra para que atestigüen que cualquier individuo, hombre o mujer, Judío o gentil, libre o esclavo, puede tener el Espíritu de Santidad morando sobre él. Todo depende de sus actos.*<sup>20</sup> Ya ves que para el verdadero judío la salvación está al alcance de todos. Todo depende de sus acciones y no de sus ofrendas como tu bien dices.

- Pero vuestra Ley es muy estricta -repliqué-, tiene más de trescientas normas que el judío debe de cumplir para estar en gracia de Dios.

- Todas las religiones tienen sus normas. ¿Acaso el budhismo no las tiene? Nuestras leyes, contenidas en la *Torah*, son una guía de acción que ayuda a la gente a saber cómo debe de actuar en cada momento.

- Tienes razón. El budhismo también tiene sus normas, pero no son tan severas ni numerosas para los laicos como lo son las de la *Torah* -le contesté-. Se puede ser budhista de dos formas. Dedicado a la vida monástica como Swami Bodhi y Darío, y por tanto sometidos a numerosas reglas; o viviendo como un laico como yo, que estoy obligado únicamente ante mi propia conciencia a cumplir con mis creencias.

- Los judíos no tenemos vida monástica. Tal vez por eso tenemos tantas leyes para los laicos. -dijo sonriendo-. Y una Ley no escrita nos enseña que debemos vivir inmersos en la comunidad y no en la tranquilidad de un monasterio.

- Te aseguro que Jaulian, el Monasterio en el que me eduqué, no es nada tranquilo -le dije devolviéndole la sonrisa-. Y ya has podido comprobar por ti mismo cómo La Casa del Pretor está plenamente inmersa en la sociedad. Los budhistas que en ella habitan simplemente han decidido vivir sus vidas bajo unas normas más estrictas, pero nunca mortificándose. Nuestro maestro Budha nos dice que tan negativo para el crecimiento espiritual es la lujuria como el exceso de mortificación corporal. Nos señala el camino medio entre ambos extremos como la vía de salvación. Sin embargo siempre hay personas que prefieren llevar una vida de mayor recogimiento y un centro budhista se la proporciona. En todo caso su voto de pobreza les obliga a pedir limosna en la comunidad a cambio de sus consejos espirituales, por lo que nunca dejan de estar en contacto con el resto del mundo.

- Existe una comunidad judía cuyo principal asentamiento está en Qumrán, cerca del Mar Muerto de Palestina, que ha elegido una forma de vida similar a la de los monjes budhistas -me contó-. Son conocidos como los *jasya*, los piadosos o los esenios por su dedicación al estudio e interpretación de las escrituras. No es lo que se puede llamar una comunidad monástica pero tienen normas más estrictas que las del resto de judíos. Son los únicos que se declaran célibes pues consideran que las mujeres y los niños distraen al hombre de su atención a Dios; su propiedad es comunitaria; se abstienen de sacrificar animales, de poseer esclavos y de realizar el servicio militar; incluso de

participar en actividades comerciales. Viven de la agricultura y cuidan de sus enfermos y ancianos cuando estos ya no pueden trabajar.

- Te aseguro que todas las prácticas que me comentas sobre los esenios se cumplen también en todas las comunidades y monasterios budhistas -le dije sorprendido pues nunca había escuchado hablar sobre tal comunidad judía-. Por mi parte, después de vivir en casa de mi familia, en un Monasterio y ahora en el *Mousseum*, he llegado a la conclusión de que no importa dónde vivas. La verdadera búsqueda de lo divino está en uno mismo. Nuestro interior es el mejor lugar para buscar a Dios. Ahí está su reinado.

Yeshua se quedó pensando en mis palabras sin decir nada. Yo proseguí desarrollando mi idea.

- No importa la religión o raza a la que pertenezcas. Todos los hombres tenemos la posibilidad de contactar con lo divino mirando en nuestro interior -insistí-. Sin embargo egipcios, griegos, romanos, y también los judíos, tienen que participar en rituales y pagar costosos sacrificios para adorar a sus Dioses. No entiendo por qué quien quiera tener una religión o un Dios al que adorar tiene que pagar por ello.

- No puedo hablar sobre las religiones paganas, pero los judíos hicimos un pacto con *Yahvé* por mediación de nuestro patriarca Abraham, y la adoración a nuestro Dios forma parte de este pacto -me contestó Yeshua-. Tu mejor que nadie sabes lo que cuesta mantener un centro de estudios religiosos, o un templo, o un monasterio. Los seguidores de cada religión tienen que colaborar en la sufragación de los gastos que estos lugares generan.

- ¿Y por qué crees que el Dios único hizo un pacto con Abraham? -repliqué irónico- ¿Para cobrar por ello?

- Lo dice claramente *la Torah* -me contestó Yeshua sin hacer caso de mi sarcasmo-. *Yahvé* no tiene preferencia por el pueblo judío debido a su superioridad en cantidad ni en poder, sino por su humildad. Es decir, por su actitud. Date cuenta de que los judíos no tenemos templos sino sinagogas en las que discutimos la interpretación de nuestros textos sagrados. Nuestras sinagogas están abiertas al culto sin que se tenga que pagar.

- Pero no sucede lo mismo con el Templo de Jerusalem -repliqué-, en donde se adora a *Yah* como si en verdad allí estuviera presente. Incluso se sacrifican animales para Él y se cobra por ello.

Yeshua permaneció callado pensando en mis palabras y finalmente dijo.

- Nuestra religión ha perdurado durante más de dos mil años; y ha sido la primera en creer en un Dios único en medio de muchas otras que han adorado a dioses de oro y bronce surgidos de sus mitos y leyendas. Por eso no es de extrañar que alguna de sus prácticas paganas haya acabado formando parte de las nuestras.

- Tal vez sea el momento de terminar con ellas -le dije.

- Tal vez -respondió-. Pero no olvides que *Yahvé* no quiere grandes Templos sino grandes corazones que le alaben.

Pensé en las palabras de Yeshua. En realidad los judíos habían sobrevivido con una idea de Dios como ser Único en medio de otras naciones dominantes en las que la divinidad se entendía como un cúmulo de leyendas y cultos a diversas imágenes fabricadas por el hombre para su adoración en grandes templos. El Templo de Jerusalem era la excepción, así que estaba seguro de que en el corazón de los judíos dominaba la idea según la cual tenía más valor la vida interior del devoto que sus ofrendas materiales. Me vinieron a la cabeza las palabras de Budha que estaba traduciendo aquella mañana antes de recibir a Yeshua. Casi sin darme cuenta las recité en griego.

*- La pureza no se adquiere con abluciones como hace una multitud de mortales en este mundo; el que se desprende de todos sus pecados, grandes y pequeños, ese es el verdadero hombre santo.<sup>21</sup>*

## Yeshua y la tentación

A partir de aquella visita, Yeshua y yo establecimos una buena amistad. Solíamos hablar sobre los más diversos temas y disfrutábamos intercambiando los puntos de vista que sobre lo divino tiene el budhismo y el judaísmo.

Al caer la noche yo solía salir a pasear por los alrededores de La Gran Biblioteca y me deleitaba contemplando el impresionante Faro de Alejandría y su reflejo sobre el mar Mediterráneo. Una noche especialmente apacible me encontré a Yeshua junto a la orilla del Mar. Estaba contemplando la hoguera que ardía en lo alto del Faro así como las luces de las antorcha que permanecían todavía encendidas en el Palacio que pocas décadas antes habitara Cleopatra, y en el que el hijo de Julio Cesar fue concebido. La noche era propicia para la intimidad, las olas apenas hacían ruido al romper ni soplabla la más leve brisa. Pese a que estábamos próximos al solsticio de verano, la temperatura era fresca. Me acerqué a un meditabundo Yeshua con la seguridad de que no rechazaría mi compañía.

- ¡Qué noche más hermosa! -le dije.

- ¡Cierto! -contestó.

- Dicen que en ese palacio habitó la mujer más bella que jamás haya existido. Cleopatra era su nombre y fue capaz de seducir al hombre más poderoso del Mundo e hizo que otro perdiera un Imperio por ella.

- Está escrito, "La mujer es la causa de todo mal" -contestó Yeshua casi sin inmutarse. Luego me miró fijamente y me preguntó de repente-. ¿Tienes mujer en Gandhara?

Su pregunta me sorprendió pues nunca habíamos hablado de mujeres antes. Sin embargo, en esos precisos momentos estaba pensando en Miriam mientras le hablaba de Cleopatra. De hecho incluso había llegado a visualizar a Miriam como la reina de Egipto y viviendo en el Palacio que teníamos delante. No supe qué contestar y mis palabras salieron solas de mi boca.

- Conozco a una mujer judía en Taxila.

Yeshua seguía mirándome fijamente y sin duda interpretó mis palabras en un sentido bíblico. No sabía explicar muy bien por qué pero tenía la necesidad de seguir hablándole de Miriam.

- Se llama Miriam y cuida de su padre viudo. Yo la quiero y sería capaz de renunciar a todo por estar con ella, pero se que para ella es imposible hacer lo mismo por mi así que simplemente dejo que las cosas sucedan. Desde que salí de Taxila he pensado mucho en ella y en lo felices que podríamos ser viviendo juntos aquí en Alejandría.

- Los judíos estamos casi obligados a buscar esposa y cumplir el mandato divino de "crecer y multiplicaros". Sin embargo hoy ha llegado al Centro de Estudios Hebreos Elías, un amigo esenio de Filón procedente de Qumrán, que nunca se casó ni piensa casarse y es el hombre más piadoso que he conocido. Me ha enseñado que se puede ser un buen judío sin necesidad de formar una familia.

- En Oriente han encontrado la manera de compaginar la vida familiar y la devoción a Dios. La vida se entiende como la sucesión de varios ciclos -le dije-. Mi abuelo estudió en el mismo Monasterio que yo; luego salió y se casó con mi abuela; y cuando mi padre ya era adulto y mi abuela murió, regreso al Monasterio como profesor. Esto es muy común entre los budhistas de Gandhara. Y muchos entre los seguidores de la fe brahmánica, cuando se hacen mayores y tienen asegurada la manutención de sus familias, renuncian a todo y se pierden por los caminos de la India para vivir de la caridad y de esa manera acercarse más a Dios.

- Para un judío esa manera de actuar es impensable -me contestó-. Formamos parte de una comunidad desde antes de nacer hasta después de morir.

- Pero los esenios siguen vuestra fe sin casarse, viviendo de una manera casi monástica...

- De hecho ellos dicen de si mismos que son los verdaderos seguidores de la Ley de *Yahvé*, rechazando las prácticas de adoración del Templo de Jerusalem -me dijo-. Los esenios son muy respetados entre los judíos más estudiosos de nuestra fe. El propio Elías ha venido desde Qumrán a estudiar con Filón algunos escritos de nuestros profetas. Sin embargo son una excepción. Sigue siendo casi obligatorio para nosotros el buscar una buena esposa y casarnos.

- Y tu ¿qué deseas hacer?

Me miró de manera reflexiva, se encogió de hombros y luego me contestó más dirigiéndose a sí mismo que a mi persona.

- Si tuviera que elegir entre tomar esposa y dedicarme a Dios, sin dudarlo escogería lo segundo. Sin embargo aprendí de mi padre que se puede servir a Dios y a la familia con la misma devoción - tras un breve silencio continuó-. Pero también he aprendido durante mis años de estudio que la vida familiar es un freno para lograr el verdadero conocimiento de Dios. Todos los grandes profetas, y actualmente los esenios, tienen la misma opinión. Y tu mismo me has hecho ver que lo mismo sucede dentro de la religión budhista. Prueba de ello es Swami Bodhi.

- Yo siento lo mismo. El estudio y la búsqueda de Dios me interesan más que las mujeres. Sin embargo daría cualquier cosa por estar junto a Miriam -dije en tono de súplica y con una sonrisa entre mis labios, lo que desencadenó las risas de Yeshua.

- Ves como nuestros textos sagrados dicen verdad -repitió-: "La mujer es la causa de todo mal". ¿Cómo logras soportar su ausencia si tanto la deseas?

- Para los budhistas el deseo, y no las mujeres, es la causa de todo mal -le contesté repitiendo sus palabras y provocando su sonrisa-. Desde pequeños se nos enseña a practicar el desapego. Pero

seguramente me dejé alguna lección por aprender pues a la mínima ocasión aparece la imagen de Miriam en mi mente y mi falo se yergue presto a poseerla.

Los dos nos reímos abiertamente de mis deseos frustrados y de mis soeces palabras. Lo que sentía por Miriam era mucho más que deseo. En ella veía colmados mis más profundos anhelos de unidad. Sentía su cuerpo y el mío como uno solo. Y lo mismo me sucedía con nuestros sentimientos. Su ausencia no me molestaba por el hecho de no poder poseerla tal y como le había dado a entender a Yeshua con mi broma, sino por el hecho de no saber si nuestro amor sobreviviría a nuestra separación. Sabía que con ella podría ser un hombre feliz tal y como lo habían sido antes mi padre y mi abuelo. Más adelante tendría tiempo para buscar la santidad llegado a la madurez. Pero también estaba claro en que mi nueva vida de traductor en la Gran Biblioteca de Alejandría era más de lo que había deseado jamás. Así pues llegaba a la misma conclusión a la que siempre llegaba. Como no podía hacer nada por cambiar las cosas lo mejor era dejar que las cosas sucedieran y no preocuparme por ellas. El problema era que, en el caso de Miriam, no podía sacarla de mis pensamientos.

Mi conversación con Yeshua me trajo cierta tranquilidad al saber que desde su religión se veía abocado a la misma disyuntiva que yo. Mis mejores amigos nunca habían tenido que enfrentar este problema. Darío había elegido desde pequeño dedicarse a la vida monacal renunciando a la vida familiar, y Jacob ni siquiera se había planteado renunciar a formar su propia familia para favorecer su desarrollo espiritual. El caso de Yeshua era distinto. Deseaba en cuerpo y alma dedicarse a profundizar en el conocimiento de Dios, pero su religión, estrechamente vinculada a la historia y desarrollo de su pueblo, le pedía procrear para evitar su extinción. Aunque yo deseaba unirme a una mujer y él servir a su Dios cumpliendo sus mandamientos, los dos éramos como dos náufragos que no saben si nadar hacia la lejana seguridad de la costa o hacia la incertidumbre del barco que se acerca a recogerlos para rescatarlos o esclavizarlos. Tanto mi amor por Miriam como el mandato judío de crecer y multiplicaros era un riesgo para nuestros deseos espirituales y los dos lo sabíamos.

Mientras reflexionaba de esta manera recordé como Budha había renunciado a su esposa, e incluso a su hijo, para iniciar su búsqueda espiritual. Y una vez encontrado el camino de la salvación se había relacionado con jugadores, borrachos y prostitutas para enseñarles.

*- Para demostrar lo funesto de la lujuria, entraba en los burdeles. Para establecer a los bebedores en el camino de la atención correcta, entró en todas las tabernas.<sup>22</sup>*

Repetí estas palabras referidas a Budha que había escuchado en Jaulian hacía años. Luego me dirigí a Yeshua y le dije.

- Vayamos a visitar las tabernas cercanas que pisaron Marco Antonio y Cleopatra en sus correrías nocturnas.

## Yeshua y la sabiduría

Mi amistad con Yeshua se fortaleció durante los siguientes meses. Según avanzaba en mis trabajos de traducción me gustaba acercarme al Centro de Estudios Hebreos y comentar con él las palabras de Budha. Otras veces era él quien venía a visitarme para comentar conmigo algún texto judío sobre cuya interpretación discrepaba con respecto a la de Filón y otros eruditos hebreos. También coincidíamos muchas veces en La Casa del Pretor pues Yeshua se había convertido en asiduo a las meditaciones que allí organizaba Swami Bodhi.

Sin dejar de ser judío Yeshua buscaba una visión más abierta a los nuevos tiempos, que ofreciera una imagen de *Yahvé* menos autoritaria y más afectuosa. Según él, si todos los judíos pudieran ver a *Yah* como la manifestación del amor, como el padre que siempre perdona a sus hijos y no como el que los castiga, no deberían sentir temor de él sino todo lo contrario. Querrían tenerlo junto a ellos a cada instante, y para ello nada mejor que orar limpiando la mente para dejar paso a que *Yahvé* se les manifestara tal y como lo había hecho siempre a sus profetas. Por eso profundizaba cada día más en la meditación junto a Darío.

Darío se había adaptado perfectamente a la vida monacal dentro de una *mega polis* como Alejandría. Sus tareas eran muy diferentes a las de Taxila. No tenía un huerto para cultivar ni tiempo para ello. Se dedicaba a difundir el mensaje budhista entre las muchas personas que visitaban La Casa del Pretor con la intención de aprender el mensaje de una religión de la que se decía que no tenía Dios. Muchos de los alejandrinos ya estaban cansados de las familias mitológicas de dioses griegos y romanos, y también de los pertenecientes a la cosmogonía egipcia. El mensaje monoteísta estaba dominado por el dogmatismo judío que obligaba a la conversión y circuncisión a quien quisiera abrazarlo, lo que lo convertía en una opción de fe difícil de aceptar. A todo ello se unía el elevado costo de los rituales de todas las religiones para dejar sin opciones de fe a una gran parte de la población alejandrina. Sin embargo, los budhistas no pedían nada a cambio de sus servicios espirituales, lo que unido a las pocas obligaciones que comportaba abrazar su fe, hacía que muchas personas se acercaran al centro budhista con la intención de conocer el camino señalado por Budha para la salvación. Darío se encargaba de atenderlos y disfrutaba con ello. Por lo menos una vez a la semana salía por las calles de Alejandría para pedir limosna en cumplimiento de su voto de pobreza. Durante esas salidas, siempre acompañado por algún otro monje, llamaba la atención de la gente por su mano tullida, por su vestimenta de tonalidades rojo azafrán y por su cabeza completamente afeitada. Muchas personas se les acercaban para preguntarles los motivos de su indumentaria y Darío aprovechaba para hablarles de su fe.

Jacob había encontrado en los negocios de Zenón el territorio idóneo para desarrollar todo su potencial como comerciante. Se sentía realizado por las responsabilidades que día a día su mentor iba delegando en él y pocas veces le defraudaba. Cumplía con sus obligaciones como judío con

menos devoción y entusiasmo que su padre y rara vez se le veía por La Casa del Pretor pues su tiempo estaba completamente absorbido por la tarea de acumular riquezas. El hecho de que fueran a engrosar las arcas de Zenón en lugar de las suyas a Jacob no le importaba.

Yo, por mi parte, había avanzado mucho en la traducción del Canon Pali en los casi dos años que llevaba en Alejandría. Disfrutaba encontrando los giros correctos que captaran el significado de las palabras escritas en Pali al convertirlas al griego. En muchas ocasiones era imposible emplear los mismos vocablos traducidos literalmente en ambas lenguas. Era en esas ocasiones en las que un escriba debía de dejar de escribir y ponerse a pensar. La Gran Biblioteca de Alejandría tenía fama de tener los mejores escribas de Occidente precisamente por su capacidad de análisis a la hora de interpretar un texto más allá de las simples palabras. Sus traducciones eran las más apreciadas en todo el Imperio Romano y yo no estaba dispuesto a poner en duda ese prestigio. Me esmeraba en hacer el mejor de los trabajos en agradecimiento a la confianza que Aristarko había depositado en mí. Pero también por lo importante que sabía que era para Swami Bodhi, y para mi abuelo, y para toda la *sangha* de Jaulian. Bien pensado, mi trabajo daba sentido a toda la educación que había recibido desde pequeño en Alejandría Bucéfala como hijo de descendientes de uno de los colonos que Alejandro Magno había dejado en la ciudad que fundara a las puertas de la India. Y más tarde, desde adolescente, mi formación para llevar a cabo mi trabajo de escriba se había completado al ingresar muy joven como estudiante en un monasterio budhista que poseía una copia original del Canon Pali transcrita directamente por mi tatarabuelo, uno de los participantes en el Cuarto Concilio Budhista celebrado hacía poco más de cien años. Todo ese cúmulo de circunstancias no podían explicarse como meras casualidades así que me sentía responsable de darles sentido realizando la mejor de las traducciones posibles.

Una tarde llegué a La Casa del Pretor y me encontré a Darío y a Yeshua en la puerta discutiendo sobre un pasaje que Yeshua había leído en el *Libro de Enoc el Profeta*. Decía así: *La sabiduría surgió para habitar entre los hijos de los hombres, y no encontró morada alguna; y volvió a su lugar para ocupar su sitio entre los ángeles.*<sup>23</sup>

Darío trataba de convencer a Yeshua de que el texto se refería a que la verdadera sabiduría se encuentra en nuestro interior, en nuestra espiritualidad, en la parte angelical que todos llevamos dentro. Que los hombres habían sido incapaces de dejar que la sabiduría y el discernimiento correcto formaran parte de ellos como lo hacían sus manos o sus ojos. Según Darío, *El Libro de Enoc* nos incitaba a profundizar en nuestro interior para encontrar la sabiduría.

Como forma de entrar en la discusión, repetí un pasaje contenido el Canon Pali.

- *El hombre que poseyera virtud y sabiduría disfrutaría aquí y ahora del conocimiento último, y quien no posea ese estado de la mente será conducido a los infiernos*<sup>24</sup> -declaré.

- ¡Sabias palabras! -dijo Yeshua- ¿Quién las pronuncia?

- Nuestro Budha -contesté.

- Sin duda transmiten el mismo mensaje que *El Libro de Enoc*: La sabiduría está en los cielos y su carencia en los infiernos- dijo Yeshua.

- Así es -intervino Darío- pero date cuenta de que nuestro Budha habla de "estado de la mente". La sabiduría produce en nosotros un estado de tranquilidad interior que nos llena de paz, que nos lleva a los cielos. Y su ausencia nos produce un desamparo interior que nos ahoga y nos traslada a los infiernos. Ambos son estados de nuestra mente. Están en nuestro interior. *No subliméis el bien pensando que no os afectará. Igual que el cántaro se llena gota a gota, el hombre sabio, acumulándola poco a poco, se llena de bondad*<sup>25</sup> -dice nuestro Budha.

Con esta última cita de Budha, Darío trató de reforzar su argumento. Yeshua se quedó pensativo hasta que Swami Bodhi nos llamó para entrar en la sala de meditación. Nos acomodamos y realizamos una meditación en el más absoluto silencio; sin ningún tipo de incienso o vela ni cualquier otro soporte sensorial que pudiera ayudar a nuestra concentración. Nos encontramos solos con nuestros propios ritmos biológicos. Este era un tipo de trabajo espiritual que Swami Bodhi realizaba en muy escasas ocasiones y siempre cuando los únicos asistentes éramos asiduos practicantes. Tras la meditación, Yeshua nos dijo a todos dirigiéndose a Swami Bodhi.

- Ha llegado el momento de regresar a mi tierra en Galilea. Llevo ya demasiado tiempo fuera.

- Si has encontrado las respuestas que buscabas, es el momento -le contestó Swami Bodhi mientras buscaba en su mirada la respuesta a una pregunta planteada años atrás.

- Hoy he visto qué hay tras las oraciones al entrar en profunda meditación. Ya se lo que hay detrás de las palabras sagradas -dijo-, es el Reino de Dios anunciado por nuestros profetas. Es *Yahvé* habitando dentro de nosotros. Ezequiel nos lo señaló cuando dijo: *Y os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que caminéis en mis mandamientos, y guardéis mis mandatos y los pongáis en práctica.*<sup>26</sup>

Swami Bodhi cerró los ojos e inclinó la cabeza en señal de respeto a las palabras del profeta Ezequiel. Darío y yo seguíamos asombrados del anuncio repentino de Yeshua sobre su partida. Yeshua se acercó a nosotros, nos abrazó y nos dijo.

- Está escrito por nuestros profetas: *La tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí, camino del mar, de la otra parte del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo asentado en tinieblas vio una gran luz y los establecidos en región de sombra de muerte fueron iluminados.*<sup>27</sup> Sin duda es el momento de que regrese a Galilea y muestre a mi pueblo la luz de *Yah*. Mi padre me preparó para cumplir con esta profecía desde que era un niño. Hoy por fin lo he sabido.

Las palabras de Yeshua me recordaron mis propias reflexiones sobre mi misión como el escriba que traería la mejor de las traducciones del Canon Pali a Occidente. Nunca me había sentido más cerca de Yeshua como en ese momento y mi tristeza por su partida se tornó en alegría. Me abracé a él con fuerza y le transmití mis mejores deseos. Darío no pudo dejar de escapar dos lágrimas cuando se despidió de Yeshua, pero nunca supe si fueron de alegría o sufrimiento.

Pasaron varios meses después de que Yeshua partiera hacia su tierra. Desde entonces no había visto a mis amigos hasta que un día sentí un deseo irrefrenable de visitar a Jacob en el Centro de Estudios Hebreos. Cuando me vio le noté distante y evasivo sin saber a qué se debía su actitud. Le miré fijamente a los ojos pidiéndole una explicación y finalmente me lo dijo.

- He recibido noticias de Taxila.

- ¿Y?

- Todos están bien. Tanto tu familia como la mía.

- Qué bien ¿no?

- Hay algo más -hizo una pausa y me miró con cara de preocupación-. Miriam se ha casado.

Sentí sus palabras como una daga clavada en medio de mi pecho. No podía respirar, ni hablar, ni pensar. El mundo, mi mundo que tan bien asentado bajo mis pies creía, se desmoronó de repente dejándome en el vacío. Traté de decir algo para disimular mi frustración, o más bien para tratar de evitar la preocupación, o peor aun la compasión de Jacob, pero no pude. Jacob se abrazó a mi para darme la oportunidad de ocultar mi rostro en su pecho y trasmitirme el afecto que sin duda necesitaba en aquel momento.

- También han llegado noticias de Yeshua -dijo tratando de sacarme de mi estado de zozobra-. Partió de aquí con unos miembros de la comunidad de esenios asentados en Qumrán y pasará un tiempo con ellos pues, dado su interés en conocer su *halajah*<sup>28</sup>, estos le invitaron a conocer su comunidad.

Las noticias sobre Yeshua tuvieron el efecto esperado por Jacob. Recuperé mi estado de ánimo al pensar en mi amigo y en su camino de búsqueda espiritual. Me alegró pensar que por fin conocería una comunidad religiosa judía con características similares a las de una comunidad monástica tal y como lo habíamos hablado en alguna ocasión. Me pregunté si realmente allí encontraría su lugar pero algo en mi interior me dijo que no. Yeshua estaba determinado a trascender el destino que pudiera depararle la vida dentro de una comunidad cerrada por muy perfecta que esta fuera.

- Me alegro por Yeshua -dije con voz queda-, siempre quiso conocer Qumrán.

Tras una breve pausa des hice mi abrazo con Jacob, le di un beso a la manera judía y me despedí con estas palabras.

- Ya me encuentro mejor. Gracias. Ahora será mejor que me vaya -le dije-. Como puedes imaginar, tengo mucho en que pensar.

- ¡Entiendo! -contestó.

Cuando salí ya era de noche. Me dirigí a mis aposentos en la Gran Biblioteca y en el camino llamó mi atención la llama prendida en lo alto del Faro. Me fascinaba el hecho de que una obra humana tan

impresionante necesitara de un elemento tan divino como el fuego para ser útil. Muchos habían sido los pueblos que habían visto en el fuego la manifestación de Dios, e incluso al mismo Dios. Pero de seguro ninguno habría podido imaginar que el ingenio del hombre sería capaz de elevarlo hasta los cielos. Mis sentimientos hacia Miriam se confundían con lo que en esos momentos sentía al ver el fuego. Había elevado mi amor por ella hasta los mismísimos cielos, pero de una manera totalmente artificial. Lo había subido a lo alto de una torre que yo mismo había construido sobre la base de un supuesto desapego que en realidad no poseía. Mi supuesta fortaleza, basada en la idea de que lo único que podía hacer era esperar a que las cosas pasaran pues nada podía hacer por cambiarlas, había resultado ser tan débil como los cimientos de una torre construida por la mano del hombre que antes o después la furia de los elementos haría desaparecer. Las enseñanzas que había recibido referidas a que el apego y los deseos son la causa del sufrimiento, en aquellos momentos cobraban en mi especial relevancia. Sin embargo, el hecho de saberlo no había sido suficiente para evitar el dolor tan profundo que sentía. Pese a que vivía convencido de ser un perfecto practicante del desapego, el matrimonio de Miriam había destruido mi propia idea de mi mismo. Era un ser humano apegado a su trabajo, a sus pasiones y a sus sentimientos y no un verdadero budhista. El hecho de considerar mi amor por Miriam como un sentimiento sincero y verdadero no hacía sino agrandar mi sufrimiento por su pérdida definitiva. Y ese dolor se multiplicaba al pensar que no había sido capaz de hacer nada por defenderlo escudándome en que debía dejar que las cosas sucedieran, pensando en que nada de lo que hiciera cambiaría el curso de los acontecimientos. Nunca le había escrito. Nunca le había pedido que se reuniera conmigo. Había pensado que sucediera lo que sucediera, mi educación en el arte del desapego sería suficiente coraza para repeler cualquier daga que tratara de causarme dolor. Me equivoqué. Aquella noche, frente al Faro de Alejandría, aprendí con el fuego del dolor ardiendo en mi interior, que la sabiduría contenida en las Cuatro Nobles Verdades enunciadas por Budha en el Sermón de Benarés no se aprenden en los libros y las palabras sino con la práctica de una vida impecable basada en la comprensión correcta, el pensamiento correcto, la palabra correcta, la acción correcta, la ocupación correcta, el esfuerzo correcto, la atención correcta y la concentración correcta. Me quedé meditando frente al Faro toda la noche pensando si mi vida hasta ese momento había seguido ese camino impecable. Con los primeros rayos del Sol se apagó la hoguera que ardía en su cúspide y con ella también mi dolor por la pérdida definitiva de Miriam.

## EN JERUSALEM

### El reencuentro

Pasaron varios años desde que finalicé la traducción del Canon Pali. Con ella había conseguido cierta reputación como escriba así que no me faltaba trabajo a las órdenes de Aristarko. A pesar de mi buena posición, llevaba una vida austera y equilibrada tal y como marca el Camino Medio señalado por nuestro Budha. Hacía mis mejores esfuerzos en seguir las reglas budhistas que me permitieran llevar una vida impecable con la ayuda de Swami Bodhi y Darío. Mi amor por Miriam se había convertido en un grato recuerdo en el que vivenciaba lo que podría haber sido nuestra vida en común en Alejandría como si realmente esta hubiera existido en un tiempo fuera del tiempo.

Un día Jacob nos mandó llamar a Darío y a mi a casa de Zenón para transmitirnos las noticias que le habían llegado desde Taxila. Su padre le reclamaba pues se encontraba muy enfermo e imploraba el regreso de su hijo a su lado. El venerable Nagasena había fallecido y mi abuelo, sin pedirlo abiertamente, mostraba sus deseos para que también yo regresara a Gandhara.

- Mis queridos amigos -nos dijo Jacob- después de pensarlo mucho y haberlo hablado con Zenón, he decidido regresar a Taxila lo antes posible y me gustaría que me acompañarais.

Darío y yo nos miramos con asombro y luego nos fijamos en la figura de Jacob, que con sus ropas elegantes y su larga barba era la viva imagen del acaudalado y poderoso señor de los negocios que siempre había querido ser. Nos llamaba la atención como, ante las suplicas de su padre, estaba dispuesto a dejar todo aquello por lo que había luchado durante tantos años en Alejandría para cumplir con sus obligaciones filiales. Sin duda ese espíritu de unidad familiar era una característica distintiva del pueblo judío. El señor Mossa había enseñado bien a su hijo el significado de la familia. Darío, sin más familia que la comunidad budhista, educado en la cultura greco-budhista en donde la familia no era más que un accidente para facilitar la educación de los niños, no salía de su asombro ante la devoción de Jacob para con los suyos.

- Yo no tengo interés en regresar -dijo Darío-. Nadie me espera en Taxila, y aquí en Alejandría me siento cómodo al lado de Swami Bodhi. De todas maneras hablaré con él y si considera que llegó el momento de partir para mi, así lo haré.

- Te entiendo perfectamente Darío y no voy a molestarte por tu decisión. No hay problema -respondió Jacob con una sonrisa cargada de tensión-. Mi propuesta solo trata de ofreceros la oportunidad de regresar a Oriente en las mejores condiciones posibles, si ese es vuestro deseo. Atravesaremos nuevas tierras y conoceremos nuevos pueblos pues estamos a finales de verano y para poder embarcarnos y regresar a través del Mar de Eritrea tendríamos que esperar casi un año; algo que no estoy dispuesto a hacer. Así las cosas Zenón y yo estamos organizando una caravana

para viajar por tierra. Nos han informado de que la situación política entre partos y romanos se ha estabilizado así que las rutas comerciales están abiertas. Podríamos llevar una buena carga de papiros a Jerusalem y Damasco, venderlos y allí comprar orfebrería para venderla en Gandhara donde es muy apreciada. Esto haría el viaje muy rentable.

Jacob me miró esperando mi contestación a su propuesta, pero yo estaba mudo ante su capacidad organizativa. ¡Con que facilidad había convertido su viaje por motivos familiares en una oportunidad para hacer negocios! En realidad estaba dudando entre acompañarle o no. Por un lado me atraía la idea de viajar y conocer nuevos lugares; algo que siempre me había atraído y Jacob lo sabía bien. Y por otro lado me sentía cómodo con mi trabajo en la Gran Biblioteca y con la paz espiritual que mi vida rutinaria me había permitido alcanzar. Viendo mis dudas, Jacob supo cómo hacer que la balanza se inclinara a su favor.

- También han recibido noticias de Yeshua en el Centro de Estudios Hebreos -nos dijo-. Cuentan que lleva varios años predicando que él es el Mesías anunciado por nuestros profetas, y que trae una *halajah* muy particular de la *Torah* según la cual *Yahvé*, con su inmenso amor, ofrece el perdón de todos sus pecados a todos los hijos del hombre sea cual sea su condición. Para la recepción de ese perdón solo hay que tener fe en que en verdad eso es posible. Según él esto va a suponer el inicio de una nueva era para el pueblo de Israel. ¿Qué os parece? Podríamos buscarle y conocer más sobre sus enseñanzas en nuestro viaje de regreso...

Yo sabía perfectamente lo poco que a Jacob le interesaba escuchar la particular interpretación que Yeshua o cualquier otro piadoso judío pudiera tener de la Biblia. Él cumplía los preceptos de su religión con más sumisión que devoción. Según él, todos llevamos un Dios en nuestro interior que nos dice cuando hacemos el bien y cuando hacemos el mal. Los rituales y cumplimiento de las Leyes religiosas, para Jacob, no tenían mayor peso que el de la tradición y el respeto a la identidad de un pueblo. Igualmente Jacob sabía que a mi sí me interesaría conocer la manera en que Yeshua había resuelto las muchas cuestiones espirituales sobre las que tantas veces habíamos hablando.

- ¿Cuando partimos? -pregunté con una sonrisa en mi rostro como única respuesta.

Cuando Darío y yo acudimos a La Casa del Pretor para darle la noticia a Swami Bodhi de que el venerable Nagasena había dejado este mundo, este le preguntó a Darío.

- ¿Cuales fueron las últimas palabras que te dirigió?

- Las recuerdo bien: "Te espero en Occidente" -respondió Darío.

- Y en los años que llevas aquí, ¿le has encontrado? -insistió Swami Bodhi.

Darío me miró sorprendido, y luego miró a Swami Bodhi quien percibió sus dudas en su mirada.

- Si no has encontrado a ningún Budha o iluminado en Alejandría, será mejor que partas con Jacob y Gurka en dirección a Jerusalem y Damasco. Las palabras de un budha como el venerable Nagasena nunca se pronuncian en vano -sentenció Swami Bodhi.

- Pero yo deseo quedarme aquí para seguir desarrollando mi trabajo -replicó Darío-. ¿Acaso no os agrada mi labor?

- Hijo mío... bien sabes cuanto se te necesita en La Casa del Pretor. Pero hay cosas que están por encima de nuestros propios deseos. Ve y viaja con tus amigos hasta Jerusalem y cumple allí con el mandato del venerable. Y si allí no le encontraras, búscale en Damasco. Y si allí no le encontraras, búscale hasta los confines del Imperio Romano. Y si llegaras a encontrarle, en su presencia sabrás lo que tienes que hacer. Ten fe.

Tras estas palabras Darío no tuvo más remedio que unirse a Jacob y a mi en aquel viaje. Tardamos menos de dos semanas en organizarlo todo para nuestra partida y una fría mañana de mediados de otoño, con las primeras luces del alba, antes de que el Sol saliera, nos encontramos en el puerto situado junto al lago Mareotis. Justo en el mismo lugar en el que hacía poco más de ocho años habíamos pisado Alejandría por primera vez. Al igual que me sucediera al salir de Taxila, me invadió una ola de recuerdos sobre mi mismo y quien era cuando años atrás había pisado aquel mismo lugar. A las puertas de Taxila llegué siendo un niño y salí siendo un joven. Al puerto interior de Alejandría había llegado como un joven y salía como un hombre.

En el puerto de Mareotis, al igual que sucedió cuando partimos de Taxila, Jacob supervisaba la carga que nos acompañaría hasta Jerusalem. Cien fardos de papiros curtidos de la mejor calidad comprados con su propio dinero, y que podría vender en Jerusalem por cinco veces el precio pagado. Se acercó a nosotros y nos habló del plan de viaje.

- Ya está casi todo listo -nos informó-. Tomaremos la ruta habitual en estas fechas. Remontaremos el Nilo hasta Heliópolis, una antigua capital del Antiguo Egipto, a orillas de una de las ramas orientales del Delta del Nilo; desde allí seguiremos una ruta terrestre muy segura que desde tiempos antiguos une Egipto con los Imperios de Siria y Mesopotamia. Actualmente la emplean los romanos y la han bautizada con el nombre de *Vía Maris* por transcurrir cerca de la costa mediterránea.

- ¿Y cómo transportaremos la carga desde Heliópolis hasta Jerusalem? -pregunté.

- Ya tengo contratados treinta camellos. Me los ha conseguido Amón, un comerciante egipcio amigo mío que partió hace unos días a Heliópolis. Está trayéndose un antiguo templo, pieza por pieza, hasta Alejandría -contestó.

Nos despedimos de nuestros tres mentores, que se habían reunido para la ocasión. Aristarko, Swami Bodhi y Zenón. Un griego, un hindú y un judío de edades similares. Los tres nos habían acogido a nosotros tres como si fuéramos sus hijos. Sin duda lo más parecido a una adopción había sido la relación establecida entre Zenón y Jacob. Pese a ello había sido Jacob y no nosotros quien había tomado la decisión de partir. Para un judío una adopción no puede compararse a un vínculo de sangre por lo que el reclamo del señor Mossa tuvo más fuerza que las necesidades de Zenón. Yo reflexioné de nuevo sobre la idea de que lo realmente esencial para la cultura judía, y posiblemente la

causa de su supervivencia milenaria, había sido la familia como elemento de cohesión en donde lo principal era la transmisión de su cultura, su lengua y su religión a sus hijos dentro de la intimidad de un grupo cerrado y reducido. Swami Bodhi y Aristarko habían establecido una relación menos íntima con Darío y conmigo, y por eso se mostraron más tranquilos ante nuestra partida. Entendían nuestro cambio de vida como una forma de renovación y crecimiento tanto para nosotros como para ellos y las instituciones que abandonábamos. Sin embargo Zenón estaba desconsolado, cogido del brazo de su esclavo Simón. De nuevo recordé nuestra partida de Taxila. Entonces el padre de Jacob se había preocupado en extremo por el cuidado de su hijo mientras que mi padre y mi abuelo ni siquiera habían acudido a despedirme. Ni a mi ni a Darío, que no tenía otra familia que sus preceptores de Jaulian, vino nadie a despedirnos.

Llegamos a Heliópolis tras dos días remontando el Nilo, que en aquella temporada tenía poca corriente. Durante todo el viaje comimos y dormimos en la barcaza sin tocar tierra en ningún momento hasta que llegamos a El Cairo, una fortificación romana en donde Jacob tuvo que pagar el correspondiente tributo por el transporte de sus mercancías. En El Cairo nacía un canal por el que llegamos en pocas horas a Heliópolis. Al llegar nos sorprendió lo abandonado del lugar. Sus únicos habitantes parecían ser trabajadores desmantelando las magníficas construcciones de la ciudad. Amón vino a recibirnos e inmediatamente se llevó a Jacob para presentarle al camellero con quien había contratado el transporte de nuestra carga. Darío y yo esperamos pacientemente a que Jacob cerrara el trato mientras contemplábamos la puesta del Sol desde dentro del monumental templo dedicado al dios *Ra* de los egipcios. A Darío y a mi nos parecía increíble que los egipcios hubieran sido capaces de levantar un templo tan magnífico para adorar al Sol.

- Ya está todo listo -nos dijo Jacob cuando nos encontró-. La carga ya está en los almacenes. Hoy haremos noche aquí y mañana a primera hora cargarán los camellos y partiremos con nuestro caravanero y sus hombres.

- ¿Cómo se llama? -preguntó Darío.

- Dyeser. Es un egipcio muy callado y que habla muy poco griego, pero viaja todos los meses a Damasco y conoce bien el camino.

Jacob se percató de que tenía puesta toda mi atención en el juego de luces y sombras que los últimos rayos de sol producían dentro del templo, así que guardó silencio hasta que el Sol se puso y el interior del templo quedó en penumbra.

- Ya os dije que en este viaje conoceríamos lugares increíbles. Heliópolis fue una de las ciudades más importantes del Imperio Egipcio hace poco más de dos mil quinientos años -dijo.

Tras dos jornadas de viaje llegamos a Tanis, otra magnífica ciudad egipcia en decadencia que un día había llegado a ser capital de Egipto. Allí simplemente nos aprovisionamos para seguir rumbo a Pelusium. Verdadera fortaleza romana a las puertas de Egipto junto a la costa Mediterránea, lo que la

convertía en una ciudad muy próspera pero terriblemente militarizada pues era paso obligado a todas las invasiones venidas de Oriente. Cuando llegamos Jacob estaba exultante.

- A partir de aquí abandonamos Egipto y entramos en *Canaán*, la Tierra Prometida de los judíos. Me siento como debió sentirse el mismísimo Moisés cuando guió a nuestro pueblo hasta estas tierras escapando de la esclavitud de los faraones.

En efecto, Jacob nos guiaba en nuestro viaje como un verdadero líder, tratando de contagiarnos a Darío y a mi su entusiasmo. Tardamos dos jornadas más en llegar a Gaza, última parada que hicimos antes de abandonar la *Vía Maris*. De ahí nos dirigimos a las tierras más áridas del interior.

La siguiente noche la hicimos en Hebrón, y de allí partimos con las primeras luces del alba para así poder llegar a Jerusalem antes de la puesta del Sol. La visión de la capital de Judea era imponente. Alzada sobre una colina, las murallas de su Templo dominaban la ciudad. El Sol de poniente se proyectaba sobre sus casas de adobe produciendo gran cantidad de tonos ocre y anaranjados. La techumbre del Templo producía reflejos de un brillo deslumbrante, según decían, producto de las láminas de oro colocadas allí para tal efecto.

Entramos en Jerusalem ya de noche. Nos dirigimos a casa de Nicodemo, un comerciante judío amigo de Jacob que, dado lo avanzado de la noche, ya se había acostado. Sus criados descargaron los fardos de papiros de Jacob en sus almacenes y buscaron establos para los animales de Dyeser.

A la mañana siguiente conocimos a Nicodemo, que irradiaba salud y vitalidad aunque debería de tener más de sesenta años. Primero revisó los papiros que le traía Jacob, y luego acompañó a Dyeser al mercado de especias en donde varios comerciantes amigos suyos esperaban transporte para sus mercancías con destino a Damasco. Finalmente se reunió con nosotros.

- ¡Bienvenidos a Jerusalem! -nos dijo.

- Gracias -respondimos Darío y yo casi a coro.

- Nicodemo es un hombre notable en Jerusalem -nos dijo Jacob-, además de importante comerciante es miembro del *Sanhedrín* o Consejo de Sabios que gobierna Jerusalem.

- En realidad Jerusalem está gobernada por los romanos -nos dijo Nicodemo-, pero a los judíos se nos permite mantener cierta autoridad, más por comodidad del Imperio que para nuestro propio beneficio.

- No seas tan modesto Nicodemo -replicó Jacob-, la autoridad, en asuntos religiosos y en el cumplimiento de nuestra Ley, la *Torah*, está en manos del *Sanhedrín* al que perteneces ¿no es cierto?

- Bueno sí, pero no me pongas en evidencia ante tus amigos -dijo con una franca sonrisa, y tras una pausa nos preguntó-. Y vosotros, ¿a qué religión pertenecéis?

- Somos budhistas -contestó Darío, que ante su cara de extrañeza continuó explicándose-, somos seguidores de Budha, un maestro de la India que hace más de quinientos años nos mostró el camino para terminar con el sufrimiento y alcanzar la iluminación espiritual.

- Parece interesante -dijo Nicodemo sin mostrar mucho interés.

- En verdad lo es -intervino Jacob-. Yo estudié con ellos en uno de sus monasterios cerca del río Indo y tienen una doctrina que yo no sería capaz de calificar como pagana. No adoran a ningún Dios de oro o barro y difunden su doctrina enseñando a sus semejantes a rezar de una manera muy especial que ellos llaman meditación.

- Me gustaría saber más sobre vuestra religión, pero ahora tengo que reunirme con otro miembro del *Sanhedrín* en el Templo. ¿Queréis acompañarme?

- Será un placer -contesté.

Al llegar al Templo Darío y yo quedamos admirados. Sus murallas eran altísimas, coronadas por almenas. Parecía más una fortaleza que un lugar de adoración. Cruzamos sus puertas y ante nosotros se abrió un inmenso patio que mediría no menos de seis estadios de largo por uno de ancho. En ese gran patio se vendían todo tipo de animales para el sacrificio y se realizaban transacciones comerciales de las más diversas. Jacob nos indicó que ese era el llamado *Patio de los Gentiles* y que a nosotros no nos estaba permitido pasar más allá. Él acompañó a Nicodemo hasta la entrada del *Patio de los Sacerdotes*, para lo cual tuvo que atravesar primero el *Patio de Las Mujeres*, último lugar hasta donde podrían acceder las mujeres judías, y el *Patio de Israel*, último lugar hasta donde podían llegar los varones judíos no versados en las escrituras. Allí esperó Jacob a Nicodemo. Nosotros les esperamos en el *Patio de los Gentiles*, admirando la majestuosidad del lugar y observando su actividad. Muchas personas no judías se acercaban a comprar animales y se los entregaban a los sacerdotes para que los sacrificaran en un altar situado en el *Patio de Israel* al que les estaba prohibida la entrada. A nosotros no nos sorprendían estas prácticas en el caso de los *gentiles*. Lo que sí nos extrañó fue ver como los propios judíos hacían ofrendas de sangre a su dios *Yahvé* con prácticas paganas similares a las de los romanos. La grandiosidad de su Templo, más magno y suntuoso que cualquier otro que nosotros hubiéramos conocido, era la expresión del poder de su Dios. Nos extrañó comprobar como los judíos creían que *Yahvé* habitaba realmente en el Templo que le habían construido como si de una persona física se tratase. Sin embargo no podía encontrarse ninguna imagen pues condenaban la idolatría.

Tras una larga espera al calor de un radiante Sol invernal, Jacob y Nicodemo regresaron acompañados de otro judío de aspecto notable.

- Disculpar la espera pero hemos tenido que ir a visitar al Gobernador de Roma, Poncio Pilatos, a aquella fortaleza de allá -dijo Jacob señalando una fortificación de cuatro torres con uno de sus lados adosado a las murallas del Templo-, la Torre Antonia como se la conoce.

- Os presento a José de Arimatea -intervino Nicodemo-, otro miembro del *Sanhedrin* y también amigo del Gobernador. Nos está ayudando en las negociaciones para que Roma no elimine la celebración del *shabbat* pues podría ser la mecha que encendiera una revuelta popular. Los ánimos están muy calientes en Jerusalén últimamente.

José de Arimatea, de edad similar a la de Nicodemo, vestía elegante túnica y portaba una larga y retocada barba. Hizo una reverencia en nuestro honor al sernos presentado y nosotros correspondimos con una leve inclinación de cabeza juntando nuestras manos junto al pecho.

- Muchos judíos confían en la llegada de un Mesías que acabe con el dominio de Roma sobre Judea -dijo-, pero mientras tanto es mejor negociar con los romanos para evitar un baño de sangre.

- ¿En verdad la gente confía en la venida de un Mesías liberador? -preguntó Jacob.

Nicodemo y José de Arimatea se miraron sorprendidos ante las palabras de Jacob.

- Claro que los judíos creemos en la llegada de un Mesías -dijo José de Arimatea-. ¡Está escrito!

- ¿Acaso tu padre no te enseñó las escrituras? -añadió Nicodemo.

- Sí me enseñó, y muy bien -se defendió Jacob-, pero no que tiene que llegar quien libere al pueblo judío de la dominación romana. Os recuerdo que en Taxila no hay romanos.

- No todos creemos en un Mesías como en un liberador político -intervino el de Arimatea-, pero la gran mayoría de habitantes de Judea sí lo creen. Creen en la llegada de un Mesías, de un ungido como rey guerrero que destruirá a los enemigos de Israel. Así está escrito en los *Salmos de Salomón*. Por eso es mejor negociar antes de que algún exaltado trate de hacer cumplir las escrituras alzando a los israelitas contra Roma.

- Yo sí creo en un Mesías que ha venido a hacer cumplir las escrituras -dijo Nicodemo-. Se llama Yeshua y es Galileo, nacido en Nazaret, y de él habla el *Libro de Zacarías*. De un Mesías manso y pacífico que predica el amor hacia los enemigos y no de uno guerrero como el descrito en los *Salmos de Salomón*. Al fin y al cabo esos salmos, aunque muy populares, no forman parte de nuestros libros sagrados.

- Yo también creo en que Yeshua es el Mesías del que hablan las escrituras -añadió José de Arimatea-. El Siervo de Dios del que también habla nuestro profeta Isaías.

- Yeshua es un hombre manso que predica el amor de *Yahvé* hacia todos nosotros -prosiguió Nicodemo-. En cierta ocasión hablé con él para preguntarle cómo un viejo como yo podía renacer para la salvación tal y como él nos pedía que hiciéramos. Me dijo que el renacer que él predicaba era espiritual y no mundano. Me demostró un amplio conocimiento de las escrituras y se permitió acusarme de desconocerlas siendo como soy maestro de la *Torah*. Yeshua hablaba con sabiduría y verdad. El renacer espiritual que él propone es el descrito por Ezequiel cuando dijo: *Y os daré*

*corazón nuevo. Y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros. Y pondré dentro de vosotros mi espíritu y haré que caminéis en mis mandamientos y los pongáis en práctica.*<sup>29</sup>

Darío y yo mantuvimos silencio durante toda la conversación sospechando que el Yeshua autoproclamado Mesías del que hablaban Nicodemo y José de Arimatea podía ser el Yeshua que nosotros conocíamos. Pero cuando escuchamos las mismas palabras que había pronunciado ante nosotros en Alejandría antes de despedirse, nuestra sospecha se tornó convicción y le pedimos con gestos a Jacob que averiguara más sobre ese Mesías.

- Y decirme, ¿qué aspecto tiene ese tal Yeshua? -les preguntó.

- Tiene la piel oscura, la barba cerrada y el pelo ensortijado -respondió Nicodemo-. Su aspecto físico no llamaría la atención de nadie a no ser por su mirada, que te traspasa desde sus ojos del color de la aceituna. La luz que irradia cada uno de sus gestos es lo que le hace destacar de inmediato sobre quienes le rodean. Su manera de caminar, de gesticular y sobre todo de hablar no parecen humanas. El solo hecho de estar junto a él transmite paz y la sensación de que en verdad el espíritu de *Yahvé* habita dentro de él.

- Sin duda es quien curó los dolores de mi mano perdida -dijo Darío rompiendo nuestro silencio y mostrando su muñón con la seguridad de que Nicodemo hablaba de nuestro amigo.

Ahora eran José de Arimatea y Nicodemo los sorprendidos. Jacob les aclaró la situación.

- Yeshua estuvo varios años en el Centro de Estudios Hebreos de Alejandría. Allí le conocimos y enablamos amistad con él. Hará como cuatro o cinco años regresó a Galilea. Dijo que tenía que cumplir con la profecía de Isaías según la cual Galilea vería una gran luz. Y hace pocos meses escuchamos que estaba predicando ser el Mesías profetizado.

Nicodemo miró a José de Arimatea como para confirmar con su mirada una misma información.

- Nosotros pensábamos que había estudiado en la comunidad de Qumrán con los esenios y no en Alejandría.

- Partió de Alejandría acompañado de dos esenios que regresaban a Qumrán -dije yo-. Allí pasó algún tiempo según supimos más tarde. A Yeshua siempre le interesó el ambiente monástico en donde estudiamos nosotros en Taxila, y decía que la comunidad esenia era lo más parecido a un monasterio que podía encontrar dentro del judaísmo.

- Pues ahora ya no busca el retiro monacal -dijo José de Arimatea-. Le encanta predicar en sinagogas, en casas o allá en donde haya gente dispuesta a escuchar su mensaje de renovación espiritual. La gente acude a él con fervor para escucharle y pedirle que les cure sus enfermedades y dolencias como la de tu amigo.

Darío mostró de nuevo el muñón de su mano y José lo examinó con curiosidad.

- Muchos le consideran el Mesías -añadió Nicodemo-, pero por desgracia esperan de él que se levante contra Roma. No han comprendido que la renovación que él predica es personal y no política.

- ¿Y dónde podríamos encontrarle? -pregunté.

- Siempre anda predicando por los más diversos lugares de Galilea, Samaria y Judea -respondió Nicodemo-, pero, como buen judío, todos los años acude a celebrar la fiesta de *Pesah* a Jerusalem. Si queréis verle, lo más sencillo es esperarle aquí pues ya faltan pocas semanas para la celebración.

- Sí, yo también creo que sería lo mejor -dijo José de Arimatea mientras Jacob asentía con su cabeza.

- Este año he escuchado que el pueblo piensa darle un gran recibimiento -habló Nicodemo con seriedad-. Me temo que su fama ha llegado a mucha gente que ni siquiera conoce sus prédicas. Como habla de si mismo como el Mesías, muchos creen que ha llegado la hora de ungirlo como rey para que en él se manifieste el verdadero poder de *Yahvé* de manera que le permita liberar a Judea de la dominación romana. Todos consideran a Herodes, nuestro rey, un traidor que no les representa por no cumplir nuestra *Torah* y por haber sido educado en Roma por y entre paganos. Hace años que esperan a un rey bendecido por *Yahvé*.

- Pues esperaremos su venida a Jerusalem -sentenció Jacob.

Las siguientes semanas antes de la llegada de *Pesah* las pasamos en casa de Nicodemo. Jacob negoció un buen precio por su cargamento de papiros y agradeció a nuestro anfitrión su hospitalidad con una parte de sus ganancias. Con el resto, aconsejado por Nicodemo, compró una buena cantidad de piezas de orfebrería con la intención de comerciar con ellas en Damasco o más allá. Contra más a oriente las vendiera mejor precio obtendría, pero también serían más altos los riesgos. En ningún momento dejó de planificar nuestro viaje de regreso a Taxila preguntando a los mercaderes que llegaban desde oriente por la situación política en la frontera entre romanos y partos y por las mercancías más apreciadas para comercial más allá de Damasco con la intención de rentabilizar cada etapa de nuestro viaje tal y como Zenón le había aconsejado.

Durante ese tiempo Darío y yo nos dedicamos a recorrer Jerusalem y sus alrededores. No nos sorprendió el no conocer a nadie que hubiera oído hablar del budhismo. Sin embargo sí nos pareció asombrosa la diversidad de sectas judías que poco tenían que ver las unas con las otras. Aunque todos tenían en común la creencia en que *Yahvé* era el Dios único y verdadero que se había revelado al pueblo de Israel y cuyas palabras habían sido entregadas a Moisés en la *Torah*, la manera de interpretar la *Torah* difería mucho de unos a otros. Los fariseos eran los más estrictos en el cumplimiento de la pureza ritual de *la Ley*, lo que les hacía considerar a la gran mayoría de judíos como gente contaminada y demasiado impura para llegar a estar en presencia de su Dios. También creían en la inmortalidad del alma y en la resurrección de las almas buenas en nuevos cuerpos que vivirían eternamente mientras que las almas malas recibirían castigo eterno en un infierno que ellos llamaban *Guehenna*. Por otro lado los saduceos, que controlaban los rituales del Templo, creían todo

lo contrario; que la vida era una y única, sin resurrección, ni premios ni castigos eternos. Lo que en ella le aconteciera a cada hombre era el producto de sus propias acciones de las que solo él era responsable. Completamente opuestos a los saduceos estaban los esenios, que creían en la predestinación e inmortalidad del alma; y aunque participaban en los sacrificios ofrecidos en el Templo, lo hacían bajo sus propias normas rituales. Por último estaban los zelotes, así llamados por su celo religioso encaminado a preservar la dignidad de *Yahvé* contra cualquier persona o institución que la quebrantara. Incluso empleaban la violencia cuando lo consideraban necesario sin importarles hacerlo contra un enemigo débil como un judío casado con una gentil, o contra uno fuerte como el poder de Roma. En todo caso, la inmensa mayoría de judíos no integraban ninguna de estas secta y se limitaban a cumplir lo mejor que podían con la celebración de sus festividades, con los rituales del Templo y con las normas impuestas en la *Torah*. Todos tenían sus esperanzas puestas en la llegada de un Mesías ungido como rey e investido por la autoridad de *Yahvé* y no por la de Roma como era el caso de su despreciado rey Herodes.

A falta de algunos pequeños detalles, cuando llegó el equinoccio de primavera Jacob ya había concluido los preparativos de nuestra próxima etapa de viaje con destino a Damasco. Solo teníamos que esperar poco más de dos semanas para la llegada de la siguiente luna llena y con ella la celebración de *Pesah*. Jacob estaba muy contento de encontrarse en Jerusalem en tiempo de *Pesah* para así poder cumplir con los rituales y ofrendas del Templo y rezarle a *Yahvé* por la salud de su padre. Darío y yo disfrutábamos contemplando la devoción del pueblo judío con la llegada de tantos peregrinos venidos para la celebración. Pero lo que más ilusionados nos tenía era la posibilidad de poder reencontrarnos con Yeshua después de tantos años, ahora convertido en predicador de una visión renovada de la *Torah* y considerado por muchos como el Mesías esperado. Un día, por fin llegó la noticia que nosotros esperábamos.

- Hoy ha venido José de Arimatea para contarnos que Yeshua se encuentra en Betania, a unos pocos estadios de Jerusalem -nos dijo Jacob cuando llegamos a la casa de Nicodemo tras nuestro habitual paseo por la ciudad-. Mañana viernes va a ir a visitarle y me ha dicho que pasará a por nosotros temprano. Yo no podré ir pues tengo una cita urgente con el camellero que ha de transportar nuestras mercancías a Damasco.

Darío y yo nos llenamos de alegría. Esa tarde meditamos juntos con especial devoción y a la mañana siguiente, con la salida del Sol, partimos junto a José de Arimatea hacia el reencuentro con Yeshua.

- Me han dicho que está acompañado solo por sus discípulos más cercanos -nos dijo José de Arimatea camino de Betania-. Eso hace pensar a sus seguidores que está preparando su entrada triunfal en Jerusalem el próximo domingo, lo cual me preocupa pues puede exaltar en exceso a la gente. Si eso sucede despertará la ira de los saduceos del Templo.

- ¿Por qué motivo? -pregunté.

- Si llegan a aclamarle como Mesías, los romanos no toleraran las revueltas que se organizarán y acabarán con él y con todos sus seguidores tal y como hicieron hace años con un coterráneo suyo, un zelote llamado Judas el Galileo -nos aclaró José-. Los saduceos saben que Roma ya está cansada de negociar eternamente con Judea para que podamos mantener nuestras prerrogativas religiosas y temen que una revuelta que discuta la legitimidad de Herodes en el trono les sirva de excusa para acabar con el Templo, con Jerusalem y con la satrapía de Herodes. La manera más fácil de evitar este riesgo es acabando primero con Yeshua.

Seguimos caminando mientras reflexionábamos sobre la complicada situación política de Judea en la que se hallaba inmerso Yeshua hasta que llegamos a Betania. José de Arimatea nos llevó hasta la casa de Lázaro, un amigo y fiel seguidor de Yeshua que lo había alojado junto a sus discípulos. Al entrar fuimos recibidos por Miriam, la hermana de Lázaro.

- Me alegro mucho de verte José -dijo nada más vernos.

- Ellos son Darío y Gurka -nos presentó José de inmediato-, unos amigos del maestro que han venido a verle.

Miriam era una mujer joven y hermosa. Vestía humildemente, lo que no impedía que desbordara elegancia. La saludamos juntando nuestras manos como solíamos hacer, pero ella nos abrazó y beso nuestras mejillas sin pudor. El contacto de su cuerpo y su nombre trajeron de inmediato a mi mente el recuerdo del amor que una vez compartí con su tocaya. Para mi desgracia había descubierto que Miriam era un nombre muy común en tierras judías.

- Los amigos del maestro también son amigos míos -nos dijo-. Esperar aquí. Ya le llamo.

Nos sentamos junto a una mesa de madera desgastada por el uso, pero casi de inmediato nos levantamos al ver aparecer a Yeshua. Vestía una larga túnica de color blanco hueso ceñida a la cintura por un cordón. Su pelo y su barba le habían crecido en exceso, lo que le hacía parecer mucho más mayor de lo que realmente era. Pero lo que más llamó nuestra atención fue su mirada y su expresión, tan limpia como resplandeciente.

- ¡Os esperaba! Ya se que me estabais buscando desde hace tiempo -nos dijo nada más vernos.

Darío me miró con cara de sorpresa. Seguro pensó lo mismo que yo. Era la continuación de las palabras con las que el venerable Nagasena se había despedido de nosotros cuando abandonamos Jaulian. Él ya había abandonado este mundo pero Yeshua estaba frente a nosotros investido con la misma espiritualidad que irradiaba nuestro antiguo superior. Sin duda no podía ser casualidad. O al menos eso pensamos tanto Darío como yo. Nos miramos y sentimos que realmente la energía del venerable Nagasena había descendido sobre nuestro amigo Yeshua convirtiéndole en un ser iluminado. Yeshua percibió nuestro asombro y nos lo confirmó a su manera.

- No os mostréis tan sorprendidos. Mi Padre está permanentemente conmigo y no hay nada que Él no sepa que yo no sepa.

- Y ¿cómo has conseguido algo tan grandioso? -pregunté.

- Hace poco más de tres años permanecí durante cuarenta días en el desierto, sometido a extremo ayuno y silencio. Medité como nunca antes lo había hecho. Un día sentí como *Yahvé* descendía dentro de mi y me daba un nuevo espíritu. Su Espíritu Santo. Desde entonces soy parte de Él. Soy Hijo suyo.

Abrió sus brazos y nos abrazamos fundiéndonos con él, sintiendo un verdadero y profundo afecto.

- Tuvimos noticias tuyas en Alejandría -habló Darío-, nos dijeron que estabas predicando una doctrina fundamentada en el amor de Dios que todos llevamos dentro. Desde entonces hemos querido verte de nuevo.

- En verdad te digo Darío que no estoy predicando nada que no esté en la *Torah* -dijo Yeshua-. Al igual que Dios, con su infinito amor, provee de la lluvia y del Sol a hombres y mujeres, a judíos y *gentiles*, a piadosos y pecadores; el hombre debe de hacer por sus semejantes lo mismo que Dios hace por él. No podemos olvidarnos nunca de que Dios es amor. Si permitimos que reine en nosotros entraremos en su reino y actuaremos con ese mismo amor hacia los demás sin preocuparnos por la manera en que ellos actúan hacia nosotros. Eso es amor, eso es la *Torah*, y eso predicaron los Profetas que vinieron antes que yo.

Recordé las palabras que Budha había pronunciado en el Canon Pali y las recité sin pensármelo.

- *No os fijéis en las faltas de los otros, o en lo que los otros hayan hecho o hayan dejado de hacer, mirad lo que vosotros mismos habéis hecho o habéis dejado de hacer.*<sup>30</sup> Son palabras de nuestro Budha que me recuerdan a las tuyas -dije.

- Son palabras que encierran una gran verdad Gurka -afirmó Yeshua-. ¿Por qué vemos la mota de polvo en el ojo ajeno y no reparamos en la viga que llevamos en el propio? Cuando Dios está con nosotros nos preocupamos primero de nuestro ojo para después poder poner atención al de nuestro prójimo. Si no sanamos el nuestro primero no podremos ver el de nuestros semejantes para sanarlo. En verdad os digo que quien así actúe alcanzará el Reino de Dios.

- *Rabí* -le dijo preocupado José de Arimatea- no habléis así del Reino de Dios pues vuestras palabras podrían ser interpretadas como una incitación a la rebelión.

- Mi Reino no es de este mundo José. Bien lo sabes -replicó Yeshua-. Mi padre me ha enviado para que muestre a su pueblo el camino de la salvación a través de su renovación interior. Y Él, con su infinito amor, perdona todos nuestros pecados. Y con su infinita misericordia nos da la fuerza para actuar con el mismo amor que Él para que así podamos entrar en Su Reino.

En ese momento salieron dos de sus discípulos del interior de la estancia de la que antes había salido Yeshua. Tras saludar a José de Arimatea, este nos los presentó como Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. Mientras nos miraban a Darío y a mi con desconfianza se dirigieron a Yeshua.

- *Rabí*, no hemos podido evitar escucharte hablar del Reino de Dios y queríamos pedirte algo.

- Qué es lo que queréis -replicó Yeshua.

- Queremos que nos concedas sentarnos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu próximo triunfo.

Yeshua no salía de su asombro al escuchar a sus discípulos. Les miraba con desesperación desviando su mirada hacia José de Arimatea y hacia nosotros alternativamente. José estaba a punto de recriminarles su actitud, que era precisamente la que él más temía, pero Yeshua lo detuvo con un gesto y finalmente habló.

- En verdad no sabéis lo que pedís. ¿Podréis beber la amarga copa que mi padre tiene reservada para mi?

Santiago y Juan se miraron satisfechos y respondieron casi de inmediato.

- Sí podremos *Rabí*. Claro que sí.

- A decir verdad sí beberéis mi mismo cáliz pero más adelante. Ahora no corresponde a mi conceder quien se sienta a mi derecha o a mi izquierda. Esos lugares serán para aquellos para quienes estén preparados.

En ese momento salieron el resto de sus discípulos reprochando a Santiago y a Juan su proceder egoísta tratando de obtener ventajas por parte de Yeshua a escondidas de los demás. Todos ellos pensaban en la inminente toma de Jerusalem por parte de Yeshua como el nuevo rey de Judea que instauraría el Reino de Dios. Yeshua se molestó con todos ellos y censuró su actitud.

- Ya sabéis que los tenidos por gobernantes de las naciones se aprovechan de la autoridad que tienen sobre ellas en beneficio propio. Pero eso no debe de ser así entre vosotros -les dijo-. El que quiera ser grande entre vosotros ha de ser vuestro siervo; y el que quiera ser el primero ha de ser el siervo de todos. Ese es el Reino de Dios que yo predico. El del amor y la humildad, no el del gobierno y la autoridad.

Con estas palabras logró zanjar la disputa entre sus discípulos. Pero sus palabras fueron recibidas con una gran confusión entre sus discípulos así que les hizo sentar, se levantó y siguió hablándoles.

- Mi Padre no me envió a este mundo para ser servido sino para servir; y por eso me entregará con amor y humildad al igual que se entrega a un cordero al sacrificio, para obtener la salvación de otros; y con mi sangre derramada se lavarán los pecados de muchos -Yeshua miró a sus discípulos con resignación ante su evidente falta de comprensión y finalmente añadió-. Quien tenga oídos para oír que oiga.

Hizo una señal y sus discípulos salieron de la casa. José de Arimatea se dirigió a Yeshua inquieto.

- *Rabí*, ¿por qué tenéis que entregaros en sacrificio? Tenéis que evitarlo.

- Está escrito. Es la voluntad de mi Padre y ya nada se puede hacer -replicó Yeshua, y todavía más apesadumbrado añadió-. Lo que en verdad me entristece es la actitud de mis discípulos. Me entristece la actitud de mis hermanos. Me entristece la actitud del pueblo de Israel. Es la misma que la de los señores de un país, que fueron invitados por su rey a las fiestas y ninguno de ellos acudió. Y el rey, despechado, decidió abrir las puertas de su palacio e invitó a los campesinos, y estos sí acudieron. Esas fueron las mejores fiestas que jamás antes se habían celebrado en ese reino, y los nobles se arrepintieron de haber rechazado la invitación de su rey. Y es que en verdad nadie es profeta en su tierra.

- Posiblemente solo sea una cuestión de tiempo el que comprendan -le dijo Darío tratando de sacarle de su desconsuelo.

- Justamente tiempo es lo que no tengo Darío -replicó Yeshua-. Voy a rezar con ellos. Tal vez la oración les permita ver la luz de Dios en su interior.

Se levantó y nos hizo una señal para que le acompañáramos. José de Arimatea se excusó y regresó a Jerusalem. Darío y yo salimos para reunirnos con sus discípulos. Yeshua nos acompañó y buscó un lugar tranquilo bajo unos árboles cercanos. Allí nos hizo sentar a todos. Realmente irradiaba una luz especial que solo habíamos percibido antes en el venerable Nagasena. Con él tampoco las palabras eran necesarias pues su autoridad residía en su sola presencia. Aun así dio varias indicaciones destinadas a conseguir una mayor concentración en sus discípulos durante la oración.

- No penséis en nada -comenzó diciendo-. Dejad que *Yahvé* entre en vosotros. Solo en vuestro silencio y recogimiento podréis sentir la luz de *Yah* en vuestro interior. Permaneced atentos a su voz. Si vuestros pensamientos se desvían, fijad vuestra atención en el canto de los pájaros para lograr el silencio dentro de vosotros. Escuchad dentro de vuestro corazón la voz de *Yahvé* que se os manifiesta en su infinito amor sin importarles vuestros pecados, ni vuestras ambiciones, ni vuestras iras. Abridle vuestro corazón. Sentid como entra en vuestro interior y habladle. Decidle: "Padre, que estás en los cielos; santo es tu nombre; trae tu Reino a nosotros y permítenos entrar en él; que tu voluntad se cumpla en la tierra y en los cielos; que tu voluntad nos consiga el pan de cada día para poder servirte; perdona nuestros pecados y así nosotros aprenderemos perdonar a quienes nos ofenden tal y como haces tu con nosotros".

## La condena

El domingo llegó José de Arimatea a la casa de Nicodemo para avisarnos de que Yeshua había entrado en Jerusalem, aclamado por la multitud como Mesías. Por lo visto había pasado todo el día del *shabbat* reunido con sus discípulos preparando su entrada en la ciudad para el día siguiente.

- Muchos fariseos le han recriminado su actitud pidiéndole que reprendiera a quienes le vitoreaban, pero Él se ha dirigido a ellos defendiendo las alabanzas recibidas y por lo tanto aceptando su condición de Mesías -añadió-. Ahora se encuentra predicando y curando enfermos en el Templo. ¡Debemos ir a verle cuanto antes!

Salimos los cinco en dirección al Templo. Lo encontramos en el pórtico del *Patio de los Gentiles* rodeado por una gran multitud que trataba de acercarse a Él para que curara sus dolencias, o simplemente intentando escuchar sus palabras. La multitud comentaba que quien allí estaba era el mismísimo Mesías, lo que hacía crecer cada vez más el gentío a su alrededor. Nicodemo y José lograron abrirse paso entre la multitud apelando a su condición de miembros del *Sanhedrín*, pero a nosotros nos fue imposible. Nos quedamos en los alrededores esperando hasta que les vimos regresar cabizbajos.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Jacob-. ¿Qué os ha dicho?

- Afirma ser el Mesías -respondió Nicodemo-. Dice que su Padre *Yahvé* le ha enviado y que es su voluntad el ser reconocido por aquellos que le aclaman. No hemos podido convencerle de lo inoportuno de esa proclamación. El *Sanhedrín* no lo permitirá.

- Sin duda es un verdadero santo -añadió José de Arimatea-. Cuando le hemos hablado del peligro en que se encuentra, nos ha sonreído y nos ha dicho que las escrituras son prontas a ser cumplidas en Él. Nos ha pedido abandonar nuestros temores pues *Yahvé* está con Él y así nada malo puede pasarle.

Nos alejamos del Templo mientras cada vez más gente se acercaba a recibir las bendiciones y enseñanzas de Yeshua, ya proclamado por el pueblo como Mesías de Israel.

Al día siguiente, lunes, acudimos de nuevo al Templo con la esperanza de poder conversar con Yeshua. Al entrar en la amplia explanada del *Patio de los Gentiles* nos llamó la atención un gran tumulto. Yeshua, acompañado de sus discípulos y alentado por gran parte de sus seguidores, estaba completamente exaltado derribando los puestos de cambio y de venta de animales destinados al sacrificio. Repetía una y otra vez estas palabras.

- ¡Escrito está: mi casa es casa de oración; pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones!

La gente aprovechaba el tumulto para recoger y guardarse las monedas que caían al suelo entre empujones y atropellos. La confusión era enorme. Nosotros permanecemos a cierta distancia contemplando cómo los mercaderes eran expulsados con insultos, sufriendo las iras de la gente mientras cerraban sus puestos y abandonaban el Templo reclamando la protección de la guardia. Pero esta contaba con pocos hombres para controlar a la multitud enaltecida y temían causar un baño de sangre si intervenían con sus armas.

- No es que me guste la violencia pero me alegro de que por fin esos ladrones reciban su merecido -dijo Jacob.

- ¿Por qué dices eso? -pregunté.

- Desde hace muchos años el manejo del Templo se ha convertido en un gran negocio para los Saduceos -respondió-. Nuestra *Torah* solo permite el sacrificio de animales puros, así que los sacerdotes se las ingenian para encontrar siempre defectos en los animales que llevan los fieles para obligarles a comprar otros a unos precios abusivos en los puestos instalados aquí. Pero además, la transacción debe de realizarse con monedas que no contengan ninguna imagen por ser en pago de un ritual destinado a *Yahvé*, lo que obliga a los devotos a cambiar sus monedas en esos puestos que aplican enormes comisiones.

Cuando regresamos a casa de Nicodemo nos lo encontramos preparándose para salir. Los altercados provocados por Yeshua en el Templo habían llegado a oídos del Sumo Sacerdote y este había convocado al *Sanhedrín* a una reunión para tratar el asunto.

- La situación es muy grave -nos dijo-. Al expulsar a los comerciantes, Yeshua se ha investido como la máxima autoridad del Templo, por encima del Sumo Sacerdote, y este no lo van a permitir. Va a ser difícil que no le arresten.

Nicodemo salió precipitadamente de su casa acompañado por uno de sus criados. Cuatro o cinco horas más tarde, casi al anochecer, regresó y nos contó lo sucedido en la reunión.

- Las autoridades del Templo están muy molestas con Yeshua, pero no se atreven a ordenar su detención en plenas fiestas. La ciudad está llena de peregrinos y muchos de ellos simpatizan con Yeshua. La mayoría le consideran el Mesías de Israel por lo que sería contraproducente para el *Sanhedrín* tomar acciones contra él; así que se han llegado al acuerdo de combatirlo con sus propias armas. Mañana acudirán a sus prédicas varios doctores de la *Torah* para desprestigiarle ante sus seguidores y hacerle caer en contradicciones que le hagan quedar como un farsante. Esperan que así la gente deje de considerarle el Mesías.

Nicodemo parecía satisfecho pues se había descartado tomar acciones directas. Además sabía que las habilidades dialécticas de Yeshua le permitirían salir airoso del encuentro.

- Si de lo que se trata es de demostrar sus conocimientos sobre nuestras escrituras, no me cabe la menor duda de que Yeshua saldrá fortalecido -dijo Jacob-. Ya le he visto platicar otras veces en el Centro de Estudios Hebreos de Alejandría y jamás le vi perder una discusión.

- Estoy de acuerdo -añadió Nicodemo-. Yeshua es un gran orador. El mejor que he conocido. Mañana será un buen día para disfrutar de sus enseñanzas.

A la mañana siguiente, la mañana del martes, nos dirigimos los cuatro al Templo en donde ya se encontraba Yeshua atendiendo a varios enfermos a quienes imponía sus manos y reconfortaba con sus palabras sobre el inmenso amor de *Yahvé* hacia todos nosotros y su infinita misericordia al perdonar nuestros pecados. Al vernos nos saludó sin dejar de atender a los suyos. En eso surgió la voz de uno de los escribas del Templo, docto en la *Torah*, que le cuestionó su actuación del día anterior.

- *Rabí*, ¿con qué autoridad expulsasteis ayer a los vendedores y cambistas de este Templo?

- Os responderé con otra pregunta -dijo Yeshua-, ¿de dónde procedía la autoridad de Juan el Bautista?

- Lo ignoramos -dijo otro escriba tras una pausa.

- Pues del mismo modo yo ignoro de dónde procede la autoridad del Hijo del Hombre.

Yeshua acabo de atender a la persona con la que estaba y buscó con su mirada a quienes habían cuestionado su autoridad.

- Ahora soy yo quien quisiera que me respondierais sobre vuestro parecer. Un hombre tenía dos hijos. Un día se acercó al primero y le dijo: "Ves a trabajar mi viña". Este le contestó: "No quiero"; pero luego arrepentido fue. Acercándose a su otro hijo le dijo lo mismo; y respondiéndole este dijo: "Sí señor. Ya voy"; pero luego no fue. ¿Cual de los dos hizo la voluntad de su padre?

Varias voces contestaron que el primero. Y Yeshua prosiguió con su discurso.

- En verdad os digo que los publicanos y las rameraos preceden en el camino hacia el Reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan el Bautista por el camino de justicia y no le creísteis; pero los publicanos y rameraos le creyeron. Y vosotros, aun viendo esto, no os arrepentisteis para después creer en quien vino tras él.

Las palabras de Yeshua provocaron un murmullo entre los asistentes. Jacob nos explicó que Juan el Bautista había sido un profeta muy querido y respetado por el pueblo. Herodes le había ajusticiado recientemente por haber cuestionado su autoridad como Rey de Israel al no respetar la *Torah*. Yeshua prosiguió su discurso de desprestigio hacia los escribas que le cuestionaban con una nueva parábola.

- Un hombre plantó una viña, la cercó con una valla, edificó en ella una torre, la arrendó a unos labradores y se marchó lejos. Cuando se acercó el tiempo de cosecha envió a sus siervos a los labradores para que recibiesen sus frutos. Pero los labradores agarraron a los siervos y a unos mataron y a otros golpearon. Volvió a enviarles a otros siervos de mayor importancia y lo mismo hicieron que con los primeros. Finalmente les envió a su hijo diciendo: "Respetarán a mi hijo". Pero los labradores, cuando vieron al hijo, se dijeron: "Este es el heredero; vamos a matarlo y así nos apoderaremos de su heredad". Y agarrándolo lo echaron de la viña y lo mataron.

La parábola que Yeshua estaba contando causó consternación entre quienes le escuchaban, tal y como él pretendía. Mitigado el murmullo preguntó al público.

- Cuando llegue el señor de la viña, ¿qué hará con esos labradores?

- Los destruirá sin misericordia y arrendará su viña a otros labradores que le paguen el fruto a su tiempo -le respondieron.

- En verdad os digo que el Reino de Dios os será quitado y será dado a la gente que produzca frutos para mi Padre -les dijo Yeshua a aquellos que le cuestionaban, y luego añadió dirigiéndose a los demás-. Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos así que todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo, pero no actuéis como ellos porque ellos dicen y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar y las colocan sobre los hombros de los hombres, pero ni con un dedo les ayudan a llevarlas. Más bien hacen todas sus obras para ser mirados por los hombres, y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los saludos en las plazas, y ser llamados "*Rabí, Rabí*". Pero vosotros no queráis ser llamados "*Rabí*", porque uno solo es vuestro *Rabí*, el Mesías, y todos vosotros sois hermanos. Y "Padre" no llaméis a nadie en la tierra, porque solo uno es vuestro Padre, el que está en los cielos - hizo una pausa y miró fijamente a los escribas del Templo diciéndoles-. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque cerráis el Reino de los Cielos delante de los hombres de tal manera que ni vosotros entráis, ni a los que quieren entrar se lo permitís. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo que está fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseos ciegos, limpiar primero lo que hay dentro del vaso y el plato para que lo que hay fuera también quede limpio!

Dicho esto los escribas que se habían enfrentado dialécticamente con él se alejaron molestos por las críticas recibidas. Mientras, el resto seguía haciéndole preguntas sobre el Reino de Dios que estaba por venir. Pensaban que este consistiría en un cambio de gobierno en Jerusalem que traería consigo una renovación de las autoridades del Templo y del *Sanhedrín*; además de un castigo para los escribas y fariseos doctores de la *Torah* cuya actitud Yeshua acababa de criticar. Sus seguidores pensaban que la situación debía de cambiar cuanto antes y esperaban que Yeshua les señalara cuando y cómo se produciría ese cambio. Pero él insistía una y otra vez en que el cambio debía de ser interior. Que el Reino de Dios se manifestaría en el interior de aquellos limpios de corazón que aceptaran a *Yahvé* en sus corazones para que les revelara su misericordia y su amor. Sin embargo

eran tantas las esperanzas puestas en él como Mesías liberador político y renovador de las instituciones que la gente seguía sin entender que su predica era espiritual y no terrenal.

Nos alejamos del grupo para poder comentar las palabras de Yeshua con más tranquilidad.

- Sin duda su capacidad dialéctica es impresionante, ¿verdad Nicodemo? -le preguntó Jacob.

- Sin duda lo es -respondió afligido-, pero su victoria en esta discusión va a tener graves consecuencias. Ha sido muy duro en sus críticas a los escribas. No se si él lo sabe pero acaba de firmar su sentencia de muerte. Al no poder desacreditarle ante sus seguidores, las autoridades del Templo no tienen otra opción que acabar con él para mantener sus privilegios.

- Y ¿por qué no lo han hecho ya? -pregunté.

- Durante el día siempre está rodeado de sus seguidores, que acuden al Templo a escucharle, y ellos jamás permitirían su detención. Si trataran de hacerlo se produciría un serio altercado entre quienes quisieran arrestarle y quienes quisieran impedirlo; y eso es algo que las autoridades romanas que vigilan el recinto del Templo desde su fortaleza jamás van a consentir. De lo que yo se, te puedo asegurar que lo último que desea el Sumo Sacerdote es ver a las legiones romanas actuar dentro de este recinto. Por eso no fue detenido el día que expulsó a los mercaderes de aquí -respondió muy seguro de sus palabras y luego añadió-. Podrían intentarlo durante la noche, pero les sería muy difícil localizarle pues no duerme dentro de las murallas de Jerusalem. En caso contrario estoy casi seguro de que ya estaría detenido.

- Y ¿hay algo que podamos hacer para impedir su arresto? -preguntó Darío.

- Lo veo muy difícil. Antes o después encontrarán la manera de hacerlo y lo harán. La ofensa que hoy han recibido las autoridades del Templo es muy grave como para dejarla pasar -mientras le respondía a Darío se iluminó su cara como si de repente hubiera encontrado la solución-. Por suerte solo Roma puede condenar a un judío a muerte así que todavía nos queda una última esperanza para salvarle. José de Arimatea y su amistad con el gobernador Poncio Pilatos. Voy a ir a hablar con él inmediatamente. Si me disculpáis... nos vemos en mi casa más tarde.

- ¿Quieres que te acompañemos? -preguntó Jacob.

- No hace falta. Será mejor que vaya solo.

Nicodemo se alejó con paso firme en busca de su amigo. Nosotros le observamos abandonar la explanada del Templo y nos quedamos pensativos sin saber que hacer. Cuando nos decidimos a irnos ante la imposibilidad de acercarnos a Yeshua, Miriam de Betania, la hermana de Lázaro, se nos acercó.

- ¡Hermanos! -llamó nuestra atención cuando llegó a nuestro lado-. ¿Habéis escuchado las palabras del *Rabí*? Ha estado sublime en sus apreciaciones y agudo en sus críticas a los hipócritas que aprovechan nuestra fe en beneficio propio.

- Cierto -respondió Darío-, pero nos preocupa la reacción de las autoridades del Templo.

- No os preocupéis. El Maestro sabe siempre lo que hace y por qué lo hace -respondió tranquila y luego nos preguntó-. Estoy buscando a José de Arimatea, ¿le habéis visto?

- No -contesté- lo siento.

Miró a Jacob de arriba a bajo y este no tuvo más remedio que presentarse.

- Hola. Yo soy Jacob. Amigo de Gurka y Darío y viejo conocido de Yeshua de los tiempos en que vivió en Alejandría.

Miriam se abrazó a Jacob sonriente y luego nos dijo.

- Es un placer para mi estar rodeada de viejos amigos del Mesías. Pero ahora debo de buscar a José de Arimatea para ver si puede ayudarnos a encontrar un lugar en donde celebrar la cena de *Pesah*.

- Por qué no en vuestra casa -pregunté.

- Necesitamos un lugar amplio y acogedor dentro de la ciudad y nuestra casa es pequeña y está demasiado alejada -me contestó-. Somos muchos quienes queremos estar junto al Maestro en la cena de *Pesah* pues nos ha anunciado que estas serán las últimas fiestas que pase con nosotros.

- Si vemos a José le daremos tu recado -le dijo Darío.

- Gracias -contestó, y se alejó para reunirse con el grupo de fieles que rodeaban a Yeshua.

Mientras se alejaba la observé caminar alegre y feliz. Me recordaba a la joven judía de quien yo me había enamorado en Taxila; no solo por compartir el mismo nombre sino también por su belleza. Sin embargo mi cuerpo no reaccionó con deseo hacia ella. Eso me llenó de paz al pensar que definitivamente había logrado apartar de mi corazón el sufrimiento que hacía años me había producido la boda de Miriam. La Miriam de Taxila que nunca más sería mía.

El día siguiente, miércoles, José de Arimatea se reunió por la mañana con Poncio Pilatos y le explicó la situación creada con respecto a Yeshua. Luego vino a casa de Nicodemo para contarnos lo tratado en la entrevista.

- Ya está todo arreglado -dijo muy contento-. He hablado con el gobernador y me ha prometido que no le condenará. Todos los días observa sus prédicas desde la Fortaleza Antonia y dice que le recuerda a las de los filósofos griegos que se reunían en el *Ágora* para enseñar. Sus informantes corroboran que se trata de un hombre de paz que no supone ninguna amenaza para Roma.

- Pero si las autoridades del Templo insisten, no tendrá más remedio que condenarle. Así lo exigen los acuerdos de Roma con el *Sanhedrín* -dijo Nicodemo muy preocupado.

- En ese caso me ha asegurado que lo liberará tal y como hace todos los años con uno de sus presos durante las fiestas de *Pesah* -respondió José de Arimatea tratando de tranquilizar a Nicodemo-. No te preocupes. Él es la única autoridad para firmar una condena de muerte y ni siquiera el Sumo Sacerdote puede cambiar eso.

Darío, Jacob y yo salimos a la calle para disfrutar de una Jerusalem abarrotada por los miles de peregrinos judíos que habían venido a celebrar *Pesah*, su fiesta más importante. Jacob estaba exultante por encontrarse en la Ciudad Santa precisamente poco antes de partir rumbo a Oriente para reunirse de nuevo con su padre tras muchos años de separación. Sin duda era la mejor despedida de Occidente que un judío de Oriente podía desear. Quiso compartir su alegría con nosotros explicándonos algunos detalles de su celebración. Nos contó que *Pesah* duraba siete días; y que se iniciaba la noche del día catorce del mes de Nissan con la cena del *séder*. El mes de Nissan era el primero del calendario judío y comenzaba con la luna nueva inmediatamente posterior al equinoccio de primavera, lo que significaba que su tradicional cena ritual se celebraba siempre durante la primera luna llena del año.

- Entonces mañana comienza *Pesah* y se celebra el *séder*... -dije.

- En efecto -me contestó-. Como nosotros contamos el comienzo del día a partir de la puesta de Sol, mañana en la noche celebraremos la cena del *séder*, siendo también el primer día de *Pesah*.

- Y ¿por qué hay tanta gente portando cabras y carneros? -pregunto Darío.

- Desde hace unos días cada familia escoge una oveja o una cabra que llevan al Templo para que sea degollado de manera ritual por un sacerdote -nos explicó-. Es lo que llamamos la *parasceve* o preparación de la cena de *séder* pues las ovejas o cabras son el plato principal de la cena. Como hay tanta gente en la ciudad, mañana jueves no les daría tiempo a todos a inmolar sus animales, así que muchos los llevan hoy y los conservan en aceite hasta la cena de mañana.

- Podríamos acercarnos al Templo para verlo -dijo Darío.

Tras un corto recorrido por las calles de Jerusalem llegamos al Templo. En efecto había mucha más gente llevando sus animales que el día anterior, y también más presencia de la guardia del Templo para mantener el orden. La gente se agolpaba a la entrada del Recinto Sagrado al que solo podían entrar los judíos. Muchos esperaban para entrar con sus animales y otros salían con los suyos ya sacrificados. Nos llamó la atención la gran cantidad de *gentiles* que también esperaban para entregar sus animales para que estos fueran sacrificados en el interior por los sacerdotes. Cuando le preguntamos a Jacob nos lo explicó con estas palabras.

- Al igual que sucede en Alejandría, aquí en Jerusalem hay gran cantidad de *gentiles*, temerosos de Dios, que simpatizan con nuestros rituales pero no se convierten. A ellos se les permite hacer ofrendas a *Yahvé* aunque no puedan entrar en el Recinto Sagrado en donde se llevan a cabo las inmolaciones.

Nos dimos una vuelta por la gran explanada y preguntamos a alguno de los fieles por Yeshua. Ese día no había acudido a predicar.

En la mañana del Jueves la actividad en Jerusalem era trepidante. Sus calles estaban abarrotadas y casi no se podía transitar por ellas. Nicodemo nos dijo que celebraría la cena del *séder* en su casa y nos invitó a participar en ella. Nosotros aceptamos gustosos. También nos contó que José de Arimatea había conseguido una amplia casa de dos pisos para Yeshua y sus discípulos cerca del Templo.

Al poco de ponerse el Sol surgió en el horizonte la Luna como una señal que indicaba el comienzo de *Pesah*. Los criados de Nicodemo prepararon una gran mesa para los invitados que poco a poco fueron llegando. Jacob conocía a varios de ellos pero nosotros no, así que Darío y yo permanecimos un poco al margen. La celebración del *séder* fue muy similar a la que ya había asistido años antes en casa del señor Mossa en Taxila. Se leyeron los textos sagrados con gran devoción y se cumplió el ritual de la ingesta de alimentos de manera escrupulosa. Pero en esta ocasión, al ser una persona adulta, además de comer cordero y *Matzá* (pan ácimo o sin levadura), también tuve que beber las cuatro copas rituales de vino; única parte del ritual en la que Darío se negó a participar. Cuando los invitados se fueron a sus casas nosotros nos retiramos a nuestros aposentos.

En mitad de la noche Darío me despertó a empujones del profundo sueño en el que estaba sumido debido sin duda a los efectos del vino al que no estaba acostumbrado. Llamaban a la puerta con fuertes gritos y gran bullicio. Salimos del cuarto que compartíamos y nos encontramos en el pasillo con Jacob. Nos dijo que Nicodemo estaba dormido así que bajamos los tres para ver quién y por qué causaba tanto alboroto. Jacob abrió la puerta y vimos a dos miembros de la guardia del Templo en la puerta.

- Disculpen que les despertemos a estas horas pero tenemos órdenes de acompañar a Nicodemo Ben Gorión a una reunión de urgencia del *Sanhedrín* en el Palacio del Sumo Sacerdote Caifás - dijeron.

- ¡Pero no se dan cuenta de qué hora es! El señor Nicodemo está descansando después de la celebración de *séder* y dudo que pueda asistir a dicha reunión -respondió Jacob visiblemente molesto.

- Esperen un momento fuera y enseguida me alisto para acompañarles -dijo Nicodemo desde lo alto de las escaleras.

- Gracias señor -dijo un miembro de la guardia antes de que Jacob le cerrara la puerta casi golpeándole la cara.

Jacob subió las escaleras irritado dirigiéndose a Nicodemo.

- ¿Por qué tienes que ir? ¡Esto es un abuso!

- Quiero ir Jacob. Me temo que han detenido a Yeshua con nocturnidad aprovechando la celebración de *séder* y va a necesitar de toda la ayuda que podamos prestarle. Vosotros también deberíais venir.

Los cuatro salimos de la casa acompañados por los guardias. Cuando llegamos al palacio del Sumo Sacerdote entramos en su patio interior. Los guardias escoltaron a Nicodemo al piso de arriba mientras nosotros nos quedamos esperando abajo junto a un gran fuego. Los criados lo habían encendido para que los guardias del Templo pudieran calentarse mientras esperaban. También se habían acercado muchos curiosos intrigados al ver tanta actividad en la residencia del Sumo Sacerdote a esas horas de la noche, precisamente el primer día de *Pesah*. Comentaban entre ellos la detención de quien decía ser el Mesías. Nos sentamos en un lugar retirado y una vez acomodados nos percatamos de la presencia de uno de los discípulos de Yeshua con quien habíamos meditado unos días antes en Betania. Una criada se acercó a él y le preguntó.

- ¿No eres tu uno de los que andaba con ese tal Yeshua a quien tienen detenido allá arriba?

- No se de que me hablas mujer -respondió él.

Al cabo de un buen rato un criado se acercó y miró su cara de cerca.

- ¿No eres tu uno de los discípulos del detenido? Yo te vi cuando fuimos a prenderle al huerto de Getsemaní.

- No. Te equivocas. No lo soy -y lo negó por segunda vez.

Entonces varios de los que estaban allí insistieron de nuevo en acusarle.

- Seguro que tu eres uno de sus seguidores pues también eres de Galilea. Se te nota en el acento.

- ¡De verdad que no conozco a ese hombre de quien me estáis hablando! -les respondió irritado.

Cuando terminó de pronunciar esas palabras cantó un gallo acompañando las primeras luces del alba. El discípulo se sobresaltó y cruzó su mirada con la nuestra que le observábamos en silencio desde lejos. Pareció reconocernos, se levantó y salió llorando a la calle.

- ¿Conocéis a ese hombre? -nos preguntó Jacob- se ha puesto muy nervioso al veros.

- Sí -dijo Darío-, es uno de los discípulos de Yeshua con quien el otro día estuvimos meditando en Betania. Creo que se llama *Shimón*.

- Está escrito: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas*<sup>31</sup> -dijo Jacob con amargura.

- Y ¿quién dice eso? -pregunté.

- Nuestro profeta Zacarías -respondió-. ¡Qué triste! ¿verdad?

En ese momento los guardias del Templo bajaron a Yeshua atado de manos y lo sacaron a la calle. Mostraba signos de haber sido golpeado. Le seguían el Sumo Sacerdote y el resto de miembros del *Sanhedrín*. Nicodemo nos buscó con la mirada y nos hizo señas para reunirnos con él apartados de los demás miembros del Consejo.

- Le han condenado por blasfemo -nos informó-. Ahora lo llevan ante Pilatos para que ratifique su sentencia de muerte.

- ¿Cómo ha sido eso? -quiso saber Darío.

- Han llamado a varios testigos falsos pero ningún ha logrado probar nada en su contra. Mientras él permanecía callado los testigos caían una y otra vez en contradicciones. Finalmente Caifás, el Sumo Sacerdote, desesperado, le ha conminado a hablar en el nombre de *Yahvé*; y le ha preguntado si en verdad era el Mesías, el Hijo de Dios. Yeshua ha contestado que sí lo era sin dudarle ni un momento, y la respuesta de Caifás ha sido fulminante. Se ha rasgado la túnica y ha acusado a Yeshua de blasfemo. Ha preguntado a los presentes si necesitaban más prueba que esa y todos han coincidido en que es culpable y debe de morir.

- ¿Y tu no has dicho nada en su defensa? -le recriminó Darío.

- ¿Qué podía hacer? -respondió-. Según nuestra *Torah* sus palabras son blasfemas y merecen la pena capital. No podía decir ante el *Sanhedrín* que yo si creo en él como Hijo de Dios.

- ¿Y por qué ha salido golpeado? -pregunté yo.

- Nuestra Ley no permite dictar sentencia condenatoria hasta el amanecer. Mientras esperábamos muchos miembros del Consejo se han dedicado a golpearle mientras le tapaban los ojos preguntándole: "Ya que dices ser el Hijo de Dios, dinos quien te ha pegado". ¡Ha sido denigrante!

En ese momento José de Arimatea se unió a nosotros.

- ¡No os preocupéis! Poncio Pilato nunca le condenará. No simpatiza con las autoridades del Templo pero sí con Yeshua precisamente por sus criticas hacia ellos.

- Yo no estaría tan seguro -replicó Nicodemo-. Caifás es un político muy hábil y forzará su condena. Ya ha enviado a sus criado a avisar a los agitadores de los que suele valerse en estos casos. Además, a estas horas tan tempranas los seguidores de Yeshua deben de estar durmiendo y cuando despierten la sentencia ya se habrá consumado.

- Ten fe hermano. Ten fe -dijo José de Arimatea.

Entre el optimismo de José de Arimatea y el pesimismo de Nicodemo, nos unimos a la comitiva que trasladaba a Yeshua al Pretorio Romano, en la puerta principal de la Fortaleza Antonia. Al llegar lo entregaron a los soldados pidiéndoles que llamaran al gobernador. Poncio Pilatos tardó un buen rato en aparecer pues todavía no se había levantado. Cuando por fin llegó serían las seis de la

mañana y solicitó a los miembros del Sanhedrín que entraran para formular su petición. Pero estos se negaron alegando que de hacerlo faltarían a sus leyes sobre la pureza ritual al entrar de día en casa de un gentil. Esto incomodó a Pilatos, que se vio obligado a salir para hablarles. José de Arimatea nos miró satisfecho.

- ¿Por qué me traéis a este hombre? -les preguntó chillando desde lo alto del Pretorio- ¡Lleváoslo y juzgarlo según vuestras leyes!

- ¡Ya lo hemos hecho y le hemos condenado! -contestaron los sacerdotes- Pero los judíos no tenemos derecho de dar muerte a nadie.

- ¿Y de qué le acusáis?

- Dice ser Rey de los Judíos y eso está causando alboroto -respondieron tratando de presentarlo como una amenaza a la autoridad de Roma.

El gobernador entró al Pretorio para interrogar a Yeshua. Mientras tanto se iban congregando cada vez más personas a nuestro alrededor guiadas por los colaboradores de los sacerdotes. Al cabo de un rato salió Pilatos y dijo.

- Yo no encuentro culpa en este hombre que sea merecedora de una condena a muerte. Lo voy a castigar con unos latigazos y después lo dejaré libre -dicho esto se retiró.

Los soldados se llevaron a Yeshua mientras se producía un tenso murmullo entre la gente. José de Arimatea nos miraba satisfecho, pero Nicodemo y Darío no podían ocultar su preocupación. Los sacerdotes, viendo que Yeshua iba a ser puesto en libertad, comenzaron a presionar a Pilatos.

- ¡Nosotros tenemos una Ley; y según nuestra Ley debe morir porque se ha hecho pasar por Hijo de Dios! -gritaron unos.

- ¡Si lo dejas libre no eres amigo del Emperador de Roma! ¡Cualquiera que se proclame Rey es enemigo del Cesar! -gritaron otros.

La gente siguió amedrentando a Pilatos en estos términos hasta que regresó. Se sentó en las gradas del tribunal e hizo traer a Yeshua vestido con una capa de color púrpura, color que distingue al Emperador de Roma; coronado con una corona de espinas, similar en su forma a la trenzada en laurel que suele lucir el Cesar y portando una caña semejante a la vara de mando que lleva el Emperador en señal de autoridad. Su aspecto era patético. Se notaba que había sido flagelado. Pilatos parecía arto de la situación. Sin duda le desagradaban los judíos y sus costumbres que no acababa de entender, así que optó por adoptar una actitud cínica y sarcástica.

- ¡Aquí tenéis a vuestro rey que tanto teméis! -les gritó Pilatos de manera irónica- ¿Queréis que condene a vuestro "Rey"?

- ¡Nosotros no tenemos más rey que el Emperador de Roma! -gritaron diversas voces para intimidar a Pilatos.

- Yo no encuentro delito en este hombre. Le acusáis de alborotador pero yo lo veo como un hombre de paz -insistió Pilatos, y tras una leve reflexión añadió-. Como tenéis la costumbre de pedirme que deje libre a un preso durante las fiestas de *Pesah*, ¿por qué no dejo libre al "Rey de los Judíos" en lugar de a ese tal Barrabás que está condenado por asesinato? ¿Qué os parece? ¿Mejor liberar a un rey que a un asesino, no?

- ¡No! ¡No! -grito la gente instigada por los sacerdotes- ¡A él crucifícalo! ¡Liberar a Barrabás!

- ¿De verdad no queréis que libere a vuestro "Rey"? -repitió-.

- ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! -gritaba la gente cada vez más fuerte- ¡Nuestro único rey es el Cesar de Roma!

- ¿Qué mal ha hecho? -preguntó Pilatos por última vez.

Pero la gente ya no le escuchó pues seguía pidiendo a gritos que lo crucificara y liberara a Barrabás. Ante el tumulto organizado por los agitadores, Pilatos se lavó las manos frente a ellos tratando de mostrar su inocencia por esa condena y les entregó a Yeshua para que lo crucificaran. Los legionarios romanos se lo llevaron para disponer la ejecución de la pena. Nosotros estábamos desolados ante lo que acabábamos de presenciar. Darío, con el semblante descompuesto, preguntó en qué consistía la crucifixión.

- Es un suplicio que emplean los romanos para causar una muerte lenta que disuada a la gente de cometer crímenes parecidos -le contestó Nicodemo-. Clavan al sentenciado en una cruz de madera y lo dejan expuesto al público hasta que muere.

- Dices que es una muerte lenta, ¿cuánto suele tardar en morir el reo? -pregunté.

- Depende -respondió-. Unos días o unas horas. Depende de la edad y la salud del condenado; de cuanto se le haya flagelado; de si hace frío o calor... nadie puede saberlo.

- Yo voy a hablar con Poncio Pilato -dijo José-. Todavía no pierdo la esperanza de poder salvarle. Como dice el Maestro, ¡hay que tener fe!

La multitud se fue dispersado poco a poco hasta que solo quedaron algunos escribas junto a nosotros esperando la salida de Yeshua. Tras un rato lo sacaron vestido con sus propias ropas y cargando un madero de unos siete codos de largo sobre sus hombros. Iba acompañado por otros dos condenados y por un centurión y cuatro legionarios romanos como escolta. Recorrimos una distancia de unos cinco o seis estadios antes de salir de Jerusalem. Frente a sus murallas, en un pequeño promontorio que llamaban *Gó/gota* había tres postes enterrados. Al llegar allí desnudaron a Yeshua y a sus dos compañeros de suplicio. Extendieron sus brazos y los clavaron a los troncos que habían cargado desde el Pretorio. Insertaron los clavos a la altura de sus muñecas con unos tacos de

madera que hacían de tope. Luego ataron y fijaron esos troncos transversalmente a los postes formando una cruz. Para finalizar, juntaron los dos pies de los reos y los clavaron lateralmente al poste con un solo clavo a la altura de los tobillos. De este modo sus rodillas quedaban flexionadas a un lado dejando al crucificado en una posición casi grotesca. Serían poco más de las nueve de la mañana cuando los legionarios terminaron su trabajo. Yeshua estaba crucificado en medio de los otros dos condenados. Sobre su cabeza, clavado al poste vertical, pusieron un cartel escrito en latín, griego y hebreo que decía: "Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos".

Los soldados romanos se repartieron sus ropas, pero como su túnica era de una sola pieza no quisieron dividirla y se la sortearon jugando a los dados. Mientras, los escribas que habían acudido para presenciar la ejecución se burlaban de él y le insultaban diciéndole.

- ¡Salvó a otros pero a sí mismo no puede salvarse!

- Dice ser el Rey de los Judíos. ¡Pues que baje de la cruz y creeremos en él!

- Ha puesto su confianza en Dios. ¡Pues que Dios lo salve ahora si de verdad le quiere! ¿Acaso no nos ha dicho que es su Hijo?

También los criminales ajusticiados a su lado se burlaban.

- ¿Por qué no llamas a tu Padre *Yahvé* para que te baje de la cruz? Y de paso pídele que nos baje también a nosotros -le dijeron.

La gente que llegaba a Jerusalem, al ver a los crucificados se acercaba al lugar. Cuando escuchaba los insultos de los sacerdotes y leían el cartel escrito sobre su cabeza, se unían a sus burlas.

Yeshua, pese al martirio sufrido, se veía majestuoso clavado en la cruz y soportaba los insultos con serenidad. Solo se le oía repetir de vez en cuando.

- Padre, perdónalos por que no saben lo que hacen.

A media mañana llegó corriendo Miriam de Betania acompañada por otras mujeres y por un hombre. Lloraban desconsolados.

- ¡Hemos venido en cuanto nos hemos enterado! -dijo Miriam sollozando.

Nicodemo se abrazó a ella y nos presentó a los demás.

- Ella es Miriam, la Madre de Yeshua; él es su hermano Judas, pero le llamamos Tomás, que en arameo significa "el gemelo", por su parecido con Yeshua y para distinguirlo del otro discípulo también llamado Judas; ella se llama igual, Miriam, nacida en Magdala, junto al lago Tiberiades, por eso la llamamos "la magdalena" -luego nos presentó a nosotros-. Ellos son Jacob, Darío y Gurka, amigos de Yeshua de cuando nuestro *Rabí* estuvo viviendo en Alejandría.

- Menos mal que me llamáis Tomás por que mi nombre está maldito. ¡Ya no quiero que nadie me vuelva a llamar Judas jamás! -dijo Tomás exaltado- ¡Ha sido Judas quien ha denunciado a Yeshua!

- ¿Judas Iscariote? ¿Estás seguro? -preguntó Nicodemo.

- Yo mismo le vi anoche cuando llegó al huerto de Getsemaní acompañando a los soldados del Templo para entregarles a Yeshua -respondió Tomás-. Habíamos ido allí a reposar la cena como tantos otros peregrinos, y cuando estábamos todos dormidos llegó Judas con los guardias y le dio un beso a Yeshua para indicarles que él era a quien buscaban.

- ¿Y qué hizo Yeshua? -preguntó Darío.

- ¡Nada! -contestó Tomás- Dijo que no nos resistiéramos y que le dejáramos ir con ellos. Que así estaba escrito y que se debían de cumplir las escrituras para que llegara el Reino de Dios.

Nos quedamos reflexionando sobre las palabras de Yeshua. Las mujeres seguían llorando mientras nosotros le mirábamos clavado en aquella cruz como un criminal, llenos de impotencia por no poder hacer nada por salvarle.

Como al medio día unas nubes oscurecieron el cielo y Yeshua pidió beber. Los soldados empararon una esponja en el vino agrio que estaban bebiendo y se la acercaron a la boca. Yeshua se humedeció los labios y dijo.

- Ahora ya todo está cumplido -y luego gritó- ¡Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?

Exhausto tras su desgarrador grito, dejó caer la cabeza sobre su cuello y se desmayó. Darío y yo nos preguntamos por el sentido de sus últimas palabras y Tomás nos contestó.

- Son el comienzo de uno de los Salmos que se recitan en el Templo. Creo que se llama "Canto de Angustia". A Yeshua siempre le ha gustado ver su vida reflejada en la Biblia. Ayer, durante la cena de *séder*, nos habló de que en él se cumplirían las escrituras. Es una idea que siempre repetía.

- "Grito de Angustia y Canto de Alabanza" -dijo Nicodemo-. Ese es el nombre del Salmo. Yeshua ha recitado su comienzo.

- Y ¿cómo sigue? -pregunté preguntándome en qué estaría pensando Yeshua al recitar el comienzo de aquel Salmo en circunstancias tan poco propicias para las alabanzas.

Nicodemo nos reunió y nos pidió a todos que nos arrodilláramos y recitáramos el Salmo con él. Todos lo recitaron, casi a coro, con gran devoción. Como si de esa forma pudieran conjurar el dolor que sentían poniéndose en el lugar de su maestro. Darío y yo escuchábamos las diversas estrofas del Salmo arrodillados en respetuoso silencio. El texto, de gran belleza, sonaba como los mantras budhistas que tantas veces habíamos recitado en Jaulian durante nuestras meditaciones. Al escucharlo nos convencimos de que Yeshua, al exclamar las palabras con las que inicia el salmo, estaba pensando que en él se estaba cumpliendo el contenido del texto. El Salmo reza así.

*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?,  
¿por qué no vienes a salvarme?  
¿por qué no atiendes a mis lamentos?  
Dios mío, día y noche te llamo, y no respondes;  
¡No hay descanso para mi!  
Pero tu eres santo;  
tu reinas, alabado por Israel,  
Nuestros padres confiaron en ti;  
Confiaron y tu los liberaste;  
Te pidieron ayuda, y les diste libertad;  
Confiaron en ti y no les defraudaste.*

*Pero yo no soy un hombre, sino un gusano;  
¡Soy el hazmerreír de la gente!  
Los que me ven, su burlan de mi;  
me hacen muecas, mueven la cabeza  
y dicen: "Este confiaba en el señor;  
pues que el señor lo libere. Ya que tanto lo quiere,  
que lo salve".*

*Y así es:  
Tu me hiciste nacer del vientre de mi madre;  
en su pecho me hiciste descansar.  
Desde antes que yo naciera, fui puesto bajo tu cuidado;  
desde el vientre de mi madre,  
mi Dios eres tu.  
No te alejes de mi,  
pues estoy al borde de la angustia  
y no tengo quien me ayude.*

*Mis enemigos me han rodeado como toros,  
como bravos toros de Basán;  
rugen como leones feroces,  
abren la boca y se lanzan contra mi.  
Soy como el agua que se derrama;  
mis huesos están dislocados.  
Mi corazón es como cera  
que se derrite dentro de mi.*

*Tengo la boca seca como un teja;  
tengo la lengua pegada al paladar  
¡Me has hundido hasta el polvo de la muerte!*

*Como perros, una banda de malvados  
me ha rodeado por completo;  
me han desgarrado las manos y los pies.  
¡Puedo contarme los huesos!  
Mis enemigos no me quitan la vista de encima;  
se han repartido mis ropas entre si,  
y sobre ella echan suertes.*

*Pero tu, Señor, que eres mi fuerza,  
¡no te alejes! ¡Ven pronto en mi ayuda!  
Líbrame de morir a filo de espada,  
no dejes que me maten esos perros,  
sálvame de la boca de esos leones,  
¡defiéndeme de los cuernos de esos toros!<sup>32</sup>*

Tras varias repeticiones del Salmo, Darío y yo nos lo aprendimos y nos unimos al coro de los discípulos que seguían recitándolo en trance de meditación.

Cuando casi eran las tres de la tarde el cielo seguía cubierto, lo que sin duda era un alivio para los crucificados pues, desnudos como estaban, habría sido un suplicio añadido tener que soportar el calor del Sol sobre su piel. En eso llegó José de Arimatea corriendo excitado y nos sacó de nuestro estado diciendo.

- Vengo de hablar con Pilatos. Me ha dicho que no ha tendido más remedio que condenar a Yeshua ante la presión de los escribas que hipócritamente han aclamado al Emperador Tiberio como su único rey, cuya autoridad en Judea nadie puede cuestionar sin ser castigado. Pero me ha otorgado permiso para que sea yo quien retire su cuerpo de la cruz. Y además ha ordenado a la guardia que no lo mancille fracturándolo. Todavía hay esperanzas. ¡No perdamos la fe hermanos!

Todos parecieron reconfortados por las palabras de José mientras Darío y yo, ajenos a las leyes judías, nos miramos sin entender el por qué de sus esperanzas. Jacob nos lo explicó.

- Hoy es viernes, y además primer día de la celebración de *Pesah*, lo que convierte al *shabbat* que se celebra mañana en un día especialmente sagrado para nuestro pueblo. Como nuestra Ley prohíbe mantener a los crucificados expuestos el día del *shabbat*, las autoridades romanas nos permiten que retiremos a los condenados antes del crepúsculo, y ya queda poco. Yeshua podría sobrevivir a unas pocas horas de crucifixión si no le quiebran los huesos. Ya ha sucedido ante muchas veces.

Poco antes de la puesta de Sol, todavía con el cielo cubierto, los soldados romanos se acercaron a los crucificados. Entre gritos de espanto partieron las piernas de los dos condenados situados a los lados de Yeshua que murieron casi al instante. Después el centurión se acercó a Yeshua y le asestó una lanzada en un costado con intención de rematarlo. Al ver que la herida sangraba, de inmediato supimos que estaba vivo. Los soldados nos indicaron por señas que ya podíamos bajar su cuerpo de

la cruz. José de Arimatea, muy excitado, de inmediato comenzó a dar indicaciones para no perder tiempo e intentar salvar a Yeshua. Envió a Nicodemo con las mujeres a buscar mirra y aloe para elaborar ungüentos con los que sanar sus heridas. Y a Tomás, a Jacob, a Darío y a mi nos ordenó ayudarlo a desclavarlo y llevarlo a un sepulcro cercano de su propiedad.

Entre Jacob y yo desclavamos a Yeshua de la cruz y se lo pasamos con cuidado a Darío y Tomás que lo recibieron. En efecto, estaba vivo, pero muy débil e inconsciente. Lo envolvimos en una sábana de lino y lo trasladamos en volandas entre los cuatro mientras José de Arimatea nos guiaba al sepulcro. Este estaba escavado en la roca y era un lugar amplio, con varias repisas vacías para colocar los cuerpos. A modo de puerta tenía una gran roca redonda que se hacía rodar para cerrarlo.

- Aquí estaremos seguros -dijo José de Arimatea-, Las autoridades del Templo no se acercan a los lugares destinados a los muertos, y menos durante el *shabbat*.

Casi al momento de acomodar a Yeshua en uno de los estantes llegaron las mujeres acompañadas por Nicodemo. Entre todas lavaron su cuerpo y lo limpiaron de sangre. Luego untaron toda su piel con aloe y aplicaron cataplasmas elaboradas con mirra y aloe a sus heridas más profundas. Finalmente le forzaron a beber una mezcla de vino y mirra para aliviar sus dolores y le envolvieron con lienzos y mantas para que se mantuviera caliente.

Cuando terminaron ya era de noche. José de Arimatea estaba exhausto pero irradiaba felicidad.

- Si sobrevive a esta noche se salvará. Es un hombre joven y fuerte así que mantengamos la fe en que así sea.

- Tu nunca la perdiste ¿verdad hermano? -le dijo Nicodemo.

- En verdad que en muchos momentos tuve mis dudas... -respondió José de Arimatea con una sonrisa.

Los hombres nos reímos con él y las mujeres lloraron de alegría. De ese modo aliviamos la tremenda tensión sufrida durante el día. Luego nos despedimos entre cálidos abrazos. Darío y yo nos ofrecimos a quedarnos en la tumba velando a Yeshua. Tomás acompañó a su madre, a La Magdalena y a la de Betania a la casa de esta en dónde estaban alojados los cuatro. Jacob acompañó a José y a Nicodemo a sus casas para descansar pues, dada su avanzada edad, estaban rendidos y precisaban ayuda. Todos acordaron acudir al sepulcro en cuanto pudieran.

Aquel primer día de *Pesah*, catorce de Nisán según el calendario judío, del decimosexto año de gobierno del Emperador Romano Tiberio sobre Judea<sup>33</sup> fue uno de los días más largos de toda mi vida.

## La resucitación

Al quedarnos solos junto a Yeshua. Darío y yo decidimos meditar concentrados en los acontecimientos recientes. Encendimos un aromático incienso que había en la tumba y adoptamos una postura adecuada. El olor del incienso se fundía con el del aloe y la mirra que exhalaba el cuerpo caliente de Yeshua. El silencio era casi total; solo roto por la respiración entrecortada de nuestro amigo recién bajado de la cruz. La luz era tenue, emitida por las dos únicas velas prendidas de un candelabro judío de siete brazos que habían sido encendidas por las mujeres como es costumbre hacer en *shabbat*. Nuestros pensamientos se concentraron en Yeshua y en el suplicio que había sufrido. Pese a su delicado estado tras el martirio de la crucifixión, seguíamos percibiéndolo como un budha, un iluminado, con una fuerza espiritual igual o superior a la del reverendo Nagasena, solo que más joven. Sus dos imágenes se fundían en mi interior como si se tratara de una misma persona. En esa meditación supe con certeza que sobreviviría y que su martirio serviría para expandir la idea de un solo Dios verdadero entre los pueblos paganos de todas las naciones. Un Dios del amor y del perdón que llevaría su reino al corazón de los hombres de buena voluntad.

Abrí los ojos y vi a Darío frente a mi mirándome fijamente.

- No regresaré a Alejandría -me dijo casi en un susurro-. Esto es lo que el Venerable Nagasena me pidió cuando se despidió de mi al partir de Jaulian. Ahora lo se. Al pedirme que le buscara me pidió que buscara su igual y ya lo he encontrado. Es Yeshua. No es casualidad que estemos aquí. Sin duda la fuerza del *karma* nos ha traído hasta aquí y no puedo obviarla.

- Yo también los he visto como iguales en mi meditación -le dije-. También tengo la convicción de que estamos aquí y ahora junto a Yeshua cumpliendo el último mandato que nos dio el reverendo.

En eso escuchamos ruidos en la entrada. Nos acercamos y Jacob nos avisó de que era él. Le ayudamos desde dentro a mover la gran piedra redonda en forma de rueda que hacía las veces de puerta y entró a la tumba. Cargaba tres hermosas túnicas de un blanco reluciente, con amplios bordados de figuras abstractas en hilo de plata. El día ya comenzaba a clarear, pero al cerrar la entrada quedamos de nuevo en total oscuridad, iluminados únicamente por la leve luz del candelabro.

- ¿Cómo está Yeshua? -nos preguntó nada más entrar.

- ¡Bien! -respondimos casi a la vez y siguió hablando Darío-. No se ha movido durante estas horas. Respira con dificultad. Posiblemente la lanzada que le propinó el centurión en el último momento le dañó un pulmón. Pero su fiebre ha bajado así que pensamos que sobrevivirá.

- ¿Qué llevas ahí? -le pregunté.

- Son unas túnicas que os envía Nicodemo. Hay dos para vosotros y otra para Yeshua, pues no tiene nada que ponerse en caso de que logre levantarse. Las guardaba para una ocasión especial y ha pensado que no puede haber una mejor que esta. Seguro que a vosotros también os vendrán bien pues las vuestras dan asco. Están todas manchadas de sangre.

Dejó las túnicas en uno de los estantes sin que nosotros les prestáramos mayor atención.

- ¿Y dónde están todos? -preguntó Darío.

- A José y a Nicodemo los dejé descansando en sus casas. Por la seguridad de Yeshua no creo que vengan hoy. Es lo mejor. Si fueran vistos por aquí podrían levantar sospechas. Además, al ser día de *shabbat* lo normal es no salir a ninguna parte. Seguro que su madre, su hermano y las mujeres han pensado lo mismo y están en Betania.

- ¿Y tu? -le pregunté- No es *shabbat* también para un judío de Taxila y exitoso comerciante de Alejandría?

Sonrió a mis ironías pero no dudó en contestarme.

- Nunca he sido un judío muy ortodoxo; menos ahora que me acabo de convertir en seguidor de Yeshua, y él dice que sí resulta lícito hacer el bien en *shabbat* -tras una pausa agregó-. Más todavía si se trata de salvarle a él la vida.

Nos reímos de su ocurrencia y luego nos dijo.

- José de Arimatea me insistió mucho en que, si no muere, hay que sacarlo de aquí antes de que amanezca mañana. Cree que el domingo, primer día de la semana, las autoridades del Templo acudirán a Pilatos para preguntarle por el cuerpo de Yeshua y este no tendrá más remedio que decirles que se lo entregó a él. José tendrá que decirles que lo sepultó aquí y seguro que envían a alguien para cerciorarse. Si le encuentran tratarán de matarle, pero si no lo hacen correrá el rumor de que ha resucitado y eso enfurecerá todavía más a los escribas del Templo que le buscarán por todo Jerusalem.

- ¿Y a dónde podemos llevarlo para ocultarle? -preguntó Darío- Sus discípulos se han dispersado temerosos de ser reconocidos como sus seguidores. Ya viste lo que pasó con ese tal *Shimón*, que negó por tres veces conocerle. Y su madre y su hermano Tomás bastante tienen con ocultarse ellos pues ni siquiera son de Judea.

Nos quedamos pensando en silencio hasta que Jacob pareció elaborar un plan; como siempre.

- Si sobrevive podemos esconderle en casa de Nicodemo hasta que se recupere, y cuando esté bien podemos llevarle a Taxila con nosotros. Ya lo tengo casi todo listo para partir con destino a Damasco en cuanto terminen las fiestas, pero puedo alargar el plazo unas semanas más. Solo faltaría hablar con Yeshua para convencerle.

Escuchamos una débil voz, casi imperceptible, que decía.

- Iré con vosotros.

Nos recorrió un escalofrío por todo el cuerpo pues la voz no parecía humana. Nos miramos los tres extrañados. El sepulcro, al estar excavado en la roca, tenía una resonancia muy especial que hacía sonar aquella frágil voz como si de uno de nuestros pensamientos se tratara. Su efecto fue sobrecogedor.

- Iré con vosotros -repitió la voz-. Las escrituras son prontas a cumplirse y mi tiempo aquí ha concluido.

Miramos a Yeshua. Seguía inmóvil y con los ojos cerrados pero sin duda era él quien había hablado.

- Yo también iré -dijo Darío reforzando las palabras del Maestro.

Nos incorporamos y tocamos la frente de Yeshua. Su fiebre había desaparecido. Abrió los ojos y nos sonrió. Se encontraba mucho mejor, así que le quitamos las sábanas empapadas en sangre y sudor con las que estaba envuelto y retiramos las vendas de sus heridas. Preparamos cataplasmas nuevas con los ungüentos de aloe y mirra que habían elaborado las mujeres y las aplicamos sobre sus llagas, que ya no sangraban. Luego volvimos a envolverle en un lienzo limpio y le cubrimos con las mantas; le dimos de beber un poco de agua y pareció sentirse más aliviado. Su mirada había recuperado el brillo de la vida.

- ¿Cómo te encuentras? -le pregunté.

- Mi Padre está conmigo -dijo con voz pausada-. Me ha elegido a mi entre todos sus hijos como el cordero cuyo sacrificio lavará los pecados de los hombres y eso me reconforta.

- Me alegra saberlo -dijo Jacob-. Hace años mi padre me habló de la venida de un Mesías siervo anunciado por nuestros profetas, pero nunca pensé que llegaría a conocerle personalmente.

- ¿Cómo fue ese anuncio de los profetas? -preguntó Darío.

- Recuerdo un párrafo que dice así -Jacob comenzó a recitar de memoria.

*Aquí está mi siervo, a quien sostengo,  
mi elegido, en quien me deleito.  
He puesto en él mi espíritu  
para que traiga la justicia a todas las naciones.<sup>34</sup>*

Jacob se quedó pensativo; como si tratara de recordar algo más. En ese momento Yeshua continuó recitando otra profecía con voz queda.

*No basta que seas mi siervo*

*solo para restablecer las tribus de Jacob;  
yo haré que seas la luz de las naciones,  
para que lleves mi salvación  
hasta las partes más lejanas de la tierra.*<sup>35</sup>

Tras una larga pausa añadió.

- Mi labor en Judea ha concluido. Iré con vosotros a Taxila -luego volvió a dormirse.

Nosotros le pedimos a Jacob que nos explicara las profecías y qué había querido decir Yeshua al citarlas.

- En nuestro pueblo siempre ha existido la idea de que nuestros pecados habían enojado a *Yahvé*, que consideraba incumplido su Pacto con Moisés en virtud del cual nuestro Dios nos protegería mientras nosotros actuáramos según las leyes contenidas en la *Torah*. Ese incumplimiento fue la causa de la destrucción del Primer Templo y posterior cautiverio en Babilonia de nuestro pueblo. Isaías, hace unos setecientos años, profetizó la llegada de un Mesías, siervo de *Yahvé*, que lavaría nuestros pecados con su sangre y llevaría el mensaje de nuestro Dios a todos los pueblos de la tierra. Ese Mesías creemos que es Yeshua. La sangre derramada durante el sacrificio de la crucifixión que sufrió ayer simboliza la sangre del cordero con la que *Yah* ordenó al pueblo de Israel marcar sus casas cuando se produjo el Éxodo del cautiverio de Egipto. Gracias a esa sangre los judíos fueron salvos mientras nuestros enemigos fueron castigados. Durante las fiestas de *Pesah*, la sangre de los corderos inmolados se ofrece en conmemoración de aquel hecho. Y precisamente el primer día de esas fiestas Yeshua ha sido sacrificado en la cruz. Isaías profetizó que el Mesías tendría que derramar su sangre como un cordero para que los judíos, y también el resto de las naciones, pudieran ser salvados. Y Yeshua lo ha hecho. ¿Os dais cuenta de lo trascendental que es esto para nuestro pueblo?

- ¿Por qué su sangre lava nuestros pecados? -pregunté.

- Por que la entrega de manera voluntaria, obedeciendo la voluntad de *Yahvé* tal y como hace un cordero cuando es sacrificado por su dueño -me respondió, pero viendo mi cara de no entender prosiguió-. Yeshua predica la venida del Reino de Dios, que consiste en dejar entrar a *Yahvé* en nuestros corazones. Cuando *Yah* está con nosotros, dentro de nosotros, nada nos puede hacer daño. *Yahvé* lava nuestros pecados y Yeshua nos muestra ese camino derramando su sangre. Si dejamos entrar a *Yah* en nuestro interior y actuamos según Él nos pide, tal y como ha hecho Yeshua sacrificándose, nuestros pecados nos son perdonados. Por eso dice de sí mismo que él es el camino.

- Ya entiendo -señalé-, nos muestra el camino con su ejemplo.

- Pero la idea de un solo Dios verdadero que reina en el corazón de los hombres no es nueva -dijo Darío.

- Puede que no lo sea en algunas comunidades brahmánicas de Oriente o en el mazdeísmo que predicó Zarathustra, pero sí lo es en Occidente -respondió Jacob-. Date cuenta de que todos los grandes imperios que han dominados estas tierras han tenido multitud de dioses. Incluso el actual Imperio Romano. Incluso el que fundó Alejandro Magno. Pero nuestro pueblo ha sobrevivido a todos ellos creyendo en un solo Dios. Y creyendo además que el pacto con nuestro Dios debería de ser renovado por obra y gracia de un Mesías. Y este Mesías, que ha de surgir dentro del pueblo de Israel, llevará el mensaje renovado de *Yah* a todas las naciones de la Tierra. Sin duda ese Mesías está ahora acostado en esta tumba y saldrá de entre los muertos, como profetizó Isaías. Ese Mesías es Yeshua. No hay duda posible.

Movimos un poco la roca para comprobar que estaba a punto de anochecer. Habíamos pasado más de un día dentro del sepulcro. El *shabbat* ya casi terminaba y teníamos que trasladar a Yeshua antes de que amaneciera el domingo. No habíamos comido nada desde la última cena en casa de Nicodemo y prácticamente no habíamos dormido, pero nos sentíamos llenos de energía. Decidimos dejar descansar a Yeshua unas horas más y después acompañarle a casa de Nicodemo, cuando estuviera bien entrada la noche.

Llegado el momento le ayudamos a levantarse y a vestirse con una de las túnicas que había enviado Nicodemo. Dio unos pocos pasos recorriendo el sepulcro y cuando se sintió más seguro retiramos la piedra para salir con él al exterior. Los cuatro agradecimos el aire fresco de la noche y la brillante luz de la luna que iluminaba el terreno. Yeshua caminaba con dificultad pero con paso firme. Inhaló profundamente varias veces haciendo respiraciones completas y luego repitió algo sobre ver la luz tras las tinieblas mientras observaba la Luna.

- Si viniera alguno de mis discípulos a buscarme -nos pidió- decidle que se mantengan unidos pues pronto iré a reunirme con ellos.

Miró a Jacob e hizo una señal de asentimiento con su cabeza indicándole que estaba listo. Nuestro amigo, recién convertido en uno de sus discípulos más fervientes, le cogió del brazo y juntos se dirigieron a la casa de Nicodemo. Mientras, Darío y yo nos cambiamos y recogimos todo lo que había quedado en la tumba.

Cuando terminamos ya estaba clareando el día. En eso llegaron Miriam la de Magdala, Miriam la de Betania y otra seguidora de Yeshua a quien llamaban Salomé. Al ver la tumba abierta y a nosotros dentro sentados en dónde había estado su *Rabí*, se asustaron.

- No os asustéis. Si estáis buscando a Yeshua, ya no está en un sepulcro para muertos pues está más vivo que nunca -les dijo Darío-. Ir a decidle a sus discípulos que se mantengan unidos pues pronto irá a reunirse con ellos. Ese es el recado que me pidió que os transmitiera si veníais.

Las mujeres salieron rápidamente del sepulcro a llevar la buena noticia a los demás discípulos con sorpresa y alegría a la vez, impresionadas por la pronta recuperación de Yeshua.

Nosotros nos fuimos a casa de Nicodemo. Allí encontramos a Yeshua más animado. Estaba bebiendo leche y comiendo dátiles ante la sorprendida mirada de Nicodemo. Le contamos que le habíamos dado su recado a sus discípulos.

- Bien está -dijo.

En casa de Nicodemo le instalamos en una de las habitaciones que daban a su patio interior. A los criados, para no despertar sospechas, se les dijo que se trataba de un amigo nuestro venido de Alejandría que había sufrido un asalto durante el viaje.

Tras varios días recuperándose le pidió un asno prestado a Nicodemo, y en cuanto se lo alistaron nos preguntó a nosotros si podíamos acompañarle a Betania a visitar a sus discípulos. Tratamos de hacerle desistir de su idea dado lo peligroso que era para su salud y para su seguridad. Pero él nos tranquilizó simplemente diciendo.

- Tened fe que ya nada me puede pasar.

Al poco de hacerse de noche llegamos a la casa en dónde le habíamos encontrado unos días antes reunido con sus discípulos. Yeshua entró, y poniéndose en medio de ellos les saludó diciendo.

- ¡Paz a vosotros!

Sus discípulos se asustaron mucho pensando que estaban viendo a un espíritu. Pero Yeshua les dijo.

- ¿Por qué estáis asustados? ¿Por qué tenéis dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies. Tocadme y vedme. Un espíritu no tiene carne ni huesos como vosotros veis que tengo yo.

Dicho esto les mostró las manos y el costado. Y ellos se alegraron de verle. Pero como no acababan de creerse que estuviera vivo a causa del asombro que sentían, Yeshua les preguntó.

- ¿Tenéis aquí algo de comer?

Le dieron un pedazo de pescado asado, y él lo aceptó y lo comió en su presencia. Y luego les dijo.

- No os asustéis. Lo que me ha pasado es aquello que os anuncié cuando estaba entre vosotros. Que tenía que cumplirse todo lo que está escrito sobre mí en las escrituras -les miró, y tras una pausa continuó-. Está escrito que el Mesías tenía que morir y salir de entre los muertos al tercer día. Y que su nombre se anunciará a todas las naciones que se vuelvan a Dios para que él les perdone sus pecados. Comenzando desde Jerusalem vosotros debéis de dar testimonio de estas cosas y llevar la buena nueva al mundo entero.

- Pero *Rabí* -dijo *Shimón*, el que le había negado tres veces- ¿Cómo podremos dar testimonio si no conocemos las escrituras?

Yeshua les dijo mirando a *Shimón*.

- ¡Paz a vosotros! Como el Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros.

Y sopló sobre ellos y les dijo.

- *Yahvé* me ha dado total autoridad en el Cielo y en la Tierra. Recibid el Espíritu Santo para que os ilumine y os de sabiduría. Ir, pues, a las gentes de todas las naciones y hacerlas mis discípulos; bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñadles a obedecer todo lo que yo os he mandado. A quienes perdonéis sus pecados, les quedarán perdonados; y a quienes no se los perdonéis, les quedarán sin perdón. Por mi parte, yo permaneceré entre vosotros hasta el fin de los tiempos.

Todos cerraron sus ojos con gran devoción mientras recibían el soplo del Espíritu Santo que Yeshua les enviaba. Entonces *Shimón* comenzó a recitar, como si de un lejano recuerdo se tratara, las palabras del profeta Isaías referidas a los Sufrimientos y Triunfo del Mesías Siervo del Señor.

*Mirad, mi siervo tendrá éxito,  
será levantado y puesto muy alto.  
Así como muchos se asombraron de él,  
al ver su semblante tan desfigurado  
que había perdido toda apariencia humana,  
así también muchas naciones se quedarán admiradas;  
los reyes, al verlo, no podrán decir palabra,  
porque verán y entenderán  
algo que nunca habían oído.*

*"¿Quién ha creído en nuestro anuncio  
y sobre quién se ha manifestado el brazo de Yahvé?  
Subirá cual renuevo ante él,  
y como una raíz que brota en tierra seca.  
No existe en él atractivo ni belleza,  
lo veremos, pero no con atractivo suficiente  
como para que lo deseemos.  
Despreciado y rechazado por los hombres,  
hombre de dolores que experimentará sufrimiento.  
Fue despreciado cuanto escondimos nuestro rostro de él  
y no lo apreciamos.  
En verdad llevó él nuestras enfermedades  
y sufrió nuestras dolencias;  
y nosotros pensamos que era azotado,  
herido por Dios y abatido.  
Pero lo cierto es que fue herido por nuestras rebeliones,  
aplastado por nuestros pecados.*

*El castigo que produciría nuestra paz  
estuvo sobre él y fuimos curados por su llaga.*

*"Todos nosotros nos descarriamos como ovejas.*

*Cada uno por su camino.*

*Pero Yahvé cargó el pecado de todos nosotros sobre él.*

*Aunque sufría angustia y aflicción, no abrió la boca.*

*Fue llevado al matadero como un cordero.*

*Como una oveja que se halla ante los que la trasquilan,  
quedó mudo, sin abrir la boca.*

*Se lo llevaron injustamente*

*y no hubo quien lo defendiera.*

*Por que fue arrancado de la tierra de los seres vivos,*

*y fue herido por la rebelión de mi pueblo.*

*Y se pensó en sepultarlo con los impíos,*

*pero, una vez muerto, estuvo entre ricos.*

*Aunque nunca hizo mal, ni en su boca existió engaño.*

*"Pese a todo, Yahvé quiso quebrantarlo,*

*sometiéndolo a sufrimiento.*

*Después de poner su vida en expiación por el pecado,*

*verá a su descendencia, vivirá largos días,*

*y la voluntad de Yahvé será prosperada en él.*

*Tras la aflicción de su alma,*

*verá la luz, y quedará satisfecho.*

*Mediante su conocimiento justificará mi siervo a muchos,*

*y llevará sus pecados.*

*Por eso Dios le dará un lugar entre los grandes,*

*y con los poderosos participará del triunfo,*

*porque se entregó a la muerte*

*y fue contado entre los malvados,*

*cuando en realidad cargo con los pecados de muchos*

*e intercedió por los pecadores.<sup>36</sup>*

## EPÍLOGO

Yeshua tardó cuarenta y dos días en recuperarse lo suficiente como para poder emprender el viaje rumbo a Taxila. Durante ese tiempo sus discípulos aprendieron a aceptar con resignación la pronta partida de su *Rabí* como una necesidad para hacer que las escrituras se cumplieran. Yeshua les explicó que ahora les tocaba a ellos consumir la misión de expandir el mensaje de *Yahvé* a todas las naciones de la tierra, llevando la buena nueva del Reino de Dios que el Mesías había traído como una renovación del pacto que *Yah* tenía establecido con Israel desde los tiempos de Moisés. El nuevo pacto se ofrecía a todos los hombres y consistía en el perdón de los pecados de todos aquellos que tuvieran fe en Él. Por su parte, a Yeshua le quedaba vivir largos días, ser reconocido por reyes de otras naciones y ver a su descendencia crecer tal y como señalaba el profeta Elías en su profecía. Les dijo que nunca moriría mientras existieran personas dispuestas a creer en él, pues viviría en sus corazones en donde establecería el Reino de Dios.

Su madre, Miriam, decidió viajar con nosotros. No quería separarse de su hijo después de haberle visto crucificado. Y su hermano Tomás, el gemelo, que había recibido el encargo de cuidar de ella, también nos acompañó. Miriam de Magdala y Miriam de Betania fueron quienes más lloraron la partida de su *Rabí* pues le habían seguido durante años cuidándole con amor y devoción. Pero Yeshua las reconfortó recordándoles que estaría siempre con ellas en sus corazones.

Las autoridades judías emprendieron una búsqueda exhaustiva de Yeshua. No querían que se propagara el rumor, cada vez más extendido, de que había resucitado de entre los muertos; y que por lo tanto ellos habían condenado al Mesías anunciado por las escrituras. Sin embargo no se atrevieron a ordenar el registro de la morada de un destacada miembro del Sanhedrín como era Nicodemo; aunque sí estrecharon el cerco hasta obligar a José de Arimatea a dejarles buscar en su casa por ser él quien retiró su cuerpo de la cruz.

Jacob preparó nuestra partida en dirección a Damasco meticulosamente para evitar una nueva detención de Yeshua. Cruzamos de sur a norte Judea, Samaria y Galilea, pasando por el Valle de Josaphat y por la ciudad de *Emaus* hasta llegar a *Hazor*, junto al Lago Tiberiades, en donde nos unimos a las caravanas que viajaban por la *Vía Maris* en dirección a Damasco.

En Damasco pasamos varias semanas mientras Jacob vendía parte de la orfebrería comprada en Jerusalem y adquiría otras piezas. También se encargó de hacer los arreglos necesarios para conseguir una caravana a la que unirnos para continuar nuestro viaje tomando la llamada *Ruta de los Reyes*.

Durante ese tiempo Yeshua se dedicó a descansar y a predicar en las sinagogas. Su mensaje calaba hondo en quienes le escuchaban y pronto se corrió la voz sobre su presencia entre la

numerosa comunidad judía residente en la ciudad. Cada vez acudía más gente para escucharles y para que les curara de sus dolencias y enfermedades.

Su presencia en Damasco llegó a oídos de las autoridades del Templo de Jerusalem que enviaron a un judío de Tarso llamado Saulo con cartas del Sumo Sacerdote dirigidas a la sinagoga de Damasco autorizando la detención de Yeshua y de cualquier otro discípulo suyo. Esas cartas y el hecho de que Saulo fuera ciudadano romano le conferían un gran poder de actuación. Avisado Yeshua de la pronta llegada de Saulo fue a esperarle a las puertas de Damasco. Tras conversar con él logró convertirle en uno de sus más fervientes discípulos, pidiéndole que predicara su mensaje de salvación hasta los confines de la tierra como así hizo

Finalmente Jacob consiguió una caravana para que nos llevara hasta la ciudad de *Tadmor*, también conocida como *Palmira*, situada en un Oasis en medio del desierto de Siria. Esa fue la primera escala del viaje en nuestro camino hacia el lejano Oriente. Tras unos días de descanso en *Palmira* partimos en dirección a *Dura-Europos*, conocida también como *Resafa*, junto al río Éufrates, en la misma frontera del Imperio Romano con los dominios partos. Al cruzar el río no encontramos ningún control militar. Los caravaneros nos explicaron que los partos no solían molestar a las caravanas que se adentraban en su territorio pues les interesaban los intercambios comerciales tanto como a los romanos. Nuestro siguiente destino fue *Seleucia*, en las riveras del gran río Tigris. Aunque los partos dominaban la ciudad, esta mantenía una estructura y unas condiciones de vida muy similares a las de una polis griega. Como era el destino final de la caravana con la que habíamos viajado desde Damasco, nos vimos obligados a permanecer allí unos días mientras Jacob realizaba sus negocios. Tuvimos que esperar a que se reunieran suficientes mercaderes para la formación de una nueva caravana que partiera con destino a *Hecatompylos*, junto al *Mar Caspium*, nuestro siguiente destino. En *Hecatompylos* cargamos provisiones y partimos rumbo a *Alejandro Aeria* en el corazón de Asia. Otra ciudad de planta griega que nos recordó estar recorriendo la ruta que Alejandro Magno había seguido siglos atrás cuando conquistó todo el mundo conocido con un puñado de hombres de los que yo era uno de sus descendientes. Seguimos hasta llegar al río *Oxus* en donde nos separamos del grueso de la caravana. Nosotros nos dirigimos a *Bactria* siguiendo el cauce del río mientras los demás tomaron rumbo a *Samarkanda* para desde allí partir en dirección a las lejanas tierras de *Sinae* donde comprar seda, muy apreciada en Roma por aquel entonces. En *Bactria* nos sentimos ya casi en casa pues allí comienzan las montañas del Cáucaso Indico en donde está Taxila. Para llegar a nuestro destino final tuvimos que atravesar peligrosos desfiladeros y altas cumbres. Por suerte todavía no había entrado el invierno y logramos llegar a *Alejandro del Cáucaso* antes de que las nieves cerraran los puertos de montaña. Finalmente, tras un viaje de más de siete meses, llegamos a Taxila.

Pese a lo largo y duro del viaje, la compañía y el buen ánimo de Yeshua lo hicieron agradable. En todas las ciudades en las que paramos desde que partimos encontramos comunidades judías con las que Jacob pudo comerciar y encontrar ayuda y consejos para continuar hasta la siguiente etapa. Por su parte Yeshua no perdía ocasión para predicar la fe en un único Dios misericordioso, capaz de entrar en los corazones de los hombres para perdonarles sus pecados. A la gente le gustaba

escucharle. Su capacidad de comunicación no dejaba a nadie indiferente, y su mensaje llegó hasta reyes y gobernantes de muchas de las naciones por las que pasamos. Estos solicitaron conocerle y él predicó para ellos igual que lo hizo para el pueblo.

Cuando llegamos a Taxila la ciudad estaba en poder de los Partos y el rey sátrapa que la gobernaba se llamaba Gondophar. Este escuchó de nuestra llegada a su reino desde lejanas tierras de occidente y quiso recibirnos. Dotado de gran cultura e inquietudes espirituales, el rey se quedó prendado del mensaje espiritual de Yeshua.

Yeshua supo por Gondophar de la existencia de una tumba en la cercana región de Cachemira, conocida como *La Tumba del Profeta del Libro*, que era venerada desde hacía más de dos mil años y parecía pertenecer a Moisés por lo que decidió visitarla. Su madre y su hermano le acompañaron, pero su madre murió de camino y Tomás prefirió regresar a Taxila para iniciar en solitario su labor evangelizadora. Yeshua continuó hasta el valle donde se encuentra Cachemira y allí conoció al raja Shalewahin a quien transmitió sus enseñanzas. Como muestra de gratitud el raja le envió a una mujer llamada *Mar-jan* para que cuidara de él, y fue con ella con quien Yeshua tuvo la descendencia que Isaías profetizó. Y allí vivió viendo crecer a sus hijos hasta su muerte acaecida hace poco.

Su hermano Tomas fue contratado por el rey Gondophar para que le ayudara en unos trabajos de construcción, lo que le permitió mantener largas conversaciones con él que acabaron con su conversión y bautismo. Luego viajó por toda la India para predicar el mensaje de salvación de Yeshua, haciendo hincapié en que el Reino de Dios está dentro de nosotros y en que todos nosotros somos hijos de Dios.

Jacob encontró en Gondophar un buen cliente para las piezas de orfebrería traídas desde Jerusalem y Damasco, lo que le permitió cubrir los gastos del viaje y obtener buenos beneficios. Entabló con el rey una amistad más allá de su relación comercial y colaboró con él en el establecimiento en Taxila de la nueva secta judía de seguidores de Yeshua que fueron llamados "Seguidores del Camino". Trató de convertir a su padre, pero este permaneció firme en su fe judía ortodoxa durante los pocos meses que vivió tras la llegada de su hijo. Sin embargo respetó la decisión de Jacob por considerar que Yeshua podía muy bien ser el Mesías profetizado en las escrituras para expansión la fe judaica por todos los confines de la tierra tal y como estaba escrito.

Darío regresó a Jaulian y se puso a las órdenes de mi abuelo, que se había convertido en el rector del monasterio tras la muerte del venerable Nagasena. Allí recuperó sus antiguas labores agrícolas y recibió el encargo de estudiar y meditar sobre la doctrina judía predicada por Yeshua y su relación con la doctrina budhista. Esto le dio motivos para visitar frecuentemente a Yeshua en Cachemira y perpetuar su mutua amistad.

Yo ayudé a Darío en sus estudios y le acompañe en varias ocasiones a visitar a Yeshua. También ofrecí al monasterio mis conocimientos como copista adquiridos en Alejandría y trabajé en la traducción de *La Septuaginta* al gandharí, pagada por Gondophar como regalo para Jaulian. Sin embargo no me ordené *bhikkhu*. Preferí tomar el camino medio marcado por Budha sin estar

sometido a la disciplina monacal. Me dediqué a criar caballos en Bucéfala tal y como había soñado hacer con Miriam muchos años atrás, pero solo. Nunca me casé. Encontré en los animales la mística que Aquiles encontró en el mar. Dios está en todas partes y solo hay que saber mirar para verlo.

A Miriam la vi varias veces acompañada por su esposo sin que tuviéramos ocasión de hablar. No hizo falta. Los dos supimos con solo mirarnos que nuestro amor fue verdadero y que perdimos la oportunidad de una vida en común llena de felicidad. Supe que su padre murió al poco de casarse ella. No logró engendrar hijos, pero encontró en las enseñanzas de Yeshua el camino de la paz al aprender a buscar a Dios en su interior y no en los rituales judíos que en realidad nunca colmaron sus inquietudes espirituales.

Hace poco más de un año me llegó la noticia de la muerte de Yeshua. Desde entonces me he dedicado a transcribir mis recuerdos a estas hojas de corteza de abedul. Ahora, con más de ochenta años, soy un viejo a quien han abandonado las fuerzas de sus brazos y sus piernas, pero que todavía mantiene la suficiente energía para poder recordar. Y de mis recuerdos del pasado solo hay uno que se hace presente en cada momento de mi vida: que Dios está en nuestro interior y solo hay que mirar ahí para recordarlo; que ese es el Reino de Dios que los textos judíos profetizaron que traería el Mesías; que Yeshua fue el Mesías en quien se cumplieron las profecías del pasado y las del futuro cuando dijo: *yo nunca moriré, siempre viviré en vosotros* ; y que todo el significado de este mensaje queda resumido en el lenguaje sánscrito en una sola palabra, la última que Budha pronunció antes de morir: *Sammāsati*.

## NOTA

Creo que las reflexiones escritas en primera persona del singular se pueden interiorizar de manera más profundo al escribir un texto que trate sobre temas espirituales. No importa que este trabajo haya sido escrito por mi o por el lector. Lo importante es que las reflexiones que todos nos hacemos sobre nuestra relación con la divinidad penetren en nuestro interior para que podamos vivenciarlas durante la lectura. Es como quien se mira en un espejo y ve una imagen completamente distinta de la que espera ver; al leer una obra de contenido espiritual en primera persona uno encuentra en si mismo respuestas a sus inquietudes que de seguro no esperaba encontrar. Pero en realidad no se trata del espejo sino de nuestra propia imagen; no se trata de lo que ha escrito el autor sino de las respuestas del lector.

Este trabajo no ha pretendido más que eso, ser la imagen del lector en el espejo. Penetrar el interior del lector con la palabra, con el *logos*, para que el lector perciba como suyas las reflexiones del autor. Esto es lo que para mi debe tratar de hacer un texto cuando está escrito en Primera Persona del Primer Tiempo.

## EPÍLOGO

Esta escueta nota del anónimo estudiante autor del relato son las únicas que dedica a su trabajo. En ellas justifica la elección de un tema teológico para un trabajo de lingüística. Para mí este ha sido el empujón definitivo que necesitaba para iniciar mis investigaciones sobre las relaciones entre la teología y la lingüística. Mi intención es trabajar esta línea de investigación en la cátedra de la que acabo de tomar posesión y considero a nuestro anónimo autor la persona ideal para ayudarme en esta labor. Además, estoy convencido de que, dada la orientación religiosa de la U.C.S., estudios en esta línea serían bien acogidos por la rectoría por lo que, unido a mi extenso currículum, me permitirían ganar la cátedra con facilidad en cuanto salga a concurso.

En otras Universidades del ámbito anglosajón hace ya varios años que se trabaja en las relaciones entre la teología y la lingüística. En Oxford o Harvard autores como J.L. Austin o E. Gütgemanns manejan conceptos lingüísticos como el *Enunciado Performativo* o la *Poética Generativa*. En ambos casos se trata de llamar la atención sobre la diferencia entre el empleo del lenguaje de manera descriptiva o su empleo como una forma de acción en sí mismo. Por ejemplo, si decimos "yo te bautizo", no estamos describiendo el mero hecho de verter líquido sobre la cabeza de un niño, sino que las mismas palabras son las que generan la propia acción de acoger a ese niño dentro de una comunidad de creyentes.

El desarrollo de las ciencias cognitivas de las últimas décadas ha producido importantes cambios, no solo en la psicología sino también en la lingüística. Los lingüistas hemos llegado al convencimiento de que los textos no pueden ser estudiados de manera aislada tal y como se hacía hasta hace pocos años desde el paradigma estructuralista. Desde el paradigma cognitivista actual se considera necesario tener en cuenta quién y para qué se utiliza el texto objeto de estudio, dado que el texto se representa en la mente del lector de acuerdo con principios cognitivos muy diferentes a los meramente gramaticales. Esto obliga a preguntarse de qué manera se entienden los textos por parte del lector. En este modelo de análisis se incluyen los textos literarios y por eso muchos autores hablan de *Poética Cognitiva* al hacer análisis cognitivos de obras literarias.

Desde esta perspectiva surgen infinidad de relaciones posibles entre la lingüística y la teología, una de las cuales es la que presenta nuestro estudiantes al hablar de la imagen que el lector se forma en su mente sobre las ideas religiosas que él expone en su texto; lo que atribuye -y está es su aportación más original- al hecho de estar escrito en primera persona del pasado. Nuestro anónimo estudiante, posiblemente si saberlo, cuando habla sobre la forma en que un texto teológico narrado en primera persona es interiorizado por el lector, precisamente está estableciendo relaciones entre la gramática y la teología. Y son precisamente este tipo de relaciones entre el uso del lenguaje y su transcendencia teológica las que a mí me interesan para mis investigaciones.

Pero además de su intuición al señalar cómo percibe el lector las reflexiones teológicas en un texto literario escrito en primera persona del pasado, nuestro autor también demuestra un gran conocimiento teológica al presentarnos una idea de Dios muy humana. Y esto no solo en su exposición de la doctrina budhista sino también de la cristiana. En este sentido retoma una de las más importantes tradiciones teológicas del cristianismo

de sus primeros siglos representada fundamentalmente por Orígenes, quien no dudo en defender la completa humanidad de Jesús.

Nuestro estudiante anónimo no duda en presentar la resurrección de Jesucristo como un hecho explicable sin necesidad de apelar a poderes divinos. Nos la presenta como si de una resucitación biológica -en términos médicos- se tratara. Esto está en completa sintonía con las corrientes teológicas que niegan la existencia de un Dios intervencionista o de un Dios todopoderoso que puede hacer que las personas resuciten o vuelen ascendiendo a los cielos por encima de las nubes. Si Dios tuviera la capacidad de intervenir para salvar vidas o personas y lo hiciera únicamente con su hijo, su actitud sería tan egoísta que chocaría a las claras con la misma idea de Dios. Y si Dios tuviera la capacidad de evitar el sufrimiento y la maldad en el mundo y no lo hiciera, su actitud sería tan cruel que sería incompatible con su divinidad. Con estos argumentos, y con otros similares, es con los que muchos teólogos desde los inicios del cristianismo han construido la idea de un Dios no intervencionista.

En un análisis de los primeros textos cristianos desde una perspectiva lingüística meramente descriptiva, la mayoría de especialistas coincidimos en que se trata de textos de propaganda religiosa al uso de aquella época. En ellos no se pretende describir hechos históricos sino difundir y promover nuevas creencias. Y dado que estas son las únicas fuentes en las que se menciona la resurrección y posterior ascensión a los cielos de Jesús; dado que la religión judía, dentro de la cual Jesús llevó a cabo su labor evangelizadora, nunca aceptó su resurrección como un hecho; y dado que las mismas fuentes evangélicas nos presentan a un Jesús de carne y hueso tras su salida del sepulcro, es más que posible que en Jesús se cumpliera la profecía de Isaías según la cual el Mesías acabaría sus días viendo crecer a sus hijos.

En lo personal no me interesa conocer exactamente qué sucedió hace más de dos mil años, pues lo importante es que Jesús ha vivido y sigue viviendo en los corazones de billones de personas. Por eso Jesús no ha muerto ni jamás lo hará. En eso consiste su divinidad. Sin embargo sí me gustaría poder contar entre mis colaboradores en el nuevo programa que quiero implantar en la cátedra con alguien capaz de hacer una lectura de los textos bíblicos más allá de las tradiciones que los han amparado.

Por todo ello confío en que mis palabras lleguen al autor de este singular texto y se pueda poner en contacto conmigo. Estoy convencido de que quien ha escrito un trabajo de estas características estará muy interesado en colaborar en mi proyecto de cátedra dedicada al estudio de las relaciones entre la teología y la lingüística. Por este motivo solicito del lector que difunda esta obra para así facilitarme la localización del anónimo estudiante. Si alguno de los lectores pudiera ayudarme en mi búsqueda le pediría que se pusiera en contacto con mi persona a través de mi correo electrónico más abajo indicado. Muy agradecido.

En Santiago de Chile, domingo 2 de junio de 2002.

Johan Farinos

Dr. en Lingüística

Universidad Católica de Santiago

E-mail: [jfari@gmail.com](mailto:jfari@gmail.com)

## NOTAS

- 
- <sup>1</sup> Himalaya.
- <sup>2</sup> Océano Índico.
- <sup>3</sup> Ceilán.
- <sup>4</sup> China.
- <sup>5</sup> Congregación de un monasterio budhista. Aquí se emplea el término como su dirección o rectoría.
- <sup>6</sup> Samyutta Nikaya, v 25 y sig.
- <sup>7</sup> Samyutta Nikaya s 21, 6
- <sup>8</sup> Deuteronomio 5, 6-7
- <sup>9</sup> Centro energético relacionado con el hueso sacro, encargado de regular la sexualidad y la creatividad.
- <sup>10</sup> Khuddaka Nikaya, Dhammapada, 83
- <sup>11</sup> Documento antiguo datado en el siglo I que contiene información importante para la navegación y el comercio entre Oriente y Occidente.
- <sup>12</sup> Barco comercial romano.
- <sup>13</sup> El Mar Rojo.
- <sup>14</sup> África.
- <sup>15</sup> Cargo de gobierno en las administraciones greco-romanas.
- <sup>16</sup> Término usado en la Antigua Roma para referirse a aquellos gobernadores de los reinos vasallos orientales que no llegaban al nivel de monarcas o reyes.
- <sup>17</sup> Dhammapada 10.1
- <sup>18</sup> Majjhima Nikaya 21.6
- <sup>19</sup> Dhammapada 1.5
- <sup>20</sup> Talmud. Tanna D'bei Eliyahu, comienzo del capítulo 9
- <sup>21</sup> Udanavarga 33.13
- <sup>22</sup> Vimalakirti nirdesha sutra 2
- <sup>23</sup> El Libro de Enoc el profeta 42. 2
- <sup>24</sup> Majjhima Nikaya.
- <sup>25</sup> Dhammapada 9-7
- <sup>26</sup> Ezequiel 36, 26-27
- <sup>27</sup> Isaías 8, 22
- <sup>28</sup> Interpretación de la doctrina judía.
- <sup>29</sup> Ezequiel 36, 26-27

---

<sup>30</sup> Dhammapada 4.7

<sup>31</sup> Zacarías 13:7

<sup>32</sup> Salmo 22. 1-22

<sup>33</sup> 7 de abril del año 30 de nuestra era.

<sup>34</sup> Isaías 22, 1-4

<sup>35</sup> Isaías 49, 6

<sup>36</sup> Isaías 52, 13-53, 12